



VIOLETAS
para OLIVIA

JULIA MONTEJO



*A las mujeres que no se resignan
a jugar con las cartas
que les ha dado la vida.
A mi madre*

«Lo que diferencia al hombre del animal
es que el hombre es heredero
y no mero descendiente.»

ORTEGA Y GASSET

I

LAS MUJERES DE LA FAMILIA

«E spero encontrar mi alma a la vuelta de una esquina y soñar que los jardines colgantes existen más allá de un palacio medieval...» Ese pensamiento extraño, así articulado, circulaba por la cabeza de Madelaine cuando se sentó en una fría lápida del cementerio de San Gabriel. Había recorrido muchos kilómetros para estar allí en aquel preciso instante. Miles de kilómetros desde la oscura madriguera por ella elegida en la que se sucedían el tiempo y los malhadados acontecimientos que conformaban su biografía como cuentas de un collar asfixiante por lo finito.

Magdalena, según el registro oficial del censo, siempre fue Madelaine. Su madre, María Inmaculada Sahagún y Frías, se empeñó en ponerle un nombre que simbolizara la obra de su adorado Proust, obligándola de por vida a tener que explicar por qué llevaba un nombre francés una mujer nacida en un pueblo de la sierra onubense, de padre andaluz y madre navarra. Madelaine había tenido ya varias vidas dentro de su vida y, a pesar de ello, sentía a menudo que su existencia transcurría como gotas de agua formando una estalactita. Quizá porque había vivido confinada durante su niñez y adolescencia, expuesta a escasas relaciones sociales, en los últimos años había buscado con avidez la compañía de cientos de personas, en especial del género masculino. Una tarea que no resultaba complicada para una mujer todavía joven que, como ella, contaba además con buena presencia. Pero Madelaine tenía un gran talento para elegir hombres triviales y poco dados a la generosidad emocional. Seguramente porque todavía no lo había encontrado a él.

Un soplo de brisa de la sierra acarició sus brazos desnudos y arrastró unas briznas de hierba seca que habían pasado la noche sobre la tumba de Rosario. La lápida era de mármol negro cuervo, Mongolian Black, especificaba la factura que ella misma había pagado hacía un mes escaso. Justo el tipo de material que su tía nunca hubiera elegido para sellar su cuerpo. Pero claro, a los muertos no se les pregunta, y la gente como Clara prefiere pensar que sabe mejor que nadie lo que es apropiado para cada persona. Su tía se descomponía bajo la tierra, volvía al polvo del que venimos, ese del que habla la Biblia. Madelaine intentaba no pensar mucho en la putrefacción de la carne. Confiaba en la parte espiritual del ser humano, la que no podía explicar y que provenía de sensaciones antiguas y misteriosas, sentidas en momentos muy concretos de su vida. Estaba segura de que un ángel de la guarda cuidaría de ella para no consentir que los gusanos corroyeran su cuerpo. Y sí, el ángel en verdad existía, aunque pocos creerán que eso sea posible. En realidad, no es inusual, aunque sí un privilegio, que muchos contemos con un ángel, una presencia, espíritu, fantasma, espectro, o como quieran llamarle, que viaja por esta vida con nosotros.

El sol, que se desplomaba con indolencia allá donde la avara sombra del ciprés no protegía, transportó a Madelaine a aquella mañana insólita, la última de unas estúpidas vacaciones en el Caribe. Ella no era precisamente una aficionada a los asuntos del más allá, pero, por circunstancias que ahora no vienen al caso, su novio de entonces se empeñó en visitar a una reputada bruja. La bruja en cuestión se llamaba Isabel y vivía en Catia, uno de los barrios humildes de Caracas. Madelaine no pudo evitar conducir la mirada hacia sus pies. Las sandalias franciscanas se parecían mucho a las que llevaba aquel día al bajar del taxi. Los pies casi desnudos se le habían mojado. Acababan de regar la zona baja de la barriada, en un intento por retener la frescura de la noche que desaparecería aplastada por el pegajoso calor del final del verano mucho antes de que el reloj marcara el mediodía. En menos de una hora, todas aquellas microscópicas gotas de agua estarían flotando hacia arriba, hacia los límites de la pobreza. Diez años después, Madelaine continuaba recordando la terrible desazón que sintió al contemplar una Venezuela que no aparece en las guías turísticas: la de la parte alta de los cerros donde los niños visten de mocos y sus madres los multiplican sin cesar

mientras los hombres gastan en cerveza Polar y en prostitutas de dramáticas curvas construidas a base de arepa. ¿Qué hacía ella allí y con aquel hombre que ni siquiera le gustaba? Por un momento, sentada sobre la lápida de su querida Rosario, realmente la única madre que de verdad había conocido, Madelaine sintió que se desprendía de su cuerpo y que viajaba en el tiempo y en el espacio para observarse a sí misma con total frialdad en aquel exuberante ambiente caribeño, tan ajeno a su vida y a sus circunstancias. ¿Es que no tenía ya bastante con su propia tragedia? ¿Cómo se le había ocurrido visitar un lugar en el que hasta el tiempo pasaba de largo y el futuro no existía? Dos cosas jamás olvidaría de aquella tarde: que existen barrios sin cielo, cosa que se prometió no olvidar nunca, y la clara visión que tuvo la bruja Isabel de su ángel de la guarda. Según la descripción de la vidente, se trataba de una antepasada, de piel transparente, ojos azul claro, y muy rubia, con unos marcados hoyuelos en las mejillas.

Al principio, aquella historia de una pariente protegiendo sus pasos le pareció una soberana tontería. Además Madelaine no sabía de quién le hablaba. No conocía a nadie con esas características, ni siquiera había nadie tan rubio en su familia. Ella era morena, de piel pálida y rasgos morunos. Sus ojos castaños y grandes, rasgados y profundos, evocaban permanentemente una canción de amor francesa, aunque ella se habría burlado de quien le hubiera dicho algo así. Madelaine era hermosa, mucho más de lo que se creía. Entonces tenía veinticinco años. La sorpresa vino poco después, ya en España. Intentando poner un poco de orden entre los pesados y polvorientos baúles y maletas que se acumulaban en el desván de la casa palacio de San Gabriel, heredada el día en que cumplió dieciséis años, encontró unas fotografías de su abuela Olivia, rubia, de piel pálida y ojos claros y, curiosamente, con unos irresistibles hoyuelos en las mejillas. Tal y como la había descrito la bruja de Caracas. Y todo volvió a ella. Recordó a aquel ser volátil que aparecía y desaparecía de la casa cuando era niña. ¿Cómo había podido olvidarla? Su recuerdo había quedado encerrado bajo llave en alguna de las mazmorras de su cerebro. Lo curioso es que cuando salió de nuevo a la luz, Olivia no había sido reducida a cenizas, a un fantasma esquelético y desmejorado, sino que empezó a brillar con una luz cálida e incluso sensiblemente corpórea.

Madelaine no lo sabía entonces, pero la genética de Olivia había quedado impresa no en su físico, sino en su carácter. Por supuesto, las circunstancias de su vida no tenían nada que ver y, claro está, también hay que contar con la dosis del libre albedrío, pero sí, definitivamente, Madelaine y Olivia tenían mucho en común, y, en concreto, una tendencia natural a cometer el mismo tipo de errores. De hecho, enseguida la nieta se dio cuenta de que su abuela debía de haber sido alguien cuando menos interesante para que se evitara pronunciar siquiera su nombre, ni aparecieran retratos u objetos personales suyos por lugar alguno de la casa palacio. Era como si todos se hubieran puesto de acuerdo para borrar su existencia. Sin embargo, al encontrar las fotos en el desván, Madelaine recordó una calurosa tarde de verano. En uno de los salones interiores, esos que se ventilan abriendo las ventanas de las habitaciones laterales por las noches, se encontraban, como todos los lunes y martes, la modista de la familia y sus tías. Las tres mujeres disfrutaban los momentos magistralmente orquestados de silencio y confidencias, moscatel dorado y rosquillas de azúcar que las monjas les enviaban puntualmente todos los domingos y fiestas de guardar. En aquel salón, fresco en verano y en el que no faltaba un buen brasero bajo la mesa camilla en invierno, la modista se sentía una privilegiada y las tías comunicadas con la gente del pueblo. Madelaine solía echar la siesta en la habitación de al lado, pero aquella tarde hacía demasiado calor aun dentro de la casa y no podía conciliar el sueño. Deseaba que la modista le hiciera un vestido de tirantes como el que llevaba la hija de una asidua aristócrata de la prensa rosa, única novedad editorial que entraba en la casa desde que su madre falleció y solo gracias al empeño de la tía Rosario. Madelaine había cortado una flor de la terraza para mostrarle el color exacto a la modista, pero temía que a la tía Clara le pareciera una frivolidad. A la tía Clara casi todo le parecía una frivolidad. El negro, el gris, el crema y algún estampado de flores pequeñas y discretas para los días más calurosos eran, según ella, los únicos colores que podía llevar una mujer decente. Madelaine, entonces una niña de nueve años, se armó de valor, cogió la violeta que había metido en su libro de cuentos favorito y entró en el cuarto de costura. No pudo ir muy lejos con su petición. Enseguida la tía Clara, hecha un basilisco, le arrancó la flor de la mano diciendo que era un color estúpido. Un color odioso, sentenció saliendo de la

habitación. La modista se volvió hacia la tía Rosario confundida con aquel arretrato, del todo incomprensible en una persona tan medida como era la tía Clara. La tía Rosario le explicó que el lila era el favorito de Olivia. Madelaine no recordaba a Olivia, pero antes de que pudiera hacer ningún tipo de averiguación la mandaron a jugar al patio. Al día siguiente habían desaparecido todas las violetas de los maceteros de la terraza.

Cuando Madelaine encontró las fotos tenía veinticinco años. Para entonces, en la casa palacio del pueblo solo vivían sus tías. Madelaine recordaba todavía que fue tras su estancia con las monjas, después de la desaparición de su madre, que las seis personas internas al servicio de los Martínez Durango se marcharon para siempre. Interrogada por la niña, la tía Clara replicó cortante que los había despedido porque eran un hatajo de vagos, y que podían arreglárselas perfectamente solas, dado que ahora iban a ser solo ellas tres. Y era verdad: de repente eran solo tres. Su abuela, su padre y su madre ya nunca volverían. El numeroso servicio, que antaño había ocupado las habitaciones de la antigua caballeriza, quedó desde entonces reducido a dos mujeres del pueblo vecino que venían durante el día a mantener la casa y a planchar. La tía Rosario no intervino en los arreglos domésticos aunque Madelaine recordaba que durante meses anduvo sumida en una tristeza oscura que la mantuvo recluida casi todo el día en su habitación. Madelaine niña aceptó los cambios que habían ocurrido en su ausencia con desconcierto. Su madre ya no estaba y la echaba de menos, especialmente por las noches, al acostarse. Le dolía tanto su ausencia que enseguida sustituyó su recuerdo por el de las monjas con las que había convivido durante unas semanas. Las monjas eran seres encantadores, casi mágicos, con sus túnicas crema, sus sonrisas permanentes, su olor a rosquillas y chocolate, y sus manos frescas en las noches calurosas. Enseguida se vio envuelta por el deseo de aquellos seres celestiales y alegres de hacerla feliz. No fue difícil disfrutar en aquel ambiente ligero, tan distinto del de la casa palacio de los Martínez Durango. Figuras de plastilina y cuentos, pilla pillas y sombras chinescas, natillas y sopa de fideos. El convento era lo más parecido al paraíso que Madelaine jamás conocería. Y como paraíso, tenía fecha de caducidad. Cuando regresó a su casa, su tía Clara la citó en el despacho del abuelo y le comunicó que su padre y su

abuela habían tenido un accidente de coche y no volverían. Madelaine la miró confundida. Tenía solo cuatro años. ¿Y su mamá? La tía Clara tardó en responder. Bajó la vista hacia unos documentos y respondió: su madre había salido de viaje y tardaría un tiempo en regresar. El silencio de su sobrina cuando esperaba un pequeño drama la desconcertó, y levantó la cabeza. Niña y mujer se miraron intensamente durante unos segundos interminables, temiendo pronunciar cualquier palabra inconveniente más allá de lo puramente necesario. Madelaine, con el labio inferior tembloroso, preguntó que por qué se habían ido todos, así, sin despedirse. ¿Había hecho ella algo mal? ¿Estaban enfadados? La tía Clara le aseguró que no pero fue incapaz de reaccionar ante las lágrimas que rodaban silenciosas por las mejillas de la niña. Le dijo entonces que la perra *Manuela* acababa de tener ocho perritos. Esto era algo que Madelaine sí podía entender y la visión de los cachorrillos le hizo aparcarse, en su organización del mundo, el recuerdo de un padre que no había significado nada para ella y una abuela que viajaba sin cesar y apenas paraba en casa.

Como consecuencia de esta época, Madelaine archivó en su memoria su propia imagen, asomada por la reja del salón, esperando que en cualquier momento apareciera su madre; también el recuerdo de los innumerables dibujos de los cachorrillos para cuando volviera mientras las tías, en silencio, pasaban horas y horas limpiando la plata que atestaba la casa de brillos extremeños. Rosario y Clara solo tenían una cosa en común: un afán obsesivo por la limpieza. Pero lo más chocante de aquella etapa fue que sus tías ya nunca más volvieron a dirigirse la palabra. Si tenían algo que decirse le pedían a Madelaine que se lo comunicara a la otra, incluso estando ambas en la misma estancia. Madelaine lo tomó como un juego que nunca terminaría y aprendió a vivirlo con naturalidad. Meses después de la desaparición de su madre, Madelaine recibiría la noticia de que no volvería. Fue la tía Clara quien se lo comunicó, explicándole esta vez que no debía preocuparse porque algún día se reuniría con ella en el cielo. La niña no volvió a acercarse a la ventana del salón.

Madelaine era, por testamento, dueña de la casa palacio y de varias fincas por la zona, que tenían alquiladas para la explotación del alcornoque y la ganadería, pero los estudios de Medicina la habían obligado a trasladarse a la

Universidad de Navarra. Sus tías habían convenido en quedarse a vivir allí hasta el día de su muerte, tal y como era su deseo. Madelaine, que no sentía por aquella casa más que una desagradable desazón, conseguía así que no quedara deshabitada y en ruinas. Vender no era una opción. La casa, le gustara o no, era parte de ella, de quién era ella, como se encargaban de recordarle constantemente sus tías, cada una a su manera. Al terminar los estudios, Madelaine pudo haber regresado e incluso haber obtenido plaza de médica en la localidad, pero se esforzó por mantenerse alejada de San Gabriel y siempre encontró excusas profesionales para justificar su ausencia. Gracias a su impecable expediente académico, no le resultó difícil sacar la oposición de médica de familia en Olite. Deseaba pasar un tiempo en aquella tierra de la Navarra media, lejos de la serranía onubense.

Hacía apenas un mes, Madelaine había cumplido treinta y seis años, una edad peligrosa en la que una mujer que no ha empezado a saborear al menos una parte de sus sueños corre el peligro de convertirse en una escéptica. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en ello. Treinta y seis años y ¿qué más?, pensó en aquel preciso instante. ¿Qué más ha pasado en mi vida?, se preguntó. Mucho más. Ella estaba llena de experiencias. Había madurado mucho. Pero se sentía vacía. En parte por la tristeza que la embargaba en aquel momento. Nadie quiso a Rosario como ella, o eso es lo que ella hubiera jurado, metida como se encontraba en su verdad, en su historia, en la que le habían contado, en la que ella había vivido. Madelaine recorrió con sus dedos el nombre de su tía sobre la lápida.

1972, algún lugar de Venezuela

A solas, en la madrugada de su austera habitación, con el canto de los guacamayos que despiertan entre la exuberante vegetación tan diferente de la de su tierra, Rosario borda una hermosa M sobre una toalla blanca de infante con puntillas de piqué. En ella vuelca todo su amor, puro y desinteresado, el que siente por la madre y el que sentirá por la niña que va a nacer. Sin

embargo, ya sabe que su amor no será suficiente. Tampoco el de Inmaculada. Rosario conoce bien de lo que no es capaz una madre que ha sido abducida por la infelicidad. Por eso, ha recurrido a la magia que recorre sus venas y que lleva años intentando olvidar. Ahora, mientras da las últimas puntadas a la letra M, murmura un hechizo que proteja a la niña para siempre de la soledad. El primer beso de su madre las unirá por siempre jamás. Así debe ser.

—¿Qué haces aquí?

Madelaine se volvió sobresaltada. Una anciana de negro riguroso, moño blanquísimo bajo la nuca y rictus amargado, la miraba con desconfianza.

—¿Que qué hago aquí? No sé. Esperando a que pase algo, que la tía se levante de la tumba y me dé algún tipo de explicación, por ejemplo. No entiendo por qué tenía que morirse justo ahora.

—Bueno, ahora parece un buen momento para morirse. Ahora mejor que luego. Siempre fue la más afortunada. De eso no hay duda.

—Lo dirás de broma, tía Clara.

—¿Tengo cara de bromear? No, no te molestes en responder. Deberías estar satisfecha de que me haya encargado de todo. Tú nunca has sido buena para ponerte manos a la obra. Seguro que yo no tengo la suerte de que alguien me encargue una lápida como es debido —suspiró aquella mujer enjuta y consumida, de verbo fácil, a la que solo mantenían en pie sus odios secretos y una secreta cuenta pendiente.

—Ay, tía, qué tonterías dices. No te preocupes, que si mueres antes que yo, me encargaré de que se haga todo a tu gusto. Dime, ¿de qué color quieres la lápida?

—Mármol macael, por supuesto —respondió Clara con premura.

—¿Blanco? —preguntó su sobrina sorprendida, pues sabía que el mármol blanco en San Gabriel se dejaba para niños y monjas—. ¿Quieres mármol blanco sobre tu tumba?

—Sí, es el color más apropiado para una mujer clara como yo —respondió la tía haciendo un juego de palabras que Madelaine no supo si tomar con segundas—. No pude llevar un vestido blanco, es verdad, pero la

vida me lo debe.

Eso no iba a juzgarlo ella, pero Madelaine pensó que quizá había llegado el momento de que se aclararan sus dudas. Cualquiera día la tía Clara se moriría también y entonces ¿qué iba a pasar? Se quedaría totalmente sola. ¿Cómo podría entonces averiguar qué había pasado con Olivia? ¿Por qué su abuela, como en la mejor tradición estalinista, había sido borrada de la historia de la familia?

La tía Clara aprovechó el momento de silencio para mostrarse dolida.

—Así que has preferido venir a sentarte sobre una lápida antes que verme a mí. Hay cosas que no cambian. Rosario siempre fue tu preferida.

Madelaine esbozó una media sonrisa. Los celos se habían acrecentado con el paso de los años en aquella mujer de ojos extremadamente vivos sobre un rostro al que hacía tiempo perseguía la muerte.

—Vamos, tía, no seas tonta. He venido aquí primero porque si pasaba por casa se me iba a hacer tarde para subir.

La tía Clara no estaba convencida con la explicación pero tampoco tenía hoy ganas de discutir. Hacía mucho calor. Sentía la boca pastosa y había olvidado su inseparable botellita de agua. Cuando la muerte persigue a los viejos, empieza por beberse el agua de su cuerpo. La tía Clara luchaba contra su acérrimo enemigo, si no el peor, sí el único que sabía terminaría ganando la batalla. Estiró su mano esquelética y la puso sobre la de Madelaine. Por un instante pareció que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Perdona. No quería molestarte. Estaba deseando verte, eso es todo. Solo soy una vieja que se ha quedado sola. No quiero quedarme sola, Madelaine.

La tía Clara procuraba dar pena. Era una experta manipuladora pero, a sus años, y en su situación, no necesitaba esforzarse demasiado. Madelaine apretó su mano en un intento por mostrar afecto, compasión, o, al menos, cercanía. Su tía Clara siempre le había inspirado temor. Parecía tener «cosas» ocultas en su cabeza, pensamientos indescifrables para Madelaine, que, con el tiempo, llegó a pensar quizá eran igual de indescifrables para la propia Clara. Prefería creerlo así. No quería enterarse de que su tía era un ser malvado pues sabía que adoraba a su única sobrina. A pesar de su dureza y excesiva disciplina, había hecho sorprendentes sacrificios por ella. Como cuando cogió

la viruela y, a pesar de no haber pasado Clara la enfermedad, la cuidó con abnegación hasta que se repuso. Tampoco olvidaba Madelaine aquellas largas noches que había dedicado a confeccionarle un traje nuevo o, cuando cumplió los dieciséis años, la paciencia y el interés que se tomó para que conociera el manejo de sus interminables propiedades. Un interés inversamente proporcional al de su sobrina como pronto se puso de manifiesto. Madelaine insistió enseguida en que su tía continuara al frente del patrimonio. Era una gran administradora, no muy querida y, a menudo, excesivamente dura, es verdad, pero siempre eficiente con los intereses de la familia Martínez Durango.

—No estás sola. Me tienes a mí.

—Tú estás lejos y, además, para qué engañarnos, a ti nunca te he tenido, Madelaine —respondió la tía Clara con frialdad.

Madelaine la miró sorprendida con la desnudez de la afirmación, profundamente cierta, como ellas dos sabían.

—Bueno, tía. Tú eres la que no se quiere ir, la que no quiere que nadie la ayude. Te he pedido cientos de veces que dejes que alguien se quede contigo en la casa y te niegas. Incluso te invité al morir la tía Rosario para que vinieras a vivir conmigo.

Cierto. Lo había hecho muy a su pesar, pues siempre tuvo miedo de que su tía Clara aceptara la oferta. Lo hizo porque creía que era su deber. Por suerte, la tía Clara estaba demasiado apegada a aquella tierra y el solo pensamiento de viajar al norte se le hacía el peor de los finales. La tía Clara hizo un gesto de aburrimiento con la mano para que callara.

—No te excuses, hija. Yo sé que eres un espíritu libre —afirmó con un deje de amargura.

—Por lo menos lo intento con todas mis fuerzas. ¿Quién quiere ser otra cosa? No estás al día, tía. ¿Sabes que la gente se pasa la vida comprando libros de autoayuda y leyendo revistas para aprender a ser libre de verdad, libre de prejuicios, de ideas preconcebidas, para aprender a desatarse de bienes materiales?

No. La tía Clara no sabía nada de todo aquello. El mundo fuera de sus dominios le importaba un bledo. A ella le gustaba alardear de que solo en contadas ocasiones había pisado una tierra que no fuera propiedad de la

familia, aparte del pueblo, claro, aunque, reconociendo que la mayoría de sus habitantes trabajaban para ellos, también este podría considerarse de su propiedad. A Sevilla había acudido cuando se hallaban metidos de lleno en un pleito que requería su presencia inexcusable. Y a Madrid, que le pareció una urbe sucia y hedionda de tráfico abominable, tuvo que viajar en una ocasión para hacer una reclamación en el ministerio por un asunto de vacas tuberculosas que les había costado millones. Quiso decirle a su sobrina que sus palabras le recordaban a Olivia, al egoísmo de una mujer que ella había sido incapaz de considerar su madre.

—Hay cosas más importantes que la dichosa libertad, Madelaine. Mucho más hermosas. En verdad son las únicas que perduran. La sangre viva de los Martínez Durango no puede abandonar esta tierra —farfulló la tía Clara para sí malhumorada—. Es una pena que no hayamos sabido inculcarte lo que eso significa.

Madelaine sabía que su tía había hecho todos los esfuerzos posibles por retenerla, aunque, ahora se daba cuenta, nunca se lo había dicho así, tan a las claras. Se encontraban en la zona más alta del pequeño cementerio. Desde allí se divisaban unas hermosas vistas del pueblo y de la serranía. Los colores se disolvían tocados por la hora mágica, esa que hace callar a los corazones más inquietos e impregna la serenidad de una melancolía incluso no vivida. El santuario de la familia era un recinto enrejado donde yacían los ilustres de los últimos ciento veinte años. De niña, Madelaine había preguntado a sus tías por los anteriores, los que no estaban allí enterrados. La tía Clara le había respondido muy cortante que allí solo estaban los que se lo habían ganado. ¿Y cómo se juzgaba eso? Por lo que habían conseguido, respondió la tía Clara. Ella pensó para sí que debería tener cuidado para no ganarse un nicho en aquel lugar. El descanso eterno junto a personas que sí, serían de su familia, pero no conocía de nada, le causaba un terrible desasosiego, por mucho que allí se encontraran sus padres, abuelos, tíos abuelos y tatarabuelos. Bueno, al menos ahora ya había un familiar al que Madelaine sí quería: Rosario. El recuerdo de su madre quedaba demasiado lejano y estaba plagado de sentimientos confusos y contradictorios.

—¿Y Olivia?

—¿Mi madre? —se sobresaltó la tía Clara. La pregunta la cogió

desprevenida.

—Sí, tu madre. La abuela Olivia —repitió Madelaine.

—Ella no quiso ser enterrada aquí. Prefirió ser incinerada —replicó muy seca, dando el tema por concluido.

Pero su sobrina ya no era una jovencita que evitara conflictos. Los años habían empezado a insuflar seguridad bajo la dermis de niña descalza de afectos transparentes.

—Muy moderno —comentó Madelaine—. ¿Y a ti te pareció bien?

—A mí la incineración me parece propio de gente sin posibles, de don nadies sin familia, pero, en su momento, me pareció adecuado. Ella siempre hizo lo que le dio la gana.

La tía Clara se volvió hacia la tumba de su querido hermano Rodrigo, de mármol travertino con unas extrañas vetas rojizas. Adyacente había un nicho preparado para albergar su propio cuerpo, según ella misma había dispuesto. Se frotó las manos como si tuviera frío repentinamente. Su sobrina por fin estaba de vuelta. Y en esta ocasión iba a hacerle comprender de una vez por todas lo que significaba ser una Martínez Durango. No iba a fallar. No podía. Quizá fuera su última posibilidad y su única razón de vivir.

Madelaine suspiró con intención y se volvió hacia el florido y cuidado cementerio. Los colores de las flores y coronas armonizaban con una perfección tal que no podía ser producto del azar, entre los reflejos de las lápidas más bruñidas. Crisantemos blancos, amarillos, incluso fucsias. Rosas, margaritas, begonias... A pesar de las críticas de los más conservadores, Pepe el Larguillo había reinterpretado la tradición uniforme del cementerio de San Gabriel. Una dama de noche junto a la tapia empezaba a liberar su envolvente perfume, que, en pocas horas, se desplegaría con total impunidad sobre el inmovible camposanto.

—La tía Rosario siempre quiso descansar aquí. Sigue siendo el cementerio más colorido de la zona. No se atrevió en vida pero encuentro cierta justicia divina en que sus restos descansen entre colores. Le pega, ¿no te parece?

—A una vieja nunca le «pegan» los colores. Es ridículo. Alguien debería decirle algo a ese mariquita.

Madelaine se volvió hacia Clara con disgusto. Le molestaba ese modo de

hablar de su tía.

—Ya no se dice eso, tía.

—¿Qué?

—Mariquita. Es despectivo. Lo correcto es usar los términos «homosexual» o «gay».

—Vamos, no me hagas reír. Pepe es mariquita, y siempre será mariquita. Y la culpa de que nuestra familia yazca en medio de este arcoíris de mal gusto es mía por financiar los delirios de ese idiota.

—Pues no lo hagas. No entiendo a santo de qué tienes tú que conservar los compromisos de otras personas.

La tía Clara gastaba una pequeña fortuna el día de Todos los Santos en coronas y durante todo el año manteniendo, no solo las tumbas del panteón familiar, sino las de aquellos con los que se habían comprometido su madre y su hermana. Entre los adeudados se encontraban la familia de un antiguo cochero, que pereció en un trágico incendio hacía más de veinte años, la de la doncella de su madre, una solterona que se trajo de París, fallecida hacía treinta y un años, la de los primos pobres de Navarra, que finalmente acabaron allá sus días, también hacía más de una década, y la de los dos últimos sacristanes de la iglesia, muertos sin descendencia ni familia.

—No digas eso, Madelaine. A los muertos hay que respetarlos. Todo está allá. En el pasado. Sin el pasado no somos nada. Ni siquiera la pura pregunta. Hay que respetarlos. Incluso a los que nos hicieron daño. A esos más. No nos queda otra. Todo está allá.

Madelaine miró a su tía sorprendida. ¿Estaba poniéndose profunda o perdiendo la cabeza? Sintió una inexplicable desazón que intentó sacudirse al momento, sin pensárselo dos veces, sin procesarlo.

—Pues espero que no pienses dejarme ese asunto en herencia —dijo Madelaine intentando bromear—. De seguir ampliando el número de difuntos protegidos, pronto nos convendrá tener un negocio de floristería propio.

—La promesa hecha a un moribundo es la más sagrada y yo me comprometí. ¿No cumplirías tú mis últimos deseos? —preguntó la tía, penetrando a su sobrina con la mirada.

—¿Ese va a ser tu último deseo? ¿Que siga manteniendo las tumbas de toda esta gente? —preguntó Madelaine con incredulidad. ¿Sería posible?

Bueno, si aquello era lo que quería, siempre podría arreglarlo con Pepín.

La tía se volvió hacia el nicho en el que pronto yacería, entre Rodrigo y un último hueco vacío. Sonrió levemente.

—No. ¿Cómo iba a ser ese mi último deseo? Hay algo mucho más importante.

Madelaine suspiró aliviada, aunque no había razón alguna para su alivio.

—Ah, ya me parecía a mí que no me lo pondrías tan fácil.

—He hecho preparar un nicho más para ti —dijo la tía Clara señalando el último hueco.

Madelaine sintió un escalofrío que intentó disimular bromeando.

—Gracias, tía, pero por ahora no pienso utilizarlo y además a mí me va más lo de la incineración.

—¿Y para qué querrías hacer eso teniendo un panteón como este? —preguntó la tía—. Aquí estamos todos.

—Excepto Olivia.

Clara la ignoró y continuó su discurso.

—También hay hueco para tu marido, tus hijos y hasta tus nietos. Incluso podríamos ampliarlo. —La tía Clara señaló unas tumbas abandonadas a la izquierda del panteón—. A esa gente no la cuida nadie desde hace más de cuarenta años. No sería difícil hacerse con ese terreno. Esos huesos deberían estar ya en el osario.

Quizá su tía no tuviera escrúpulos en mover a muertos de un lado para otro, por mucho que ya fueran puro hueso, pero desde luego ella no se imaginaba en semejante tarea. La tía Clara se quedó haciendo cábalas sobre cuánto le costaría llevar a cabo algo así y si debería ponerse manos a la obra y dejarlo resuelto antes de que el Señor la llamara a su lado. Sería una forma de presionar a su sobrina para que se diera cuenta de que su deber era reproducirse, continuar con la estirpe. Serviría de recordatorio permanente. Qué tontería lo de la incineración. Lo decía para fastidiarla, pensó la anciana.

Los últimos rayos de sol cruzaron horizontales por entre los cipreses y, cabalgando sobre su cresta, entró también en el cementerio el polvo del camino, vestido de oro. A Madelaine le encantaba aquel momento del día. Hubiera deseado estar a solas. Saborear la brisa ligera que pronto enfriaría la sierra, barriendo la suciedad del día, limpiando la tierra de la tensión

acumulada por deseos, envidias, amores, odios, cansancio, sueños vivos y muertos. El nuevo día debía empezar ligero y la noche tenía mucho trabajo por delante. Ellas dos ya sobraban en aquel lugar.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Madelaine levantándose con energía.

Gazpacho y tostadas con jamón. Y más charla de la que a Madelaine le hubiera gustado. Al día siguiente llegaba el inspector de Hacienda y la tía Clara quería que Madelaine se preparara. Iban a ser unos días duros y se jugaban mucho. Allí no había habido más administradores que la tía Clara. Ella no había querido a nadie metiendo la nariz en sus asuntos, tomando decisiones sobre lo que no era suyo. Madelaine apenas sabía lo que recordaba de las clases que Clara le había dado durante la adolescencia, hasta que se fue a la universidad, y que la convencieron de lo poco que le gustaría dedicarse a aquello por el resto de su vida. A día de hoy, no hubiera podido hacer una relación de sus propiedades, ni mucho menos del estado en el que se encontraban. Y ella era la dueña, como se empeñó en recordarle la tía Clara al ver el poco interés que prestaba a sus explicaciones.

—Pero yo no quiero nada —replicó Madelaine, que quería irse a la cama con un libro de Iris Murdoch que había comprado en la estación de Santa Justa. Madelaine nunca compraba novelas, pero el título del libro, *El príncipe negro*, había ejercido una atracción poderosa.

—Mira, Madelaine —le dijo la tía Clara muy seria—. Este no es momento de niñerías ni de estupideces.

—No son niñerías. Lo digo en serio. Yo no he pedido estar metida en este lío. No quiero nada. Que se lo lleven.

—No digas tonterías. Además, eso no es verdad. ¿Cómo te crees que hubieras podido ir a estudiar de no ser por tus rentas?

—Nunca me ha importado el dinero —insistió Madelaine con cabezonería. El tema del dinero le resultaba cargante, asfixiante. Le parecía el colmo que ella, que se había esforzado por tener una vida sencilla y autosuficiente, ahora tuviera que vérselas con todo aquello.

—Porque siempre lo has tenido.

—Te lo regalo. Firmo lo que sea.

La tía Clara se revolvía por dentro, intentando no explotar. Si hubiera podido, la hubiera abofeteado allí mismo. Los años fuera de casa habían dado alas a Madelaine. No había podido controlarla y allí estaba ahora, más rebelde que nunca y, encima, independiente. Le esperaban unas duras semanas de batalla y tenía que ganar. No iba a gastarse en guerras menores. Ella sabía cuál era su punto débil. Madelaine quería amor y la gente que busca amor romántico es frágil y manipulable.

Aquella noche, mientras la brisa de la montaña recorría los alcornoques, acariciaba la tierra seca que en la estación anterior había estado perfumada de verde y entraba juguetona en el pueblo blanco, silbando con suavidad entre las calles serpenteantes de casas bajas y humildes; revoloteando en remolino por la plaza vacía del pueblo, rodeada de plátanos viejos; saboreando el agua helada del caño que antaño compartía con las bestias; atisbando con curiosidad, al amparo de las sombras, por las ventanas de los amantes dormidos, y de los trasnochadores que sufren, penan o maquinan deseos o sueños sin garantías de adquisición; mientras la brisa de la noche se estiraba de gusto cual gato satisfecho, saboreando apenas el olisqueo de la gente de San Gabriel, sencilla y complicada, gente que acataba y que vivía, que se ordenaba, como antaño, y se desordenaba como exigían las pasiones intemporales, gente que, como siempre había sido, temía a los Martínez Durango, mientras la brisa se hacía dueña del pueblo, Madelaine se agitaba en sueños. Soñó que su centro de salud en Olite se empequeñecía con ella dentro. Las paredes empezaban a plegarse sobre sí mismas como si estuvieran empujadas por fuerzas externas que pretendían acabar con ella y sus pacientes. Salió de su consulta y pidió a la gente que abandonara el centro. Para su sorpresa, todos, pacientes, enfermeras y compañeros médicos la miraron como si estuviera loca y sus cuerpos empezaron a estirarse y estirarse, a alargarse como preparándose para encajar en el nuevo espacio. Madelaine los empujó hacia la puerta de salida, desesperada, hasta que sintió un pinchazo en la pierna izquierda y todo se nublo. Succionada por una espiral oscura con forma de caracola, sintió frío y una corriente helada recorrió su cuerpo a medida que caía en el abismo.

Se despertó envuelta en sudor y estiró la mano para encender la luz de la mesita de noche. La tía Clara había tenido la precaución, como siempre, de dejarle un vaso de agua junto a la lámpara. Madelaine bebió unos sorbos mientras sus ojos recorrían el cuarto que tan bien conocía. Era un dormitorio interior con muebles isabelinos heredados de la hermana de su abuela, que, según decían, había sido muy amiga de la familia Ayuso, a la que pertenecía el famoso arquitecto responsable de la biblioteca del Senado de Madrid e importante exponente del estilo isabelino. Madelaine siempre se había sentido muy poco parte de aquello. De adolescente había pedido que se los cambiaran por unos más alegres y juveniles, pero la tía Clara le explicó el privilegio que era disponer de un dormitorio de esa clase y que solo una niña malcriada pediría que le compraran unos nuevos. Madelaine no volvió a insistir. Los muebles eran oscuros, fastuosos, con grandes curvas, bronce y chapas aplicadas en la cómoda, la mesita de noche y el inmenso armario frente a la cama. Esta tenía forma de góndola. Un sillón tapizado en tonos oscuros, en el que nunca se había sentado, completaba el mobiliario. De noche veía sombras que imaginaba se convertían en animales de formas fantasmagóricas y monstruosas. Entonces se tapaba completamente con las sábanas y mantas, sin importar el calor que hiciera, y temblaba rezando padrenuestros, avemarías y jesucitos-de-mi-vida hasta que caía agotada por el cansancio. Ni siquiera la colección de muñecas sobre la cómoda conseguía aligerar la apariencia engolada y tétrica de aquel cuarto. Solo la lámpara modernista de cristal anaranjado sobre la mesita de noche lo hacía soportable.

1961, San Gabriel

Olivia enciende la lámpara modernista, uno de los objetos que se ha traído de su apartamento de París. Ha viajado con un equipaje formidable porque necesita «los detalles». Son los que hacen una vida diferente de la otra. Los personales y los materiales. Son los que conforman quién eres o al menos la persona que te has construido con el paso del tiempo. Y ahora necesita tener muy claro quién es y no engañarse una vez más, porque siente un dolor inesperado e insoportable. Padece un engaño que se veía venir y que la pudre

por dentro. Ya lo sabe todo. Se ha enterado por Marié, su única amiga en París. Pierre tiene una nueva amante. Más joven, por supuesto. Maldita sea. ¿Por qué se fijó en él? Sus ojos verdes, su pelo ensortijado que tantas veces había peinado con sus dedos, eran ya de otra. Se terminó. Eso seguro. Hizo bien en regresar antes a España. Habrá quien pensará que ha sido ella la que se ha cansado de él. ¿Con qué cara se hubiera paseado otra vez por Maxim's siendo la abandonada? *C'est fini*. De eso no hay duda. Se acabaron los desayunos en el café Les Deux Magots tras una noche loca en Montmartre. Se terminaron para siempre las películas de la *nouvelle vague*, las visitas a las *couture maisons* de Balenciaga o Chanel, y las fiestas en el Sena. Ella no va a convertirse en una vieja cacatúa en París. Pierre es un *gigolò* y hay que aceptarlo. Lo sabía desde el principio: un actor en ciernes que se muere por participar en una película de Godard, que comparte noches de juerga con Belmondo y compañía. Debería haberse dado cuenta de que Pierre terminaría con una chica con el pelo cortado a lo *garçon e hipsters* de pata de gallo. Y, sin embargo, la semana pasada, antes de abandonar su casa de Saint-Germain, todavía le llegó una factura de su sastre, que ella pagó sin rechistar. ¡El muy sinvergüenza! Olivia se levanta y saca una pitillera de plata de un bolso de piel que se encuentra tirado en el suelo junto a sus altísimos tacones de aguja. Pronto se ve rodeada por el humo mentolado de un cigarrillo fino y alargado. No entiende por qué pero se sorprende recordando el tacto de la piedra de la iglesia de Saint-Germain. En concreto, de la columna fría y centenaria de la antigua abadía benedictina que tanto le había reconfortado en la calurosa tarde de agosto dos años atrás.

Desenlace fatal pasada madrugada. Ruego te pongas en contacto para confirmar asistencia entierro. Clara Martínez Durango.

El telegrama, fechado el 8 de agosto de 1959, le había llegado al hotel mientras intentaba decidir si alquilaba un apartamento o regresaba a España. Su marido había fallecido mientras ella intentaba olvidarlo a él y a toda su vida en aquel pueblo de Huelva que allí nadie conocía. Las niñas no la necesitaban. Clara la odiaba desde lo de Manuel, y Rosario era muy fuerte. Solo sintió haber tenido que dejar atrás a su hijo. Hay algo frágil en su carácter que amenaza ruptura permanente y molesta su conciencia. Le impide sentirse libre. Rodrigo estaba por aquel entonces interno en el colegio de los

jesuitas e iba a continuar allí hasta que terminara el bachillerato por órdenes expresas de su padre. Olivia no pudo cambiar las «órdenes expresas» de su marido. Nada podría cambiar hasta que el chico cumpliera los dieciocho años, y tuvo suerte, Néstor podría haber prohibido el contacto hasta los veintiuno. Por eso ha vuelto ella a España precisamente este 1 de julio de 1961, porque Rodrigo cumple dieciocho años mañana. En septiembre ingresará en la universidad, está a punto de comenzar la aburridísima carrera de Derecho que el padre eligió para él, pero antes Olivia quiere disfrutar el verano con su hijo. Su primer verano juntos y sin el padre. Necesita comprobar que el hijo se ha convertido en un varón independiente para aligerar esa mala conciencia de madre escapista que nunca la abandona.

Olivia se vuelve hacia el espejo y se estudia atentamente. Primero el rostro, donde han empezado a aparecer las primeras arrugas. No importa, sigue conservando un cutis de muñeca de porcelana casi perfecto. Tiene cuarenta años y nadie lo diría. Todavía es una auténtica belleza nórdica, una rara avis en el paraje andaluz. Rubísima, alta y esbelta, de ojos azules. Por algo su marido quiso añadirla a su lista de pertenencias. Se vuelve para comprobar que su espalda sigue cruzada por una larga y ya casi imperceptible cicatriz blanquecina. Si ella hubiera sabido, pero no supo. Ya da igual. Néstor, víctima y verdugo, yace bajo tierra desde hace casi dos años. Como era de esperar, y a pesar de haberle ayudado la única vez que ya separados se lo suplicó, la había desheredado. Olivia solo pudo hacerse con la legítima. No le importó. Su propia herencia ya le proporcionaba el estilo de vida al que ella está acostumbrada. Todo hubiera sido casi aceptable de no ser por el sinvergüenza de Pierre. Pero no, piensa ella, no voy a permitir que ese *gigoló* me arruine las vacaciones con mi hijo. Olivia hace un gesto con la mano como para expulsar el pensamiento de Pierre de su cabeza y, al ver su reflejo en el espejo, se da cuenta de que el recuerdo del apuesto joven se difumina y se convierte en el de Manuel. Y le parece patético. Ella es patética. Pasará. Afortunadamente está sola en el cuarto y nadie tiene por qué enterarse de sus miserias, de lo que ella siente en lo más recóndito de su alma. Entonces se recoge el camisón por la espalda para ceñírselo al cuerpo y observar su figura esbelta. Todavía no es una mujer invisible.

Madelaine apagó la luz. Odiaba aquel cuarto. Allí no había nada suyo. De repente cayó en la cuenta de que tampoco en su piso de Olite había nada suyo. Por casualidad, había hecho una muy buena amistad con una mujer que podría ser su madre, Adela, vecina puerta con puerta de su piso de estudiantes en la calle Esquíroz de Pamplona y, cuando le contó que se iba a Olite de médica, resultó que poseía una casa familiar allí. Le ofreció alquilarle una planta. Madelaine aceptó encantada. Sentía algo especial por Adela y así el vínculo se mantuvo más allá de la etapa estudiantil. Casi se había convertido en una especie de madre en la lejanía, o más que eso. En algunos temas prácticos del día a día no imaginaba que una relación con una madre hubiera podido ser más estrecha, aunque, al fin y al cabo, qué sabía ella de madres. El ofrecimiento de Adela le resolvió el tema del alojamiento y mobiliario sin quebraderos de cabeza. Así pudo seguir viviendo como quería: sin posesiones personales, ni ataduras. El mero hecho de tener que darse de alta en una compañía de gas o electricidad o en una de telefonía fija se le hacía un pesado compromiso. Deseaba llevar su vida sobre sí misma. No acumulaba, no guardaba recuerdos, no poseía álbumes de fotos, ni siquiera fotografías en portarretratos. De hecho, ahora que lo pensaba, solo tenía unas fotos que guardaba en el cajón de la ropa interior: las fotos de su abuela Olivia que encontró en el desván. Tampoco sus libros eran demasiado personales, los típicos de Medicina que posee cualquier médico recién licenciado. Se había volcado en su profesión y apenas leía nada que no estuviera relacionado con la salud. No había novelas, ni revistas. Le gustaba viajar ligera. No pretendía quedarse en aquel lugar para siempre. Las pertenencias se volvían un asfixiante lastre en su cuello. Suspiró profundamente. Quería dormirse lo antes posible y que llegara el día siguiente. Cuanto antes se enfrentara a su nuevo problema, mucho mejor. Sin embargo, Morfeo no parecía que pensara visitarla tras el mal sueño, así que cogió el libro de *El príncipe negro*. ¿Por qué le había dado por comprar una novela? Iris Murdoch. La autora le había resultado familiar. Pero ¿de qué? Si ella no leía nunca ni sabía nada de literatura. Saltándose el prólogo de Álvaro Pombo, comenzó a leer la contraportada. Un escritor cincuentón con bloqueo narrativo. Un montón de personajes que crean un densa telaraña a su alrededor. Complejas relaciones sentimentales.

Madelaine volvió a poner el libro sobre la mesita de noche. No, realmente no sabía por qué había comprado el libro. Volvió a apagar la luz y se quedó con los ojos abiertos, explorando la oscuridad, intentando encontrar un resquicio por el que sumergirse en el sueño. De repente se incorporó de un salto, como llevada por un impulso irreprimible, y caminó con premura hacia el salón. La casa estaba a oscuras pero Madelaine no necesitaba encender ninguna luz. La conocía de memoria, cada mueble en su camino, cada escalón... Sus pies sobre el suelo de mármol frío la pusieron en estado de alerta mientras las sombras de la casa se inclinaban para saludarla. No pretendían asustarla. La querían, todo en aquella casa la amaba aunque no lo supiera percibir. De hecho, la casa llevaba tiempo esperándola. Madelaine sintió por primera vez que pertenecía a aquel lugar, quisiera ella o no, y que aquellos muros tenían todavía mucho que contarle, historias que ella no conocía. Abandonó la casa siendo casi una adolescente y sus visitas desde entonces habían sido cortas y huidizas. Huidizas porque evitaba un hogar atestado de cuadros, espejos y adornos en el que nada se podía tocar ni, menos aún, utilizar, y que más parecía un museo que una casa del siglo XXI. Ahora era una mujer hecha y derecha y quizá había llegado la hora de entender por qué su historia había sido como había sido. *Desde lejos llega el olor a muerte, muerte que hará nacer la vida.* Madelaine se volvió a sorprender con ese pensamiento martilleando en su cabeza (*desde lejos llega el olor a muerte, muerte que hará nacer la vida...*), como si se tratara de una tonadilla o una canción que no puedes sacarte de la cabeza; pero no, no era una canción de verano sino ¿poesía? Ella no era poetisa. ¿De dónde había salido? ¿Por qué había emergido de entre sus conexiones neuronales precisamente esa frase de enigmático significado?

Llegó hasta la enorme librería que cubría uno de los paños del salón azul, donde se encontraban los libros de su madre. Allí, ante el caos de volúmenes que se apilaban unos sobre los otros, comenzó a leer los títulos que figuraban en los lomos. La corriente de la noche, que la tía Clara se aseguraba de que entrara a diario para refrescar la casa, le acarició los tobillos desnudos y meció suavemente el camisón blanco de raso. Las ventanas estaban abiertas de par en par y por el enrejado se recortaba la sombra de los geranios, como siempre. Madelaine se volvió hacia la librería. Alumbrada por la luz de las

farolas de la calle finalmente los encontró. Estaban todos juntos. Iris Murdoch, *Under the Net*; Iris Murdoch, *The Bell*; Iris Murdoch, *The Sandcastle*; Iris Murdoch, *The Unicom*; Iris Murdoch, *The Italian Girl*; Iris Murdoch, *The Nice and the Good*; Iris Murdoch, *A Severed Head*; Iris Murdoch, *The Time of the Angels*... Por eso le sonaba el nombre. Y entonces lo recordó. La escena vino como un flechazo, directa a su retina. Su madre estaba leyendo, como siempre, totalmente absorta en la mecedora del saloncito verde, junto a la ventana. Ella llegó y tuvo que llamarla dos veces para que por fin levantara la cabeza del libro. Tenía una mirada extraña, como ida. Madelaine quería salir a jugar a la cuerda en el patio trasero y necesitaba que la acompañara. Había desarrollado su propio sistema para saltar a la comba. Agarraban un cabo de la cuerda al enrejado de la puerta y su madre le daba al otro extremo para que ella pudiera saltar. Dejó el libro sobre la mesa.

1976, San Gabriel

—Es curioso, pero siempre que pienso en Iris Murdoch me la imagino con el pelo verde —dice su madre pensativa.

—Nunca he visto a nadie con el pelo verde —apunta Madelaine con su lengua de trapo, fascinada ante la posibilidad.

—Ni yo —admite su madre sonriendo—. Pero hay muchas cosas que no he visto, así que ¿quién sabe? Me gustaría que hubiera gente con el pelo verde, y rosa, y morado.

Madelaine la mira entusiasmada. Sí, eso estaría bien.

—¿Y quién es esa señora? —pregunta la niña.

—La autora de este libro. Una mujer extraordinaria.

Madelaine se vuelve hacia el libro. No sabe leer y no saca demasiado en claro.

—¿Papá conoce a alguien con el pelo verde?

Su madre se queda pensativa, la coge de la mano y se la besa con fuerza.

—Pues no sé. Tu padre antes tenía amigos muy peculiares pero últimamente parece que prefiere a sus perros.

Su padre aparecía poco por casa. Siempre estaba en alguna finca o encerrado en la biblioteca. En las fotos aparecía como un hombre muy guapo, sonriente, siempre elegante. En realidad era solo una sombra. A Madelaine le gustaba más el de las fotos.

Iris Murdoch, la mujer del pelo verde. ¿Por qué diría eso su madre? Allí estaba Madelaine, ante una biblioteca impresionante, que ella recordaba igual que el día que su madre se fue. Seguramente, su madre nunca imaginó que no volvería. ¡Qué raro que la tía Clara no hubiera tocado nada de esa zona! Algo se revolvió en su interior. Un recuerdo que no era tal, sino una construcción de dudosa objetividad. Ya había podido comprobar que los recuerdos pocas veces son compartidos con exactitud: cada persona los almacena según su propia vivencia y esta puede hacer variar el hecho radicalmente. Madelaine no recordaba a su madre junto a aquella librería, esa en concreto. Unas estanterías de madera de pino emergieron de sus recuerdos. De niña recorriendo la casa en un triciclo rosa se había golpeado con una esquina de la librería. Se hizo una brecha profunda en la frente, aún le quedaba una marca leve. Su padre se enfadó mucho al enterarse de dónde se había golpeado, y discutió con su madre y con Clara. Al final empezaron a construir una librería a medida que debió de terminarse durante la temporada que ella pasó con las monjas, cuando su madre se fue.

Su madre se fue y se llevó los abrazos y los cariños, y la desolación que siempre la acompañaba. De ella, solo quedó una pintura, colgada en el pasillo de acceso al que fue su dormitorio, de un discípulo de Romero de Torres, amigo de su padre, y una foto de boda en la que se veía a sus padres en la sacristía de la iglesia junto a dos jóvenes desconocidos, hombre y mujer. Inmaculada vestía un vestido blanco muy sencillo y su padre un elegante traje oscuro. Los vestidos, apuntes, dibujos y notas a los que era tan aficionada, sus peines y joyas desaparecieron. Su madre debió de llevarse mucho con ella y lo que dejó terminó en la Caridad antes de que la niña Madelaine pudiera opinar. A la tía Clara le gustaba limpiar la casa de posibles recuerdos dolorosos. Los libros quedaron, seguramente, porque ella no los consideraba objetos personales. Y, sin embargo, nada había más personal, pensó Madelaine estudiando los lomos de los libros. Una parte del interior de su madre se había llenado de aquellas palabras escritas en las miles de páginas

que se encontraban ahora frente a ella. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Bueno, ella no entendió por qué su madre se fue sin despedirse. ¿Cómo pudo abandonarla allí y luego, para colmo, morir? Se daba cuenta de que todavía le guardaba rencor. El rencor había ido aumentando con los años, ella lo sabía. Haciendo un poco de autopsicología barata, se daba cuenta de que sus relaciones sentimentales podrían explicarse desde el trauma del abandono. Su madre, la persona más importante de su vida, a la que se encontraba más unida, su compañera de juegos y protectora, había desaparecido de la noche a la mañana, sin ni siquiera despedirse, y a pesar de querer convencerse de que el hecho de que no regresara fue producto de un destino fatal, Madelaine sentía que ese vacío la había vuelto desconfiada. En cierta forma, la había obligado a perder la inocencia. El tiempo puso fin a las lágrimas de la niña huérfana de cinco años, y haciendo uso de esa inteligencia práctica tan importante en la infancia, Madelaine se encargó de olvidar, de esconder el dolor en el fondo del corazón para poder sobrevivir. Lo hizo instintivamente. Sin procesarlo pero a conciencia porque, como se daba cuenta ahora, su madre había estado fuera de sus pensamientos durante treinta años. Sin embargo, en aquel momento, la curiosidad se presentó de manera inesperada. Inmaculada, su madre, tan diferente a ella, era una gran desconocida. *Desde lejos llega, y trae consigo dolor y frescura para la nueva vida. Lejos, ¿qué es lejos? Un adverbio de un mundo reglado por el hombre sin imaginación porque el lejos siempre está cerca. ¿Quién llega? Una novia ilusionada, una esposa desengañada, una viuda podrida.* Madelaine se giró hacia la ventana sobrecogida. ¿Qué eran todas aquellas palabras en su cabeza? ¿Eran producto de su memoria, almacenadas acaso en algún cajón de sastre olvidado? ¿O es que alguien las estaba poniendo dentro? El aire de la noche seguía introduciéndose pertinaz en la casa palacio de los Martínez Durango y la luz de las farolas pintaba de sombras aladas paredes y muebles, reflejando sus lunas eléctricas sobre el pulido suelo de mármol rojizo.

1970, *San Gabriel*

«No les he gustado. Yo no soy lo que ellas esperaban. Olivia parece al menos

apreciar el que pueda hablar de París, pero está claro que ella es una *bonne vivante* y yo... no», piensa Inmaculada mientras Clara le sirve el café.

—Así que no tienes familia —pregunta Clara en un tono cortés pero frío.

—No, supongo que mi historia les parecerá un poco dickensiana, pero me crié en un orfanato —responde Inmaculada intentando sonar ligera—. No tengo a nadie.

Clara y Olivia comparten una mirada de censura cómplice: lo que faltaba, una intelectual en la familia. Rosario es la única que sonrío, aunque, como su madre y su hermana, tampoco entiende la palabreja de Inmaculada. La literatura no es el plato fuerte de ningún Martínez Durango. Rodrigo, al que la terminología de su esposa le hace gracia, es el primero en romper el hielo.

—Es una mujer hecha a sí misma —afirma Rodrigo cogiendo la mano de su recién desposada y colocándola sobre su rodilla—. Todo lo contrario que yo, que soy un hombre echado a perder. Por mí mismo, por supuesto.

Rodrigo se ríe. Su madre sonrío. Rosario los mira con curiosidad. Clara tuerce el gesto. Inmaculada empieza a pensar que quizá haya cometido el error más grande de toda su vida. Como no puede notársele ni permitir que el veneno se introduzca en su organismo, toma un sorbo de café muy lentamente. Deja que la conversación discurra y tome el ritmo habitual de la familia. Ella quiere adaptarse.

—Mi hijo ha salido a mí —le explica Olivia a su nuera—. Es imprevisible y un poco alocado, pero es buen chico.

Inmaculada tiene unos hermosísimos ojos verdes, misteriosamente aureolados por unas ojeras muy suaves. No lleva maquillaje y sin embargo sus labios están perfectamente moldeados y rosados. Su pelo es largo y lacio, muy moreno, y le cae en cascada sobre la frente. Lleva ropa sencilla pero le sienta bien, traje sastre pantalón y una blusa verde agua de corte masculino. Sus caderas son el punto menos armonioso de su cuerpo, pero sin duda ejercen un reclamo irresistible en los hombres. Solo las sandalias y sus pies, un poco deformes, denotan una infancia dura con zapatos prestados. Rodrigo se levanta inesperadamente, exultante.

—Deberíamos brindar con champán, ¿no os parece? El café es para las prometidas. Inmaculada ya es mi mujer. Además, deberíais estar contentas. Os he ahorrado el montaje de una boda pomposa.

Clara no está contenta. Rosario mira las manos de Inmaculada con curiosidad. En su mano derecha luce el clásico anillo de matrimonio junto a otro mucho más glorioso: un diamante de corte marquesa que ha costado una pequeña fortuna. Y Olivia esperaba otro tipo de esposa: una mujer más mundana. Rodrigo ignora o no siente la decepción entre las mujeres, y se dirige al mueble bar a buscar el champán y las copas. A él le gusta Inmaculada. Es segura y vulnerable a la vez. Le permite ejercer su papel de caballero andante y, al mismo tiempo, sentirse protegido. Además, a pesar de ser moderna y liberal, es una mujer virtuosa, como ha podido comprobar en la noche de bodas.

—Así que os conocisteis en el Liceo —comenta Olivia.

—Sí, y gracias a una indisposición de la mujer del catedrático de Literatura Inglesa —explica Inmaculada—. El Círculo del Liceo no permite que las mujeres se hagan socias. Solo hombres y sus viudas. Resulta increíble en estos tiempos pero así es y por muchos años.

—Lo dices como si eso te molestara —replica Clara—. No veo yo por qué una mujer va a querer ir sola a un acto social.

Inmaculada la mira confundida. Se da cuenta de que se está descubriendo. Y se arrepiente. No quiere empezar con mal pie.

—Pues yo misma. A mí me encanta ir sola —salta Olivia cortante, sabiendo que lo que dice es una mentira. No le gusta ir sola, pero lo prefiere mil veces a encerrarse de por vida—. Qué interesante que las mujeres más machistas sean las que no se han casado.

Clara lanza una mirada de odio a su madre que a Inmaculada la asusta. Afortunadamente, Rosario interviene:

—Olivia, por favor, cada uno es como es. Además, mira, tú eres viuda. Podrías perfectamente ser miembro de ese Liceo, si papá hubiera sido socio, claro.

Inmaculada se sobresalta: ¿por qué Rosario llama a su madre Olivia en vez de mamá?

—Pero yo he viajado, salido y entrado con tu padre todavía vivo — responde la madre—. Y no pienso convertirme en una hipócrita a mis años. La hipocresía, como el conservadurismo estúpido, es signo de vejez y yo me siento muy joven.

Tampoco es cierto, piensa Inmaculada. Con cincuenta años cumplidos, Olivia no se siente joven. Sus ojos y el tono de su voz delatan amargura. Sin embargo, Inmaculada piensa que Olivia debería gustarle. Es una mujer que retiene todavía mucho de su pasada belleza. Retiene, aunque con más esfuerzos de los que son naturales. Lleva una media melena francesa que le cae estratégicamente sobre la cara y ropa moderna, confeccionada a medida por un buen sastre. Sobre el cuello, un largo collar de pedrería en tonos azules que, imagina, no es bisutería. El maquillaje, impecable, los labios rojo pasión que resaltan sobre la palidez de su piel, y su cabello rubio nórdico, seguramente, ya teñido. Resulta fácil imaginarla en una terraza de moda de Madrid con unas elegantes gafas de sol, paseando sobre unos altos tacones por boutiques de la calle Serrano, en Saint-Tropez, o en cualquier sitio elegante y cosmopolita. En cualquier sitio menos en aquel pueblo de Huelva. Le gustan sus comentarios porque denotan modernidad, pero algo en su interior avisa a Inmaculada de que ella y su suegra no tienen nada en común y de que la convivencia será dura. La frivolidad de la que Olivia hace alarde y la forma de escudriñar a su hijo cuando cree que nadie la observa ponen a la joven esposa en guardia.

—Y, por cierto, querida —dice Clara imitando el tono distinguido de su madre—. Ni se te ocurra llamar a tu suegra «mamá» o «madre». Ella es Olivia.

Su madre la ignora. Inmaculada se preocupa ya sin remedio. Es evidente que Clara tampoco se lo va a poner fácil. La hija mayor tiene rasgos duros, y, a pesar de su nombre, es oscura como la ropa que viste. Genera una antipatía automática. Inmaculada, que intenta siempre ponerse en el pellejo del otro y no quedarse en el mundo de las apariencias, siente que esa apariencia poco amable se debe a frustraciones retenidas en el estómago, que no en el corazón, pues resulta imposible imaginar que esta mujer sepa dónde se encuentra ese músculo. Sin embargo, todo tiene un principio, como Inmaculada bien sabe, y debe de ser difícil haber nacido de una mujer que parece más joven que tú y que se niega a asumir responsabilidades propias de su edad y posición en la casa. Según le ha contado Rodrigo, Clara ha ocupado el puesto que dejó su padre al morir, con el beneplácito de todos ellos. Lo mejor será evitar confrontaciones. De enemiga, podría hacerle la vida

imposible.

Y Rosario... Allí parece haber una historia diferente. Con su mirada curiosa, siempre a la sombra de la hermana mayor y de la madre... ¿Cómo será Rosario? Inmaculada no consigue ver más en la pequeña de las hermanas. Le gusta. Sí, hay algo en su forma de observarla que la atrae. Se parece físicamente a Rodrigo pero en versión campestre. Es una mujer que prima la comodidad en el vestir y que vive ajena a su aspecto físico. El corazón le da un vuelco cuando nota su mirada, y se vuelve asustada hacia su marido que sirve el champán entre bromas y chanzas, incapaz de leer entre líneas cuando las mujeres charlan. La recién llegada se fija en la marca de la botella: Moët & Chandon. Claro, francés, seguro que se trata de una marca carísima que ella jamás ha escuchado, menos aún saboreado. Debo dejarme de historias, se dice a sí misma, es en Rodrigo en el que tengo que concentrarme. Pero Inmaculada sabe que no está enamorada. Y sabe que esa es la razón por la que él ha querido casarse con ella: ha sido la única mujer que se le ha resistido, que no ha caído rendida a sus pies. Ella no tiene el corazón en el lugar que debiera. Lleva años sintiendo emociones raras y prohibidas, y los años empezaban a ponerla fuera del mercado. Aunque su posición en la universidad podía afianzar su independencia económica, eso no lo es todo. Quizá debido a la escrupulosa educación católica recibida que es incapaz de sacudirse de encima. Rodrigo la ha rescatado de una caída en picado, de una tragedia imperdonable que la arrastraría a la ignominia más absoluta. Por ello debe estarle eternamente agradecida. «Seré la mejor de las esposas», se suplica a sí misma Inmaculada. Y pinta en su rostro el papel de novia ilusionada.

—¿No te ha dolido dejar tu trabajo? —pregunta Rosario cuando Clara, Olivia y Rodrigo se entretienen discutiendo sobre una de las fincas que acaban de arrendar a un torero—. Rodrigo nos dijo que dabas clase de literatura en la universidad.

Inmaculada se vuelve hacia ella aturdida. No está acostumbrada a que nadie se interese por sus sentimientos.

—Sí, bueno, no sé. En la vida no se puede tener todo. Hay que elegir.

Rosario la mira muy seria, indescifrable. Apura su café y lo deja sobre la mesa.

—Yo suelo equivocarme con mis decisiones —dice finalmente sin levantar la vista hacia ella—. Seguramente por cobardía.

Inmaculada siente como si estuvieran ellas dos solas en la habitación. La conversación de su marido, su suegra y su cuñada se ha convertido en un murmullo de fondo sin importancia.

—Esto es un pueblo. Quiero decir que aquí no hay nada. Campo —le advierte Rosario.

Se miran a los ojos, como si se retaran mientras el resto de los presentes siguen envueltos en una conversación, ahora sobre una fiesta que da un primo lejano en su finca de Cáceres a la que madre e hijo planean acudir.

—He venido a crear una familia —responde Inmaculada encogiéndose de hombros.

Rosario asiente. Se levanta y sale de la habitación. Solo Inmaculada observa su partida. Entonces Olivia se vuelve hacia Inmaculada. No quiere ir sola a la fiesta. Sobre todo porque se ha enterado de que Manuel ha vuelto de América y no piensa encontrarse a solas con él. Necesita carabina y nadie mejor que su hijo. Ya está rezando para que su hija no se cruce con él.

—A ti no te molesta que mi Rodrigo me acompañe a la finca del primo Luisito, ¿verdad, querida?

—No, claro —responde Inmaculada un poco aturdida.

—Pues a mí no me parece apropiado —dice Clara molesta—. Aquí hay mucho que hacer y Rodrigo prometió ayudarme. Además debería quedarse con su esposa. Para eso se ha casado.

Inmaculada mira a Rodrigo sorprendida. ¿Es que planea dejarla allí sola? Rodrigo percibe la inquietud de su esposa. Pero él no va a renunciar al placer de la caza. Siente felicidad desde el momento en el que suena el despertador de madrugada, se viste y enfunda las botas apresuradamente, y sale a reunirse con el resto de los hombres que han nacido para gobernar el mundo. El mozo que le espera con la fusta en la mano, los perros organizados en jaurías, su adorado corcel árabe que compró hace dos años, ¿por qué debería cambiar nada?

—Cariño, es que a ti no te gustaría. Nos vamos de cacería. Ya sabes, armas, sangre, animales muertos. No es tu estilo.

—Ya, pero —intenta replicar Inmaculada, horrorizada ante la idea de

quedarse en aquella casa con Clara y con la otra hermana de la que no sabe qué esperar. Además, ¿qué significaba eso de que no era su estilo? Casi no se conocen ¿y ya la ha catalogado?

—Mañana mismo iremos a Sevilla y te compraremos una biblioteca, ¿qué te parecen quinientos volúmenes para empezar? Tú eliges lo que más te guste.

Inmaculada se queda abrumada. Eso significará un dineral. Rodrigo entiende lo que se le pasa por la cabeza y sonríe satisfecho. Le encanta dejarla boquiabierta.

—Será mi regalo de boda —concluye besándole la mano—. Quiero que hagas de esta tu casa cuanto antes. Vas a ser muy feliz aquí. Ya lo verás.

Olivia también parece contenta. Le sirve más champán.

—Todos vamos a esforzarnos para que seas aquí feliz y no te falte de nada.

Clara vuelve los ojos. Seguramente piensa que una biblioteca es un despilfarro. Inmaculada sabe que debería sentirse contenta, satisfecha. Como dirían en su barrio, ha pegado un braguetazo de primera. Quizá no está todo lo feliz que debería, pero es por su culpa, por pensar demasiado, por desagrado. Ella se excusa a sí misma convenciéndose de que la felicidad no es un estado permanente. Es huidiza y cruel, se te escapa de las manos como la arena. Las cosas siempre cambian y la gente inteligente no puede vivir en un estado de continua negación. Llega la realidad y las cosas son como son. Desde que conoció a Rodrigo vive en un globo y siente que el globo podría pincharse en cualquier momento. Se siente mareada por el champán. Las burbujas le cosquillean en la boca. Todo en la vida tiene un precio, y eso ella lo sabe bien. Su precio es haber dejado su trabajo, su mundo, en Barcelona. Estudia a Rodrigo, que charla despreocupadamente con su madre. Hace dos semanas, ni siquiera lo conocía. Se chocaron en el vestíbulo del Liceo. Wagner los unió. Ella llevaba el alma atribulada, un traje prestado y un acompañante también prestado que curiosamente había conocido a Rodrigo en casa de su hermano abogado. Tomaron una copa de cava en el entreacto de *Tristán e Isolda*. Las emociones desatadas por la música y el ambiente cargado habían sonrosado sus mejillas. Inmaculada se sentía inundada por un calor interior que mantenía su sensibilidad alerta.

Irradiaba entusiasmo. Le resultaba fácil estar relajada en un ambiente en el que no tenía nada que perder, pues no era el suyo, y no buscaba ni esperaba nada. Cuando sonó la campana que anunciaba el comienzo del tercer acto, apuraron el cava y Rodrigo ya había tomado una decisión: aquella mujer le interesaba. Él era de palabra fácil, bromista, encantador, caballeroso y divertido. Ella aceptó anotarle su teléfono en el programa de mano. A partir de ahí, la semana se convirtió en una sucesión de cenas, comillas, teatros.

Y cafés y copas en lugares que jamás había visitado. Durmió muy poco. Bebió mucho. Bailó incluso en lugares que no recordaba. Disfrutó de una manera diferente hasta olvidarse de sus problemas con la vida y sus circunstancias. Al final de la semana, estaba encantada con el papel de princesa que Rodrigo le había asignado; pero dispuesta también a decir adiós. El suyo había sido un encuentro que llevaba adherido el cronómetro de la cuenta atrás. Nunca esperó una propuesta de matrimonio tan alocada como había sido la semana. Ella necesitaba dar un giro radical a su vida, abandonar una amistad imposible que solo podía provocar dolor, y allí aparecía su oportunidad. Pero ¿por qué se ha casado él con ella realmente? Hay mujeres más bellas, más ricas, de alta cuna. Inmaculada no lo termina de entender. Lo achaca a la tensión sexual. Los hombres no parecen ser capaces de pensar cuando quieren llevar a una mujer a la cama y ella no era presa fácil. La noche de bodas él parecía haber disfrutado. Ella no, pero supuso que así debía ser. Se acostumbraría. A pesar de ser una mujer moderna, trabajadora y universitaria, ha sido criada en un orfanato de la periferia de Bilbao por unas monjas que le han inculcado valores tradicionales de los que no es capaz de escapar. Inmaculada quiere pensar en lo guapo que es Rodrigo, en su cuerpo atlético, en desearlo.

—Bueno, y entonces, ¿qué vamos a hacer? —pregunta Clara cuando el champán llega a su fin—. Habrá que presentarla a nuestros amigos.

A Inmaculada le molesta el comentario, pues parecen ignorar su presencia. La sitúan al margen de las decisiones que se toman en la casa. Se gira hacia Rodrigo esperando su mirada. Pero su marido se vuelve hacia su madre interrogante.

—Sí, claro —vacila Olivia—. Nuestros amigos querrán saber por quién has dejado de ser el soltero de oro de la provincia.

Olivia se vuelve hacia Inmaculada, la estudia con interés.

—Pero antes deberíamos ir de compras a Sevilla y hacer una visita a mi peluquero. ¿Qué te parece, querida?

«Que me queréis transformar. Que no os gusto. Y que no tengo más remedio que tragar», piensa la reciente esposa. Por una vez, Inmaculada desearía ser tan tonta como debe de aparentar. Pero al momento sonríe con dulzura y maldice su mala predisposición, sus suspicacias. Rodrigo la abraza y la besa entusiasmado.

—Pues no sé, no quiero dar trabajo, Olivia. Seguro que tú estás muy ocupada con tus cosas.

—Inmaculada, mantenerme con este aspecto, a mi edad, es verdad que me da mucho trabajo —responde Olivia bromeando—. Respecto a todo lo demás, Clara prefiere apañárselas sola.

—Además, a doña Olivia siempre le ha encantado jugar al hada madrina —concluye Rodrigo—. Y su peluquero hace milagros.

—Pensé que te gustaba mi pelo —dice Inmaculada insegura, pasándose la mano por su melena.

—Y me encanta. Pero ahora eres una mujer casada, con una vida nueva. Iremos a fiestas, al casino. No pretenderás quedarte siempre en casa como mis aburridas hermanas, ¿verdad?

Inmaculada niega con la cabeza y se siente aliviada, seguramente la tercera copa de champán tiene algo que ver. Por un momento, se ha visto sola en aquella casa mientras él sale de cacería. Ahora se abre una puerta nueva y la perspectiva de salir a un mundo desconocido la anima. Por otra parte, ella no es una mujer superficial. ¿Qué más da que la transformen? Seguro que la mejoran. Nunca se ha preocupado demasiado por su aspecto físico y quizá es hora ya de que lo haga.

2

EL FORASTERO

Por la mañana, Madelaine estaba agotada. Tenía la sensación de haber pasado toda la noche huyendo por un denso bosque, con matorrales azotándole las piernas, los brazos y la cara mientras escuchaba los apresurados pasos de unos desconocidos perseguidores. Le dolían el cuerpo y los ojos de mantenerlos alerta. Estuvo a punto de volver a sumergirse en un sueño que borrara todo el cansancio acumulado durante la noche. El dormitorio interior, y por tanto sin ventanas, estaba todavía invadido por el pesado silencio nocturno que trae la oscuridad total. Su conciencia le hizo reaccionar inesperadamente. Solo una rendija de luz sorprendentemente luminosa por debajo de la puerta le avisó de que el día había empezado hacía horas. Se volvió hacia la mesita de noche y cogió el móvil que acostumbraba a servirle de reloj y también de despertador. Marcaba las diez y treinta y cinco. Madelaine se levantó de un salto. Hacía años que no amanecía más allá de las ocho y media, pero claro, hacía años que no dormía en una casa palaciega andaluza con cuartos interiores, que confunden a la glándula pineal en el ajuste de los ciclos de vigilia y sueño. Los señoritos no madrugan, solía repetir la tía Clara. Y, aunque ella se levantaba temprano, y también su tía Rosario, ninguna de ellas puso a su sobrina ningún tipo de restricción en cuanto a madrugar. Madelaine creció, por decirlo de algún modo, desorganizada, al margen de las reglas que regían la vida del pueblo llano. Aunque los estudios y posteriormente el trabajo la obligaron a entrar en el sistema horario, ella no llevaba reloj de pulsera, y una temporada que lo intentó se sintió tan incómoda que terminó regalándoselo a una compañera

del internado de los jesuitas en el que estudió el bachillerato. Lo curioso es que su incapacidad de atarse al tictac de un mecanismo inventado por el hombre la volvió mucho más ordenada. Ella quería ser normal, integrarse, y, simplemente, sabía dónde tenía que estar en cada momento. Cómo calculaba los tiempos era un misterio incluso para sí misma, pero no solía llegar tarde a ninguna cita y sus compañeros sabían que, en general, era de fiar.

Madelaine se embutió en el pantalón vaquero y se puso una camiseta de algodón. Al atarse las sandalias la vista se detuvo en los cajones de la mesita de noche. Le picó una repentina curiosidad. Abrió el primero. Estaba vacío, como imaginaba, aunque un poco polvoriento. Sabiendo el poco polvo que se acumula en los cuartos interiores, con seguridad ese cajón no se había abierto en décadas. Metió allí su cartera, billetes de tren y el pequeño bolso que solía llevar a modo de bandolera. Abrió el segundo cajón. También vacío. Y el tercero y último. Allí tampoco había nada. O eso parecía hasta que, mecánicamente, introdujo la mano hasta el fondo del cajón y tanteó. Sus dedos tocaron algo, ¿piedras? Madelaine extrajo con cuidado un collar largo. Era muy hermoso, de piedras verdosas e irregulares. Un poco hippy, pensó Madelaine. Seguramente no tendría mucho valor. Sabía que la tía Clara guardaba todas las joyas en una caja fuerte empotrada en la pared y escondida tras un cuadro del salón, al estilo de las películas de detectives americanas. No se le ocurría cómo podía haber acabado el collar allí. Las piedras eran extraordinariamente suaves y frías. Madelaine se las pasó por los labios y sintió el dulce beso de la muerte, relajante, atemporal. Se colocó el collar y salió de la habitación.

La tía Clara la esperaba en la cocina. El café humeaba en la cafetera de metal que llevaba más de cuarenta años en funcionamiento. Madelaine pensó que sería extraño encontrar en aquella casa algo que tuviera menos de cuatro décadas.

—Tengo que llevar el sobre a las monjas —le explicó la tía Clara. Tenía prisa. Quería estar de vuelta antes de que llegara el inspector de Hacienda.

—Pero tía, ¿todavía sigues con eso?

—Siempre han sido quince mil pesetas y lo seguirán siendo. Fue nuestro compromiso para mantenerlas.

—Bueno, supongo que al menos llevarás el dinero en euros —dijo

Madelaine bromeando.

La tía Clara asintió y abrió el bolso para enseñarle un conversor electrónico de pesetas a euros.

—¡Qué remedio! Me he tenido que modernizar. Ahora son noventa euros con quince céntimos.

—Pero tía, las monjas viven ya de su trabajo en el colegio. Hasta donde yo he entendido, está subvencionado por el Estado.

La tía Clara la miró decepcionada.

—Hay que ver lo que cuesta que entiendas las cosas —se despidió saliendo por la puerta con el sobre en la mano—. ¡Son nuestras monjas, Madelaine!

Nuestras monjas. El adjetivo posesivo se quedó flotando en la cocina como una pesada losa. En San Gabriel, ¿qué no era de la familia Martínez Durango? El famoso sobre que las monjas recibían puntualmente todos los comienzos de mes desde hacía cuarenta y siete años era fruto de la lotería. Sí, a los Martínez Durango les tocó la lotería. A Madelaine, que nunca jugaba a nada, le parecía que las loterías y los juegos de azar eran cosa de gente humilde que sueña con cambiar de vida de un día a otro; o de ricos muy ricos, avariciosos que nunca tienen bastante. En el primer caso le parecía hasta comprensible, aunque sentía lástima por el dinero sacrificado en décimos y maquinitas de bares, que hubiera estado mejor invertido en ellos mismos. Un el segundo caso, le daba asco. El hecho de que un rico comprara un billete tenía algo de repugnante. Era obsceno e injusto que alguien que no adolecía de lo material fuera premiado por la suerte. Los Martínez Durango, ya inmensamente ricos de por sí, habían sido grandes aficionados a la lotería, y su persistencia fue recompensada con el Gordo de Navidad.

Pero como también eran muy píos y tendían a ver la presencia divina en todos los acontecimientos que los rodeaban, tanto en los afortunados como en los desgraciados, sintieron que aquel dinero no podía ir a su bolsillo. Al menos, no directamente. La conciencia del abuelo de Madelaine, don Néstor, dueño del décimo premiado, le advirtió de que aquel dinero, caído del cielo, ganado con tanta facilidad, podría convertirse en una manzana podrida. Y ya se sabe lo que es capaz de desencadenar una manzana podrida. Don Néstor, que según su hija Clara fue un santo «que tuvo que apechugar con lo suyo»,

decidió que emplearía el dinero en agradecer a Dios su infinita bondad con algo que sirviera para expiar el alma de los Martínez Durango. En realidad, pensaba sobre todo en el alma de su esposa Olivia, pues, como todos sabían, la vida que había elegido estaba reñida con la tradición católico-cristiana tradicional, estandarte y salvoconducto al paraíso de la familia durante todo el siglo XX. Olivia les había abandonado un día para no volver jamás, aunque en realidad sí que volvió, y, pese a que los hijos no lo sabían, volvió a petición de don Néstor, para ayudarle en un asunto que solo ella podía arreglar. Desde entonces, su actitud hacia la esposa descarriada cambió, aunque, por supuesto, no lo suficiente como para modificar su testamento. Como seguía sin fiarse de ella, decidió hacer lo posible por salvar su alma. Una mañana, don Néstor comunicó a sus hijos que él no podía permitir que su esposa ardiera en las llamas del infierno, porque, si bien su pecado era enorme e imperdonable, había en el fondo de su alma un resquicio de bondad por el que merecía la pena rezar. Ese era su deber cristiano. El dinero de la lotería fue puesto así a disposición del alma de Olivia en intercesión ante el Divino. Invirtió el importe íntegro en una fundación de monjas que pudieran ejercer una acción social, principalmente de educación de niñas y de cuidado de ancianos.

El primer paso era encontrar a las monjas en cuestión. Sus ancestros tenían raíces vascas y él, que era un hombre de fuerte carácter bajo un lustroso barniz de exquisita educación y que había sido criado en un matriarcado, se puso personalmente manos a la obra para encontrar las monjas más adecuadas para su fundación. Como toda empresa en la que se embarcaba, el nombre de los Martínez Durango no podía quedar manchado por una mala decisión: las monjas deberían ser algo realmente especial, ángeles de otro mundo que tocaran con su luz las miserias del pueblo. Así fue como el abuelo de Madelaine, junto a su hermana, la tía Alfonsa, salieron de viaje hacia el norte, en busca de una congregación que aceptara el reto. ¿Que por qué fueron hacia el norte? Una razón de peso guió su decisión: su difunta madre. Don Néstor había perdido a su madre siendo muy niño, pero la recordaba como un ángel de piel muy blanca, cabello azabache, alta, delgada, de pocas palabras y con un acento distinguido a pesar de haber sido una sirvienta en su juventud. Don Néstor pensó que sería maravilloso tener una

pequeña legión de mujeres como aquella en el pueblo. Se veía ya como protector y benefactor de aquel grupo de religiosas que lo adorarían con devoción y lo cuidarían como si de un niño Jesús se tratara. Quizá su esposa no fuera jamás capaz de cumplir con sus deberes, pero, sin duda, aquellas monjitas podrían cubrir con creces su necesidad de aprecio y engalanarían su imagen pública. ¿Quién dudaría de su santidad rodeado por aquellas almas puras? La vida le había puesto una pérfida fémina en el camino, pero él iba a demostrar que no había sido culpa suya y que don Néstor era solo la víctima de una mujer fatal.

El viaje para encontrar a sus futuras monjas se convirtió en una especie de aventura en busca del Santo Grial. Don Néstor y su hermana soltera doña Alfonsa viajarían el tiempo que fuera necesario hasta encontrar a esas vestales que se consagrarían al cuidado del pueblo. Doña Alfonsa, hermana mayor de don Néstor, que por aquel entonces tenía ya sesenta y dos años, era un ser odiado y temido en San Gabriel y su partida fue recibida como un regalo entre el servicio de la casa. Ella había sido la que había ordenado al capataz de don Néstor que se pagara a los trabajadores los domingos después de misa de seis y media de la mañana. De esa forma se aseguraba de que solo los que estaban en paz con el Señor y cumplían con sus obligaciones de buenos cristianos recibieran el fruto de su trabajo. Su fervor religioso era famoso en San Gabriel. No había misa en la que no se pidiera por ella y sus familiares, ni persona que durmiera a su servicio que no se viera obligada a la confesión semanal. Quizá fue su afición por los rosarios lo que le llevó a la colección de cuentas. Cuentas preciosas. Se decía que en cierta ocasión había querido viajar a la India para ayudar a los más desfavorecidos. Ayudarlos comprando las joyas que, según había oído, vendían a precios de risa. Sea o no esta una historia verdadera, lo que sí existía, como Madelaine había podido comprobar de niña, era una enorme caja fuerte empotrada en la pared donde se guardaban las joyas por ella acumuladas.

Tras más de mes y medio de peripecias por el norte de España, por fin dieron con lo que buscaban. La congregación de las Hermanas de la Dolorosa era una orden pequeña pero que había recibido gran número de vocaciones en los últimos años entre jóvenes vascas. La casa madre estaba desbordada y buscaban nuevas sedes donde poder llevar a cabo su labor social. Las jóvenes

novicias, de origen humilde, hacían gala de una austeridad y seriedad fuera de toda duda. Más aún, a los Martínez Durango les sorprendió la belleza de muchas de ellas, mujeres de rostros pálidos, ojos espirituales y cuerpos largos y esbeltos. La superiora inmediatamente asignó un grupo de seis a la misión y acordaron que la familia Martínez Durango les cedería una de sus casas y que garantizaría su manutención. A cambio, ellas se consagrarían a labores asistenciales y de formación. El plan consistía en que las monjas organizaran una escuela para las niñas del pueblo donde pudieran recibir educación primaria e instruirse en corte y confección, cocina y el resto de labores propias de su género. Con el tiempo, la enseñanza se ampliaría para que las muchachas más trabajadoras y necesitadas pudieran también estudiar contabilidad, taquigrafía y mecanografía, e integrarse, hasta el día de su matrimonio, al mundo laboral como secretarias.

Madelaine poco había vivido de aquella realidad. Ella no tuvo el privilegio de mezclarse con los demás niños del pueblo. En cuanto cumplió doce años fue enviada interna a un prestigioso colegio para señoritas de buena familia en las afueras de Sevilla. De nada valieron sus súplicas para quedarse en San Gabriel. La tía Clara había estimado ya que debía irse por su bien. Y así consiguió, además, que Madelaine pasara los veranos y el resto de vacaciones aislada, sin posibilidad de hacer amigos en el pueblo, observando tras las rejas cómo los niños pasaban por delante de su casa riendo, peleándose, haciendo mil planes, charlando de mil secretos.

También a ella, de niña, las monjas de la Fundación Martínez Durango le parecían ángeles. Cuando tuvieron que alejarla de la tragedia, estuvo viviendo con ellas varias semanas que quedaron para siempre en su recuerdo como las más felices de su vida. Más aún por el duro despertar que la esperó al volver a la casa de los Martínez Durango. Después de aquella estancia, ya solo las veía cuando pasaban por la casa a traerles dulces de Navidad y de Semana Santa, o en la iglesia, cuando cantaban las misas solemnes por las almas de sus difuntos... Sor Ángela, sor Concepción, sor Lucía..., una caricia de ellas, una simple mirada, bastaban para que Madelaine soñara con aquellos seres de otro mundo, envueltos en hábitos color crema que parecían flotar y que tan poco tenían que ver con las monjas que regentaban su colegio: de vestimentas negras, morenas, gorditas, bajitas y sumamente terrenales, siempre con un

enorme sello de oro en el dedo anular preparado para dar un coscorrón a la niña que no se supiera la lección, no dejara la ropa sucia en el cesto o se hiciera la remolona para ducharse.

Madelaine mojó la sabrosa torta de Castilleja de Inés Rosales en el café con leche. En Navarra, siempre tomaba el café pelado. Al saborear ahora la torta crujiente, sintió los sabrosos chispazos de ajonjolí y de anís que tanto le gustaban, y su madre, con su media melena francesa, su bata de raso color marfil y las gafas de pasta negra que se colocaba nada más levantarse de la cama, se apareció sentada también a la mesa, en la misma silla de siempre, disfrutando con su sentimental actuación de heroína romántica:

—Me llevé a los labios una cucharada de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que lo causaba...

Madelaine se echó a reír, y su carcajada liviana inundó la cocina.

—Pero, mamá, ¡qué cursi! Muy cursi —matizó con intención.

Inmaculada repetía esas frases de Proust en todos los desayunos pero cada vez con una entonación diferente. Una vez hacía de mujer feliz, otra de mujer desgraciada. En ocasiones se pintaba un bigote con el carbón de la cocina y actuaba como un señor muy estirado. Otras se ponía un moño muy alto. O unas coletas de colegiala. Siempre gesticulando con gracia.

—Hoy soy Madame Bovary.

—¿Quién? —preguntó Madelaine abriendo sus enormes e ingenuos ojos de niña con curiosidad.

—Soy una señora harta de su vida provinciana, su insustancial marido y su anodina vida sexual. Busco aventuras, pasión y excitación —dijo alzando la cuchara como si de una espada se tratara—. Seré una consumista manirrota, adicta a las boutiques y a los sombreros, una adúltera sin corazón, una hedonista sin escrúpulos. Seré una mujer dura e independiente a lo Bette Davis y me pondré el mundo por montera.

Madelaine no entendía nada. Demasiada información para una niña de tres años. Inmaculada, a veces, parecía olvidar la edad de su hija, y hablaba sin esforzarse por que la entendiera. Necesitaba comunicar, y Madelaine,

ahora, comprendió que su madre debía haberse sentido muy aislada en San Gabriel. Su padre no estaba nunca, la abuela iba y venía sin prestarles ninguna atención, y la tía Rosario había sido enviada a cuidar de unas propiedades en la sierra. Solo quedaba la tía Clara, y el servicio.

Madelaine vio cómo su madre se deshinchaba ante sus ojos. Inmaculada bajó la cuchara y comenzó a revolver el café lentamente, con la mirada perdida en los círculos concéntricos que se plegaban sobre sí mismos.

—No importa. Yo no me imagino con un ridículo sombrero de plumas en la cabeza —reconoció.

—Una montera sí te quedaría bien —la animó la niña sin saber muy bien qué era eso—. Los toreros llevan montera, ¿no? Y están muy guapos. Papá dice que llevan montera, no gorro.

A su padre el mundo taurino le entusiasmaba y las pocas conversaciones que tenía con su hija eran para versarla sobre el tema. Paco Camino era el torero más elegante, el Cordobés, un valiente, y el de Linares iba a convertirse en una gran estrella. A todos los conocía personalmente. Con todos había chocado saludo. De todos sabía anécdotas. Como la del torero que en Las Ventas fue presentado al doctor Marañón e impresionado por su profesión dijo: «Hay que *ve*. Hay gente *pa to en er* mundo». O la del café Gijón, donde, en una reunión de toreros, a un torero roñoso se le cayó un duro, y otro, fastidiado con sus miserias, prendió fuego a un billete de cien pesetas para alumbrarle y poder encontrarlo. Su padre siempre terminaba la conversación prometiéndole que pronto la llevaría a la Maestranza y que allí juntos verían los toros desde la barrera.

Su madre sonrió con ternura y le acarició la mejilla. Madelaine sintió su mano reconfortante y la agarró para retener unos segundos más sobre su rostro el calor dulce que desprendía. Cerró los ojos y sonrió: su madre estaba allí.

El timbre de la puerta principal obligó a Madelaine a abrir los ojos. Le dio un último bocado a la torta de aceite, apuró el café con leche y se apresuró escaleras abajo. Al pasar por uno de los espejos del pasillo se fijó en que ni siquiera se había peinado, pero otro pensamiento la entretuvo. Entre los

dientes se le había quedado una semilla de anís. Se preguntó por qué no compraba esas tortas de Castilleja en Navarra. La globalización llevaba los sabores de Andalucía a cualquier lugar; pero no era lo mismo. Sentía que pasaba un poco como con la manzanilla. En más de una ocasión había intentado llevarse unas botellas de manzanilla a Navarra. Al abrir allí la botella, todo el encanto del pálido líquido dorado se había perdido. Cada cosa tiene su lugar, y era justo que fuera así. Además, Madelaine sentía que allí, en el norte, a pesar de su espléndida gastronomía, se había olvidado de comer, simplemente se alimentaba. Había perdido el placer de la comida, ese con el que había experimentado sensaciones deliciosas en su infancia. Al final, son las cosas pequeñas y sencillas las que dan la felicidad, pensó. Y la felicidad puede estar en un instante tan efímero y a la vez tan satisfactorio como la que te produce una perfecta torta de Inés Rosales en la boca.

Cuando Madelaine llegó a la cancela, pensaba en la felicidad y en lo que nos complicamos la vida para conseguirla, y, de pronto, allí en el zaguán estaba él. Un hombre capaz de perderse entre la multitud...

—Buenos días, soy José Luis García.

Madelaine asintió. Efectivamente era un José Luis, ¡y García! Con todos sus respetos para los José Luises del mundo, y para las Anas y Marías, y para todos los García, López, Rodríguez y Pérez, ¿había nombres más comunes? Madelaine era de la teoría de que los nombres condicionan nuestra originalidad como personas. Esta era una teoría muy secreta, por supuesto, pues sabía que, de hacerla pública, sería muy poco popular. Un José Luis, en principio, solo podía ser una persona vulgar y corriente, alguien con pocas posibilidades de convertirse en un ser humano realmente interesante, porque ¿qué autor en su sano juicio pondría al héroe de su novela semejante nombre? Su teoría había empezado a tambalearse hacía ya años. En concreto, tras las vacaciones que pasó en Venezuela. En un pueblo cercano a Maracaibo conoció a un chiquillo llamado Micaelyacson y a un cincuentón que respondía al nombre de Frigorífico. La influencia de la cultura norteamericana y el consumismo que había llegado con la prosperidad petrolera había marcado a las clases más desfavorecidas. La bonanza dejó tras de sí una estela de nombres imposibles que hoy habían alcanzado ya a España, arrastrados por la inmigración. Jacqueline, Yéremi, Yamilas,

Dámaris..., nombres prestados de otras culturas, o adaptados, o sacados de culebrones, o mal interpretados o inventados. Para Madelaine, un nombre extravagante empezaba a ser solo sinónimo del origen cultural de una familia.

—El fiscalista, supongo —dijo Madelaine.

«*Doctor Livingstone, I presume?*» José Luis intentó esbozar una sonrisa pero no pudo. Le molestaba que una mujer hermosa hubiera hecho el papel de Stanley y, una vez más, hubiese quedado tan evidente quién era él. Hizo un esfuerzo por no ofenderse. Sí, es verdad que físicamente representaba con fidelidad el prototipo de fiscalista o contable. Al menos, el que aparece en las series de televisión: de mediana edad, corte de pelo pulcro y gafas de montura al aire, de altura y complexión media, con una ligera chepa que le hacía parecer más bajito de lo que era en realidad, seguramente producto de haber sido el más alto de su entorno familiar. Los rasgos faciales, cuadrados y armoniosos, se veían suavizados por unas incipientes canas en las sienes que aclaraban su negra cabellera. Los ojos eran azules, grandes, claros y limpios; pero Madelaine, aunque solía fijarse en esos pequeños detalles de los hombres que se cruzaban en su camino, no los vio. Ella solo percibió un hombre severo que venía a complicarle la vida y su mirada oscura la delató sin remedio.

—Y supongo que usted es Madelaine Martínez Durango —dijo José Luis cambiándose el maletín de mano para saludarla. Madelaine pensó: «Un hombre a un maletín pegado».

—Sí, erase un hombre a un maletín pegado —dijo él sintiendo su mirada. Madelaine se sobresaltó. ¿Había escuchado su pensamiento? José Luis forzó una sonrisa cordial. Iban a pasar un tiempo juntos y lo mejor sería comenzar con buen pie. Sabía que su presencia imponía y que, cuanto más bajas estuvieran las defensas, antes terminarían. Sin embargo, le sorprendió comprobar que su broma amable solo había servido para incomodarla—. Perdone. Era solo una broma. Mala, por lo que veo —se disculpó José Luis al darse cuenta de que ella enmudecía. Maldijo sus tonterías. Ni siquiera sabía por qué había dicho eso. Extendió la mano hacia ella—. ¿Hacemos las paces y le prometo no hacer más chistes? Siempre se me olvida que un fiscalista seguramente no tiene mucha gracia, ¿verdad?

Madelaine esbozó una sonrisa, confusa, inocente, incomprensible..., y, al

estrechar las manos, José Luis sintió una extraña corriente eléctrica que le zarandó las entrañas. El traje gris, la camisa blanca y la corbata de tonos azules, al instante, le asfixiaron como si de una mortaja se tratase. Su atuendo lo transformaba, no, lo disfrazaba, ocultaba al hombre que era. Mientras se dejaba conducir hacia el despacho, José Luis se molestó consigo mismo. ¿Qué le importaba que aquella mujer fuera capaz de distinguir quién era él al margen de su profesión? Era solo una niña rica y malcriada que no había sido capaz de poner orden en un patrimonio heredado.

José Luis reconocía que tenía prejuicios contra las clases altas. Le daba rabia comprobar, una y otra vez, y a pesar de lo maniqueo del razonamiento, que los ricos son ricos porque engañan y abusan de los más débiles. No tienen escrúpulos porque lo suyo es suyo y lo de los demás también. El resentimiento del inspector no provenía, ni mucho menos, de unos orígenes humildes. Su padre había sido un médico oterrino de prestigio durante el franquismo, y su madre, aunque nunca trabajó fuera de casa, aportó al matrimonio una pequeña fortuna por parte de una tía gallega que murió sin descendencia. La familia García siempre vivió cómodamente en un amplio piso de Serrano, con una chica de servicio interna y dos externas. Pasaban las vacaciones de verano en Fuenterrabía y, en el invierno, esquibaban en Formigal. Todos los hijos tuvieron educación universitaria. Resultado: dos médicos y dos abogados. José Luis, el tercero en la línea sucesoria de los García Barreira, había sido, con diferencia, el más brillante. Sin embargo, debido a su empeño por permanecer en la función pública, no había prosperado como los demás. Recién superados los cuarenta, podría haberse convertido, sin traumas ni presiones, en un hombre acomodado que, eligiendo el partido de los fuertes, demostrara su buena cabeza, tal y como habían hecho sus hermanos. Sus padres nunca se entrometieron en sus decisiones, pero Javier, Antonio y Luis María solían ponerse muy pesados cada vez que se veían, pues sabían que compañeros de José Luis habían acertado cambiándose al otro lado del mostrador de Hacienda. ¿Por qué no podía hacer él lo mismo?

Porque a José Luis no le importaba el dinero. Siempre había tenido lo necesario para vivir como quería y para sostener a su familia, una familia que ya no existía. Por todo ello, a pesar de su aspecto conservador y la clásica

dirección que había tomado su vida personal y profesional, era, en su entorno, un rebelde impaciente que disfrutaba ayudando a distribuir un poco de justicia sobre la tierra. Los que habían trabajado con él en Hacienda decían que era inflexible e incorruptible. Un hombre difícil y serio, sin grandes ambiciones profesionales, que nunca se iba de copas con los compañeros ni aceptaba comidas de los clientes, no digamos ya otro tipo de favores. Sus hermanos, y, sobre todo, las mujeres de sus hermanos, criticaban el aislamiento voluntario en el que se sumergía durante meses, acentuado desde la desaparición de su esposa y los gemelos. En realidad, aunque ciertamente a él le costaba cada vez más acudir a las reuniones familiares, no era porque al ver a todos con sus familias sintiese pena de sí mismo, tal y como creían los demás, sino porque advertía que los años no habían hecho sino poner de manifiesto las diferencias entre sus vidas. Él cada vez se inclinaba más hacia los problemas que estaba trayendo la inmigración, las desigualdades sociales, o las obras de Madrid, que convertían a la ciudad en una jungla inhumana. Su familia, en cambio, se preocupaba por las acciones en Bolsa, las operaciones de estética, el golf, el Real Madrid y los exclusivos colegios de pago donde sus hijos podrían mantenerse imaculados. Él seguía coherente con sus gustos de juventud. Era un apasionado de la canción protesta de los setenta y de los cantautores que continuaban en activo: Serrat, Sabina... También de los americanos como Bruce Springsteen. Admiraba que ni los años ni el dinero hubieran arrastrado de su conciencia el hecho de que el arte puede cumplir también una función de denuncia social. Sus hermanos, que habían sido durante la juventud grandes fans de los Beatles y los Brincos, ahora no tenían tiempo para la música. Algún concierto en el Real de cuando en cuando para que sus esposas lucieran modelito. La hija mayor de Javier tocaba el piano y su madre insistía en renovar el abono del Auditorio todos los años, pero lo cierto es que cada vez les daba más pereza acudir. Los hermanos García Barreira cada vez tenían menos en común y, desde que sus padres fallecieron en la década de los noventa, primero su padre, y, año y medio después, su madre, menos razones para mantener las apariencias. O así lo pensaba el fiscalista.

Sin embargo, el mes pasado había sucedido algo que hizo que José Luis, el hombre inamovible, decidiera que quizá era hora de cambiar, dejar la

hacienda pública y hacer caso a sus hermanos. Tras un reconocimiento médico se enteró de que su corazón había sufrido varios pequeños infartos. «Avisos», los denominó el médico. Era hora de que empezara a cuidarse. ¿Cuidarse? Una palabra y acción vana, que le sonaba femenina, un lujo para el que los hombres como él no tienen tiempo ni necesidad. Se asustó. No quería morir. No así, sin haber construido nada. No estaba preparado y, de repente, quedó aterrado al darse cuenta de lo poco que había vivido.

De la noche a la mañana, Madrid le resultó una trampa, una jaula insoportable donde no podía respirar; y su oficina, un ataúd donde se había enterrado en vida sin siquiera pensárselo dos veces. Odió su vida oscura y triste. Aborreció el penar que sentía en el pecho desde la pérdida de su mujer y sus hijos y el haberse convertido en un bicho raro y desubicado. Quiso abandonar todo y se dio de bruces con la cruda realidad: no podía permitírselo. Toda una vida entregada al erario público no le había hecho rico precisamente. Entonces tomó el único camino posible. El mismo al que paradójicamente le animaban sus hermanos desde hacía años: decidió establecerse por su cuenta. Hizo números. Trabajando la mitad del año, podría ser libre la otra mitad. Quizá viajar, leer, aprender algo nuevo, trabajar para una ONG en la que creyera... No sabía muy bien qué iba a hacer con su tiempo libre cuando pudiera comprarlo, pero estaba convencido de que, a pesar de que su conciencia *roja* escociera al trabajar para el enemigo, aquel encargo con los Martínez Durango iba a ser la llave de sus primeros meses de auténtica libertad.

Pese a su sensibilidad hacia los que sufren, Madelaine guardaba, íntimamente escondidos en sus entrañas, los prejuicios ancestrales de su clase aristocrática, no tanto contra las clases más humildes, sino especialmente contra la clase media burguesa. Tuvo que reconocer que le había turbado la mano de aquel hombre insulso y corriente. Esperaba un apretón blando, ligeramente húmedo pero correcto. Había sido fuerte, masculino, y era ella la que tenía la mano sudada. Odiaba sudar, demostrar físicamente humanidad, y se sintió traicionada por sus glándulas sudoríparas. ¿De dónde venían los prejuicios de Madelaine? Porque no eran exactamente clasistas en el sentido

de considerar a las personas sin dinero, rango o educación, como de condición menor. No. Había conocido gente sin dinero, sin rango e incluso sin educación, que poseían un juicio propio y original sobre la vida y eso era suficiente para ella. Con el tiempo le divirtió descubrir, secretamente y a través de su pasatiempo favorito, el cine, que había otros como ella. En las películas de Visconti o Kubrick encontró el mismo sentimiento de repulsión elitista que ella sentía hacia los estereotipos, vinieran de donde vinieran. Esta sensibilidad especial para detectar y aborrecer la mediocridad llevaba varias generaciones en su familia. Para rastrearlo había que remontarse por las líneas femeninas del árbol genealógico, pues, aunque los varones también estaban llenos de complejos y prejuicios clasistas, estos se basaban simplemente en considerarse superiores al resto de los mortales. La originalidad era un concepto clave y exclusivo en el «prejuicio» de las mujeres Martínez Durango.

La bisabuela de Olivia por parte materna, Rosa María, fue la primera fémina realmente especial de la familia. Cuando nació, en la primera mitad del siglo XIX, la vida era dura para los campesinos castellanos. La mayoría se resignaban al papel que Dios les había dado en el mundo y se esforzaban por sobrevivir y cumplir con la Santa Madre Iglesia, que era la que intercedería por ellos en el más allá. No era el caso de Rosa María. La octava de once hermanas, hijas de un agricultor de Valdepeñas, no tenía fe más que en ella misma. De niña se cuestionaba las verdades de la Iglesia y hacía incómodas preguntas a los mayores sin recibir respuestas convincentes. A lo más, un disuasorio pescozón. El omnipotente cura siempre le pareció un farsante. Desconfiaba de su mirada, del poder del que hacía alarde ante sus parroquianos, a los que le gustaba aterrorizar desde el púlpito con sus furibundos sermones sobre los pecados de la carne. El convencimiento de que su instinto era certero se materializó cuando lo encontró, una calurosa tarde de verano, retozando en el arroyuelo con una moza de mala fama. Afortunadamente, la bisabuela de Olivia tenía el suficiente seso para darse cuenta de que si el cura se enteraba de que le había descubierto su vida se convertiría en un infierno. Supo guardar el secreto, pero, a partir de entonces, ya no pudo creer una sola palabra del ministro de Dios y decidió que, de ahí en adelante, ella misma juzgaría lo que estaba bien y mal. Sacudirse el peso

de la moral católica la hizo sentirse muy ligera. Desaparecieron los límites. Su vida dejó de estar predestinada. ¿Por qué tenía que aceptar la pobreza? ¿Por qué la humildad y la castidad? ¿Por qué no podía tener ella otra vida? Pero ¿cuál? Rosa María nunca había salido del pueblo y no tenía referencias de otra vida... hasta que un carruaje de paso hacia la corte se vio obligado a hacer parada en su misma casa. La ilustre viajera era una condesa embarazadísima que iba a Madrid a reunirse con su marido. El ajetreo del camino hizo que rompiera aguas y el destino que terminara pariendo en casa de Rosa María. Dos revelaciones tuvieron lugar aquella tarde inolvidable para la intrépida tatarabuela: que el dinero producía mujeres privilegiadas, de piel blanquísima y manos perfectas, y que, sin embargo, la naturaleza las igualaba con las de origen humilde en lo más íntimo, sucio y humano.

Al día siguiente, con su bebé en brazos, la condesa retomó su camino, pero dejó tras de sí un sueño. Rosa María, que entonces tenía quince años, prometió convertirse en una gran y elegante dama, como la condesa. La naturaleza la acompañaba: era muy hermosa, de piel pálida y ojos claros, y todavía no habían hecho mella en ella los rigores del campo. Se sentía ya deseada pero nunca se había enamorado. En su fuero interno, sabía que había algo más importante que casarse y tener hijos. Se creía inteligente, y en verdad lo era. Sí, no tenía cultura ni modales, y además se daba cuenta de que debía salir de aquel pueblo cuanto antes. Cuando del carruaje de la condesa no quedó ni la estela del polvo, Rosa María se dispuso a sacrificar lo que fuera necesario para conseguir su empresa. La oportunidad no tardó en aparecer. Corría el año 1847 y de Sevilla llegó noticia de una feria agrícola y ganadera que iba a celebrarse en el mes de abril. Uno de los bodegueros más importantes recibió encargo de transportar varias cubas de vino y Rosa María se las arregló para que la llevara con él. Convencer al bodeguero y escaparse de casa no le resultó tan difícil. Al bodeguero, que era un viudo bobalicón deseoso de encontrar nueva esposa, le aseguró que tenía permiso de sus padres y que lo pasarían muy bien juntos. Por su familia no se preocupó. No pensaba regresar y a ellos les vendría bien tener una boca menos que alimentar.

Durante el viaje, los temores hicieron presa de ella. ¿Y si se había equivocado? ¿Qué sería de su vida? ¿Tendría que casarse entonces con el

bodeguero como le había prometido con unos besos? Sin embargo, en cuanto llegaron a Sevilla, sus miedos quedaron de inmediato, si no borrados, al menos aturdidos por el brillo de la feria campera. La veintena de casetas situadas en el Prado de San Sebastián bullían en jarana exultante. Gente de campo, curiosos urbanos y miembros del ejército disfrutaban del ambiente eufórico que dejaban tras de sí los vinos de Valdepeñas, el aguardiente de Cazalla, la buñolería del Salvador, la chacina fresca y la música de los gitanos de la Cava. La reina Isabel II había autorizado una corrida de toros en la que actuaron el sevillano Juan Lucas Blanco y el gaditano Manuel Díaz, Lavi, con reses de los hierros de Taviel de Andrade y Francisco Arjona. Llegaron rebaños de borregas y cabras, piaras de cochinos y recuas de burros de Écija y Carmona. Los aristócratas tampoco quisieron perderse el acontecimiento y se pasearon en ostentosas carretelas. Rosa María, viéndolas pasar, se prometió que un día no muy lejano sería ella una de aquellas mujeres hermosas y llenas de gracia que, con sus trajes de alegres volantes, se exhibían por entre el pueblo llano. En tres días, la tatarabuela de Madelaine aprendió a bailar sevillanas, convenció al bodeguero para que, con sus primeras ganancias, le comprara un vestido elegante, y a un torero para que le presentara al conde de Los Altos Nublados. El conde, su hermano menor y otros dos amigos aristócratas con poco seso y muchas ganas de juerga, pronto cayeron rendidos a sus pies. La invitaron a comer pescaíto frito en la caseta de La Fonda y caldereta en Los Arados, y ella jugó sus cartas con habilidad. A pesar de no tener cultura ni modales finos, había en ella un aire de frescura y extravagancia que restaba importancia a sus carencias. Supo ocultar su procedencia, crear una historia rocambolesca que incluía orígenes aristocráticos venidos a menos, y la ilusión de que, a pesar de ser virgen y virtuosa, ninguna mujer podría hacer a un hombre tan feliz como ella. Sacó incluso provecho a su acento castellano.

El conde cayó rendido a sus pies. Desafortunadamente, no fue el único. El crápula de su hermano menor también se encaprichó de la forastera y se apresuró a hacerle una oferta matrimonial. La discusión entre los dos, aderezada por buenas dosis de vino y aguardiente, terminó en trágico duelo a la madrugada. Conclusión: el menor conquistó a la dama, y, por herencia directa, el título del condado. Y aunque Rosa María logró sus objetivos y se

convirtió en una gran dama, la maldición futura de los Durango se dice comenzó allí, ya que el nuevo conde murió dos años más tarde, torturado por el fantasma de su difunto hermano.

Pero, volviendo a la línea de sangre, el hecho de que Rosa María fue la primera con una repulsión visceral por la mediocridad y lo vulgar queda ejemplificado en la forma en la que vivió una vez que se vio con posibles. De viuda no le faltaron pretendientes de fuste, pues aún no había cumplido los veinticinco y poseía una belleza comentada incluso en Madrid; pero Rosa María decidió no volver a casarse. Había ya parido un niño, Aureliano César, y aquel heredero era todo lo que necesitaba para reforzar su posición ante su familia política. Tenía más que suficiente para hacer realidad su sueño y, buena conocedora del refranero popular y un poco supersticiosa, sabía que la avaricia puede romper el saco. Por eso, se instaló en un lujoso palacio en el centro de Sevilla y allí vivió bajo sus propias reglas, en guerra permanente con todo aquello que oliera a mediocridad, penuria o a pequeña burguesía. Sus extravagancias se hicieron pronto famosas y, aunque para la rancia aristocracia sevillana no era más que una arribista y una rica nueva, pocos se resistían a una velada en el patio de su palacio, donde el lujo y los entretenimientos más exóticos estaban garantizados. Loros americanos, gastronomía de la India, té moruno con hierbabuena y deliciosos pastelillos árabes, esencias misteriosas que se quemaban en recipientes de barro, flores desconocidas, artistas extranjeros, negros en el personal de servicio, muebles y objetos de decoración traídos de todas partes del mundo..., y una gran relación con los mejores cantaores, guitarristas y bailaores gitanos de la época.

—Bien, ¿por dónde quiere empezar? —preguntó Madelaine tomando asiento en su despacho. Hizo un gesto al fiscalista para que se sentase frente a ella.

—Por el principio, si le parece —respondió José Luis.

Madelaine le miró con curiosidad. Aquel hombre hacía alarde de una tranquilidad pasmosa. Supuso que estaría acostumbrado a que la gente se cohibiera en su presencia, impresionada ante su salvador, la única persona que podría protegerla de las garras de la temida Hacienda. Si hubiera sabido que, a él, su nuevo papel le hacía sentirse un cochino mercenario...

La ventana estaba abierta y una corriente de aire hizo que unos papeles sobre la mesa estuvieran a punto de terminar en el suelo. José Luis los cazó al vuelo y puso sobre ellos un pisapapeles de cristal, recuerdo de un viaje por Escocia del padre de Madelaine.

—No sé cuál es el principio —comenzó Madelaine con cierto sarcasmo—. Una historia como la de mi familia nunca tuvo principio. ¿Dónde están los principios? ¿En el cielo, en la tierra? ¿Dónde comienzan las cosas? Quizá debiera rebuscar en los libros de Platón que mi madre tiene en su librería. Será mucho más sencillo empezar por el final. Usted mismo, Dios todopoderoso en un mundo ordenado por Hacienda, podrá ponérselo.

José Luis suspiró. Había dos tipos de reacciones frecuentes: la del pelota que busca congraciarse con el fiscalista, y la del que saca las uñas para defender su territorio ante lo que considera un ataque a su privacidad, por mucho que hayan sido ellos los que le hayan contratado. He aquí un buen ejemplo de lo segundo, en reluciente armadura. Parte de su trabajo consistía en doblegar la resistencia y que saliera a flote la verdad. Al final, si no se hacían las cosas bien, si él no sabía exactamente los pufos y chanchullos de los libros, las cosas podían incluso empeorar. Era importante que aquella mujer le sintiera su aliado si quería hacer un buen trabajo. Y como su minuta dependería del dinero que consiguiera ahorrar a aquella familia, estaba dispuesto a esforzarse.

—Yo estoy aquí para ordenar su documentación fiscal. No tengo intención de poner ningún punto final a nada, así que quédese tranquila. De hecho, para eso me han contratado, ¿verdad? Para que Hacienda no arrase con todo.

—Perdone. Es que todo este asunto me fastidia. Mi tía me ha dicho que nos reclaman millones. Millones que no tenemos. Y si no podemos pagar, ¿qué pasará? ¿Me mandarán a la cárcel?

—No la voy a engañar, a veces ocurre, pero si hay buena voluntad y no ha habido mala fe, el problema suele resolverse con una multa. En general, todo tiene arreglo —concluyó con una sonrisa—. Especialmente si usted y yo trabajamos en la misma dirección.

Madelaine pestañeó atónita: ¿cómo debía interpretar aquello? ¿Estaba el ex inspector de Hacienda intentando ligar con ella? Pero José Luis ya no la

miraba. Abría su cartera, concentrado en lo que había venido a hacer, y Madelaine se sintió muy estúpida por haber sido tan mal pensada. Aquel hombre no tenía aspecto de seductor ni de perverso, aunque intuía un alma interesante escondida tras las lentes ya bifocales.

—Sus declaraciones de la renta son confusas y han estado ignorando los procedimientos administrativos durante años. Hay propiedades que aparecen y desaparecen, ingresos que no se justifican y pérdidas incomprensibles. Por no hablar de los negocios de ganado y corcho. En fin, necesito justificantes, papeles, libros de cuentas, títulos de propiedad, lo que tengan. Lo raro es que las alarmas no hayan saltado antes en Hacienda.

—Veo que mi tía le ha puesto al día de nuestros problemas. Ahí encontrará lo que necesite —respondió Madelaine, señalando detrás de sí. Varias estanterías cubiertas de libros de cuentas de todo tipo, pequeños y grandes, de colores oscuros y estampados, unos antiguos, otros antiquísimos; y cajas con papeles acumulados durante, no ya décadas, sino casi dos siglos, aguardaban las manos expertas del fiscalista—. En casa de los Martínez Durango nunca se tira nada —continuó Madelaine—. Todo se recoge y se guarda según las instrucciones de mi tía Clara. Ella es la que se ha encargado de la administración de las fincas desde que tengo uso de razón.

—Pero la propietaria es usted.

—Yo soy médica. No vivo aquí desde hace años. Pero si hay líos en nuestras cuentas, me considero la única responsable. La tía Clara está mayor y yo no quise volver. Le pido que no la agobie. Estoy segura de que nunca ha tenido interés en engañar a nadie.

—A veces no es cuestión de interés en engañar, sino de creer que lo suyo es suyo y que las farolas, los colegios o las carreteras surgen espontáneamente.

—Ya. Bueno, resulta que los Martínez Durango hemos construido este pueblo. Seguramente sin nosotros ni siquiera existiría. Incluso el colegio y la iglesia nos pertenecen, se hicieron con nuestro dinero. Creo que eso compensa por unas cuantas farolas, ¿no le parece?

Madelaine sabía que no hablaba ella sino su tía Clara por su boca. ¿Por qué? ¿Por qué se había puesto tan a la defensiva con aquel hombre que venía a ayudarlas? Por su parte, José Luis esperaba una salida de este tipo: una vez

más topaba con una cacique acostumbrada a hacer y a deshacer en su pequeño mundo. Pero el mundo era más grande, mucho más grande, y ya no se podía vivir según sus reglas. ¡Pobres soberbios! La llegada de la democracia les había hecho polvo.

—Necesitaré revisar toda esta documentación —dijo José Luis, que no pensaba meterse en una discusión sobre lo que los Martínez Durango merecían o no pagar al Estado.

—Bien.

—Me alojo en la pensión de Pepita, ¿la conoce?

—Todo el mundo la conoce. Pero no puede sacar nada de aquí. No quiero que se pierda ningún papel. Prefiero que usted venga y revise cuanto guste.

Aquellas habían sido las instrucciones de la tía Clara. No solo para que no se traspapelara la documentación, sino porque conocían a la gente del pueblo, y más a los de la pensión de doña Pepita. Solo les faltaba que hubiera gente curioseando entre sus cosas.

José Luis se volvió hacia los cientos de documentos apilados sobre las estanterías. Le esperaba un arduo trabajo, quizá de varias semanas.

—Pero a veces trabajo de noche. Estoy aquí para hacer esto, entiéndalo. Me convendría llevarme algo de trabajo a la pensión.

Madelaine, inflexible, negó con la cabeza.

—Puede permanecer en este despacho todo el tiempo que necesite. A nosotras también nos interesa que termine lo antes posible.

Especialmente a mí, estuvo a punto de añadir Madelaine, que estoy gastando mis vacaciones con este problema en vez de pasearme por los fiordos con el bello Mikel, o con Nacho, un urólogo estupendo que había conocido recientemente. A estas alturas seguro que ha encontrado reemplazo, pensó para sí, sorprendida de no haberse acordado de él hasta entonces. Pero no se quejó. No quería que pensara que era una irresponsable y una caprichosa. Sentía en su mirada que eso era exactamente lo que se le pasaba por la cabeza y no quería darle la razón. De nuevo volvió a molestarse consigo misma: ¿qué más le daba a ella lo que pensase ese tipo?

Madelaine dejó al fiscalista en el despacho y salió de la casa enfadada con el mundo. Bajó por la calle de García Lorca, antes del General Mola, en la que se encontraba el palacete de los Martínez Durango, y cogió la de la

Buganvilla. Los pocos viandantes que se cruzaba en el camino, mujeres haciendo recados y algún chiquillo, se volvían discretamente a su paso. Empezaba a apretar el calor. Madelaine se acercó a los edificios buscando sombra. Una anciana regordeta, vestida de negro, que quitaba los hilos a las habichuelas a la entrada de su casa, se quedó mirándola muy fija. Tanto que Madelaine no pudo contenerse.

—Buenos días —saludó Madelaine con frialdad.

—¿Se le ha estropeado el coche? —preguntó la anciana entornando la mirada.

—No —respondió Madelaine sorprendida. ¿Estaría confundiéndola con otra persona?—. ¿Nos conocemos?

—Claro, señorita. Yo le preparaba el desayuno todas las mañanas, ¿no se acuerda? Soy la Bernarda, con menos dientes porque la vida es injusta y nos quita lo poco que tenemos cuando más lo necesitamos —dijo muy seria, enseñando su boca mellada.

No, Madelaine no se acordaba. La anciana suspiró al darse cuenta.

—¿Ve? Hasta la memoria de mi persona me la ha arrebatado el dichoso tiempo. Usted me llamaba Berni.

Berni. Berni, la que olía a ajo, a naranjas y a lejía, y le pasaba la mano por el pelo todas las mañanas. ¡Claro que se acordaba! Los olores del pasado la envolvieron al instante y todo su enfado desapareció, arrastrado por la melancolía y por una sombra de pena de sí misma, de un paraíso que nunca fue tal pero que, al fin y al cabo, ya era un paraíso perdido.

—Claro, Berni. Disculpe. Hace tanto tiempo que no la veía. No sabía que viviera aquí, tan cerca de la casa.

—¿Y *adónde* iba a vivir? —preguntó la anciana extrañada.

—No sé, pensé que se habría mudado del pueblo o algo así.

—A punto estuvo de pasar eso. Desde luego, su tía lo hubiera preferido. Salimos de su casa como si fuéramos apestados —se quejó con amargura—. Yo no volví a trabajar. Mi marido consiguió trabajo en las caballerizas de don Manuel y a mi hijo Felipe su tía tuvo la decencia de contratarlo para cuidar la finca de La Lola.

—No sabía nada —dijo Madelaine, no muy segura de qué actitud tomar. Su tía le había dicho que el servicio les había robado y que eran unos vagos

en los que no se podía confiar; pero, recapacitando sobre lo sucedido ahora, no tenía mucho sentido que todos hubieran sido despedidos a la vez, aunque tampoco era de extrañar, conociendo los arranques de furia de la tía Clara.

—Pero, en fin, todo eso fue hace mucho tiempo. ¿Y cómo sigue todo por ahí dentro? —preguntó Bernarda señalando hacia el palacio.

—Como siempre.

—Sentí lo de doña Rosario. Sin ella no creo que doña Clara se las arregle sola. Tiene muchos *arremangos* pero los años no pasan en balde para nadie. Y, para muestra, míreme a mí, aquí preparando las habichuelas para ponerlas escabechadas. Dentro de poco, ni eso.

—Ya, seguramente tendremos que contratar a alguien que nos eche una mano con la casa —reconoció Madelaine.

—Eso habrá que verlo —comentó la anciana interesada—. La Juani siempre dice que su tía no contrataría a nadie del pueblo. Desde que despidió a Pepita y a Trini, que iban unas horas a planchar y mantener, se volvió aún más rara. Traerá a alguien de fuera, a alguna árabe o alguna sudamericana, seguro. Y si es sorda y muda, mejor que mejor.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Madelaine extrañada.

—Por la misma razón por la que nos echó a todos.

—¿Y cuál es? ¿Cuál es la razón? —preguntó Madelaine perdiendo la paciencia. Le fastidiaba comprobar que la gente del pueblo seguía atribuyendo secretos y perversidades a los Martínez Durango, cuando en aquella casa solo vivía ya una anciana desamparada, incapaz de causar mal a nadie.

—Eso tendrá que contárselo ella. A mí me ha ido muy bien siempre no metiéndome en la vida de los demás y no voy a cambiar ahora —dijo la anciana santiguándose.

Madelaine la estudió detenidamente. Bernarda mantenía la conversación sin dejar de pelar las vainas con una destreza mecánica admirable. ¿Cuántas habría pelado en su vida? Millones, seguro. No parecía tener prisa por terminar la conversación. Se hizo un silencio de unos segundos.

—Y usted, señorita, ¿qué? ¿No se casa?

A Madelaine le hizo gracia aquella pregunta tan directa y decidió ejercitar su deporte favorito: el escándalo.

—No; pero tengo muchos novios.

Para su sorpresa, la anciana no solo no se escandalizó sino que soltó una carcajada.

—Pues me alegro. Es usted muy guapa y ¿para qué hacer desgraciado a un hombre? —Madelaine la miró sin terminar de entender, intentando decidir si debía ofenderse, y la anciana continuó—: Pero eso no lo vaya diciendo usted por ahí, ¿eh?, que, como se entere su tía Clara, le va a echar una buena bronca. Bueno, aunque, pensándolo bien, a estas alturas, ¿qué podemos hacer ya los viejos?

—Me alegro de verla, Berni. No entiendo cómo no nos hemos visto en todos estos años, viviendo tan cerca.

—Pues porque usted siempre va en coche, señorita —respondió Bernarda con una lógica sencilla y aplastante—. Por eso le he preguntado si se le había averiado.

Madelaine tuvo que asentir ante una verdad tan obvia de la que, sin embargo, no se había percatado.

—Ese collar era de su madre, ¿verdad? —preguntó Bernarda entornando los ojos con interés—. Sí, es el mismo. Era su favorito. Mi nieta dice que todo vuelve a ponerse de moda.

—Todo vuelve —confirmó Madelaine tocándose el collar y sintiéndose orgullosa de su herencia—. ¿Se acuerda de mi madre, Berni?

La mirada de la anciana se turbó. A Madelaine le pareció notar que incluso se sonrojaba.

—Claro que me acuerdo. Era muy lista. Tenía la cabeza llena de historias. Leía mucho.

—¿Y qué más? ¿Sabe? Yo no me acuerdo tanto de ella. A veces vienen momentos en los que la veo con claridad, pero intento dibujar su rostro en mi cabeza y no puedo.

—Es lo que tienen los muertos —dijo Bernarda desviando la mirada—. Son huidizos. Y así debe ser.

—¿Se acuerda de cuándo se fue?

—No. De eso no me acuerdo —respondió muy seria—. Yo llegué una mañana y ya no estaba.

Madelaine sintió que a la anciana le angustiaba la conversación. No

quería seguir por ahí. Seguramente le dolió la muerte de su madre. ¿Para qué importunarla?

—Dicen que yo me parezco a ella —comento Madelaine.

—Sí, un poco. En los ojos. Pero a mí me recuerda más a su abuela Olivia.

Caramba, ¡alguien que hablaba de su abuela Olivia sin hacer un gran misterio del asunto!

—¿La abuela Olivia? Pero si yo la he visto en fotos y era rubísima.

—¿En fotos? Pues mire que me extraña. Su tía nos mandó a mi hermana y a mí retirar todas las de la casa cuando murió. ¿Dónde vio esas fotos?

—En el desván. Las encontré un día por casualidad en una caja.

La anciana suspiró con picardía.

—Ah, entonces es que la bruja de Clara no se atrevió a tirarlas. Tuvo escrúpulos después de todo. Al fin y al cabo, era su madre. En el fondo es una supersticiosa de primera. No se puede tirar a una madre a la basura. Aunque sea en foto. Pues sí, me recuerda a ella, a Olivia, pero en moreno, claro. Era guapísima y traía a los hombres de calle. Esa era su maldición. El abuelo de usted era un hombre de apariencias. Nunca sabías muy bien lo que estaba pensando. Imponía respeto, eso es cierto —concluyó Bernarda con la mirada lejana—. Hace bien usted en no meterse en líos. ¿Qué necesidad tiene de complicarse la vida con un hombre? El matrimonio solo es para las que saben aguantar, y ustedes, las mujeres Durango, no son capaces. No es que las critique, porque, digo yo, total, ¿para qué, con lo tranquila que puede vivir una sola?

—Sí, eso mismo pienso yo —asintió Madelaine.

Berni sonrió y dos enormes palas delanteras, las únicas que habían sobrevivido al paso de los años, anunciaron la entrada a una boca oscura, caverna prehistórica donde nuestros antepasados buscaran cobijo.

—La niña Madelaine tendrá más suerte, se lo digo yo. Que por algo me llaman la Vidente.

—Ah, adivina usted el futuro —dijo Madelaine divertida.

Bernarda soltó una sonora risotada.

—No, la verdad es que yo de bruja, poco. Vamos, nada de nada, hija, que si no mejor me hubiera ido en la vida. Es por los dos dientes que me quedan: bidente.

Madelaine estalló en carcajadas.

—Un día de estos, ahorro lo suficiente y los obligo a cambiarme el mote. Ya verá —dijo la anciana sin perder la sonrisa.

—Adiós, Berni, me ha encantado verla. De ahora en adelante, dejaré el coche en casa de vez en cuando.

La anciana asintió y empezó a recoger las vainas para entrar en su humilde casa mientras Madelaine continuaba su camino. Fue entonces cuando advirtió que no sabía adónde iba. Caminó entre las calles y una desazón empezó a carcomer la ligereza de la que le había imbuido su conversación con la antigua sirvienta. Era terrible no saber adónde ir. ¿Por qué había salido de la casa? ¿Por qué no podía aparecer como una rica ociosa ante el fiscalista? ¿Le importaba, acaso, lo que él pensara? Ella, como sus tías Clara y Rosario, no podía soportar el que los demás pensaran que era una vaga irresponsable. La sangre azul tiene sus obligaciones, decía la tía Clara. Por una parte, el aristócrata debe mostrarse dueño del reloj, disfrutando del privilegio que supone controlar el propio tiempo. Puede levantarse cuando le venga en gana, comer a deshoras o trasnochar sin miedo al amanecer. Pero, por otra, su existencia en el mundo debe quedar justificada con una contribución, del tipo que sea, que deje constancia de su naturaleza superior. Madelaine se hallaba sumida en estos pensamientos cuando se encontró fuera del pueblo, frente a una bifurcación de carreteras. La principal conducía a Sevilla, la otra serpenteaba, enlazando una ristra de aldeas de la sierra. Tomó la carretera secundaria. No quería cruzarse con nadie. Los campos de olivos y alcornoques se derramaban a izquierda y derecha, sobre las colinas suaves. El sol de la mañana abrasaba. Claro que allí no iba a cruzarse con nadie. Qué loco se aventuraría por esa carretera, a pie, a aquellas horas. Sintió el collar de piedras sobre su cuello. Parecía haberse vuelto más pesado. De hecho incluso sentía que le tiraba del cuello. Tocó las piedras, que estaban extrañamente frías. Eran muy suaves, ovaladas, de formas irregulares. Se salió de la carretera para dirigirse a un olivo centenario. Allí, bajo su sombra, se sentó en el suelo y se quitó el collar. No lo recordaba en el cuello de su madre, y, sin embargo, Berni había dicho que era su preferido.

1971, *San Gabriel*

—Lo compré en Cáceres la pasada Semana Santa —dice Rosario sonriendo.

Sus ojos son los de una niña entusiasmada con el hallazgo. Es un collar precioso, de piedras verdes ovaladas e irregulares. Único. Irrepetible. Como el momento de frivolidad que se ha permitido una mujer espartana de ínfimas necesidades. Inmaculada lo entiende. Entiende su ilusión. O más bien la comparte. Tampoco ella es una mujer proclive a las frivolidades, pero, cuando están juntas, Rosario se siente alegre y eso a Inmaculada le gusta. La pequeña satisfacción de su cuñada hace que su papel en aquella casa sombría se justifique. Supone un alivio, momentáneo al menos, frente al aislamiento diario. Inmaculada se acerca para tocar el collar y siente una paz y una dulzura desconocidas. Un silencio poderoso y expectante ocupa el saloncillo verde y solo el tictac del reloj de pared alerta del paso del tiempo.

—¡Qué cuentas más suaves! —dice Inmaculada rozándolas con los dedos—. ¡Qué agradable el tacto frío y terso de la piedra! Es como tocar las lágrimas de la Virgen de los Milagros, la Virgen de la capilla de las monjas con las que me crié. Me imaginaba así sus lágrimas. No cuando salían de sus ojos, claro, pero sí después. Pensaba que no podían ser de agua salada como las de todo el mundo porque ella era de piedra y su dolor demasiado grande, tanto que debía materializarse en perlas o en cuentas hermosas, sólidas, imperecederas. Como las de este collar.

A Rosario le encanta escuchar a su cuñada decir cosas que nadie dice. A pesar de la timidez de Inmaculada y de encontrarse claramente desubicada en el microcosmos de los Martínez Durango, su imaginación es un potro alocado que vuelve su mundo del revés. Ni la rigidez y el oscurantismo de Clara, ni el colorista hedonismo de su madre, han atraído nunca a la hermana mediana. Con Rodrigo simplemente no se lleva. Circulan por universos paralelos, condenados a no encontrarse jamás. En cambio, Inmaculada sí vibra en la misma tesitura, aunque, a diferencia de ella, puede soltar amarras y abandonar las convenciones, al menos mentalmente. Su poder de ensoñación la libera y, luctuosamente, también la atrapa, como la mariposa bajo la red del coleccionista. Su hermano no comprende a su esposa, de eso está segura. Tampoco se molesta en hacerlo. Está demasiado preocupado consigo mismo,

intentando disfrutar sin tregua. Las palabras de Inmaculada han quedado flotando en el ambiente y Rosario siente su aliento cálido, con un lejano aroma a café, y el perfume floral que despide su cuello. Quiere preguntarle cuál utiliza. Lo encargará en Sevilla para vaporizarlo sobre su almohada por las noches. Pero no se atreve.

—Te lo regalo —le propone Rosario llevándose la mano al cuello para sacarse el collar en un gesto espontáneo.

—Oh, no, ni hablar —rehúsa Inmaculada—. Prefiero disfrutarlo en tu cuello y que me dejes tocar las cuentas de vez en cuando.

El rostro de Rosario se ensombrece de improviso. Inmaculada se vuelve hacia la puerta. Acaba de entrar Rodrigo.

—Ay, qué bien, cariño —le recibe Inmaculada con una amplia sonrisa—. Llegas justo a tiempo. Estábamos hablando de Cáceres. Me estaba contando tu hermana que es una maravilla. Yo no lo conozco.

Rodrigo va directo al mueble bar y se sirve un whisky. Parece aburrido y de mal humor. Lleva ropa de montar y las botas sucias. La barba de dos días remarca su masculinidad. Bien podría pasar por un actor de película italiana. ¿Por qué parece siempre tan insatisfecho si lo tiene todo?, no deja de preguntarse Inmaculada. ¿Tan infeliz es conmigo?

—¿Te pasa algo? —le pregunta Rosario.

—Nada. ¿Qué me va a pasar? —replica Rodrigo con frialdad. Levanta su vaso a modo de brindis hacia su mujer y su hermana, que se encuentran sentadas en el sofá, junto a la ventana—. Por la vida, que es bella. Tan bella como siempre lo ha sido y siempre lo será.

Rodrigo se bebe el whisky de un trago mientras contempla a las dos mujeres que le miran sin saber qué decir. Sus siluetas se recortan sobre la luz de la tarde como si de un cuadro de Sorolla se tratara. Tonos claros de sol mediterráneo golpean sus cuerpos femeninos produciendo pequeños chasquidos de luz de estrella. Hermosos colores que solo un genio puede capturar. A Rodrigo le provoca una quemazón en el estómago. Desea atrapar la belleza del momento, pero, como le sucede con sus propios deseos y sueños, se le escapa entre los dedos. Nada se solidifica a su alrededor, todo es etéreo, efímero. El contraluz no le permite distinguir sus rostros con claridad, pero se los imagina perfectamente. Confusos. Decepcionados. Piensan que es

un perdedor, un tipo inservible. Él es un hombre con talentos limitados y desaprovechados. Siempre ha habido alguien que ocupara la casilla de salida antes que él, que se le adelantara por la manga, dejándole sin cometido en la vida. Rodrigo sabe que solo hay una forma de soportarse y es entreteniéndose. Pero ahora no puede. No como quisiera. Sus amigos se han ido casando y están muy ocupados con sus vidas. Han madurado, o, al menos, eso creen. Inmaculada es su esposa ahora pero no es una opción. No quiere pasearla por sus ambientes, ni que conozca cuán desesperadamente necesita la evasión. No sería apropiado. Ni justo. Por otra parte, su madre y compañera de fatigas está ocupada. ¡A sus años! ¿Será por el sexo? No, no lo cree. Lo que Olivia necesita es cambiar de escenario y de compañeros de reparto para no caer en el tedio; y no la culpa. Ella eligió vivir así y, una vez viuda, no será él quien se lo eche en cara. Pero ¿qué puede hacer él con el bicho del aburrimiento corroyéndole las entrañas? Podría elegir otra vida, pero no se ve capaz si quiera de pensarlo. Sus inclinaciones gobiernan su cuerpo y su mente. Su deseo de placer constante le torna infeliz y lo sabe, pero se niega a sucumbir a la verdad. Entonces tendría que inventar otro Rodrigo. ¿Otro Rodrigo? En esta vida es imposible. Ya es tarde. Si al menos su madre volviera a casa... Ella es la única que le entiende sin cuestionarle.

—Rodrigo, me encantaría visitar Cáceres. ¿Por qué no organizamos una excursión? —propone Inmaculada con entusiasmo.

—Sí, ¿por qué no? —la secunda Rodrigo intentando demostrar el mismo entusiasmo—. Se lo diremos a Olivia cuando regrese de Sevilla. Ella conoce un par de sitios divertidos allí.

—No creo que Olivia esté disponible en una temporada —dice Rosario con frialdad—. Su nuevo amigo la mantiene muy ocupada. Deberías llevarla tú. Es tu esposa.

A Rodrigo le da pereza. Se le nota en la cara. Se sirve otro trago con parsimonia.

—Tiene toda la vida por delante para conocer Cáceres. Si lo hacemos todo ahora, ¿qué va a quedar para después? Además, Inmaculada tiene que cuidarse.

—Me cuido perfectamente —le responde su esposa enfadada. ¿Por qué asumen Rodrigo, Olivia y su hermana Clara que si no se queda embarazada

es por culpa de ella? Está harta del tema—. Si no quieres ir a Cáceres, tendrás que buscarte otra excusa.

Rosario la mira sorprendida. No esperaba que Inmaculada fuera capaz de hablar así a Rodrigo. Su hermano se ruboriza iracundo. Se siente humillado pero las palabras no le vienen a la boca. Nunca ha sido muy rápido de reflejos. En privado, Inmaculada ha tenido salidas poco apropiadas pero nunca antes en público. En público suele ser más bien tímida. ¿Qué le pasa? ¿Es que ha perdido el sentido del decoro? Bueno, en realidad, tan solo su hermana Rosario ha escuchado la conversación, pero aun así.

—¿Y por qué no vais juntas? Rosario ha estado mil veces en Cáceres. Será una guía de primera —propone Rodrigo intentando demostrar indiferencia.

La idea de que Inmaculada se entretenga, de que deje de estudiarle como si de un problema matemático se tratara, arrastra la humillación sufrida por su ataque, aunque queda un poso amargo que deja sedimento en su corazón. Podía haber escogido a cientos de mujeres, ¿por qué a ella? Porque era tranquila, serena, porque no sucumbió a sus demandas, demostrando así que era una mujer virtuosa, como debía ser una hembra. Porque era discreta, porque le admiraba, porque quedó embelesada ante él y sus excepcionales circunstancias. Sí, quizá las cosas no han salido como él esperaba exactamente, pero no se arrepiente porque ¿qué más se le puede pedir a una mujer? Se conforma con que no moleste. Y le dé un hijo, por supuesto.

—Me parece una idea estupenda —dice Rosario intentando contener su emoción.

Inmaculada sabe que la relación con su marido se sostiene sobre delicados engranajes. No puede permitirse descuidarla.

—No sé, cariño, yo preferiría que nos acompañaras. Además, a ti también te vendría bien salir de aquí. Llevas más de una semana sin ir a ningún lado.

—Y tú tampoco —le hace notar su marido—. Yo sí he salido. He estado dando un paseo por el campo.

—Ya sabes a qué me refiero. Yo soy distinta. Tengo mis libros.

—Y yo mis perros —responde Rodrigo empezando a perder la paciencia—. Y a ti, querida, que no se te olvide. Soy un hombre afortunado.

A Inmaculada no le gusta el repentino dardo sarcástico. Le duele. Ella se

esfuerzo por hacerle feliz, por ser una buena esposa. Rosario se levanta. Esta conversación no es para sus oídos. Sabe que su hermano no le perdonará si siente que ella le ha visto humillado y no quiere problemas. Se quita el collar y se lo pone a Inmaculada en el cuello como si de un amuleto de protección mágico se tratara.

—Voy a ver qué pasa con la cena —dice Rosario saliendo de la habitación.

Rodrigo asiente. Una vez que su hermana ha cerrado la puerta tras de sí, se vuelve con frialdad hacia Inmaculada.

—¿No es ese el tipo de cometido del que debería hacerse cargo mi mujer?

A Inmaculada se le llenan los ojos de lágrimas y se aferra a las cuentas del collar, maldiciendo la hora en la que, buscando un lugar donde encajar, entró en una familia que no tiene lugar para ella.

Madelaine levantó la vista del collar y lo vio, luminoso, lágrimas de una virgen de piedra, en el cuello de su madre. ¿Cómo había podido olvidarlo? Decenas de imágenes de Inmaculada y el collar de cuentas verdes se materializaron sobre las vibraciones que el calor producía en la carretera. Un espejismo que en el pasado fue real. Hace poco más de treinta años solo tenía que haber estirado la mano para tocarlo. Hoy solo la parte inanimada de la imagen estaba a su alcance. El collar resplandecía bajo el asfixiante calor y Madelaine no soportaba ni un minuto más el sol abrasador. Era hora de regresar a casa.

Calles empedradas y estrechas. Casas blancas y relucientes de una y dos alturas. Rejas de forja protegiendo las ventanas. Geranios encendidos. El sol del mediodía se imponía sobre las sombras. Madelaine tomó la calle del Castillo, llamada así porque conducía al punto más alto de San Gabriel donde se encontraban las ruinas de un antiguo castillo mudéjar. De él apenas quedaban unos muros sin forma, aunque quizá un día de estos resurgiría de sus cenizas gracias a alguna subvención de la Unión Europea. Solo sería necesario que un funcionario sensible en temas de patrimonio y cierta

conciencia con la historia pasara por allí. Mientras tanto, servía para que los niños del pueblo jugaran en el invierno a moros y cristianos. La furgoneta de reparto del bar Paco pasó por delante de Madelaine. A esas horas, puertas y ventanas estaban echadas para proteger el interior de los edificios del calor y, a la puerta de las casas, no habían quedado ni las sillas que por las tardes proliferaban incitando a la charla entre los parroquianos.

—¿Qué haces aquí?

Madelaine se dio la vuelta. Su tía Clara la miraba sorprendida.

—¿Es que no ha llegado el fiscalista?

—Sí. Ya está trabajando —respondió Madelaine.

—¿Y le has dejado solo? —la increpó la anciana molesta—. Se supone que tenías que quedarte con él, Madelaine.

—¿Para qué? Si yo no entiendo nada. ¿En qué voy a ayudarlo?

—Pues porque la casa no se puede quedar sola con un extraño —respondió la tía Clara ahora furiosa—. Parece mentira. Es que no sé qué tienes en la cabeza.

—Anda, tía, déjate de paranoias. Tú lo has contratado. Será de fiar, digo yo. No me lo imagino robando.

La tía Clara recapacitó. No quería enfadarse con su sobrina. Tenía que elegir muy bien sus batallas si quería que la escuchase.

—Está bien. Pero hoy en día uno no puede fiarse de nadie. Las cosas ya no son como antes. Se ha perdido el respeto y el sentido de la decencia. En el fondo, lo que pasa es que la gente no sabe cuál es su lugar en el mundo. Nadie parece conformarse con las cartas que le ha dado la vida.

—¿Y por qué iban a conformarse? No entiendo qué tiene que ver el respeto y la decencia con el querer progresar en la vida.

—Dios nos coloca a cada uno en nuestro sitio. Es prepotente intentar cambiarlo. Los seres humanos solo somos capaces de provocar caos a nuestro alrededor.

—Venga, no lo dices en serio. ¿Quieres decir que es justo que haya niños muriendo de hambre, hombres y mujeres que nunca podrán hacer lo que desean por carecer de lo más mínimo? Puedo darte miles, no, infinitos ejemplos de que entonces Dios mete la pata sin parar. Hasta tú deberías reconocer que la vida es mucho más complicada que eso.

La tía Clara soltó una fría carcajada.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Madelaine desconcertada.

—Nada, me estaba acordando de una historia —respondió la tía Clara y volvió a reírse.

Madelaine pensó que quizá su tía había empezado a perder la cabeza.

—Mi madre también pensaba como tú —se explicó la anciana.

—¿La abuela Olivia? —preguntó Madelaine sorprendida ante la facilidad con la que la tía Clara había mencionado esta vez a su madre.

—Sí —continuó Clara—. Recuerdo, siendo yo muy niña, antes de que naciera tu padre, que un fin de semana vino el obispo de Sevilla a celebrar algo, no recuerdo qué. Era un honor recibir la visita de un obispo y la tradición decía que se alojara en la mejor casa del pueblo.

El obispo siempre se había alojado con la familia Durango. Tanto era así que incluso en el palacio habían preparado una habitación permanente con una hermosa cama de dosel púrpura.

—Sí, recuerdo alguna de sus visitas cuando yo era muy pequeña —asintió Madelaine.

—Bueno, pues tu abuela se empeñó en traer de una de nuestras fincas del interior a una muchacha que era una bruta sin remedio. Un ser desgarrado, vulgar, más cercano en la cadena de evolución al mono que al hombre. Su única virtud era que cocinaba una sopa de picadillo gloriosa, un verdadero manjar como nunca he probado. Bien, Olivia aseguró que la convertiría en una señorita. Yo creo que lo hacía para fastidiar a mi padre, pero, en fin, esa es otra historia. La cosa es que se vistió a la chica con un uniforme impecable y la instruyó para que atendiera en la casa. Apenas llevaba una semana cuando recibimos la visita del obispo. Mi padre se encargó personalmente de preparar una cena digna de un rey y se le advirtió a la muchacha, Rogelia se llamaba, de que se limitara a servir y que no se le ocurriera abrir la boca. Si se dirigían a ella, debería responder brevemente con un «Sí, su ilustrísima» o «No, su ilustrísima». El obispo era una personalidad y merecía el más alto respeto.

La anciana soltó otra carcajada. Madelaine la miraba estupefacta. ¿Sería este tono humorístico una señal de demencia senil? Bueno, al menos la tía Clara había cambiado la expresión, reía y mencionaba a la innombrable

Olivia. Esta nueva versión de su tía, aunque poco comprensible, le gustaba más.

—Todos estábamos pendientes de Rogelia, esperando que metiera la pata, pero la muchacha parecía haber recogido vela y atendió la mesa con diligencia y seriedad. Mi madre, Olivia, estaba encantada con su obra, se le notaba en su sonrisa satisfecha cada vez que la chica entraba y salía del comedor. Entonces llegó la sopa. Rogelia acercó la enorme sopera al obispo y este tomó el cazo para servirse. Lo hizo con cuidado y de la parte más superficial. Una vez. Otra vez. La tercera vez que se sirvió, la muchacha, que con tanto esmero había preparado la sopa, no pudo aguantarse más y exclamó: «*Ajonde, ajonde*, su divina majestad, que en el culo está lo bueno».

Madelaine y la tía Clara estallaron en carcajadas. Los ojos les lloraban de risa. La tía Clara no se reía así desde..., bueno, seguramente desde que sucedió este episodio, hacía más de sesenta años. Qué vida más poco alegre había tenido. La tía Clara sacó un pañuelo del bolso y se enjugó las lágrimas.

—Bueno, como verás este es un caso divertido pero ilustrativo. Es lamentable que la gente quiera cambiar su lugar en la vida por culpa de las ideas que otros les meten en la cabeza. Vamos, si no fuera por la televisión, muchos no desearían ser lo que no son, ni tener lo que no tienen. Pero, claro, se les anima, peor aún, se les incita a pensar que su vida no es lo suficientemente buena para ellos y que se merecen más. Y eso no es verdad. Es una gran mentira. Además, tampoco es justo. El deseo que otros siembran en nuestro corazón no hace sino conducir a la sociedad al caos. Las cosas son como son. Cada cual tiene su lugar y la felicidad está en saber cuál es tu lugar y contentarse con él.

—No sé, tía. Entiendo lo que dices y es verdad que el deseo permanente de mejorar no nos hace más felices, pero eso no quiere decir que tengamos que contentarnos con lo que nos ha tocado en la vida. Tu planteamiento es un poco maniqueo.

—Extiende una mano y te tomarán el brazo. Hay cosas que no admiten las medias tintas. Mira el hijo de la Felisa, un pobre chico feo como un demonio pero bien dispuesto para el trabajo del matadero. Le tocó un dinero en la lotería y se compró un coche de esos descapotables y carísimos. Pues resulta que eran las fiestas de Aracena y la hija del boticario le pidió que la

llevara con dos amigas. El chico daba brincos de alegría. Su suerte había cambiado. Por fin las chicas contaban con él. Poco le duró la alegría. De regreso de Aracena, perdió el control en una curva y se estrellaron contra un árbol. Dos de las chicas murieron en el acto, una tercera parece que saldrá adelante, y él, parapléjico de por vida. Ya me dirás tú qué bien le hizo a ese chico tener dinero.

—Quizá en ese caso tengas razón, pero otro chico con más seso o menos complejos con las mujeres podía haberle dado una mejor utilidad al dinero.

—Donde no hay mata, no hay patata, Madelaine —la cortó la tía Clara—. Así es la vida. Cada uno tenemos nuestro lugar y punto.

Madelaine no pudo reprimirse. Su tía Clara se lo estaba poniendo en bandeja.

—¿Tú eres feliz, tía? ¿Has sido feliz?

La anciana palideció y farfulló, enfadada consigo misma por haber hablado demasiado.

—Sí, por supuesto. Tengo mi conciencia tranquila.

—Ah, la conciencia... —saltó Madelaine con cierta sorna.

—Sí, es lo más importante —la interrumpió Clara con sequedad—. Aunque para morir en paz reconozco que me falta una cosa.

Madelaine la miró con curiosidad.

—¿Una cosa? —repitió—. ¿Qué cosa te puede faltar a ti, tía?

Clara la miró a los ojos, disfrutando con la revelación. Su voz no tembló, sonó segura y con un cierto deje de satisfacción malsana, seguramente basada en la convicción de que su sobrina sentía el sagrado vínculo del matrimonio como una pesada losa que notaba sobre su cabeza.

—Dejarte casada y con un heredero en camino, claro.

En otro momento, una declaración así hubiera provocado una carcajada de la joven médica, pero quizá fuera por el calor, o el lugar, o la compañía, o por la suma de todo ello, un escalofrío helado recorrió la espalda de Madelaine. Porque sabía que su tía hablaba en serio. Porque ante una afirmación tan rotunda, el destino estaba marcado. Porque ella, sin remedio, se veía abocada a ser parte de una cadena de la que llevaba años intentando liberarse.

—Ah, ¿y ya sabes con quién me he de casar? —preguntó Madelaine

intentando bromear, espeluznada ante la posibilidad de una respuesta afirmativa.

—No —respondió la tía Clara, y su sobrina respiró aliviada, aunque la falsa sensación de seguridad duró apenas un instante. La tía Clara no había terminado—. Pero tengo una idea que te comunicaré a su debido tiempo.

La conversación había tornado la calle empedrada en incómoda y las casas blancas y luminosas en un escenario fantástico, o más bien fantasmagórico. El contenido de aquella charla no tenía nada que ver con la realidad de Madelaine, ni con quien ella era: una joven de familia bien que había estudiado Medicina y pretendía dedicarse a ello el resto de su vida, lejos de las asfixiantes ramas del árbol genealógico en el que ella no había pedido estar. Clara no quería entrar en discusiones con su sobrina. Su fuerza futura residiría en retrasar en lo posible un enfrentamiento.

—Vamos a ver qué hace el fiscalista ese —concluyó la tía Clara cogiendo a su sobrina del brazo. Y esta se dejó, intentando que así se borrara una conversación que sería mejor olvidar.

—La historia de Rogelia es buena. ¿Qué pasó con ella? —preguntó Madelaine mientras caminaban hacia el palacete.

—Pues que volvió al lugar de donde había salido. Se casó con un muchacho de su clase y tuvieron varios hijos. Fueron felices y comieron perdices, o sopas hasta reventar.

—Aunque la historia no terminó como mi abuela esperaba, yo creo que sus intenciones eran buenas y eso es lo importante —meditó Madelaine en voz alta—. Intentó darle a esa chica una vida mejor sin esperar nada a cambio.

—Olivia siempre tenía un motivo para hacer las cosas. No te equivoques —farfulló la tía Clara fastidiada.

—¿Por qué la llamas Olivia si era tu madre?

—Porque ella nos instruyó para llamarla así. ¿Qué quieres comer hoy? —le preguntó cambiando de tema—. Tengo para hacer caldereta de costillas.

Madelaine no respondió. Necesitaba unos segundos para valorar si era el momento o no.

—O si prefieres puedo poner un poco de pescada frita —continuó la tía, ignorando el silencio.

—Recuerdo que, cuando yo era niña, te enfadabas cada vez que alguien mencionaba el nombre de la abuela. Incluso arrancaste las violetas del patio porque a ella le gustaban —persistió Madelaine. Al fin y al cabo, si no preguntaba, ¿cómo iba a averiguar?

—Sí, bueno, ahora ya soy mayor. He cumplido más años de los que ella tuvo jamás.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Los años ponen todo en perspectiva. Entonces estaba llena de resentimiento. Ahora solo me da pena. Sí, no pongas esa cara de incredulidad. Fue una madre que nunca quiso ser madre. Una esposa incapaz de guardar fidelidad. Si ella no hubiera sido así, mi padre no hubiera muerto como lo hizo, ni Rodrigo, tu padre, posiblemente tampoco, y la vida de mi hermana Rosario hubiera sido muy diferente. Rosario fue, de todos, la que menos se merecía la vida que tuvo. Se podría decir que he tenido mi momento de epifanía con respecto a mi familia.

—¿Ahora que están todos muertos?

—Sí. Ahora que he estado en este mundo más tiempo que nadie.

—Pero quizá te equivoques. Quizá solo sea un montaje de tu cabeza. No puedes comprobar si esa verdad, ese momento de epifanía del que hablas, es cierto o no.

—Me hace sentir mejor. Así que tiene que ser cierto.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿A ti también te arruinó la vida Olivia?

—No, yo estoy donde tenía que estar. Aunque hubo un tiempo en el que no lo vi así, no me imagino qué hubiera podido hacer yo mejor que cuidar de lo nuestro.

Llegaron hasta la puerta del palacete y se detuvieron ante la enorme puerta de roble. Madelaine notó que la mano de su tía temblaba al intentar meter la llave en la cerradura. Tras varios intentos infructuosos, Madelaine se animó a intervenir.

—Déjame, tía, que esta llave a veces se atasca —le dijo tomando la llave.

—No me protejas. Me falla el pulso porque estoy vieja y punto —respondió la tía Clara molesta, empujando la puerta para entrar. Madelaine la

siguió paciente: ¡qué carácter el de su tía!

1955, San Gabriel

—Ya sabía yo que estabas con Manuel —dice Olivia cuando Clara cierra la puerta tras de sí, a oscuras para no despertar a nadie.

Clara tiene dieciséis años, una figura estilizada y el rostro, si no bello, sí interesante. El pelo, recogido en una rápida coleta, le deja la amplia frente despejada. Las mejillas sonrosadas. Viste falda de cuadros en tonos marrones y un jersey verde aceituna. Olivia da una calada a su largo cigarrillo y la estudia muy seria. Lleva una larga bata de seda blanca sobre un camisón a juego, y la melena rubia le cae sobre los hombros. En la entrada de la casa, apenas iluminada por la luz de la luna que se cuele desde el patio interior, su figura reluce con un toque fantasmal. Su hija se ha quedado clavada en el suelo, esperando la reacción de su madre, que acaba de regresar de París tras varios años de ausencia.

—Te estás equivocando, Clara. Esa relación es nefasta para ti.

—Lo siento, de verdad. Yo... te prometo que no salgo más de noche.

—Eso me da igual —replica Olivia cortante—. Por mí como si no vuelves a casa. Ya eres mayor y sabrás cuidarte. Pero ya estás buscándote otro novio porque con ese tipo no sales más.

Los ojos de Clara denotan un odio centenario, sorprendente producción para el cuerpo de una joven, y guardan un secreto insoportable que la está ahogando.

—Tienes celos —salta Clara incapaz de contenerse—. Vi cómo le hablabas el otro día en la Feria.

—De él no se puede esperar mucho, pero tú tienes que entender que te está utilizando —responde Olivia, intentando ignorar el ataque de su hija.

—Va a dejar a su mujer. No es feliz con ella. Conseguiré la nulidad. Conoce a gente en el tribunal de La Rota... Ya lo verás, Manuel me quiere.

Olivia sonrío condescendiente y Clara se siente ridícula. Ridícula y llena de inseguridades. Su madre está a punto de cumplir los treinta y cinco y es la mujer más bella del mundo.

—No —niega Olivia con aplomo—. Me quiere a mí, hija. Como no puede tenerme a su modo, está intentando hacernos daño a todos.

—Eso es mentira. Me lo ha contado todo. Tú eres la que no se resigna, la que lo persigue. Tú sí que me das asco. Para eso has vuelto, ¿verdad? Para tener un lío con él. ¿No te da vergüenza?

Clara no entiende nada. Odia a su madre que ha regresado. Odia a su padre que ha permitido que regresara. ¿Por qué? Nadie lo entiende.

—Te está engañando —le asegura Olivia—. ¿Sabes por qué no acudió el martes pasado a vuestra cita en el olivar? Sí, no pongas esa cara. Yo sabía que habíais quedado, como lo sé cada vez que os veis. Pues no acudió porque estaba conmigo en Sevilla. Fuimos al casino y luego pasamos toda la noche juntos en el hotel Cristina.

A Clara se le llenan los ojos de lágrimas. Le gustaría no creerla pero sabe que lo que su madre dice es cierto. La aborrece. Aborrece haber salido de sus entrañas. Sus padres no se quieren, y no van a volver a estar juntos. Eso les ha quedado claro a todos, pero meterse con su novio es demasiado, incluso para ella.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque quiero asegurarme de que lo entiendes. Y me voy a acostar con él todas las veces que sea necesario para que entiendas que es un sinvergüenza.

—Eso es pecado. Eres una cualquiera. —A Clara le tiembla la voz.

Pero Olivia no va a ofenderse por semejante calificativo. Sabe la verdad. Empezó a descubrirse a sí misma el día que abandonó a su marido, asumiendo todas las consecuencias, y aunque, insatisfecha, siente que se encuentra en el camino.

—Salió la puritana. ¿Y lo que haces tú?

—Yo no estoy casada.

—Yo tampoco. Estoy separada.

—Ante los ojos de Dios...

—Ante los ojos de Dios, no estoy casada —declara Olivia molesta. No con su hija, sino con el mundo. Pero Clara no nota la diferencia. Nunca imaginaría las razones que mueven a su madre. Son un secreto que Olivia no desvelará hasta el día de su muerte.

—Solo quieres hacerme daño, que lo deje —replica Clara rabiosa—. No voy a escuchar tus intrigas.

Clara quiere irse a su cuarto, desaparecer de esa pesadilla inesperada que la aguardaba tras dos horas de amor y dicha completa. Pero Olivia está en su camino y ella se ha quedado petrificada en la oscuridad.

—Además, si eso fuera así y él es un sinvergüenza, entonces, ¿tú qué eres? ¿Una puta? —se atreve Clara.

Olivia le da una bofetada, rápida, inesperada...

—Yo soy tu madre. Y, aunque ahora estés cegada por tu estúpido enamoramiento, soy la única persona en el mundo que te quiere desinteresadamente, lo creas o no. No espero nada de ti. Ni siquiera que me cuides en mi vejez, así que ya ves. Lo de Manuel se acabó. Tiene treinta y ocho años. Odia a los Martínez Durango. Tu padre no lo va a consentir y si no terminas con esta insensatez te enviará con las monjas al norte.

Clara quiere replicar que le da igual. Pero no es así. Su padre es su padre. A él sí le llama padre. Él es su pasado, su presente y su futuro. Sabe que confía en ella para continuar con el legado de la familia. Sin él siente que la familia Martínez Durango no tendría sentido. Ella no tendría sentido. ¿Podría renunciar a todo por Manuel? Sí. Por supuesto que sí. Haría lo que fuera por Manuel. Él ha entrado en su cuerpo. Ella se ha dejado poseer. Se pertenecen. ¿O tendrá su madre razón y ella no significa nada para él? Tampoco Rosario creerá que es amor de verdad. Los posos del café predijeron engaño. ¿Qué le importa a ella su estúpida hermana y sus tonterías? No debe dejarse confundir. ¿Por qué el pensamiento de que su padre se entere le angustia de esa manera? Ella confía en su amor. Su amor es fuerte y está dispuesta a dar lo que sea por él. Pero la duda ha sido sembrada en su corazón, por su hermana, por su madre. Maldita sea.

Olivia se hace a un lado para que su hija pueda subir a su habitación. Clara pasa muy digna por delante de ella. Con la cabeza alta, en el mejor estilo Martínez Durango.

—Lo siento, Clara —le dice Olivia—. Pregúntale dónde compró el broche de pedrería que llevas prendido en la solapa.

Clara baja la cabeza y se toca el broche aturdida, dolida.

—Verás cómo te responde que en Sevilla, en la Feria de Abril. Lo

compramos juntos. Me dijo que era para su hermana. Yo pensaba que tú te darías cuenta de que solo es un cabronazo pero parece que ha hecho muy bien su trabajo.

Clara se queda sin palabras. ¿Qué puede decir? Su madre ha arrancado de ella la única alegría dulce y pura que ha conocido su cuerpo. El único amor que ha recibido en su vida ha sido una mentira. ¿Qué le queda entonces? La Nada. Ella.

—Estarás muy satisfecha de ti misma, «madre» —dice Clara sin mirarla a la cara.

Olivia ve subir a su hija por la magnífica escalera de mármol rojo. Le tiembla la mano al apurar el cigarrillo. Se odia a sí misma. Sabe que acaba de perder a su hija para siempre. Posiblemente Clara será capaz de aceptar que su amante no la quiere como ella cree, pero nunca perdonará a su madre por haberla visto humillada. Perdonamos muchas cosas a los que nos hacen mal, pero no al que además nos ve humillados, piensa Olivia con dolor. Y su hija posee el estúpido orgullo de los Martínez. El honor, la honra, el qué dirán, han sido la causa de gran parte de su infelicidad. Nadie está exento de cometer equivocaciones, pero solo los Martínez son capaces de llevarlas hasta sus últimas consecuencias.

Olivia se apoya en el pasamanos y siente el peso de una historia familiar que viene marcada por un destino fatal. Y curiosamente no se siente heredera. Eso sería casi un alivio. No. Se siente parte culpable. De repente, sobre su cuerpo y su mente se acumulan pasado, presente y futuro. Como si el tiempo no existiera y todo apareciera mezclado en el momento vivido, que es el único que existe, el único que existirá. La infelicidad y el desamor de generaciones conviviendo en ese preciso instante son algo difícil de soportar. Olivia retrocede sobrecogida, y se sienta en el banco junto a la escalera. Siente el frío de la pulida madera en su espalda y trasero. Mira a su alrededor ante la revelación que acaba de experimentar. La oscuridad, apenas penetrada por suaves trozos de luna que se reflejan en el brillante suelo, se asemeja al tenebroso sentimiento que la embarga. Siente miedo. Y resignación. Rosario le ha leído hoy los posos del café a Bernarda, pero, cuando le ha pedido que hiciera lo mismo con los suyos, se ha negado alegando que son solo tonterías y supersticiones. A pesar de las apariencias, el instinto le indica que la

mediana de sus hijos es diferente a todos ellos. Es quizá especial de tan normal. O más bien natural. La única que escucha, que está atenta a todo. Ella sí tiene lo que se necesita para amar. Podría ser feliz. Su hijo pequeño, sin embargo, está demasiado marcado por su masculinidad. Y Clara es dura como una roca, no tiene capacidad de regeneración: es quien es y siempre lo será. Más ahora que se ha cruzado Manuel en su camino. Ha quedado maldita para siempre. Solo Rosario podría salvarse. Olivia cruza los dedos y se los besa. Es supersticiosa, aunque en público siempre lo negaría. Las supersticiones son cosa de gente sin educación ni capacidad para cambiar su destino y ella rehúsa ser títere de nada ni de nadie. Apaga el cigarrillo en un cenicero de cristal que se encuentra sobre la mesita, junto al banco en el que está sentada. El humo desaparece, único elemento dinámico de la escena, y, al evaporarse la mancha etérea pero presente que rodeaba sus dedos y su rostro, la invade la desazón. La inseguridad hace presa a Olivia. Pronto tendrá que irse otra vez, regresar al mundo frívolo y superficial que ha elegido. Al menos necesita asegurarse de que Clara y Manuel nunca más volverán a estar juntos. Néstor tiene razón: solo ella podía evitar la tragedia. Pero lo peor de todo es que, muy a su pesar, Olivia ha experimentado una tormenta salvaje de sentimientos encontrados en esta aventura. Manuel, aunque ella intente negárselo, es el gran amor de su vida. Y él sigue deseándola. Lo siente en la avidez con la que sus manos recorren su cuerpo y en la lujuria con la que la mira cada vez que se encuentran. Pero no es amor. No. Si hubiera sido amor, no la hubiera abandonado cuando sí podían haber estado juntos, cuando un juramento les había condenado al amor eterno. Olivia siente ahora que lo suyo con Manuel es otra cosa, oscura, sucia, inconfesable. Sabe que se enamoró de un hombre egoísta, ambicioso y extremadamente pragmático. Ella, segura e inteligente, cayó en brazos del hombre menos conveniente de su entorno. Y sí, la historia podía haber sido otra si las circunstancias no se hubieran dado como se dieron, si Néstor no hubiera deseado casarse con ella a costa de lo que fuera... El tiempo ha pasado. Teme por su hija, por lo que siente por Manuel. Si ella fue capaz de tomar las decisiones que tomó, ¿de qué no será capaz Clarita ahora? Olivia se siente ahogada por la preocupación. ¿Y si ellos se han enamorado de verdad? Al final, ¿no queremos todos que nos quieran? Clara seguro que le ha dado amor

desinteresado, inocente. La pureza es capaz de conmover al mismísimo diablo. No, es imposible. La naturaleza no puede jugar tan mala pasada. Olivia siente pena también por su marido, algo poco frecuente. Por ser quien es. Pero la pena es un sentimiento inútil. Lo que ahora hay que hacer es asegurarse de que Clara y Manuel rompan para siempre.

—¿Qué pasa? —le preguntó Madelaine a su tía Clara al ver que esta se había detenido junto a la escalera.

—Nada. Creo que me voy a acostar. No me encuentro muy bien.

—Pero ¿no vienes a conocer al fiscalista? —inquirió Madelaine sorprendida.

—Más tarde. Ve tú.

Madelaine se acercó a su tía preocupada. Estaba pálida. La muerte soldada al rostro. Le puso la mano en la frente. Estaba helada, a pesar del calor insoportable.

—Déjame, no seas pesada. Conmigo no vas a hacer de médico —se quejó Clara retirándole la mano—. Es el calor y los años, que no pasan en balde. Ya te tocará. Anda a ver qué hace ese hombre. Ah, e invítale a comer, claro. Por supuesto que quiero conocerlo.

Madelaine permaneció mirando a Clara, mientras esta subía por la escalera hacia su cuarto, apoyándose con cuidado en la balaustrada de mármol rojo. Una corriente de aire le rozó los tobillos, como si de un gato mimoso se tratara, y comenzó a sentirse mal. Algo se había perdido. Algo no había entendido. Algo que flotaba en el ambiente. Algo que le afectaba en ese preciso momento.

—¡Ah, ya está aquí! Necesito hablar con usted.

Madelaine se volvió. En la puerta del despacho apareció José Luis, rescatándola de la maraña que el pasado estaba formando a su alrededor.

El fiscalista condujo a Madelaine hasta el despacho que ya había hecho suyo. A Madelaine le llamó la atención la rapidez con la que habían aparecido documentos y libros sobre la enorme mesa en apenas unas horas. El que ahora dominaba la situación era aquel desconocido.

—Siéntese, por favor —le pidió él, tomando asiento en el lugar que antes

ocupó Madelaine. Si José Luis hubiese sido un fiscalista de los que han elegido hacer dinero trabajando para la gente como los Martínez Durango, quizá no se hubiese conducido con tanta firmeza. Pero él no sentía la necesidad de halagar a nadie. Simplemente se limitaba a hacer su trabajo lo mejor posible. No se le pasó por la cabeza que su conquista del territorio pudiera ofender. Y si se le hubiera pasado, le hubiera dado igual. Madelaine, a pesar de sí misma, se resintió de la pérdida de protagonismo, en aquella estancia al menos, pero decidió ignorarlo. Al final iba a tener razón su tía: por sus venas, quisiera o no, también corría la sangre de los orgullosos Martínez Durango.

—Efectivamente, me necesitan urgentemente. Hacienda podría hacer una sangría con ustedes —comenzó el fiscalista—. Esto es un caos de más de doscientos años. ¿Es consciente de la magnitud de sus posesiones? Hasta ahora aparece como única beneficiaria de todos los testamentos, exceptuando unas pequeñas tierras que pertenecen a su tía, y que supongo terminará también heredando.

—Ya, ¿y eso qué quiere decir exactamente?

—Pues que Hacienda irá directamente contra usted. ¿Recuerda lo que le dije esta mañana, que lo normal era que todo terminara en una multa?

—Sí.

—Bien, a menos que consigamos esclarecer y justificar lo que empieza a parecer injustificable, me temo que podría incluso ir a la cárcel.

Madelaine no daba crédito a sus oídos. José Luis entrevió que la estaba asustando pero era importante que su cliente se diera cuenta de los serios problemas que se avecinaban.

—Le aseguro que no soy una persona alarmista. La situación es más delicada de lo que me comentó su tía, y más grave incluso de lo que Hacienda sospecha. Sus libros no aguantarían ni la primera hora de inspección. El problema principal, de cara a afrontar sus fraudes pasados, es que, según parece, no tienen liquidez. A menos que me falten datos, claro. Pero de eso hablaremos más tarde. Los límites de algunas fincas no están claros, ni tienen al día registros de propiedad. No han declarado alquileres, ni el producto de muchos de sus campos, y, por si fuera poco, en los últimos años han pedido subvenciones a la Unión Europea que han terminado

emborronando más sus cuentas.

—Yo no sé mucho de todo esto, lo reconozco, aunque por supuesto me considero única responsable. Ya se lo dije. Quizá mi tía Clara, que ha estado administrando el patrimonio, pueda darnos más datos. Me ha pedido que le insista para que se quede a comer.

José Luis miró el reloj. Marcaba la una y media.

—¿A qué hora?

—A las dos y media —respondió Madelaine con frialdad. Aquel tipo no era muy educado. Le estaban invitando a comer y con su pregunta cuestionaba si le convenía o no. ¡Caramba con el empleado!

—De acuerdo —asintió José Luis sin percatarse de la frialdad de Madelaine ante sus dudas—. Eso me deja una hora por delante. Por cierto, hay unos papeles importantes que no he encontrado. Los del fallecimiento y testamento de su madre.

—¿Mi madre? —repitió Madelaine como si no entendiera castellano.

—Sí, los de su madre. Su madre murió...

—Hace más de treinta años —completó Madelaine—. No sé donde pueden estar. Supongo que se podrán pedir en algún registro o algo así. No tengo idea, la verdad.

—Lo curioso es que están las actas y el testamento de todos los demás, desde sus bisabuelos hasta su padre, incluso el de la recientemente fallecida doña Rosario María Martínez Durango —dijo José Luis leyendo unos documentos—. Solo falta el de su madre.

—Quizá sea porque no murió aquí.

—¿Y dónde murió? —preguntó José Luis extrañado.

—No lo sé exactamente. En Barcelona, creo. Ella me abandonó. O, al menos, abandonó todo esto. Supongo que se sentía atrapada, y no la culpo. Es fácil sentirse atrapada aquí —dijo Madelaine mirando a su alrededor. Los muebles pesados y de maderas oscuras, las enormes cortinas de terciopelo verde que cubrían las tres ventanas, superpuestas sobre unas blancas más finas que filtraban con avaricia la luz de la calle, la cabeza de ciervo que presidía la habitación sobre la mesa del despacho, las paredes cubiertas de libros, el tono oscuro carmesí de las paredes, el impresionante retrato del abuelo Néstor fumando un puro en su sillón de cuero marrón, acompañado

por tres mastines... Una vez que entrabas en la casa resultaba casi imposible imaginar que había un mundo fuera de ella. El pasado estaba presente en cada centímetro y, como cualquier organismo vivo, requería de sangre fresca para seguir creciendo.

—En cualquier caso, tratándose de su madre, los documentos no deben de andar muy lejos. Necesitamos aclarar el asunto del testamento.

—Mi madre no poseía nada. Parece que vino a esta casa con lo puesto.

—Eso no importa. Al fallecer su padre con anterioridad y sin dejar testamento, ella, y usted como única descendiente, fueron sus principales beneficiarias. Cuando murió su madre, lógicamente, usted recuperó el legado de su padre al completo. Por eso es importante encontrar los documentos del fallecimiento de su madre. No hay tampoco testamento y se necesita el acta de defunción para establecerla como heredera.

—Ya veo. Le preguntaremos a mi tía Clara.

—No basta la palabra de una persona para atestiguar que alguien ha fallecido. Imagínese la cantidad de fraudes que se cometerían. Si su madre no hubiera muerto, sus propiedades seguirían en su poder.

—Pero mi madre sí murió —le cortó Madelaine. Le molestaba, sin entenderlo, la insinuación de que su madre pudiera no estar muerta—. Murió en un accidente de tráfico.

—¡Igual que su padre! —exclamó el fiscalista.

—Sí, ambos perecieron en la carretera, aunque mi madre en Cataluña —explicó Madelaine dándose cuenta de que nunca lo había pensado así. La pérdida de su padre y la de su madre nunca tuvieron nada que ver, ni en su cabeza ni en su corazón.

—Bien, si le parece entonces, hablaré con un amigo mío de Barcelona para que intente conseguir el acta de defunción. Para empezar, tenemos que poner su herencia en orden.

José Luis estaba sorprendido. No entendía la reacción de aquella mujer que le miraba molesta. ¿Tan poco le había importado la muerte de su madre que ni siquiera se había molestado en averiguar dónde y cómo había muerto?

Madelaine subió a su cuarto para refrescarse antes de la comida. En el sur,

durante el verano, prácticamente se duchaba cada vez que salía a la calle. Necesitaba borrar el calor de su cuerpo y empezar de cero, más si cabe aquel día. Sentía la pesadez de la casa, la misma que había sentido de niña, pero ahora las voces del pasado se habían hecho más fuertes. De alguna forma, empezaba a percibir que en el palacio de los Martínez Durango convivían pasado y presente como si fueran parte del mismo momento. Bajo el chorro de la ducha, Madelaine presintió las idas y venidas por aquel mismo cuarto de baño de los que la precedieron, sus penas y sus deseos, la pertinaz infelicidad con la que su familia había sido maldita. Y no solo la de las personas que ella conoció: su madre, la tía Rosario, el padre, al que apenas recordaba de fotos, o la de su abuela Olivia, cuyo nombre había sido tabú durante años, sino la de todos aquellos familiares que allí habían vivido. Sus antepasados, el abuelo Néstor, Rosa María y su malogrado esposo y conde, que hasta ahora habían poblado historias familiares, también se encontraban allí, con ella, acompañándola a un lugar desconocido, imposible de vislumbrar desde su instante, su tiempo, el que marcaba su respiración, la respiración que la mantenía en el mundo. Pensó que hay un momento en la vida, al menos uno, en el que todos nos preguntamos de dónde venimos, y sentimos un deseo imperioso de conocer más de nuestros antepasados. «Debería investigar antes de que la tía Clara muera, porque después todo se perderá», se dijo Madelaine para sí, asombrada de lo poco que en realidad conocía de su hermética familia.

Madelaine cortó el agua de la ducha, corrió la cortina y estiró la mano para coger la toalla. El aliento helado de todos aquellos fantasmas había empañado el espejo. Sintió que el vello se erizaba sobre la piel y se apresuró a frotarse con la toalla. A pesar de su afán por eludirla, la muerte siempre la había perseguido, tocando con su estela a todo el que la rodeaba. Ya solo quedaba Clara. Madelaine intentó sacudirse esa idea de la cabeza. Claro que su familia había ido muriendo: era ley de vida. Ella era la más joven. En ese momento advirtió que, si hasta ahora siempre había creído que el alma perdura o se une a algo más grande e importante, nunca había pensado que eso mismo podía aplicarse a los miembros de su propia familia. ¿Por qué siempre había pensado que las almas del mundo sobreviven a la muerte y las de sus antepasados no? Quizá porque, excepto en el caso de Rosario, era

capaz de reconocer que los miembros de su familia, seguramente, por uno u otro motivo, estaban mejor muertos y bien muertos. Incluida su madre, que fue capaz de abandonarla. ¿Qué madre es capaz de abandonar a su hija? Maldita sea, pensó Madelaine. Ya estaba otra vez con lo mismo. Su madre no la abandonó. Simplemente se fue, Dios sabe para qué, pero tuvo la mala suerte de fallecer. Pasó la mano por el espejo para limpiar el vaho. El pelo largo y mojado le chorreaba por la espalda, pero no le importó y se vistió. Enseguida se le secaría.

Madelaine ahora no estaba tan segura de que hubieran desaparecido para siempre. La casa, lo que estaba sintiendo desde que llegó, empezaba a avisarla de que los suyos seguían allí, impregnando cada piedra, cada viga, cada rincón, a ella misma. Su familia era una familia maldita. Si las relaciones entre ellos hubieran sido normales, con sus más y sus menos, pero normales, hubiera habido momentos de felicidad. Y, sin embargo, eso nunca había pasado, no al menos que ella recordara. Ella poco sabía, excepto de sus propias circunstancias, y, no obstante, sentía que siempre había sido así.

Mientras se vestía le vino a la memoria un artículo que había leído hacía poco en una revista de divulgación científica sobre las plantas. Cuando una hoja era atacada por un depredador, un gusano, por ejemplo, la hoja avisaba al resto de sus hermanas de lo sucedido para que se defendieran. Se había demostrado que, al poner otros gusanos junto a la hoja dañada, estos preferían no solo evitar la hoja dañada sino también al resto de hojas de la misma planta, pues estas tendían a cambiar sus cualidades de sabor, dureza u olor para hacerse menos atractivas. El artículo concluía que las plantas actuaban comunicándose, del mismo modo que animales y seres humanos..., o igual que animales y todos los humanos excepto los Martínez Durango. Su familia guardaba tantos secretos que era imposible saber contra qué o quién se protegían. Ella nunca lo había sabido. Y, aun así, siempre parecía que había una guerra dentro de su casa. ¿Cuál era ahora la batalla? ¿Hacienda? ¿El que ella se casara? Sí, esas batallas se libraban en campo abierto, pero Madelaine intuyó que eran una mera cortina de humo. Había más. Algo más importante recorría el sótano de aquella casa. Un basilisco salía de noche, al amparo de las sombras, siseante e hipnótico, para absorber el aliento de los moradores de la casa. Un bicho temible y espantoso, el más peligroso de

cuantos ha podido imaginar el hombre, con cabeza y cuerpo de gallo, el cuello y la cola de serpiente..., y esta vez venía a por ella. ¿Quién si no? ¿Quién más quedaba en la casa de los Martínez Durango sino su última heredera? La tía Clara se dirigía sola a su destino final, no necesitaba ningún empujoncito. El tiempo había hecho ya su trabajo. En Madelaine podía acabar la réproba dinastía.

Clara no se encontraba bien. Había empezado la cuenta atrás y lo sabía. A pesar de ello, no estaba asustada sino emocionada. Toda su vida había sido una permanente espera de acontecimientos. Clara había vivido poco en el presente y mucho en el futuro. Los sucesos que iban a acaecer, más algunos imprevistos, acaso desagradables e incluso trágicos, se insertaban como las cuentas de un collar sobre su anciano cuello. El collar de cuentas verdes de Inmaculada, pensó. ¿Dónde lo habría encontrado Madelaine? Una vez más, la casa parecía tener vida propia para mostrar, regalar u ocultar en función de sus intereses. A Clara esto no la asustaba. Siempre había sentido que la casa era parte de ella, pero ¿por qué ahora habría encontrado Madelaine el dichoso collar? Tampoco tenía mayor importancia, pensó Clara para sí poniéndose de medio lado sobre la colcha de la cama. Hacía más de veinte años que no soportaba mucho quedarse estirada sobre la espalda. Sus huesos y músculos buscaban la curva para descansar. Miró hacia la mesita de noche. Sobre ella había un despertador alemán de bronce marca Mauthe. El mismo que le había regalado su padre cuando cumplió dieciséis años. Junto a él una foto de Rosario y Clara adolescentes en un marco de plata repujada. Posaban en el patio de la casa. Clara sonreía divertida mientras Rosario miraba con mucho misterio la taza de café que sostenía entre las dos manos. Era la posesión más preciada de Clara. A pesar de su historia y de los problemas con Rosario, representaba el mejor momento de su vida. Por aquel entonces su madre ya viajaba mucho por el extranjero, y su padre, aunque de vez en cuando sufría de crisis más o menos silenciosas, estaba centrado en sus asuntos. Rodrigo había ido interno al colegio de los jesuitas en Sevilla. Clara y Rosario se quedaron prácticamente solas, a cargo del servicio. En aquellos dos años que duró la tregua, compartieron confidencias como nunca. Y fue entonces

cuando Clara, a pesar de las dudas que se le planteaban por ser una persona de las que solo admiten lo que ven, empezó a creer en los poderes de Rosario.

Todo empezó como una chiquillada. Hacía un calor insoportable. Era una de esas sofocantes tardes de verano en las que la siesta es obligatoria. Según las severas instrucciones de su padre, las niñas podían saltarse la siesta, pero entre las cuatro y las seis de la tarde en la casa no se podía oír un ruido. Sin embargo ellas habían dormido hasta tarde aquel día y decidieron quedarse jugando a las cartas en la salita amarilla del piso de abajo, la misma que se utilizaba para coser, pues era uno de los lugares más frescos de la casa. Berni les llevó café con pastas en una bandeja, y se retiró también a descansar. La casa quedó sumida en un silencio sepulcral, apenas roto por alguna chicharra del exterior. Las niñas jugaron unas partidas al chinchón mientras tomaban el café con pastas. Cuando Rosario dio el último sorbo a su taza saltó:

—Vaya, vaya.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara.

—En breve me voy a ir.

—¿Adónde?

—Lejos. Muy lejos. Cruzaré un mar muy grande.

Clara miró a su hermana con desconfianza.

—¿Me tomas el pelo? Papá nunca te dejaría irte de aquí.

Rosario se encogió de hombros.

—Pues está muy claro aquí en los posos del café. Alguien viene a buscarme. Pero, tranquila, será solo un viaje, volveré a tiempo para conocer al amor de mi vida.

Clara soltó una carcajada sarcástica. Rosario, quizá porque era un poco menor y muy inocente, siempre le hacía sentir muy mayor.

—¿Y desde cuándo tienes tú poderes de vidente?

—Desde hace unos meses —respondió Rosario muy seria—. Escuché a una mujer en la radio diciendo que ella leía en los posos del café y me decidí a probar. Los primeros que descifré fueron los de nuestra madre. Sin que ella se diera cuenta, claro. Vi que se iba a ir al extranjero y a los pocos días se fue.

—Eso no tiene mucho mérito —replicó Clara haciendo un gesto de desprecio—. Nuestra madre siempre está viajando. Nunca pasa más de unas semanas en casa. Esa predicción la podía hacer cualquiera.

Rosario se encogió de hombros sin darse por aludida y continuó:

—Y también vi que Berni iba a perder el bebé. Y lo perdió.

Clara escudriñó el rostro de su hermana, con sus rasgos rústicos pero agradables, su candorosa mirada y la gravedad con la que hablaba de ¿brujería?

—Estás tomándome el pelo, ¿verdad?

—No —respondió Rosario—. ¿Quieres que lea los posos de tu café?

Clara retiró su taza rápidamente.

—No. Yo no creo en esas tonterías.

Pero ¡vaya si tuvo que tragarse sus palabras! Dos días después les visitó una prima lejana de su padre llamada Federica Martínez de Sancho. Se había casado por poderes con el hijo del ferretero de su pueblo, que estaba haciendo una gran fortuna en Venezuela, y, no se supo ni cómo, pero Federica y Rosario intimaron. Federica le pidió a don Néstor que su hija menor la acompañara. Y don Néstor, sorprendentemente, accedió. Clara nunca se explicó por qué. Desde que su madre se había ido hacía cosas raras, daba la impresión de que no las pensaba demasiado.

Rosario estuvo ausente casi tres meses. Clara echó de menos a su hermana, aunque nunca se lo reconoció a nadie. Además deseaba que volviera para que le leyera a ella también los posos del café. ¿Qué iba a pasar con su vida? ¿Encontraría un buen partido? ¿Tendría hijos? ¿Viajaría ella también? Por aquel entonces, Clara soñaba con visitar países lejanos, conocer gente distinta. Para ella fue un golpe amargo que invitaran a Rosario, que nunca había expresado deseo alguno por viajar, en vez de a ella. Odió a su hermana durante meses. Para Clara la vida desde entonces se convirtió en un camino por el que los asaltantes van abusando de ti y robándote lo que es tuyo.

Por otra parte, en el tiempo en el que Rosario estuvo fuera, se obsesionó con la oportunidad que había desperdiciado de conocer su futuro. Cuando su hermana regresó y se incorporó al internado de señoritas en el que su padre las había matriculado al decidir que los preceptores privados ya no eran una opción para educarlas, el resentimiento de Clara había crecido. Rosario llegaba morena, rebotante de energía y de historias exóticas. Volvía cargada de vida. Lo más llamativo era, sin embargo, su independencia. No es que

Rosario hubiera vivido hasta entonces pegada a las faldas de nadie, pero sí que Clara la había sentido siempre muy cerca. La nueva Rosario no parecía necesitarla, y quizá precisamente porque irradiaba seguridad, pronto atrajo a nuevas amigas que desplazaron a la oscura Clara.

A Rosario le gustaba divertirse, relacionarse. Clara empezó a convertirse en su contrapunto, a reafirmarse en sus posiciones de severidad frente a la ligereza de su hermana, fundamentándose en que alguien tenía que ser responsable y seria, y esa era ella, la hermana mayor. De esa forma, la alegría y autosuficiencia de Rosario empujaron a Clara a separarse de su hermana para soportar el dolor de no haber sido ella la elegida para viajar a Sudamérica, para soportar el no haber podido ella regresar henchida de color y seguridad.

Clara, sin embargo, no olvidó el asunto de los posos del café. Se sorprendió al preguntarle con sarcasmo un día si seguía haciendo de bruja, y comprobar que Rosario reaccionaba mostrando extrañeza.

—No sé de qué me hablas, Clara.

—¿Cómo que no? Antes de irte a América este verano estuviste leyendo los posos del café —le recordó Clara sin entender que su hermana lo hubiera olvidado.

—¿Ah, sí? Chiquilladas. Seguro.

—Pues entonces estabas muy convencida. Predijiste el aborto de Berni y también tu viaje —insistió Clara.

—Ya. Bueno, llego tarde a clase de gramática —dijo Rosario recogiendo los libros de encima de la mesa—. Nos vemos luego.

Clara, muy enfadada, le cerró el paso. Se encontraban solas en la habitación que compartían, un dormitorio espartano, amueblado con lo justo: dos camas, una mesita de noche, dos mesas y dos sillas y unas estanterías.

—De eso nada. ¿Qué pasa? ¿Por qué ahora no lo quieres reconocer?

Rosario la miró con el rostro pálido y disgustado.

—Porque no. Tú misma dijiste que eso eran tonterías.

—Sí, pero acertaste. Berni abortó. Vino la prima de papá y te llevó con ella.

—No quiero hablar de esto, Clara. Y te agradecería que me dejaras salir.

Pero Clara no se movió un ápice.

—No hasta que me lo expliques.

Rosario pensó en salir por la fuerza. Ella era más fornida que su hermana y seguramente podría conseguirlo, pero eso no terminaría con el problema y sabía que, cuando a su hermana se le metía una idea en la cabeza, no paraba hasta quedar satisfecha.

—Está bien. Conocí a alguien en Colombia y me di cuenta de que lo de los posos es peligroso —admitió Rosario a regañadientes.

—¿Peligroso? —repitió Clara atónita.

—Sí, peligroso, peligroso —repitió su hermana perdiendo la paciencia—. Conocer el futuro puede ser una maldición. Y yo no quiero tener nada que ver con eso.

—¿Así que aciertas? ¿Puedes ver lo que va a pasar? —estalló Clara con admiración mal disimulada.

Rosario la miró fijamente sin responder. Era una chica sencilla, sin grandes ambiciones, ni siquiera para imaginar lo que no podía ver; pero quería ser feliz y parecía que en aquel viaje se había encontrado a sí misma, había encontrado una fuente de felicidad interior que la dejaba al margen de lo que la rodeaba, especialmente fuera del negro y pesado influjo de la familia Martínez Durango. Su propio «yo» y la búsqueda de su media naranja, que sabía llegaría de un modo sorprendente y difícil de explicar, era lo único que le importaba.

—Respóndeme —exigió Clara.

—No quiero que se lo digas a nadie. Son solo tonterías.

Clara vio que se le abría una oportunidad.

—De acuerdo —convino—. Pero con una condición. Quiero que me leas los posos una vez. Venga, al menos una vez. Una vez y te dejo en paz, lo juro.

Rosario sabía que aquello no traería nada bueno, pero también sabía que no podría quitarse a Clara de encima hasta que lo hiciera. Clara podía ser un enemigo incómodo.

—Está bien.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Tú te encargas de traerte la taza. Tienes que beberla delante de mí.

Aquella noche, cuando Rosario llegó al dormitorio, allí estalla Clara, esperándola con dos tazas de café humeante. Lo curioso es que en la mente de Clara, así como la conversación previa permanecía vivida y exacta, lo sucedido después fue ocultado por unos densos nubarrones etílicos que difuminaron su importante significado. O quizá fue solo un recurso de protección del cerebro humano que borra y desecha la información dolorosa que no somos capaces de digerir.

Rosario sacó una botella de ron venezolano. Clara nunca había bebido algo tan fuerte, ni siquiera sabía que existiera, ni mucho menos que Rosario se hubiera atrevido a guardar una botella de alcohol en el colegio. Por mucho menos habían expulsado a más de una compañera. Su hermana pequeña había cambiado mucho tras el viaje transatlántico. Rosario, con mucha ceremonia, sirvió en dos pequeños vasitos.

—Venga. De un trago —le ordenó a su hermana. Ella misma hizo los honores.

Clara miró el vaso unos segundos con recelo, pero finalmente se lo tomó. Sintió una llamarada de fuego que le recorría garganta y esófago y se hundía en el estómago. Rosario sirvió entonces otros dos vasos.

—Yo no quiero más —rechazó Clara.

—Sí, uno más —ordenó Rosario.

Clara la miró desafiante. ¿Cómo se atrevía su hermana? Pero Rosario no se inmutó. Le sostuvo la mirada, cogió el vaso y lo vació de nuevo.

—Si quieres que empecemos con el café, date prisa —le advirtió Rosario.

Y Clara no tuvo otro remedio que secundarla. Torció el gesto y, por segunda vez, aquel desagradable ardor calentó su interior. Empezaba a sentirse mareada.

—Bien. Ahora el café.

Clara empezó a tomárselo a sorbos mientras su hermana sacaba del fondo de uno de los cajones de su escritorio un paquete de cigarrillos americanos y una caja de cerillas.

—¿También fumas? Caramba, Rosario, te has vuelto todo un hombre.

Rosario esbozó una media sonrisa sarcástica que a Clara se le antojó de grosera suficiencia, y encendió el cigarrillo, saboreando la primera calada como si del manjar más extraordinario se tratara.

—¿Has terminado? —le preguntó Rosario refiriéndose al café.

Clara le pasó la taza vacía. Todo a su alrededor empezaba a dar vueltas.

—Hablaré de esto ahora, y nunca jamás, ¿de acuerdo? —dijo Rosario.

Clara asintió, ansiosa por conocer su futuro. A la mañana siguiente no sería capaz de recordar las palabras exactas de su hermana, y esta nunca quiso volver a repetírselas.

—La sombra persigue tu existencia. Y lo hará durante décadas. Al menos durante todo el tiempo que yo soy capaz de ver en los posos. ¿Qué quieres saber?

—¿Me casaré?

—No —respondió con rotundidad.

—¿No?

—No —respondió Rosario tajante—. Nunca te casarás.

—Pero, al menos, ¿conoceré el amor? —preguntó Clara con una angustia mal disimulada.

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos? ¿Lo conoceré o no?

—Te engañarán —dijo Rosario tras unos segundos en los que se preparó para maquillar su horror ante la atrocidad de la lectura. Intuía que avanzar una tragedia solo aumentaría la agonía, y más en este caso, pues se trataba de una tragedia de tal calibre que jamás podría hacerse pública. La limpieza de la luz del día no sería posible. No habría posibilidad ni de epifanía ni de redención. Por eso levantó la mirada y permaneció en silencio, dispuesta a no desvelar nada más. Pero Clara no soportó más que un breve instante el silencio sobrecogedor de la predicción.

—Tonterías. Son estupideces. No me creo nada. Te lo estás inventando.

Rosario empezó a recoger, refunfuñando. Mejor aprovechar la reacción de su hermana para hacerse la enfadada y dar la sesión por concluida.

—Ya te dije que no debíamos hacer esto. Vamos a dejarlo.

—No —la detuvo Clara desesperada—. Todavía no hemos terminado. Quiero saberlo todo.

—¿No has tenido ya suficiente?

—Vale, amor no voy a tener —aceptó Clara—. Ni tampoco matrimonio. Pero monja tampoco, de eso estoy segura. ¿Qué más? ¿Seré rica?

—Sí, y poderosa. En tus manos estará la vida de tu familia.

Clara la miró interesada. El alcohol se le había subido a la cabeza y sentía que el suelo se ondulaba bajo sus pies.

—Ah, por fin algo bueno. ¿También la tuya?

—La mía, la de Rodrigo, la de nuestros padres y la de todo el que venga después.

—Entonces no va a estar tan mal. Aunque no me case, los míos me querrán.

Los ojos de Rosario destellaron de una forma especial. Veía algo que no le había dicho.

—Los míos me querrán, ¿verdad? —preguntó Clara sospechando lo peor.

—No exactamente, pero te respetarán.

—¿Qué quieres decir?

—Que serás importante en la vida de todos, los mantendrás.

—Quieres decir que os mantendré.

—Sí, nos mantendrás. De no ser por ti, la familia desaparecería. Serás como el pegamento que mantiene la masa unida.

—Eso es bonito —comentó Clara totalmente ebria. Sentía un cansancio insoportable y se tumbó en la cama—. ¿Algo más?

Sí, había algo más. Rosario veía que Clara les arruinaría a todos la vida, pero para qué necesitaba su hermana saber eso.

—¿Te parece poco?

—No, está bien —dijo Clara sumergiéndose en un sueño suave—. Seré el pegamento de nuestra familia. ¿Y quién sabe? ¿Por qué no voy a encontrar yo amor? Seguro que no aciertas en todo, ¿a que no?

Antes de que la hermana menor pudiera responder, Clara ya era presa del sueño. ¿Y Rosario? Rosario se sintió morir porque vio lo poco que podía hacer ante un destino marcado en los posos del café. A pesar de su recién ganada fama de independencia, sabía que Clara terminaría controlando su vida, porque ella no tendría las agallas necesarias para romper con su familia. Clara le arrebataría a su gran amor y lo haría porque nunca entendería... En el fondo, Rosario se sintió una cobarde. ¿Qué podía hacer una mujer sola? Desgraciadamente, el sentido práctico paterno no le había tocado con su varita mágica. Se había volcado todo, hasta la última gota, sobre Clara. Por

eso, su hermana mayor terminaría cuidando de todos ellos..., cuidando a su manera. Se volvió hacia su hermana que dormía profundamente. No recordaría mucho de aquella noche y así sería mejor. Rosario ya se había dado cuenta de que conocer el futuro no traía felicidad, aunque para ella sí habría amor. Un amor tan único y especial que valdría la pena cualquier sufrimiento anterior y posterior.

La tía Clara bajó a comer sintiéndose mucho mejor, pero sin quitarse de la cabeza aquella extraña y lejana noche en la que su hermana le había dicho que ella cuidaría de todos, que sería el aglutinador de la familia. Así había sido. El resto de las predicciones quedaron diluidas por el alcohol, y la tragedia extirpada de su memoria había dejado una cicatriz imposible de soportar para el mundo... Madelaine ya estaba sentada a la mesa. Había preparado una comida fría con lo que encontró en la cocina. La anciana siempre tenía buenos productos en la despensa.

—Ah, ¿ya está todo listo? —se sorprendió la tía Clara.

—¿Qué esperabas? Tía, creo que ya es hora de que contrates a alguien para echarnos una mano. Esta casa es muy grande. Empieza a notarse que necesitamos ayuda, ayuda diaria.

—Tienes razón. Preguntaré a las monjas a ver si pueden mandarnos alguna chica.

Madelaine la miró asombrada. ¿Así, tan fácil?

—Lo que no entiendo es por qué no lo habías hecho hasta ahora.

—Hasta ahora no ha sido necesario —respondió la tía Clara comprobando que la mesa estaba puesta con propiedad—. Ya veo que no has olvidado tus buenas maneras.

—¿Cómo podría, si me las metisteis con sangre?

—Tampoco exageres —replicó la tía Clara con una medio sonrisa—. Siempre tuviste a Rosario para echarte un capote. ¿A qué huele?

—A gardenia blanca —respondió Madelaine señalando una vela que se quemaba sobre el velador.

En ese momento, entró en el comedor José Luis.

—¡Ya pensaba que tendría que ir a buscarlo! —saltó Madelaine.

—Disculpen, es que me he perdido. Soy muy despistado. Supongo que usted es doña Clara —dijo extendiéndole la mano en señal de saludo.

La tía Clara le ofreció su mano blanda, suave y huesuda, helada. No estaba acostumbrada a dar la mano. Era cosa de hombres. En su ambiente, una mujer solo extendía la mano para que se la besaran, y de la última vez que unos labios se habían posado sobre su piel había pasado mucho, muchísimo tiempo.

José Luis tomó el asiento que había quedado libre frente a Madelaine. La tía Clara presidía la mesa y le hizo un gesto al fiscalista para que se sirviera de la gazpachera, cosa que hizo.

—Así que nuestra situación es complicada —comenzó la tía Clara—. Disculpe mi franqueza pero a mis años ya no tengo tiempo que perder.

Madelaine se había quedado sorprendida. La tía Clara no solía hablar de negocios en la mesa. Negocios, salud, religión y política eran asuntos de mal gusto en la mesa de los Martínez Durango. A José Luis le sorprendió la rapidez para entrar en el tema pero lo agradeció. Tampoco él pretendía hacer amigos sino cumplir con su trabajo lo antes posible y marcharse de allí.

—Todavía no me hago una idea de cuánto tiempo necesitaré. Espero que no pase del mes. Dudo que, exceptuando a la duquesa de Alba, exista un patrimonio como el de ustedes. Es decir, como el de su sobrina.

—Exagera un poco, ¿no le parece? —intervino Madelaine.

—¿Un patrimonio de esta magnitud intacto durante al menos los últimos doscientos años? Es..., cómo se lo diría..., raro. Lleva más de dos siglos sin dividirse, en todo caso, aumentando.

—Ya le dije que tendría trabajo con nosotros —dijo la tía Clara cortante—. Entonces, ¿cree que podremos ordenar nuestra situación ante Hacienda?

—Eso espero. Todavía no sé a qué precio.

—Quiero dejar resuelto este asunto antes de que acabe el año. Tengo los días contados, como supongo ya se ha dado cuenta.

—¡Tía! —saltó Madelaine. El tono y las palabras de Clara parecían querer incomodar a aquel hombre que se sentaba, ya claramente a disgusto, a su mesa, como si él fuera el culpable de su decrepitud.

—¿Qué pasa? —replicó con frialdad la tía Clara—. Es cierto, ¿no? No me queda mucho en este mundo y si los nuevos tiempos exigen que nos

pleguemos a las nuevas reglas de España, habrá que hacerlo.

—Como todo el mundo —apostilló José Luis. Comenzaba a sentir una aversión biliosa por la anciana, que, como muchos de su especie, se creía por encima del bien y del mal. Afortunadamente, la democracia había llegado para ubicarlos al nivel de ciudadanos, arrancándoles unos privilegios que se sostenían en el abuso sobre el más débil.

—Nosotros mantuvimos a los reyes, a sus guerras y a sus exilios durante siglos. El último, Don Juan en Estoril. Allí, en aquel chinero, hay una fuente de porcelana que trajo en su última visita. Lo único que sacamos de él. Chucherías. Es una vergüenza que nuestro apoyo no se tenga en cuenta y nos veamos ahora tratados como delincuentes —dijo la tía Clara—. Pero, en fin, no está en la naturaleza del ser humano recordar ni demostrar generosidad por la mano que te da de comer.

Madelaine carraspeó incómoda. No le resultaba difícil imaginar lo que José Luis pensaría de aquella perorata.

—Bien, respecto al asunto que aquí me trae, hay varios cabos sueltos de importancia que debemos constatar con documentos oficiales —comenzó el fiscalista dispuesto a cambiar de tema antes de que le sentara mal la comida—. Como ya le he comentado a su sobrina esta mañana, me ha extrañado no encontrar partida de defunción ni testamento de la madre de Madelaine, Inmaculada Sahagún y Frías.

La anciana levantó una ceja con frialdad.

—¿Y? ¿Qué importancia puede eso tener? No poseía nada. No tuvo que dejar nada.

—Murió después que su marido. Al morir este sin testamento, recibió su parte de la herencia. O debió recibirla —contestó José Luis.

—Entre familiares no hubo necesidad de papeles. A Inmaculada nunca le faltó de nada y ella nunca reclamó lo que no era suyo. ¡Solo hubiera faltado! En realidad, pasó poco tiempo entre los dos fallecimientos —explicó la tía Clara, que empezó a sentir un veneno amargo extendiéndose por su cuerpo. Y había sido ella misma la que lo había inyectado sin remedio. Malditos forasteros. Siempre metiendo la nariz en asuntos que no les concernían.

—Aun así. Su madre murió en Cataluña, según tengo entendido —anotó dirigiéndose a Madelaine.

Esta asintió. La tía Clara dio un sorbo a su copa de vino.

—Bien, he llamado a un amigo que trabaja en el registro y no ha encontrado nada.

—¿Cómo que nada? Se habrá confundido de año, o de apellidos —replicó la tía Clara—. A veces se empeñaba en usar los de soltera. Otras, los de casada. Nunca tuvo las cosas muy claras.

A Madelaine le dolió el comentario de su tía. Al fin y al cabo, era su madre.

—Sí, ya he tenido en cuenta ambas posibilidades y no ha servido de ayuda.

—No entiendo lo que quiere decir —dijo Madelaine confundida.

—Pues que su madre, al menos en Cataluña, no está oficialmente muerta.

—¡Tonterías! —exclamó la tía Clara—. Seguro que se han perdido papeles. Pasa continuamente. El accidente ocurrió hace mucho tiempo. Más de treinta años. Ha llovido mucho desde entonces. Por supuesto que murió.

—¿Y dónde se encuentra enterrado el cuerpo? Eso también podría ayudar.

Madelaine se volvió también hacia su tía, cuyos ojos despedían chispas, arrepintiéndose del día en el que tuvo que recurrir a aquel hombre.

—No lo sé.

Madelaine no daba crédito a sus oídos. ¡Por supuesto que la tía Clara sabía dónde se encontraba su madre! En el panteón familiar, como el resto de los miembros de la familia. ¿Por qué había dicho que no lo sabía?

—¿No lo sabe? —repitió José Luis incrédulo. Se volvió hacia la sobrinísima—. Y usted, ¿tampoco sabe usted dónde se encuentra enterrada su madre?

—Sí, claro. Se encuentra aquí, quiero decir, en el cementerio, en el panteón familiar —respondió Madelaine sin entender la actitud de su tía.

—Bien, entonces, quizá con exhumar los restos... —explicó José Luis.

—No —le cortó la tía Clara—. Su madre no está allí. Quedó totalmente destrozada, según nos dijeron, y autorizamos la incineración. Nos pareció la salida más honrosa, dadas las circunstancias.

Madelaine la miró confundida, incrédula. La tía Clara se explicó con su habitual pragmatismo.

—En algún sitio tenía que quedar su memoria, Madelaine. Aunque fuera solo una placa. Lo siento. No creí que fuera importante que conocieras los detalles. Solo podían causarte más dolor, y ¿para qué? Fue Rosario la que se encargó de todo, los trámites con la policía y el papeleo. Quizá aparezca algo entre nuestros papeles. No sé, la verdad. Todo ocurrió hace más de treinta años y nunca hubo problemas legales. Además, Inmaculada, como le digo, no poseía nada.

—Hasta que murió su marido —apostilló el fiscalista. La tía Clara volvió los ojos aburrída pero José Luis continuó presionando—. ¿Y su hermana Rosario no habrá dejado documentos personales que pudieran ayudarnos?

—Mi hermana Rosario era una persona muy reservada. Sabía que iba a morir —concluyó la tía Clara.

Madelaine la miró dolida. ¿Y por qué no se lo habían dicho? ¿Por qué la dejaron al margen? Por supuesto, para no hacerla sufrir; pero era una pena que su familia no hubiera entendido ni aceptado jamás el poder catártico del sufrimiento.

Se hizo un incómodo silencio. Clara se volvió hacia su plato y pinchó un trozo de lomo.

—El lomo es ibérico, por supuesto, de nuestro matadero. ¿Qué le parece? Tengo planes de exportar en un par de años, si es que todavía estoy por aquí —matizó Clara.

Madelaine sintió que en esta ocasión tenía todo el derecho a enfadarse con su tía. Era capaz de aceptar que a una niña le hubieran contado una mentira para encubrir que su madre había quedado destrozada, ¡pero ahora tenía treinta y seis años, por Dios! ¿Cómo podía no haberle dicho la verdad? Volvió a acordarse del artículo sobre las plantas que se informan de los depredadores para defenderse. En su familia era posible caer una y mil veces ante el mismo enemigo, pues cada cual parecía jugar su propia partida de mus por libre. De repente sintió vergüenza y humillación ante el forastero, y soledad. José Luis lo percibió. Curiosamente, podía escuchar el corazón de aquella mujer hermosa, fría y lejana latiendo debajo de su piel. Una oleada de afecto puro, afecto verdadero, recorrió sus entrañas. Sintió lástima y compasión y, de alguna forma casi mágica, fue en ese momento cuando en su subconsciente decidió que Madelaine necesitaba protección o se vería

abocada a un destino que ella no había elegido, un destino trazado por los intereses de aquella anciana de mal carácter e intenciones oscuras.

Madelaine notó los ojos intensos de José Luis sobre su rostro y se sonrojó. También Clara percibió que algo acababa de pasar y supo que era el momento de intervenir.

—Los forasteros siempre han traído desgracia a nuestra familia —dijo Clara.

La frase quedó resonando sobre la mesa como un latigazo en la espalda del inculpado.

1971, San Gabriel

—No me gustan los forasteros. La gente de fuera trae problemas. Aquí siempre vienen con las mismas intenciones, lógico, y ya se sabe que por la caridad entra la peste —le dice Rodrigo, de pie, removiendo los hielos de su whisky.

—¡Rodrigo! —salta Inmaculada abochornada. Su amigo querido, su mejor amigo de la facultad, Rafael, se encuentra con otro vaso de whisky, compartiendo sofá con ella.

Rafael deja el vaso de cristal de Bohemia sobre el reposavasos de plata y se levanta. Es alto, delgado, rubio, de ojos pequeños muy azules. Lleva barba, gafas y zamarra de ante marrón.

—Lo siento, Inma, no debía haber venido. Y menos sin avisar —se disculpa con su amiga.

—No digas tonterías. Rodrigo ha bebido demasiado. Seguro que no ha querido decir eso.

Rodrigo esboza una sonrisa sarcástica pero no abre la boca. Están en su territorio y las disculpas no forman parte de la educación de los Martínez Durango.

—Quizá podamos quedar algún día en Sevilla. Yo voy a estar dando clases en la universidad el resto del curso —dice Rafael.

—Mi mujer no suele salir del pueblo. Es muy hogareña. Y además tiene que cuidarse. Su salud es delicada. Está intentando quedarse embarazada —le

explica Rodrigo.

Inmaculada, furiosa, se da cuenta de que se ha convertido en su prisionera. ¿Cómo ha podido llegar a esa situación? ¿Por qué se siente tan atrapada? Quiere replicar, pero si lo hace tendrá problemas. Y ahora ya sabe que Rodrigo es capaz de levantarle la mano sin ningún tipo de escrúpulo. Pese a lo humillante de la situación, o quizá por los recuerdos de esa otra vida que una vez disfrutó, esta vez saca fuerzas de un almacén que ni siquiera sabe que posee y se dispone a asumir el castigo.

—Por supuesto que intentaré ir un día de estos a Sevilla. Tenemos mucho de que hablar. ¿Has leído el último libro de Iris Murdoch?

—No —responde Rafael nervioso. Es un hombre tranquilo y la situación se le escapa de las manos.

—Ah, yo lo pedí a Londres en cuanto me enteré de que salió. Me llegó la semana pasada. Es una maravilla.

Rafael se vuelve hacia Rodrigo, que se encuentra concentrado en hacer girar los hielos de su vaso de whisky, y se despide apresuradamente. Inmaculada lo acompaña hasta la puerta. Cuando regresa al salón para hablar con su marido, Rodrigo no la mira. Pasa por delante de ella, demostrándole su indignación y su desprecio. Inmaculada se siente morir por dentro. Ha puesto su futuro en manos de ese hombre, y se ha equivocado. A veces piensa que podrá arreglarlo, que conseguirá hacerle cambiar. Quiere ser comprensiva. Rodrigo ha tenido una vida complicada. Un padre autoritario que le envió a un colegio interno siendo muy pequeño. Una madre ausente. Escaso trato con sus hermanas. Lo han aislado. Su madre, que va y viene, no es una madre. Pretende ser una amiga y actúa con él casi como una amante. Rodrigo ha tenido pocas oportunidades para desarrollar afectos normales. Pero ¿y ella? Ella es otra historia. Ella se esfuerza por ser normal, por amar y ser amada. Rodrigo parece conformarse con ser amado. Si se diera cuenta de que ese no es el camino... Inmaculada teme ahora no ser capaz de cambiarlo. Se han traspasado límites. Pero sí, claro que tiene que poder. A cosas más difíciles se ha tenido que enfrentar en la vida. Ella es afortunada. Ha hecho un buen matrimonio. No le faltará de nada de por vida. Tiene que hacer que funcione. O irse. Desaparecer para siempre.

Poco después se escucha el rugido de un tremendo acelerón. Inmaculada

sabe que es Rodrigo, huyendo despavorido de su existencia en su nuevo coche, un Bugatti blanco de dos plazas que se ha hecho traer de Italia.

—No sé a qué te refieres, tía, con esa tontería sobre los forasteros —replicó Madelaine.

—Pues que cada vez que alguien a quien no hemos invitado se ha inmiscuido en nuestra familia, hemos tenido problemas. Los forasteros lo estropean todo. Y además siempre son interesados.

—¡Ah, entonces yo no cuento! —exclamó José Luis intentando quitar hierro al comentario—. A mí me ha llamado usted.

Madelaine agradeció la rápida e inesperada salida del fiscalista.

—Tiene usted razón. A usted le pago yo. Es decir, que está a nuestro servicio —recalcó Clara con toda la intención de humillar—. No es un forastero sino un trabajador a sueldo.

Madelaine miró a su tía con indignación y se volvió hacia el fiscalista avergonzada.

—Disculpe a doña Clara. Los años la están volviendo maleducada.

José Luis asintió. Lo cierto es que no le importaba. La anciana no le gustaba y prefería que las cartas estuvieran encima de la mesa. Clara simplemente se encogió de hombros. Lo que acababa de decir su sobrina no iba con ella e hizo escalar una forzada sonrisa a sus delgados labios.

—Por cierto, esta tarde tenemos visita. Viene don Álvaro —anunció Clara.

—¿Y quién le ha invitado? —preguntó Madelaine muy sorprendida.

—Yo. En cuanto supo que regresabas se puso muy contento.

La tía Clara se volvió hacia José Luis.

—Álvaro fue un novio de Madelaine —le explicó con satisfacción. Más aún cuando creyó percibir que a este le afectaba—. Sigue soltero, ¿sabes?

Madelaine volvió los ojos fastidiada.

—Tía, por favor, para ya. Estamos en el siglo XXI. Si quiero buscarme un novio, novia, marido o marida, lo haré yo sola.

La tía Clara hizo un gesto de incredulidad condescendiente y se volvió hacia el fiscalista.

—No sabe lo que dice. Tiene un ojo fatal para los hombres. Claro, que debe de ser de familia. En nuestra casa solo funcionan los matrimonios

concertados, así que ya ve. Seguro que, a la larga, nos damos cuenta de que resultan mucho mejores que las tonterías de unos idiotas que se dejan cegar por sus instintos. ¿Está usted casado?

—Soy viudo —respondió y su mirada se veló antes de volverse hacia el plato.

—Vaya, lo siento —respondió la tía Clara. No esperaba esa respuesta. Ni tampoco Madelaine. Se hizo un tenso silencio.

Otro muerto entre nosotros, pensó Madelaine. Y, por la fijeza cerrada con la que José Luis se concentraba en su plato, su difunta esposa acechaba sus movimientos, encadenada todavía a su marido. ¿Era él o era ella la que no dejaba cicatrizar la herida? Quién sabe, quizá ambos. Las presencias en aquella casa empezaban a resultar incontrolables, infinitas, parte indisoluble de sus vidas, porque ¿quién era ella sino producto de todo lo que la había precedido, de los actos y las decisiones de los anteriores? Hasta ahí, podía comprenderlo y aceptarlo. Se sumaba a ese razonamiento el hecho de sentir que, allí mismo, impregnando su realidad, habían quedado prendidos como desgarrones de tejido humano sobre una alambrada de espinos las ánimas de los pasados moradores, que en una huida desesperada hacia el más allá habían quedado atrapados en aquella casa palacio, objeto de las ansias de tantos durante generaciones, maldición de todos ellos. Una ráfaga de aire pasó por detrás de José Luis y apagó la vela con esencia a gardenia blanca. Madelaine se estremeció. Aspiró el último trazo del mágico perfume y deseó, con todas sus fuerzas, felicidad. Felicidad. Si el ave fénix puede resurgir de sus cenizas, también ellos pueden transformar la tragedia en felicidad. ¿Por qué no? Quizá solo fuera cuestión de escuchar atentamente. Al final, lo único que todos, vivos y muertos, buscamos es orden y armonía, pensó Madelaine. Y sonrió a José Luis, que en ese momento levantó la cabeza para mirarla. Entonces se produjo un chispazo, un momento imprevisto, insospechado. Los dos compartieron el deseo de paz.

3

EL PUEBLO

San Gabriel era un lugar peculiar aunque no especialmente extraño. Todos los pueblos milenarios guardan historias imperecederas, tragedias y conquistas secretas que han forjado su identidad a lo largo de los siglos, como las mareas van dando forma a las costas de manera imperceptible e implacable. Ciertamente es que no todos los pueblos de la sierra onubense cuentan con un castillo medieval coronando su cielo. Ni una familia de la alcurnia, secretos y riqueza de los Martínez Durango. A simple vista, podría pensarse que, en la actualidad, los Martínez Durango poco significaban en aquella villa. Sus únicos descendientes eran una vieja malhumorada y una treintañera que vivía lejos y no parecía tener interés en su herencia. Sin embargo, la realidad era muy distinta para los habitantes de San Gabriel. Los que vivían allí lo hacían por la gracia de esta familia. Resultaba difícil olvidar que los Martínez Durango seguían siendo los dueños de la mayor parte de las tierras que se divisaban desde lo alto de la torre del castillo, y de los más prósperos negocios que habían ido surgiendo con el paso de los años y que sustentaban a San Gabriel. El matadero, dos curaderos, el almacén de corcho y la almazara. También las monjas, la escuela y la iglesia eran suyos. Y, si bien ya no se pagaban los jornales al salir de la misa dominical de seis y media de la mañana, la sombra de su poder estaba grabada a fuego en las entrañas de todos los habitantes de San Gabriel, que, en cierta forma, seguían siendo esclavos de una familia que ya casi no existía. Aparentemente solo lo material había perdurado. Pero nadie pensaba eso. Junto a lo material había perdurado lo espiritual. La sombra de un omnipotente espectro, bajo el que se

había desarrollado la vida en el pueblo, extendía su manto sobre San Gabriel. Lo material y lo espiritual, la mezcla más terrible y perfecta para el dominio de las almas. Dos elementos que la Iglesia tan bien ha sabido manejar durante siglos y siglos y que los Martínez Durango, en principio sin una estrategia premeditada, habían hecho suyos. Ahora, ese poder absoluto estaba a punto de cambiar de manos. Madelaine, quisiera o no, no podía huir del pasado del que era heredera. Había llegado la hora de que tomara posesión y no había tiempo que perder. La tía Clara insistió en que, esa misma tarde, debían realizar unas visitas. Madelaine se sorprendió, pues su tía había anunciado la llegada de Álvaro; pero Clara le aseguró que estarían de vuelta antes de que el antiguo pretendiente de su sobrina llegara.

—¿Y la siesta? —preguntó entonces Madelaine, que odiaba salir de casa después de comer—. La gente estará descansando. No vamos a molestar a nadie después de la comida.

—Ya están avisadas —replicó la tía Clara.

Poco después estaban bajando la calle, de nuevo a pie. Cuarterones y persianas estaban echados para protegerse del sol abrasador y pesado que rompía el día en dos. No se cruzaron con un alma. La tía Clara se detuvo delante del portón de la Fundación y llamó con la aldaba. Al instante se abrió la puerta. Una monja, de blanco rostro de porcelana y ojos vivarachos, a pesar de sus sesenta y tantos años, las recibió inclinando la cabeza.

—Buenas tardes, doña Clara. ¿Y esta debe de ser doña Madelaine? ¡Madre Santísima, si ya es toda una mujer!

—Casi, sor Leonor —replicó la tía Clara con sequedad—. Las jóvenes ahora maduran con retraso. Fíjese que todavía no se ha casado.

Madelaine quiso replicarle. ¿Y entonces ella qué? Seguía soltera. Pero la tía Clara, y más a su edad, se consideraba a sí misma fuera de categoría. Sor Leonor las condujo a una salita de suelo de granito, con escaso mobiliario de estilo castellano, una mesa cubierta por un hermoso tapete de ganchillo, sin duda trabajo de alguna de las laboriosas monjas, cuatro sillas y un par de sillones de cuero en un lateral, junto a una mesita baja. Los potos de hojas verde brillante, y un crucifijo espartano que presidía la fresca estancia, eran

los únicos adornos. Olía a lejía y a pulcritud. Madelaine sintió que había entrado en otro mundo. Mientras sor Leonor y su tía hablaban del estado de salud de una de las monjas más ancianas que no parecía superar un catarro de verano, Madelaine, de repente, recordó aquel lugar. Sí, lo había visitado una tarde de agosto, muchos años atrás, con su madre. Con la remembranza tomando forma en su cabeza, se sentó en una de las sillas y esperó a que le sirvieran el café. La cafetera de plata humeaba y el aroma se desplegó suntuoso sobre el de la lejía. Madelaine removi6 el azúcar en su taza de porcelana de la Cartuja, blanca y azul, con la cucharilla de plata en la que aparecía grabado el escudo de los Martínez Durango y tomó la immaculada servilleta de hilo que le ofreció sor Leonor. Al instante aparecieron otras dos monjas, la superiora y la profesora de religión, sor Mercedes y sor Josefina, intercambiables, amables, con el mismo rostro de porcelana y el mismo olor a limpio. Y la misma sonrisa y el mismo acento del norte, a pesar de llevar más de veinte años en el sur. Madelaine, que ya subía la taza hacia sus labios, saboreando con antelación el líquido oscuro y delicioso que, como todo lo preparado por las manos mágicas de las monjas, se prometía insuperable, tuvo que bajar la taza y saludar a las recién llegadas. Alegría pero distancia. Allí todo el mundo sabía quién era. Sor Josefina parecía ser la mayor. Sus ojos la miraban con una extraña curiosidad. En el fondo de sus pupilas, que intentaban merodear por el interior de Madelaine, encontró el recuerdo. Madelaine volvió a medir apenas noventa centímetros y a llevar el pelo corto, tal y como le gustaba a su madre.

1975, Fundación de San Gabriel

La niña mete sus pequeños dedos por entre el tapete de ganchillo, y los deditos penetran entre los hilos, como gusanos entrando y saliendo de delgadas cuevas.

—Tenemos que ayudar a esos niños, sor Josefina. Un libro puede cambiar la vida de esas personitas. Lo sé por experiencia —dice Inmaculada.

La monja no parece muy convencida.

—Su marido ha venido a verme —comienza sor Josefina con la mirada

consternada.

Inmaculada no puede ocultar su sobresalto. El miedo ensombrece su rostro y poco puede hacer para disimularlo.

—¿Y qué quería?

—Asegurarse de que la biblioteca existía, supongo. Y decirme que no entiende qué necesidad tienen los críos del pueblo de leer.

—Ya, según él, no les va a servir de nada. Como todo lo que propongo, es una estupidez.

—Estaba muy enfadado. Dice que a usted no le importa ni la religión ni las monjas. Que solo va a misa porque él la obliga.

—¿Y qué tiene eso que ver con la biblioteca infantil?

—Bueno, Inmaculada, ya sabe cómo son las cosas aquí.

Inmaculada suspira con tristeza.

—Supongo que estaba intentando ponerme en contra suya —admite la monja.

—¿Te ha preguntado por Rafa?

Sor Josefina niega con la cabeza y se vuelve preocupada hacia Madelaine, que sigue la conversación muy interesada, sin entender demasiado con su mente de apenas tres años.

—Menos mal. Está obsesionado y te juro que no tiene por qué. Yo con un hombre tengo más que suficiente para el resto de mi vida, eso te lo puedo jurar por lo más sagrado.

—Lo sé —asiente Josefina—. Pero no la entiende. Y no lo culpo.

—Yo he puesto de mi parte. Créeme. Hago lo que puedo.

—Los caminos del Señor son complicados.

—Al menos tú has encontrado el tuyo. Si supieras cómo te envidio.

Sor Josefina entiende y asiente. Afortunadamente ella encontró su camino y se siente feliz en San Gabriel, un pueblo retrasado, que sufre de su propia incapacidad para levantar la cabeza y construirse una vida diferente a la que le dictan.

—Este proyecto de la biblioteca va a traerle problemas, Inmaculada.

—¿Qué más puede hacerme?

—No lo sé, pero a los Martínez Durango siempre se les ocurre algo peor de lo que en principio se pueda prever.

—Tonterías. Leyendas absurdas que cuentan las viejas del pueblo. Tienen mucho carácter, es verdad. Pero no hay nada sobrenatural en esa casa.

«Solo gente desdichada capaz de hacerse mucho daño entre sí», piensa Inmaculada.

—¡Sor Josefina! —exclamó Madelaine.

Sor Josefina sonrió ante la naturalidad del descubrimiento y el malestar que este había provocado en doña Clara.

—Usted era la amiga de mi madre —afirmó Madelaine.

—Caramba, qué buena memoria.

—Sí, qué buena memoria —farfulló Clara para sí.

—Iban a hacer una biblioteca infantil. ¿Qué pasó?

—Nada. Que tu padre y mecenas no quiso.

—¿Y por qué? —preguntó Madelaine sorprendida.

—No sé. Tu madre perdió el interés. Al fin y al cabo, para qué iba a meterse en ese jaleo —se apresuró a contestar Clara.

El rostro de sor Josefina se ensombreció.

—Creo recordar que no encontré mucho apoyo para sacar adelante el proyecto —espetó sor Josefina. Sor Mercedes la miró con dureza. Pero Clara decidió no darse por aludida. Nunca lo hacía. Madelaine sabía que si algo le sentaba mal o no le gustaba, lo normal era que su tía adoptara un tono condescendiente y se hiciera la tonta.

—¿Ah, sí? Ya no recuerdo. Fue hace tanto tiempo. Luego ella se fue y murió —concluyó Clara—. Una tragedia, pero, en fin, así es la vida. Dura e imprevisible, al menos para la mayoría.

Un denso silencio se hizo dueño de la estancia. Madelaine sintió que una pesada losa caía sobre todas ellas.

—Pero dejémonos de tragedias —dijo Clara—. El motivo de nuestra visita es que mi sobrina se va a casar. —Madelaine la miró alarmada, incrédula, incapaz incluso de negar semejante afirmación. Las monjas se volvieron hacia la atónita Madelaine manifestando su alegría. Clara continuó —: Y como saben, todos los matrimonios de los Martínez Durango han tenido lugar en la iglesia, que ahora está a su cargo.

—Enhorabuena. ¿Y para cuándo está prevista la ceremonia? —preguntó sor Mercedes sonriendo.

—Si todo sale bien yo calculo que para final del verano. Mediados de septiembre podría ser una buena fecha.

—La iglesia está en obras, como usted ya sabrá —le recordó sor Josefina, que era la única que parecía haberse dado cuenta de que el rostro atónito de Madelaine no se debía a la vergüenza o a la timidez por haber revelado su próximo enlace.

—Imposible olvidarlo. Recibo puntualmente las facturas de restauración todos los meses. Por eso quería hablar hoy con ustedes, para que se aseguren de que no haya demoras. Una boda haría una hermosa inauguración, ¿no les parece?

—Bueno, y ¿quién es el afortunado? —preguntó sor Josefina con una amplia sonrisa.

Eso, se preguntó Madelaine. ¿Quién era el novio?

—Por ahora, preferimos mantenerlo en secreto. Sabemos de su discreción pero no quiero que empiecen los chismes en el pueblo. Solo les aseguro que lo sabrán a su debido tiempo. Será un digno heredero para mantener la institución de los Martínez Durango. Por cierto, Madelaine vestirá el traje de novia de mi madre, pero la seda del mantón necesita arreglos.

—Por supuesto —respondió sor Mercedes. La anciana era siempre tan misteriosa con todo lo que rodeaba su vida que a estas alturas no le sorprendía que fuera capaz de mantener en secreto el nombre del novio—. Si le parece, mañana mismo envío a alguien a buscarlo y nos ponemos a ello.

La tía Clara asintió satisfecha.

—Más adelante hablaremos del ágape —continuó—. Estoy pensando en unas mesas en el pórtico para quizá convidar al pueblo. Hay tiempo, así que dejaremos los detalles para más adelante.

Madelaine salió del convento convencida de que lo que había pasado había sido solo un sueño. No era real, como no podían serlo esas monjas tan perfectas, el olor a pasado que destilaba la Fundación, o el hecho de que ella, ¡ella!, fuera a ponerse el traje de novia de su difunta abuela. Su tía Clara se

apoyó en su brazo para subir la cuesta de regreso a casa y su mano fría y huesuda le hizo sentir un escalofrío que la devolvió a la realidad. Aquello era de locos. ¿Con quién demonios pretendía casarla su tía? Con toda seguridad, lo acontecido era producto de la demencia de una anciana que se había aferrado a un mundo que ya no existía. ¿O sí?

—Tía, ¿tú te encuentras bien?

—Para mis años, supongo. No tengo con qué comparar, ya me entiendes.

—Me refiero de la cabeza. ¿Notas que te falla últimamente? ¿Que te asaltan pensamientos extraños? ¿Alucinas?

—Ah, me estás ofendiendo —comprendió la tía Clara sin ofenderse en realidad—. ¿Y se puede saber por qué me preguntas eso?

—Porque me extraña que alguien en el siglo XXI pueda pensar que una mujer como yo pueda casarse así, por las buenas, porque a alguien le conviene o porque ya le toca. Tú siempre has hecho gala de un gran sentido común y ahora me tienes despistada.

La tía Clara sonrió autosuficiente y Madelaine pudo escuchar *La danza del sable* de Khachaturian imprimiendo un ritmo frenético a la escena, un ritmo que ella era incapaz de parar. Una gran bola de nieve la perseguía por aquel pueblo donde en cada acera podía freírse un huevo a aquella hora de la tarde. Y se sintió la heroína de un cuento de *Las mil y una noches*, luchando contra un destino imparable.

—¿Qué significa esa sonrisa? —preguntó Madelaine—. Mira, si necesitas ver a un médico, uno de mis profesores en la Universidad de Navarra tiene un primo psiquiatra que trabaja en el hospital de la Macarena.

—Por favor, Madelaine. No digas tonterías. No me he vuelto loca. Simplemente tengo más información que tú y deberías relajarte y dejarme hacer porque es por tu bien. Confía en mí.

—Ah, me pides un acto de fe —observó Madelaine con incredulidad.

—Sí, más o menos. Y, si no te importa, vamos a dejar de hablar de este tema por la calle. La gente de este pueblo es muy cotilla. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Debe de ser cosa de las clases inferiores. Se aburren. O les fascinamos. O ambas cosas. Les gusta que nos vaya mal. No pueden evitarlo —explicó la tía Clara con cierto orgullo.

—Y digo yo, ¿por qué será? ¿Por qué será que quieren que nos vaya mal?

¿Quizá porque sienten que les hemos tratado con desprecio, que hemos actuado como dioses jugando a las muñecas y a las casitas con sus vidas, que su existencia ha estado injustamente en nuestras manos durante siglos? Yo no voy a permitir que nadie juegue a Dios con mi vida.

—Mira que te gusta molestarme, Madelaine. Deberías estar agradecida, pero, en fin, es mejor no esperar agradecimiento de nadie. Venimos a este mundo solos y solos nos vamos a morir, y, mientras ese día llega, es más de lo mismo.

—¡Basta, tía! ¿Con quién demonios me quieres casar? ¿No será con Álvaro? ¿Has perdido la cabeza?

—No, no he perdido la cabeza. Dame una oportunidad, por favor, y cambia esa cara de perros. Álvaro debe de estar a punto de llegar —anunció la tía Clara comprobando su pequeñísimo reloj de pulsera—. ¡Si es que no ha llegado ya!

No. Álvaro no había llegado. La tía estuvo dando vueltas muy nerviosa por la casa, como perro sin amo y con cara de pocos amigos. Se suponía que había quedado en pasarse a partir de las seis y ya eran las siete y cinco... En el despacho, el fiscalista continuaba con la cabeza metida entre los papeles y Madelaine aprovechó para ducharse otra vez y ponerse una camiseta limpia. La tía hubiera preferido que se pusiera un vestido, y Madelaine también, pues le resultaba mucho más cómodo que los pantalones, pero se decidió por los vaqueros en un acceso de autoprotección. No quería mostrarse ni interesada ni mucho menos desesperada, y, no sabiendo lo que su tía habría hablado con Álvaro, prefería dejar las cosas claras, al menos por su parte. Álvaro, había que reconocerlo, no era un mal partido. Es más, de adolescente había estado muy enamorada de él, como todas sus compañeras, claro. Era muy guapo, moreno, de pelo ensortijado y ojos oscuros. Estudiaba en los salesianos, junto al colegio de las irlandesas donde Madelaine había cursado el COU. Conducía una Honda 550 y jugaba al billar como nadie. Tenía muchas novias. Ninguna le duraba. Madelaine fue una de ellas. Duraron exactamente del 14 de febrero, día de San Valentín, al 2 de marzo, día de San Heraclio. Menos de tres semanas. Se terminó cuando él le dijo que se había enrollado

con una rubia con la cara envuelta en polvos de terracota que trabajaba en Mango. No estaba dispuesto a comprometerse con nadie y Madelaine le ahogaba, palabras textuales. Madelaine sí se quedó tocada. Vivió aquellas casi tres semanas como en una nube. Él la trató como a la heroína de *West Side Story*, y la imaginación y los sueños de Madelaine pusieron el resto. Ella necesitaba justo lo que él le daba: cariño, palabras tiernas, achuchones y reconocimiento entre su grupo de amigos por salir con el más deseado. Madelaine era carne de cañón entonces, presa fácil para el tipo de hombre con labia y recursos para hacerse irresistible. Un «te quiero» era sinónimo de verdad, de compromiso eterno. Nadie había empleado esas palabras anteriormente con ella, y la adolescente huérfana no sabía escarbar en las frases hechas. Aprendió con lágrimas que las palabras se las lleva el aire y que el amor es algo que va más allá del «te quiero». El verdadero tenía que ser cosa de dos y del tiempo. Nunca lo había podido comprobar en carne propia. Había descubierto que rascar en la superficie de una relación puede resultar sumamente doloroso. La vida era breve, así que para qué sufrir. Ese fue el momento en el que claudicó, dejó de quererse y de creer en que para ella pudiera existir un hombre que la completara, que la amara tanto como ella sentía que podía amar. Aquel guaperas de tres al cuarto había sido más importante en su vida de lo que le gustaba reconocer. Mientras se ponía la crema del contorno de ojos, Madelaine se consoló pensando que, a estas alturas, estaría calvo y entrado en carnes. Tenía un par de años más que ella. En la última década, su recuerdo se había diluido entre la maraña de novedades que llenaba sus días. Seguro que ya no era el que fue. Si no, seguramente, se hubiera casado. Hubiera hecho lo que todo el mundo. Bueno, todo el mundo menos ella. Un golpe de nudillos tras la puerta de su dormitorio la sacó de sus pensamientos.

—Madelaine, ya está aquí —dijo la tía con un tono frío bajo el que ocultaba su emoción. El encuentro entre su sobrina y aquel joven de excelente familia era muy importante. Podía significar que ella pudiera morir en paz o que su alma ardiera en los infiernos para siempre—. Te esperamos abajo.

—Vale —se limitó a contestar Madelaine.

Madelaine bajó las escaleras sin expectativas. O mejor, evitando tenerlas. Su tía ya había acomodado al invitado en el salón verde y el ronroneo que reptaba por el pasillo indicaba que la conversación era fluida.

—Sí, terminé los estudios de Arquitectura. Pero no ejerzo. En casa no me han dejado opción. Pero no me quejo. Me gusta llevar los negocios de mi padre —escuchó Madelaine que comentaba Álvaro a la tía Clara. Tenía la voz profunda, dulce, melodiosa incluso.

—¡Ah, por fin! —exclamó Clara al ver a Madelaine.

Álvaro se encontraba sentado en un sillón de espaldas a la puerta y tuvo que volverse para saludarla. Madelaine no pudo evitar enrojecer. En la penumbra de la habitación, nadie lo notó. Solo ella, que sintió una oleada de calor que le recorrió la cara y terminó arremolinada en su pecho.

—Madelaine. ¡Caramba, nunca te hubiera reconocido!

Madelaine esbozó una media sonrisa.

—Tú en cambio estás igual.

No era cierto. Lo honrado por su parte hubiera sido decirle que estaba mucho mejor. Que estaba tan guapo que su recuerdo no le hacía justicia. La madurez le había convertido en un galán, un tipo elegante, atractivo, el príncipe azul de una película de Hollywood. Más aún, se había convertido en un hombre interesante. Había algo familiar en él, algo que Madelaine achacó al pasado común, que la turbó profundamente y la obligó a tomar aliento. Para tranquilizarse pensó que no podía ser tan maravilloso como parecía. Habría que comprobar si su conversación estaba a la altura.

—Mujer, dicen que he mejorado —comentó Álvaro con coquetería—. Y, mira, a riesgo de pecar de inmodesto, yo creo que es verdad. Antes era un niño de papá sin cabeza y con el corazón demasiado disperso. Ahora empiezo a saber lo que quiero.

La tía Clara sonrió satisfecha, aunque en ese momento se fijó con disgusto en que Madelaine se había puesto vaqueros.

—Es lo que tiene la edad: va sacando lo mejor de nosotros —elijo la tía Clara.

—Generalmente lo peor, tía —apuntilló Madelaine.

—Vaya, parece que hemos intercambiado los papeles. Tú sueles ser mucho más optimista.

—Depende del día —respondió Madelaine. No le gustaba la sensación permanente de que su tía quisiera venderla. Tomó asiento y miró los cafés que se encontraban sobre la mesa—. Voy a tomar una copa. ¿Te apetece un *cosmopolitan*, Álvaro?

La tía Clara frunció el ceno. ¿Pretendía su sobrina boicotearla?

—Sí, te acompaño encantado.

Menos mal que, claramente, el joven Acosta estaba por agradar.

—¿Y tú, tía?

—Ya sabes que yo no bebo. Seguiré con el café.

Madelaine se encogió de hombros y se dirigió al mueble bar. Clara no pudo evitar recordar a su hermano Rodrigo. Madelaine empezó preparando los hielos, eligiendo la coctelera preferida de su hermano, y mezclando el brebaje con el mismo cuidado y profesionalidad que él. Como si se hubiera dedicado a ello toda la vida. El mueble bar estaba bien provisto. Clara siempre se había encargado de que se mantuviera en orden.

—En otra vida fui barman, bueno, «*barwoman*» —dijo Madelaine con sorna, sabiendo que a su tía no le iba a gustar nada su comentario.

—Hija, qué cosas tienes. Madelaine es médica. Te lo conté, ¿verdad, Álvaro? Fue una de las primeras de su promoción pero luego no quiso hacer especialidad. Bueno, es médica de familia. Decía que era lo que le gustaba.

—Es lo que me gusta, tía.

—En cualquier caso, tampoco necesitabas estudiar más. Bastante trabajo tenemos aquí, eso ya lo sabes. Y alguien tendrá que llevarlo —apostilló Clara.

Madelaine la ignoró y se volvió a Álvaro, ofreciéndole una de las copas del cóctel que acababa de preparar y sintiéndose que no era ella en realidad. Se acababa de transformar en otra persona, y podía sentirlo aunque era incapaz de evitarlo.

—En realidad creo que debería haberme dedicado a preparar cócteles.

Álvaro probó su copa con curiosidad.

—Excelente —aprobó mirándola fijamente. Madelaine sostuvo la mirada de Álvaro.

—¿Y cómo es eso de que no te has casado? —preguntó Madelaine a bocajarro—. Debes de tener ya, cuántos, ¿cuarenta?

—Treinta y nueve. Y sí, sí que me casé.

La tía Clara se volvió hacia él estupefacta.

—¿Cómo? ¿Cuándo? No me he enterado de nada.

—Es que no salió precisamente en la prensa rosa. Mi familia no apoyó nunca mi matrimonio, y el tiempo, tengo que reconocer, les dio la razón.

—Pero ¿cómo es que no tuve noticia? ¿Dónde te casaste? —La estupefacción de la tía Clara divirtió a Madelaine.

—En Las Vegas. Una boda rápida con una americana que conocí en unas vacaciones. Muy de película. Por aquel entonces yo era enamorado y tonto.

—Sí, lo recuerdo —dijo Madelaine—. También yo, no creas.

Él la miró sorprendido.

—No, tú no. Tú eras intensa. Me acuerdo bien.

—Qué va. Los chicos veis más de lo que hay —replicó Madelaine intentando sonar muy frívola. A ella siempre la había ahogado su mundo interior, y más en la adolescencia. Hubiera vendido literalmente su alma al diablo en muchos momentos por ser trivial y despreocupada. Una cabeza hueca como tantos otros de sus compañeros.

A la tía Clara no le gustaba hacia dónde comenzaba a derivar una conversación de la que se estaba quedando fuera y, además, necesitaba saber si sus planes eran posibles o no.

—Ah, entonces te casaste por lo civil —lanzó la tía Clara.

—Sí, y no me vestí de Elvis porque los tupés no me favorecen, pero ella sí que se disfrazó.

—¿De quién?

—De Sandy.

Madelaine soltó una estrepitosa carcajada. Clara les miraba horrorizada ante la ligereza con la que se estaban tomando el asunto. Realmente, aquellos eran otros tiempos. Desde luego, no los suyos.

—¿Quién es Sandy? No entiendo nada —dijo Clara.

—Sandy era la novia de John Travolta en la película *Grease* —le explicó Álvaro, al que todo el asunto le resultaba tan divertido como a Madelaine.

—¡Qué locura! Imagino lo que debieron de sentir tus padres, tan católicos ellos —farfulló Clara. Clara hacía mucho tiempo que había perdonado a su padre, al que terminaron casando con una niña bien que trajeron de Castilla,

santa y pura y que nada tenía que ver con los Martínez Durango.

—Sí, fue un trago, pero al menos aquí no se supo nada. Lo peor es que yo ni siquiera quería casarme. Estaba borracho, tenía veinticinco años, y, no sé, una cosa siguió a la otra. En fin, un desastre. Laurie y yo no teníamos nada en común. En cuanto regresé a España, contratamos a un abogado y me divorcié. Mis padres me ayudaron mucho, claro. A raíz de aquello acercamos posiciones. Así que no recuerdo el asunto de Las Vegas negativo después de todo.

—Y ahora llevas los negocios de tu padre.

—Sí, desde que murió he tenido mucho trabajo. ¿Y tú? —preguntó con el mismo desparpajo que había demostrado Madelaine—. Tú no has cometido la tontería de casarte.

—No. Ya veo que mi tía te ha informado bien —dijo Madelaine con frialdad—. ¿Qué más te ha contado? Que vivo en un pueblo medieval lejos de todo, en un cuchitril de dos habitaciones, que los novios no me duran más de unas semanas. Todo es cuestión de puntos de vista. Yo creo que vivo en una ciudad de cuento de hadas, tengo un apartamento muy agradable y me encanta mi trabajo.

—Charlamos por encima —se apresuró a explicar Clara.

—Ah, ¿y no hablaste de mi vida sentimental? —preguntó con sorna Madelaine.

—Es lo primero que uno comenta si hace tiempo que no sabe del otro —replicó su tía—. ¿Te has casado, tienes hijos?

—Sí, es verdad. Es lo que hace la gente normal, y los Martínez Durango somos muy normales, ¿verdad? —Madelaine, sin esperar respuesta, se levantó y se dirigió hacia el mueble bar.

Álvaro carraspeó intentando romper la tensión entre tía y sobrina. Clara se volvió hacia Álvaro.

—¿Te apetece quedarte a cenar? —preguntó Clara—. Tienes que contarme de tu madre. Hace siglos que no coincidimos. Yo no salgo mucho, la verdad.

Madelaine se empezó a preparar otro vaso con hielo. De repente la había embargado una melancolía de lo que pudo haber sido y no fue, de encontrarse repitiendo una historia que ya había vivido. Pudo ver con claridad a su padre

junto al mueble bar. Su padre, con sus pantalones de montar y su chaqueta de pana. Y los vasos de cristal de Bohemia de boca ancha. Escuchó los hielos que se deslizaban sobre el líquido tostado, girando y girando..., su mirada por un instante se perdió en el infinito recuerdo, el recuerdo que no cesa. Le afligió tanto el pensamiento que hizo un gran esfuerzo por arrancarse del pasado y regresar al presente. No podía ser más doloroso. Álvaro estaba allí y algo no terminaba de cuadrar. Algo no era natural. ¿Por qué había venido? ¿Para verla? ¿Era curiosidad? Dudaba mucho que aquel hombre apuesto, rico y seguro de sí mismo estuviera buscando esposa, y menos que acudiera a ella, después de haberle confesado de adolescente que se sentía agobiado por su intensidad.

—Me temo que tengo que marcharme a Aracena. He quedado allí para cenar con un apoderado. Está interesado en alquilar una de nuestras fincas.

—¡Qué pena que no te quedes! —exclamó la tía Clara—. Bueno, quizá otro día...

Álvaro se volvió hacia Madelaine pero esta rehuía su mirada, fija en los hielos del whisky que acababa de servirse sin invitar a nadie.

—Seguro. Quizá Madelaine quiera llevarme a dar un paseo por la finca de Los Gavilanes. He oído que se os está dando muy bien el alcornoque en esa zona.

En ese momento entró José Luis.

—Disculpen, no me he dado cuenta de que tenían visita —se excusó.

A Álvaro le apareció en la mirada un destello de preocupación que solo percibió el fiscalista y que le hizo recordar al del gallo que se ha sabido el único macho del gallinero.

—Álvaro Acosta de Mingo, José Luis García, nuestro fiscalista. Está intentando poner orden entre nuestros papeles y Hacienda.

—Ah, ¿y le tratan bien?

—Acabo de llegar, pero no me puedo quejar —respondió José Luis intentando mostrarse cortés. Se volvió hacia la tía Clara ignorando a Madelaine—. En realidad venía para preguntarles si mañana, a primera hora, podrían sentarse un rato conmigo para que entienda los límites de los terrenos que les pertenecen. Se me hace un poco confuso.

—Sí, por supuesto —respondió Clara—. ¿Le parece bien si empezamos a

las ocho?

—Perfecto, buenas noches.

José Luis hizo un gesto de cabeza para despedirse de Clara y de Álvaro. Pero cuando se giró hacia Madelaine recibió una sorprendente oferta. Más aún en presencia de tan interesante e interesado invitado. No había que ser un lince para darse cuenta de que Álvaro Acosta estaba allí por Madelaine.

—Si espera un momento, le acompaño a la pensión —le pidió Madelaine.

La tía Clara la miró escandalizada. Tampoco a Álvaro le gustó el detalle. Ni siquiera la propia Madelaine sabía muy bien por qué lo hacía, seguramente llevada por un sentimiento de venganza pendiente.

—No es necesario —dijo José Luis, incómodo con la tensión que se estaba provocando. Se fijó en el vaso de whisky que Madelaine tenía en la mano. ¿Estaría ebria?

—Ya sé que no es necesario, pero quiero darme un paseo y así me va contando cómo va su trabajo.

—Tenemos un invitado que atender, Madelaine —le advirtió la tía Clara en un tono amenazador que Madelaine pudo ignorar, seguramente con la ayuda del *cosmopolitan* y el whisky que ya se había terminado.

—Sí, pero todos queremos que José Luis acabe cuanto antes, ¿o no? —preguntó. La tía Clara se quedó confundida.

—Claro, pero ahora... —comenzó la tía Clara.

—No importa —dijo Álvaro adelantándose—. Yo ya me iba.

Madelaine intentó quitar importancia al asunto.

—Pues muy bien. Entonces acompañamos a Álvaro a su coche y seguimos a la pensión.

La tía Clara quiso replicar. Álvaro quiso replicar. José Luis quiso replicar. Pero ninguno lo hizo.

Álvaro se despidió de Madelaine con dos besos y José Luis prefirió mirar para otro lado mientras hacía como que estudiaba atentamente el escudo de piedra de los Martínez Durango, que adornaba la entrada principal del edificio.

—Vengo a buscarte mañana, a media tarde, y vamos a Los Gavilanes.

—Te advierto que yo no sé nada de alcornoques.

—¿Acaso crees que yo vengo a ver alcornoques? —le susurró Álvaro con

una sonrisa picara.

Madelaine no pudo evitar sonreír.

—Ya veo que no has cambiado nada. Pero yo sí.

—Mejor.

Álvaro arrancó el coche y Madelaine se quedó con una sensación agri dulce, como de mala conciencia. Aquel hombre le había hecho mucho daño en el pasado. Había sido su primer amor. Aprendió con él, sobre todo del dolor que pueden causar las expectativas y de lo voluble de la naturaleza humana, masculina y femenina. Álvaro trajo a su vida ligereza, diversión, cariño, pasión, espontaneidad, vanidad. Sí, también vanidad. Con él, ella se sintió vanidosa por la conquista realizada. La ruptura fue un duro golpe a su orgullo y a su imagen ante los amigos. La opinión de los demás, tuvo que reconocer, sí le afectaba, sí le importaba, y al verse de nuevo sola comprendió mejor a su familia y la importancia que le daban a la protección del honor, por encima incluso de la felicidad. Sin embargo, esa impresión de sentirse más Martínez Durango que nunca duró poco. Pronto se rebeló contra ella. Pensó que, en el fondo, la hacía débil. Si el resto de su vida iba a regirse por lo que los demás pensarán de ella, terminaría como sus tías, y eso jamás. Por eso supo que se tenía que marchar y reconstruirse de nuevo en algún lugar donde pudiera empezar de cero.

—Así que este es su antiguo novio —comentó José Luis sacándola de su ensimismamiento.

—Algo así —admitió con desgana Madelaine—. Sí, Álvaro. Pronto será don Álvaro. Se le nota en la seguridad y en su aspecto engolado. Bueno, y también en que empieza a tener la misma papada de su padre.

—No había notado lo de la papada.

—Igual que su padre. Murió hará quince años, alguno más, quizá. Yo acababa de marcharme a la universidad si no recuerdo mal. El mismo aire de seductor hollywoodiense. Le gustaban las americanas cruzadas y las camisas blancas, sin corbata. Siempre con el pelo perfectamente engominado. Venía por casa de vez en cuando para resolver temas con la tía Clara. Postrado en su lecho de muerte, llamó a mi tía Clara. Se armó un gran revuelo porque todo el mundo quería saber por qué. Dicen que cuchichearon durante más de veinte minutos y que al final lloró.

—¿Su tía Clara lloró?

—No, ella no. Él lloró. O eso es lo que escuché que decían en el pueblo después. Supongo que sería un trago para su mujer. Dicen que la tía Clara y Manuel habían sido novios o amantes o algo así hace mucho tiempo. Aunque yo no me lo creo porque la tía Clara siempre fue de la Santa Inquisición. También decían que había sido amante de mi abuela. Las cosas de los pueblos.

—¿Y usted por qué cree que la llamó antes de morir?

—Era de los que no creen que las mujeres pinten mucho en nada. Excepto la tía Clara. La tía Clara sí que fue su igual en temas de ganado y negocios de chacina. Se llevaban muy bien y se ayudaron mucho. Nadie entendía exactamente por qué. Supongo que se harían amigos con el paso de los años y se quería despedir. Eso es todo. El resto son chismes del pueblo que terminan por deformar la realidad. A mí Manuel nunca me gustó. Era un hombre muy atractivo pero muy egoísta también. Yo nunca sabía lo que estaba pensando. Me ponía muy nerviosa. Álvaro es un poco así también. No me fío.

—Ah, entonces le interesa.

—En absoluto —replicó Madelaine molesta—. No me interesa lo más mínimo. ¿De dónde saca eso?

—Pues de que está valorándolo, poniéndole pegas. —José Luis sintió la necesidad de explicarse—. Verá, cuando estudiaba en la universidad, para pagarme un viaje de estudios me surgió la oportunidad de trabajar de comercial en una inmobiliaria. Pronto me di cuenta de que la gente que entraba y decía que el piso era muy bonito, amplio, luminoso y que se lo pensaría, nunca se lo quedaba. Eran los que ponían pegas y discutían los detalles los que al final terminaban comprando.

—Bien, pues yo no pienso comprar nada —protestó Madelaine, arrepintiéndose de haberle dicho que le acompañaría a la pensión. Intentó bromear y cambiar de tema—. Entre otras cosas porque dinero no tenemos, ¿verdad?

—No exactamente. Tienen bonos del tesoro, a nombre de su padre y de su madre todavía, y otros fondos que podría recuperar, una vez que consigamos arreglar los papeleos del testamento, claro. En total, una pequeña fortuna. Además pronto recogerán el corcho y eso puede significar más de dos

millones de euros. Suficiente para arreglar sus problemas con Hacienda.

—Bendito corcho.

—Benditas propiedades. No tienen por qué dejar de producir. Es un problema de gestión, y su tía ya está muy mayor. Lo que sí le puedo adelantar es que, de no ser por la recogida de corcho, tendríamos un problema serio de liquidez.

La hora mágica se derramó por la calle que les conduciría a la plaza, y pronto fue acompañada por el almizcle de jazmines, que solo saben de juventud y amores de verano. Los tonos rojizos inundaron el pueblo y el limpio cielo desplegó los mil y un colores que guardaba para el momento más efímero del día. Detrás del ayuntamiento se encontraba la pensión en la que se alojaba el fiscalista. A lo lejos se escuchó el tronar de varias motos; adolescentes de camino al único bar del pueblo, que contaba con dos futbolines. Los vecinos empezaban a sacar las sillas a la puerta de sus casas para aprovechar la fresca, dejando la ventana abierta y la televisión encendida para poder escucharla, si no verla, desde la calle. En la entrada de la casa de Berni no había nadie. Dos ancianas vestidas de negro, sentadas en sillas de madera y esparto y tejiendo ganchillo, se volvieron hacia ellos con el rostro inquisitivo.

—Buenas tardes —las saludó Madelaine sin detenerse.

Ambas le respondieron con la cabeza y una de ellas correspondió al saludo con un «Buenas tardes tenga usted».

—La gente de este pueblo está a todo —comentó Madelaine sintiendo cierta vergüenza por el descaro con el que los estudiaban.

—A mí no me disgusta. Me hace sentir seguro.

—¿Seguro? —repitió Madelaine intentando entender qué quería decir—. ¿Se refiere a acompañado?

—Supongo.

—¿No tiene familia en Madrid?

—Sí, somos varios hermanos. Pero el día a día es diferente. Me gustaría poder saludar a la gente por la calle y que me saludaran a mí. La impunidad de las grandes ciudades no existe en el pueblo, donde todos se conocen, y eso, al final del día, te hace sentir tranquilo. En un lugar como San Gabriel te lo tienes que pensar mucho para causar mal a alguien sin que nadie se entere.

—Sin embargo, pasan cosas.

—Ah, claro. Seguro que muchas, material dramático de primera para cualquier novelista. En una pequeña y aislada villa, los crímenes pasionales tienen un caldo de cultivo mucho más estimulante. El amor, los celos o la envidia pueden convertirse en una auténtica bomba de relojería. Si algo bueno tiene la ciudad es la cantidad de opciones que ofrece para poder canalizar las pasiones humanas, para relativizar. La moralidad suele ser diferente en un pueblo. Más estricta. Más controlable por unos pocos. Es más fácil imponer, decidir sobre el bien y el mal, lo bueno y lo malo. Los vínculos de sangre y los intereses personales marcan las reglas del juego.

—Suenan fascinante, pero siento comunicarle que yo siempre he tenido la sensación de que en San Gabriel no pasaba nada. Es más, en mis años de adolescente, cuando todavía no era lo suficientemente mayor para hacer mi vida, me aburría mortalmente. —Madelaine dijo esto a sabiendas de que su vida no había sido la de cualquier otra niña del pueblo. Sus tías se habían encargado de aislarla oportunamente, en teoría para que no se contaminara.

—Resulta difícil considerar la vida de uno fascinante —respondió José Luis encogiéndose de hombros—. Son los otros los que ven lo que nosotros no vemos.

Madelaine pensó que aquel hombre estaba resultando más interesante de lo que había creído a primera vista.

—Ahora, seguramente, le estoy pareciendo yo mismo más interesante que cuando me conoció —continuó José Luis—. Y solo es debido a que esta charla no tiene nada que ver con mi trabajo, ¿verdad? Puede que yo mismo sea algo más que un hombre que organiza las cuentas.

Madelaine se sobresaltó. ¡Le había vuelto a leer el pensamiento! ¡Otra vez!

—No. Yo...

—Disculpe. No quiero sonar pretencioso. En realidad, todos somos más interesantes cuando expresamos la verdad de lo que llevamos en nuestro interior.

—¿Usted cree? Supongo que depende de la edad. Hasta hace poco los chicos más interesantes siempre me parecían los más callados. Serios y callados... y de pantalones apretados, claro —admitió Madelaine con una

sonrisa—. Los chicos de pocas palabras parecían tener un gran mundo interior. Con los años, he aprendido que en realidad solo estaban callados porque no tenían nada que decir.

—Tiene razón. Hasta que me casé yo solo era el clásico mejor amigo de las chicas, el que hablaba con todas. Nunca supe poner esa mirada dura e interesante que tantos éxitos cosechaba. Si lo llego a saber, me enfundo unos jeans ajustados y no abro la boca —bromeó José Luis.

Madelaine soltó una carcajada pero el sonido de su risa retumbó en su cabeza y le hizo sentir desorientada, fuera del momento y del lugar. José Luis, el aire, el pueblo parecían densos junto a su piel, como producto de una alucinación que podía palpar.

—Creo que estoy un poco mareada.

—Borracha, diría yo. ¿Cuánto ha bebido?

Llamarla borracha y de usted en una misma frase aumentó la sensación de irrealidad. Pero eran dos desconocidos, gente educada.

—Un cóctel y un whisky. No acostumbro a beber más que vino y cerveza. No sé por qué lo he tomado. De repente me he sentido otra persona. ¿No le pasa a usted eso de sentirse a veces otra persona? —le preguntó con un cierto tono de desesperación en la voz, como buscando confirmación de que las cosas que le estaban pasando eran normales, o casi normales—. ¿Sabe a qué me refiero? A esa sensación de salir de uno mismo, de poder observarse y sorprenderse.

Entonces, Madelaine se detuvo y se tocó las sienes, que empezaban a dolerle. Palideció.

—Tiene mala cara —dijo José Luis preocupado. Y la sostuvo del brazo por miedo a que realmente perdiera el conocimiento.

—Habría sido la crema de casis del *cosmopolitan*, que por cierto no sé ni lo que es ni por qué se la he echado. Dios sabe cuánto tiempo llevaría en el mueble bar. Ya solo faltaba que me desmayara y que me tuviera que llevar usted en brazos a casa —dijo Madelaine sonriendo ante la escena que pronto correría por el pueblo de boca en boca.

José Luis estudió rápidamente los alrededores. Estaban muy cerca de la plaza, y de los bancos de forja. La cogió del brazo y la condujo hacia el que tenían más cerca. Ella se dejó llevar.

—Será solo un momento —dijo Madelaine cuando se sentaron en el banco—. Se me pasará enseguida.

Cerró los ojos y echó la cabeza para atrás. El pueblo estaba despertando para vivir la noche. Se escuchaba correr el agua en un edificio cercano y a una madre que llamaba a su hijo desde la ventana para que fuera a cenar. Hasta allí llegaba el olor de freiduría.

1971, San Gabriel

—¿Qué haces aquí? —le pregunta malhumorado Rodrigo a Inmaculada, que se encuentra sentada en el banco de la plaza, sola. La noche está fría.

—Necesitaba salir a respirar aire fresco —responde su esposa.

Rodrigo la coge del brazo con fuerza y tira de ella para que se levante. Clara se ha quedado un par de metros más allá.

—Siempre dando la nota. Quieres convertirme en el hazmerreír del pueblo, ¿verdad?

Inmaculada siente su aliento. Ha bebido mucho, como viene siendo habitual en los últimos meses.

—Por favor, Rodrigo, no montes una escena. Aquí no —dice Clara.

Rodrigo suelta a Inmaculada y esta se frota el brazo. Su marido le ha hecho daño. No es la primera vez. En el mismo sitio, siente el moretón del día anterior, y del otro. Parece que le alivia zarandearla, de un lado para otro, como si de un árbol se tratara, esperando que de allí caiga el fruto que él desea: la sumisión. La sumisión a sus caprichos y a su estilo de vida. Ella no puede. No le sale. Lo está intentando, pero siempre parece meter la pata.

—No te aguanto —le dice Rodrigo con desprecio—. Vives como una reina y me estás haciendo la vida imposible. ¿Se puede saber qué más quieres?

A Inmaculada se le llenan los ojos de lágrimas. Sabe a qué se refiere. Ella no está cumpliendo. No lo recibe en el lecho. Cada vez le resulta más insoportable su contacto. Y él lo nota. En el fondo, sabe que le está haciendo daño. ¿Por qué no soporta el contacto de su piel? Baja la cabeza avergonzada. Siente que tiene razón. Se siente maldita.

Rodrigo se vuelve hacia su hermana.

—¿Ves? Es inútil. Por mi parte no ha quedado. ¿Y ahora qué? —le pregunta enfadado, impotente ante una esposa que sabe que no le ama.

Clara mantiene el gesto adusto, preocupado.

—¿Por qué no te adelantas? Don José María ya debe de estar esperándonos —le invita Clara a Rodrigo. Y tiene malas pulgas. Solo faltaba que se les estropeará el negocio de las vacas por culpa de Inmaculada—. Tú sabes lo que hay que decirle. Yo voy a acompañar a Inmaculada a casa.

Rodrigo asiente a regañadientes, en el fondo aliviado, y se va, sin mirar siquiera a su esposa. Clara suspira con resignación. Coge a Inmaculada del brazo para conducirla a casa. Su cuñada se deja llevar, «como un cordero al matadero», piensa para sí.

—Yo sabía que este matrimonio era un error desde el momento en el que te vi entrar en el salón, ¿sabes? Una intelectual no es lo que mi hermano necesitaba. Y tú no le quieres.

—No es verdad, yo...

—No hace falta que te excuses —la corta Clara con pragmatismo—. Eso es lo de menos, ¿para qué engañarnos? Pero tienes que darnos descendencia. Un matrimonio sin descendencia no es un matrimonio.

Inmaculada baja la cabeza avergonzada. ¿A eso se resumía la razón de su existencia, a convertirse en un mero recipiente del heredero de aquella familia? Escucha los tacones de sus zapatos y los de Clara sobre la calle empedrada. La noche empieza a caer sobre San Gabriel, pero el alumbrado público aún no ha encendido. El silencio se le hace insoportable. Clara sabe cuáles son los resortes que convierten el silencio en un roedor que mordisquea sin tregua una conciencia ya de por sí arruinada.

—No me siento bien —susurra Inmaculada—. Estoy muy nerviosa.

—Sí, ya lo veo. Pero salir por el pueblo a tomar el fresco no es una buena idea. Tenemos una hermosa casa con patios, fincas por los alrededores, en fin, que no hay necesidad de mezclarse con nadie y mucho menos de dar que hablar. ¿Por qué no te vas unos días con Rosario a Las Cumbres? Ella va a hacerse cargo de la recogida del corcho en esa finca. El cambio de aires te hará bien.

Inmaculada no necesita pensárselo dos veces. Bastante complicada es su

vida. El proyecto de la biblioteca infantil con las monjas no va a salir. Y ella necesita aire. Solo su amigo Rafa podría ayudarla.

—No.

—¿No? —pregunta Clara sorprendida. Sabe que Rosario e Inmaculada se llevan bien. Se nota; pero ella no conoce a Inmaculada.

—No, yo tengo mucho que hacer aquí. Las monjas cuentan con mi ayuda para poner en marcha la biblioteca infantil.

—Ah, ya veo. ¿Y con qué dinero?

Inmaculada la mira desesperada.

—Me dijiste que sí. Rodrigo aprobó el que yo colaborara con las monjas.

—No digo que no, Inmaculada, pero lo primero es lo primero. Y quizá ese amigo tuyo que ahora vive en Sevilla...

—Rafael.

—Ese mismo —asiente Clara evitando pronunciar el nombre, como si así pudiera evitar el contagio con esos plebeyos del norte—. Pues ese Rafael es la causa de que mi hermano no te esté resultando agradable.

Inmaculada la mira confundida.

—El pobre Rodrigo te quiere con locura y está celoso, ¿no te das cuenta? Es muy de hombres. Ellos son así de tontos —dice Clara con suavidad, o con toda la que es capaz. Si no fuera porque el vínculo del matrimonio es sagrado y esa mujer estará en su familia hasta el día que se muera, no sería tan paciente. Su hermano fue un estúpido casándose con ella.

—No tiene por qué preocuparse. Entre nosotros no hay nada sentimental —replica Inmaculada segura de sí misma—. Rafael es un antiguo amigo, un compañero de facultad. Solo quiere ayudarme, y porque yo se lo he pedido.

—Quizá, si le pidieras más ayuda a tu marido y menos a extraños, las cosas irían mejor.

Inmaculada está enfadada. ¿Qué sabrá ella? Lo ha intentado cientos de veces. Rodrigo no escucha. Solo demanda. Maldito sea el día que le conoció. Pero Clara puede que tenga razón. Si tuviera un hijo, su vida cambiaría, tendría nuevas metas, alguien a quien querer y educar, en quien volcar su cariño. Ella no cree en Dios, así que ¿a quién puede pedir ayuda? De nuevo, está ella, sola, como siempre.

—Un hijo. Un hijo es un misterio, ¿verdad? —comentó Madelaine abriendo los ojos de repente—. ¿De dónde vienen? ¿Por qué nacen al margen de nuestros deseos? ¿Cree usted en Dios?

José Luis se volvió hacia ella desconcertado. A Madelaine le brillaban los ojos, pero no parecía borracha sino transportada. Recién llegada de algún lugar lejano e imposible de imaginar.

—No, no creo en Dios.

—¿Qué pena! —exclamó Madelaine con tristeza—. Creer es un alivio.

—Depende de cómo te vayan las cosas. Creer también puede volverte un amargado. A veces, la fe ciega puede transformar tu corazón en puro odio.

—No sé. Leí un argumento de Pascal y me convenció. Él planteaba creer en Dios como si de una apuesta se tratara.

—¿Y cómo es eso? —preguntó José Luis intrigado con el giro que había dado la conversación.

—¿Qué es mejor para nuestras vidas, creer que Dios existe o no creer?

—Pues para la mayoría de la gente es mejor creer, según parece. Ya sabe que yo no opino lo mismo.

—No, me refiero a largo plazo, después de la muerte. ¿Morimos y vamos a un lugar mejor o se acaba todo? Bien, si uno decide creer y resulta que Dios existe, consigue la salvación, va al paraíso o lo que sea, mientras que si estaba equivocado, tampoco pasa nada.

—Ya veo. Entonces los ateos como yo tenemos todas las de perder, porque si Dios existe, estamos condenados por no creer y, si no existe, tampoco sacamos ningún beneficio de nuestro acierto.

—Así es.

—Yo le veo dos problemas a esa teoría. El primero es que dudo que a Dios le haga gracia que uno crea en él empleando un argumento tan interesado. Y, por otra parte, ¿es que basta con tener fe para ir al paraíso?

—Eso dicen, yo también me lo planteo a menudo; pero creo que al final lo único cierto de lo que te cuentan en la iglesia es que la misericordia de Dios es infinita.

—Si así fuera, el famoso infierno estará vacío. Al menos vacío de creyentes.

—Pues no sé. A mí me resulta muy difícil aceptar que pueda existir un

infierno.

—Entonces, ¿no le parece que los creyentes terminarán siendo las personas más inmorales del mundo? ¿Basta con creer para conseguir un pasaje celestial?

—Bueno, la teoría tiene unos cuantos años... Y, además, los creyentes sí que suelen creer en el infierno, que es un disuasorio de demostrada eficiencia contra el pecado. —Madelaine sonrió a José Luis—. ¿A qué venía todo esto? —le preguntó entonces un tanto confundida.

—El hijo. Habías dicho que un hijo es un milagro —respondió el fiscalista, tuteando a Madelaine por primera vez.

—Sí, ¿tú tienes hijos? —preguntó Madelaine, devolviendo el tuteo con comodidad.

El rostro de José Luis se ensombreció, pero se descubrió a sí mismo encontrando fuerzas para responder desde un lugar más sereno. No quería seguir siendo, y menos ante Madelaine, el protagonista de una historia triste. La pena, la lástima debía quedar al margen de su relación. Sin repudiar sus sentimientos, él empezaba a ser un hombre entero otra vez, gracias a ella, por más que aún no fuera consciente de ello.

—Tuve dos. Murieron en un accidente con su madre.

Madelaine se estremeció y puso la mano sobre la suya, en un acto reflejo por aliviar el peso de un dolor tan inmenso.

—Lo siento... La verdad es que eso lo tenemos en común. Los accidentes nos han arrebatado a las personas más importantes de nuestra vida.

—Sin querer hacerme el mártir, lo de un hijo no tiene punto de comparación. Ojalá nunca tengas que experimentarlo —dijo José Luis—. Una pérdida así es contra natura.

—Tiene que ser lo peor... —reconoció Madelaine. El destello de una bengala se iluminó de repente en su retina, un naufrago en una isla que pide ayuda—. José Luis..., me está pasando algo muy raro.

José Luis la observó interesado y la propia Madelaine se desconcertó al escucharse a si misma.

—Desde que he vuelto a casa, siento que no estoy sola. No sabría explicarlo muy bien.

Madelaine se detuvo y le miró a los ojos. José Luis la escuchaba con

atención.

—Verás —continuó—. Es que siento como si en la casa estuvieran todavía mi madre, mi abuela, mi tía, mi padre incluso. No sé si en la casa o dentro de mí. También los he sentido en el pueblo, en esta plaza. Debo sonarte como una loca.

—No. ¿Sabes que en algunos países europeos se heredan las hipotecas de las casas de padres a hijos?

Madelaine le miró confusa.

—¿Por qué no entonces heredar un juramento de sangre, por ejemplo? —continuó José Luis—. Sócrates decía que todo aprendizaje es recuerdo. Y en eso se basa la mayéutica. El maestro preguntaba al aprendiz para que este encontrara las respuestas en el archivo de su inconsciente, en las profundidades de su alma. Allí se encontraba todo el conocimiento, acumulado durante vidas pasadas. Yo siempre he pensado que si se heredan los rasgos físicos y de carácter, ¿por qué no los recuerdos, o los afectos, las pasiones y, tal vez, incluso las presencias?

—¿Lo dices en serio o solo me sigues el juego porque crees que me falta un tornillo? —le preguntó Madelaine elevando el tono.

José Luis le devolvió una mirada molesta que obligó a Madelaine a disculparse rápidamente.

—Perdona, es que no pensaba que nadie pudiera creerme.

—No digo que crea en lo que dices, solo que desde mi punto de vista se deberían poder recordar otras vidas. Supongo que es lo que algunos llaman reencarnación, otros, regresión gracias a la hipnosis. Sería la explicación más sencilla y la única que no requeriría la presencia ni de fantasmas ni de dioses de ningún tipo. Simplemente ciencia.

Madelaine reflexionó un momento sobre estas palabras. El murmullo de un grupo de mujeres vestidas de negro que salían de misa de ocho le devolvió al momento presente. Le gustaba aquel hombre. Era curioso. Sensible. Diferente, a pesar de las apariencias.

—No sé, yo no soy atea. No puedo serlo. Sé que hay algo más.

Puede que tengas razón, pero las presencias que yo estoy sintiendo no están dentro de mí. No puedo creer que estén dentro de mí. Yo necesito ser yo, y eso en cierta forma me desposeería de mi persona.

—¿Y qué? Quiero decir, ¿qué importancia tendría? ¿Por qué necesitas tanto ser tú? ¿Es por orgullo?

—¡No! ¡En absoluto! —exclamó Madelaine—. Es por una cuestión de salud mental. Si estoy marcada, si no solo mi cuerpo, sino mi alma y mi mente son de otros, ¿qué espacio me queda para ser feliz? La verdad es que quizá, si viniera de otro tipo de familia, me importaría menos. Pero yo siento que nadie en nuestra casa ha tenido jamás amor. No quiero que conmigo se repita la historia. Y yo no creo en la mala suerte. No al menos de forma persistente. Si todos ellos han sido unos desgraciados, ha sido por su culpa, porque lo han hecho mal. Me niego a pensar que exista ninguna otra razón. Ellos fueron responsables como yo lo soy de mi vida.

—Bueno, si crees en fantasmas y presencias, quizá puedas creer también en maldiciones. En la pensión escuché que las mujeres de tu familia están malditas.

Madelaine ahora soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer. ¿Llevas apenas veinticuatro horas en el pueblo y ya has escuchado esos chismes?

—Supongo que me lo dirían al enterarse de que iba a trabajar para vosotras —respondió José Luis encogiéndose de hombros.

—Como advertencia.

—¿Como advertencia? —repitió el fiscalista confundido.

—Sí, aunque me cuesta entender que alguien pueda hablar de mí sin conocerme, supongo que mi soltería debe despertar el interés y la imaginación de mucha gente.

José Luis se sintió halagado. No pudo evitarlo. De repente se proyectó junto a aquella mujer en una foto de boda clásica y se sintió bien, seguro, parte de algo otra vez. Se sonrojó. Madelaine lo notó.

—Perdona, Madelaine, no es que piense que nosotros..., ni mucho menos. Es solo que las habladurías se nutren de amores y despechos preferentemente.

A pesar de su brillantez y seguridad, los inadmisibles complejos de hombre gris hicieron presa de José Luis y le dolió reconocer que una heredera guapa y educada difícilmente le consideraría como posible pareja. Se enfadó consigo mismo por dejar que tal pensamiento le pasara por la cabeza. Sería

más factible que terminara con un hombre como Álvaro, atractivo, de su clase social. Tendrían mucho más en común. O con cualquier otro de alta gama, pensó, ella era una de esas pocas privilegiadas que puede elegir. Sin embargo, ¿por qué estará sola?

También Madelaine se entretuvo en el mismo pensamiento. ¿Por qué ella seguía sola? Hasta aquel día, hubiera respondido a la pregunta de dos maneras. De puertas afuera, hubiera dicho que debido a su profesión, a que no se sentía preparada y no quería responsabilidades. En la intimidad de su dormitorio no tenía problemas en reconocer, pues era una mujer que luchaba por no engañarse, que la verdadera razón era que tenía miedo. Miedo a sufrir, a apostar y equivocarse como se habían equivocado su madre, su abuela, su padre..., todos habían elegido y errado.

Madelaine levantó la vista al cielo. Sintió la frescura nocturna que les abrazaba, el aroma de dama de noche que se extendía por la plaza, y el cuerpo caliente de José Luis a su lado, junto a ella pero sin rozarla. Pensó que había otra razón más importante, más poderosa y sencilla por la que ella estaba sola: no había encontrado al hombre adecuado. Se volvió hacia José Luis con curiosidad. ¿Era él el compañero que tanto había ansiado? Se fijó en sus manos, blancas, de dedos finos pero no demasiado, y subió hasta la curvatura de la espalda. El pelo cortado a cepillo, como un buen chico. O quizá no. Quizá simplemente José Luis no estaba muy interesado en su aspecto físico y no se había planteado un cambio de imagen. Quizá ese aspecto conservador era solo producto de una absoluta falta de coquetería. Adela la había advertido contra el mundo de las apariencias en numerosas ocasiones. Madelaine nunca había entendido su insistencia ni qué tenía que ver con ella, pero en aquel momento, bajo la luz de las farolas que, tejida por las hojas de un naranjo joven, caía como un tupido encaje de bolillos sobre el suelo de la plaza, intuyó a qué se refería su amiga.

—¿En qué piensas? —preguntó José Luis rompiendo su ensimismamiento.

—Me estaba acordando de Adela. Es mi casera en Olite. Bueno, más que mi casera, ejerce casi de madre. Parece tener una cruzada para que no me guíe por el mundo de las apariencias. Habla mucho de lo que esconden las cosas, de la vida verdadera que es la que vale la pena..., no sé, a veces parece

que está un poco tronada, pero es una mujer muy especial. Se nota que ha sufrido mucho. Conectamos. Siento que la he conocido de toda la vida. Me da lástima porque se nota que le falta algo y que no es capaz de ser feliz. Cuando le he preguntado, siempre me da respuestas enigmáticas, no le gusta hablar de su pasado. Dice que ella es una mujer que ha tenido que romperse en dos.

—¿Y a qué se dedica?

—Dice que escribe, pero nunca he sabido que publicara nada. Y lee muchísimo. Se pasa el día en la biblioteca. Supongo que habrá heredado o algo así, porque la casa de Olite y el piso de Pamplona son suyos y no parece que pase apuros económicos. Pero no sé por qué te cuento todo esto. ¿Será todavía efecto del alcohol? —preguntó Madelaine sonriendo. Se sentía mejor, más tranquila. En cambio, José Luis parecía preocupado. Se había dado cuenta de que aquella mujer había empezado a entrar en su corazón y sería difícil arrancarla. Ojalá no se lo rasgara al desaparecer.

—Será mejor que te acompañe a casa —sugirió el fiscalista.

—No, no, ya estoy mejor. Yo era quien te iba a acompañar.

—Por favor, Madelaine, insisto.

A Madelaine le agradó escuchar su nombre en los labios de José Luis, profundo, cálido, familiar... Inexplicablemente resonó romántico en sus oídos. Decidió que, solo por esa noche, se convertiría en una damisela en apuros. ¿Qué tenía de malo?

—Está bien. Admitido porque ahora ya nos tuteamos, ¿verdad? —le dijo extendiéndole la mano para que la ayudara a levantarse. José Luis tiró de ella con suavidad y quedaron juntos por un instante mágico que él se apresuró a romper.

—Sí, esta noche nos tuteamos; pero mañana podrás volver a llamarme de usted si lo prefieres —concluyó él.

Madelaine asintió cautivada por su cercanía justo cuando un grupo de chicas, muy morenas todas, con flores de jazmín prendidas en el pelo, pasaban por delante de su banco. El bullicio de confidencias sobre amores eternos y las risas soñadoras de las que todavía no han cumplido los dieciséis cruzaron la plaza dejando tras de sí una bella e hipnótica estela y llamando su atención. Una pizca de amarga melancolía se instaló en el corazón de

Madelaine.

—Me encantan esas flores de jazmín que llevan en el pelo —musitó Madelaine sin apartar la vista de las flores blancas sobre los cabellos oscuros—. Se hacen a la hora de la siesta, con la flor de jazmín cerrada. Tienes que ensartar los rabillos en una horquilla, muy apretados unos con otros. Por la noche, cuando se abren, forman una sola flor. No hay mejor perfume. Por supuesto, mi tía Clara nunca me dejó hacerme uno. Era cosa de niñas díscolas que meten la pata jóvenes. O eso decía.

—Es bonito, y seguro que huele muy bien —asintió José Luis, impresionado ante su dolor por la pérdida de un paraíso en el que nunca pudo entrar.

Madelaine le miró agradecida, y sobresaltada ante la sensación de ser verdaderamente comprendida. Por primera vez, alguien entendía que ella se había perdido el sur, que siempre lo había tenido que ver desde la barrera, como su padre los toros. Para ella, que tenía alma de protagonista, aquella forma de vivir, aislada, guardándose para Dios sabe qué, convirtió su vida de niña y adolescente en un suplicio. Dios y su tía Clara parecían haber conspirado para marcar su destino. Afortunadamente la educación universitaria había abierto una puerta que ya nadie podría cerrar.

Y así, en silencio, caminaron los dos hacia la casa palacio de los Martínez Durango, inundados por sentimientos que ambos percibieron poco convenientes pero que decidieron disfrutar, al menos, durante los metros que les separaban del palacete.

4

ORGANIZACIÓN Y CAOS

1971, San Gabriel

Inmaculada entra y se desnuda, absorta en la negrura que le aplasta el pecho en cada bocanada de este aire de nevero estancado que envuelve su enorme dormitorio. Fuera de los muros queda el calor asfixiante, el sudor, los deseos, las pasiones descontroladas, el placer, la fornicación... Dentro, solo la elegante cama de matrimonio de estilo isabelino donde su marido y ella yacen sin tocarse desde hace meses. Tras el lecho conyugal, un biombo chino traído por algún antepasado viajero oculta la zona de aseo. Inmaculada se sorprende al ver reflejado su cuerpo en el espejo de pie. Ha engordado un poco. Apenas un par de kilos que se le han repartido entre el pecho y las caderas. Se fija en su cuerpo con curiosidad, como si no fuera el suyo. Y siente deseo. Su marido y ella ya nunca se encuentran en la intimidad. ¿Le necesita? Se lo imagina entonces desnudo junto a ella. Pero borra de inmediato ese pensamiento que la enfría y que apaga sin contemplaciones ese agradable calor que se ha encendido en sus entrañas.

Inmaculada se fija en el collar que le regaló Rosario. Está sobre la cómoda. Se lo pone sobre el busto desnudo y las piedras verdes y frías le rozan los pezones. El cuerpo se le eriza. Siente una respiración. Se vuelve hacia el espejo sobresaltada. Solo encuentra su imagen, incapaz de imaginar que su marido, Rodrigo, se encuentra tras el biombo. Se aseaba cuando ella ha entrado y, por una razón que él no comprende, no ha querido desaprovechar la oportunidad de violar la intimidad de su mujer. Ahora

observa sus movimientos como animal al acecho y queda impresionado. Nunca la ha visto así, totalmente desnuda. Es hermosa, deseable, y la descripción de sus formas genera borbotones de palabras de bar de pueblo en su cabeza: caderas rotundas, culo grande, tetas hermosas. Y recuerda todas las veces que ella se ha excusado diciéndole que le dolía la cabeza, que no se encontraba bien, que, en resumidas cuentas, no siente deseo. No siente deseo por él, porque ahora Inmaculada se tumba en la cama y se acaricia el pecho con suavidad, cierra los ojos y su mano baja hasta sus partes más íntimas y gime de placer. Quejidos que jamás Rodrigo ha conseguido arrancar de su cuerpo. El marido, paralizado por el deseo y la cólera, siente su miembro rabioso por poseerla. ¡Le engaña consigo misma! ¿Dónde se ha visto mujer más sinvergüenza? Merece lapidación, merece que la violen una y otra vez, merece... Y entonces la escucha llegar al orgasmo. Y ve las minúsculas chispas doradas que explotan por la habitación y el silencio ensordecedor que sale de los oídos de su satisfecha esposa, a la que ahora ya no le importa nada. ¡Inmaculada es una puta! Una zorra de la peor especie. ¿Cómo se ha atrevido? ¿Cómo estando además él allí?

—¡Inmaculada!

Rodrigo se queda paralizado. Llaman a la puerta. Es la voz de Rosario. Inmaculada se incorpora al instante y alcanza corriendo su vestido. Se lo pone apresuradamente.

—Sí, un momento —responde Inmaculada.

—Ha llegado la modista.

Inmaculada se fija en su pelo alborotado, sus mejillas sonrosadas, y coge dos peinetas de nácar. Se coloca la primera. Con las prisas se le cae la segunda. Al agacharse escucha un crujido bajo su pie derecho. Qué lástima, piensa. La recoge y se fija en que se ha quebrado una púa. Todavía sirve. Se la engancha en el cabello rápidamente y sale.

Madelaine se fijó en la peineta de nácar a la que le faltaba una púa.

—¡Qué pena! Está rota.

La tía Clara se volvió hacia ella. Se encontraba frente a la enorme caja fuerte empotrada en la pared, que habitualmente quedaba oculta por el tapiz goyesco de un caballero de cacería con sus perros. Madelaine estaba curioseando en un joyero de terciopelo de cierto tamaño, repleto de joyas y

bisutería.

—Mi casera tiene una igual. La lleva puesta casi siempre.

—Esta perteneció a la bisabuela de mi madre. Se las regaló tu padre a tu madre cuando se casaron. Parte del ajuar. Como tu madre no poseía nada, él se empeñó en proveerla de un pequeño tesoro con el que pudiera adornarse.

Madelaine asintió. En realidad, ¿cuántas peinetas habría parecidas? Dejó la peineta y se fijó en un saquito de terciopelo negro. Lo abrió y más de dos docenas de perlas perfectas, gordas como avellanas, rodaron por su regazo, colándose entre sus piernas, agua estancada que busca ávida libertad.

—¿Y esto? —preguntó Madelaine intentando regresarlas a la bolsita—. ¿Para qué querrían todas estas perlas?

—Eran de tu tía abuela. Un absurdo. Cada vez que viajaba se empeñaba en traerse un pequeño tesoro. Total, para nada, porque luego nunca las montaba. Era una urraca. A tu abuelo le tenía sorbido el seso y la culpa era de Olivia.

—¿De tu madre?

—Sí, de mi madre. Por dejar que eso pasara sin luchar. Aunque ahora ya no la culpo. A veces no se puede elegir —reconoció la tía Clara, que se quedó pensativa a continuación—. ¿Quieres hacer algo con ellas? Podríamos mandar hacer unos pendientes, o un collar.

—¿Yo? Yo no llevo perlas, tía. Me van más los abalorios de mercadillo.

—Qué fastidiosa eres... Quizá podríamos montarlas en una tiara para la boda.

—¿Qué boda?

—Pues la tuya, ¿cuál va a ser?

—Ah, la mía con Álvaro, lo olvidaba —dedujo Madelaine con sarcasmo. Pero la tía Clara ignoró su tono. Tenía una gran habilidad para pasar por alto los sentimientos de los demás.

—No hay mejor sangre en esta tierra para mezclar. A pesar del odio que le tenía mi padre, con razón, un hijo de ambos es la única posibilidad.

—Tía, pero ¿tú te oyes? ¿Estamos en el siglo XXI?

La tía Clara soltó una carcajada y la casa entera se estremeció.

—El siglo XXI no existe. Aquí no, aquí el ahora es ayer y mañana. ¿Todavía no te has dado cuenta?

Madelaine estudió sus ojos, sus manos huesudas y nerviosas buscando entre los papeles de la caja fuerte. Estaba mal. Muy mal. A su tía se le estaba yendo el juicio.

—Aquí están —saltó Clara volviéndose hacia Madelaine con una pequeña cajita en la mano—. En cuanto Álvaro los acepte, podré descansar en paz.

La tía Clara abrió el pequeño estuche de terciopelo turquesa y aparecieron unos hermosos gemelos de oro y zafiros.

—¿Y si él no quiere?

—Él querrá.

—¿Y si yo no quiero?

—¿Y para qué naciste si no? Llevas una vida mediocre, hija. Si murieras mañana, nadie te echaría de menos. ¿O sí? ¿Alguien te necesita? ¿Has hecho algo que haya afectado a la vida de alguien? ¿Ha quedado rastro alguno de ti en el mundo? Solo aquí te puedes realizar. Solo aquí tendrás sentido.

Madelaine se llenó de amargura. Ella había tenido los mismos pensamientos muchas veces. ¿Para qué nació? Si aún no lo sabía, ¿lo sabría algún día? ¿O sería cierto que había venido a este mundo para cumplir con su destino de infelicidad?

—Yo no quiero ser el eslabón de ninguna cadena, tía. Puede que para ti sea suficiente con que yo cumpla una función puramente transmisora, pero para mí eso no es un plan. Además, estoy segura de que hay personas que no deberían procrear.

La tía Clara la miró de una forma extraña. Un destello oscuro y un tanto melancólico, que Madelaine no habría sabido explicar, apareció en su mirada.

—Eso solo Dios puede juzgarlo. Por algo será que unos tienen hijos y otros no.

—Libre albedrío, tía. Un cóctel de ciencia y poca cabeza que, a menudo, trae al mundo hijos de los que luego no te puedes ocupar. Mira mi caso.

—Tu madre fue una buena madre. Hizo lo que tenía que hacer.

—Vaya, siempre pensé que no te gustaba.

—Una cosa no quita la otra. Ella no encajó desde el principio y, para colmo, en lugar de adaptarse a nuestra familia, fue convirtiéndose más y más en ella misma, es decir, en una carga, una vergüenza... —La tía Clara hizo un

esfuerzo para contenerse—. Aunque en realidad si había alguien no apto para ser padre ese era mi hermano, y, por supuesto, nuestra querida y elegante madre.

1971, San Gabriel

—Mamá, no bebas más —le pide Rodrigo a su madre.

—Es solo la tercera —responde Olivia divertida levantando ligeramente una copa de champán.

Se encuentran en una fiesta de Navidad, en casa de un pariente lejano, rodeados de la gente más elegante y rica de la región. Prácticamente todos los terratenientes de la zona son familia en algún grado más o menos cercano. Olivia se ha esmerado. Esa noche quiere dar la nota. Se ha puesto un traje de noche plateado, que deja gran parte de su espalda al descubierto. Su pelo rubio en un recogido alto, su piel que, al margen de modas, mantiene blanca, reluciente y perfecta, sus ojos azules, su esbelta figura... Es un ser de otro mundo. Desde luego, no parece la madre de Rodrigo. Su hijo ha envejecido en los últimos meses. A Olivia le da pena verlo así. Por eso ha aceptado llevarlo consigo. Quiere que lo pase bien, que encuentre a alguien con quien acostarse. Con su mujer no parece hacerlo. Olivia ya se ha dado cuenta de que Inmaculada no está enamorada de él y de que su hijo la eligió precisamente por eso, por la maldición que persigue también a los hombres de la familia, que se empeñan en ser amados por quien no les ama. Pero Rodrigo no es un espíritu libre como lo es ella. No es capaz de resignarse y hacer su vida fuera de la casa. Al final, está resultando digno hijo de su padre. La lástima por él la embarga.

—¿Qué te parece Roseta?

—¿La tetona?

—Mejor, ¿no? De eso en casa no tienes mucho.

—¡Mamá!

—Anda, no seas puritano. Me recuerdas a tu padre, que en el infierno descansa.

A Rodrigo le sienta muy mal que su admirada madre le compare con el

aburrido de su padre. Apura su copa. Se niega a ser como él.

—¿Pero Roseta no está comprometida?

—Con su primo, el notario. Estoy segura de que agradecería un revolcón. Tranquilo, perdió la virginidad hace tiempo.

Olivia tiene una habilidad impresionante para intuir los detalles más íntimos de la vida sexual de cualquiera, como ya ha demostrado en varias ocasiones. Sabe que su hijo está acumulando una rabia y un rencor que necesitan alivio y que su problema no puede arreglarse pagando, pero quizá sí conquistando. De repente, su corazón se enciende bajo la piel helada. Acaba de ver entrar a Manuel. Llega solo y enseguida se da cuenta de que la está buscando. Olivia apura su copa de champán. No quiere que su hijo perciba su ansiedad y, para ello, no pueden acercarse el uno al otro. Le cuesta la misma vida rechazarlo, pero, al tiempo, le odia. Le odia tanto por haberla amado mal, por ser el causante de que su vida haya sido un desastre.

—Tú verás, pero yo esta noche no vuelvo a casa contigo. Me voy a ir con... aquel —amenaza Olivia señalando a don Mariano Cerezo, un rico ganadero, cincuentón de buen ver aunque pronunciada barriga y vicios por todos conocidos, cuya pía esposa hace tres meses que no se quita el luto por la muerte de su madre. Olivia es capaz de escrutar con acierto los vericuetos sexuales, pero no los emocionales. Así, una vez más, creyendo que anima a su hijo a atacar una presa fácil, en realidad le hace sentir impotente.

Olivia por supuesto no va a irse con nadie. Es una pose. Prefiere seguir honrando su fama de mujer fatal. De alguna manera es una forma de condecorar la memoria de su marido, que tanto se esforzó por convertirla en una mujer promiscua y sinvergüenza. Curiosamente, desde que murió Néstor los hombres ya no le interesan tanto. El francés fue su último capricho. En realidad, siendo sincera, solo tiene una obsesión que no piensa perseguir, que lucha por aplastar con la planta del pie, una debilidad de su carácter que ni siquiera el paso del tiempo consigue hacer desaparecer. Rodrigo mira para otro lado. Maldice haber acudido a aquella fiesta estúpida. Debería haberse quedado con los perros. Un paseo en solitario por los alcornoques y luego una botella de whisky en la biblioteca hasta perder el sentido. Eso es lo que debería haber hecho. Ha perdido interés por las fiestas. Más desde que vio a su mujer desnuda. No se quita de la cabeza la imagen de Inmaculada, tendida

desnuda sobre la cama. Olivia le mira por el rabillo del ojo. Algo le ha pasado.

—¿Qué piensas? —le pregunta Olivia.

Rodrigo la mira sorprendido.

—¿Te importa lo que yo piense?

—Me importa todo lo tuyo.

—Vete con ese viejo si te apetece —responde Rodrigo despreocupadamente—. Yo puedo regresar a casa solo.

A Olivia le duele la orden. Como siempre que hace una aproximación honesta a alguien que le importa, recibe una coz. No quiere pensar en que se la merece porque la autocompasión no va con ella. A lo hecho, pecho, piensa. Rodrigo es mayorcito. Ya no es su responsabilidad. Al instante se desdice. ¿Cuándo deja un hijo de ser responsabilidad de una madre?

—Vete —insiste Rodrigo—. Al menos que uno de los dos lo pase bien.

—Venga ya, Rodrigo. ¿Y Roseta? ¿Quieres que hable con ella yo primero?

—Roseta no me gusta.

—Ya, a ti te gusta tu mujer —sentencia Olivia intentando que abra los ojos—. Pero, hijo, hay muchos peces en el mar.

Olivia quisiera decirle que también ella desea estar con alguien imposible, que le entiende mejor de lo que se imagina. Pero es mejor que su hijo se enfrente a la verdad. Que no se engañe. El engaño solo nos lleva a convertirnos en seres patéticos, deshonestos, amargados. Y es una amargura peor que la producida por la impotencia de no poder amar, porque la bilis que se produce entonces corroe hasta la extinción nuestra arma secreta: la capacidad que todos guardamos en el fondo de nuestro corazón de recuperarnos un día y volver a ser dueños de nuestra felicidad. Antes Olivia soñaba con que ese día llegaría. El tiempo también jugaba a su favor. Manuel había regresado de América con la idea de recuperarla. Pero Olivia sabe ahora que su pecado había sido grande, enorme, y asumirá lo que venga con un único objetivo: proteger a los suyos de sus errores. Protegerlos incluso con su vida.

—Por favor, no te metas —le pide su hijo dolido.

—A tu mujer no le gustas, Rodrigo. No hay nada peor que un hombre que

no acepta la negativa de una mujer.

—Ella se ha casado conmigo porque me quiere.

—Recuerda a tu padre. A él también le gustaba repetir esa cantinela y no era verdad.

—Padre y tú fuisteis otra historia, así que no compares.

—Hijo, por favor, tú no. No seas tonto —le suplica Olivia poniendo la mano sobre su brazo en señal de apoyo, o de consuelo. O en un intento de que detenga su rabia y recapacite. A Rodrigo su mano le quema. Sale corriendo, dando un empujón a un camarero y a las esposas de unos terratenientes que se interponen en su camino. Ciego. Dolido. Amargado. Capaz de cometer una estupidez, piensa Olivia, incapaz, por otra parte, de correr tras él y enfrentar una angustia de hombre que ella ya ha conocido.

Rodrigo sale con el pecho ardiendo. Siente que es por culpa de Inmaculada. Por su piel, por su rechazo. Conduce su descapotable a más de ciento veinte como un loco durante casi una hora, perseguido por un deseo incontenible, por una necesidad de encontrar reparación a la afrenta en su hombría. En esa hora su rabia no solo no disminuye sino que se transforma en un monstruo ciego capaz de matar y morir. Piensa en ello mientras conduce. Morir. Acabar. Dejar esta existencia que no le aporta nada interesante, donde él no es más que un estorbo en el camino de otros. Preocupa a Olivia, molesta a sus hermanas, amarga a su mujer... Inmaculada desnuda. Tumbada sobre la cama. Con el deseo entre sus propios dedos, satisfaciendo un vacío que él no ha podido llenar. ¿Morir o vivir? Hace meses que ni siquiera caza. Quiere morir y, sin embargo, con el aire fresco de la madrugada golpeándole el rostro, se siente más vivo que nunca.

Así llega Rodrigo a la casa palacio que duerme en el abrazo de la noche, esperando como público en el teatro a que se levante el telón. En el programa, un crimen escrito hace muchos años con el que concluirá el segundo acto de su historia. Rodrigo atraviesa el zaguán y la cancela, sin preocuparse por despertar a alguien. Sus pasos resuenan por el suelo de mármol. Él es el señor de la casa, el único hombre. A él se le debe respeto. Movidado por esos hilos invisibles que el Creador maneja, o poseído por el mal, como hubiera asegurado Clara de haberlo visto, transformado en un ejecutor del Maligno en la tierra, sube por las escaleras directo a la alcoba donde descansa

Inmaculada.

Abre la puerta de golpe. La luz del pasillo golpea la cama y el cuerpo dormido de Inmaculada, que apenas reacciona. Rodrigo no se compadece de su indefensión. Solo quiere que ella cumpla con él y de paso pague por la tortura a la que le lleva meses sometiendo. Las cosas van a cambiar. Rodrigo se baja el pantalón. Se acerca a ella y le arranca la sábana que la cubre. Antes de que pueda reaccionar, ya le ha subido el camisón y se ha colocado encima de ella. Inmaculada se despierta asustada. Forcejean. Él le pone la mano sobre la boca para que no grite y la inmoviliza mientras empuja dentro de ella. No quiere escucharla. No ve sus lágrimas. Ni siquiera las siente correr por sus manos. Solo tiene un objetivo: que su esposa no vuelva a humillarlo. Él va a arrancar su deseo de masturbarse de cuajo. ¿Dónde se ha visto que una mujer honrada disfrute? Solo una golfa. Como su madre, sí. Pero Inmaculada no va a ser como su madre. El sexo de Inmaculada es solo suyo.

Madelaine se sentó exhausta. De repente un terror la invadió. Un presentimiento del pasado. ¿Fue ella producto de una violación? La tía Clara observó la palidez de Madelaine.

—¿Te encuentras mal?

—No, no. ¿Mis padres se querían? ¿Se deseaban?

—No creo —respondió la anciana con frialdad.

—Pero yo nací.

La tía Clara se volvió hacia la caja fuerte para cerrarla.

—Tía, por favor, a estas alturas puedes decirme la verdad. No me vas a traumatizar. Mi madre siempre habló con respeto de mi padre.

—Era su deber.

—¿Su deber?

—Su deber para contigo, por la familia.

—Sé que mi madre murió en un accidente, pero hubo una época en que imaginaba que mi madre había muerto de pena tras la muerte de mi padre. Que yo no fui suficiente para agarrarla a la vida. Pero quizá me equivocaba. ¿Me equivocaba? Tía, por favor, dime.

—No creo que a tu madre le afectara mucho la muerte de tu padre, no en

el sentido que se podría esperar, al menos —dijo la tía Clara midiendo sus palabras. Inmaculada la había engañado durante mucho tiempo con la ayuda de la tía Rosario, convirtiendo su vida en un infierno de soledad y permitiendo que la culpa corroyera aquella casa. Decía haberla perdonado, pero en el fondo solo había decidido que, entre las posibles opciones, era más conveniente perdonar y pasar página.

José Luis llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

La tía Clara hizo un gesto con la cabeza y José Luis entró.

—Necesito el DNI de Madelaine para rellenar unos formularios.

Madelaine se levantó.

En realidad era una excusa. José Luis no necesitaba el DNI de Madelaine pero quería estar con ella a solas para contarle. Algo raro pasaba en esa familia y su instinto le decía que la tía Clara mentía. Mentía para ocultar. Al salir de la habitación, José Luis cogió a Madelaine suavemente por el brazo.

—Tenemos que hablar. En privado —le susurró.

Madelaine se fijó en la seriedad de su rostro y asintió. Se dirigió hacia sus aposentos. Pero José Luis la detuvo.

—Mejor salgamos con alguna excusa.

Madelaine le dijo a su tía que iba a enseñar al fiscalista la zona de servicio y los corrales. Salieron del cuerpo principal de la casa palacio por la parte de atrás, que daba a un hermoso patio interior, donde había dos naranjos, un magnolio y un jazmín trepador que cubría toda la pared del edificio de tres plantas, al otro lado del palacio, que antiguamente había ocupado el servicio. A Madelaine le costó un poco abrir la cerradura con la enorme llave de hierro. Hacía mucho tiempo que allí no irrumpía ser humano. Entraron por la cocina. Antiguamente allí se preparaban los elaborados platos y se llevaba al comedor de la casa, atravesando el patio, evitando que los olores, las molestias de los fogones o la mera contemplación del trabajo de los sirvientes ofendieran a los señores. Abrió las contraventanas y la luz inundó la enorme

cocina, digna de un rey, que ocupaba prácticamente toda la planta baja. Sobre ella, subiendo por una estrecha escalera lateral, se encontraban los dormitorios. Madelaine recordó inmediatamente a las chicas del servicio pelando pollos en la larga mesa de madera de roble que ocupaba el centro de la estancia, todo envuelto en los aromas de ajo y cominos. Se fijó en la vajilla perfectamente alineada sobre las estanterías, los majos, las ensaladeras y fuentes. Un poco más allá, varias planchas de hierro. La cocina original del siglo XVIII con su salida de humo. Otra de carbón más moderna, de principios del siglo XX, con sus placas desmontables... Todo tal y como recordaba, apenas cubierto por una finísima capa de polvo. Al entrar la luz de la mañana pareció como si de repente todo aquello cobrara vida de nuevo. Incluso tuvo la sensación de que el polvo se levantaba como un velo, revelando el colorido andaluz de la loza blanca y azul y el latón cobrizo. Se volvió hacia José Luis sintiéndose sumamente insatisfecha. Un agujero la devoraba por dentro, amenazaba con reducirla a cenizas.

1949, San Gabriel

El deseo se ha transformado en desprecio. Eso siente ahora su esposo por ella. Por eso, la mirada que el hijo de la cocinera lanza disimuladamente sobre sus piernas, lejos de molestarla, enciende fuego dentro de ella. Olivia. Olivia. ¡Olivia! ¿Te estás volviendo loca?

—Por favor, dígame al carnicero que le ponga el mejor solomillo de ibérico. Esta noche don Néstor tiene invitados. Lo pondremos con puré de manzana.

—¿Quiere que vaya ahora? —pregunta la cocinera extrañada.

—Ahora mismo. Y llévese a Mari Pili para que la ayude.

La cocinera asiente. No entiende la urgencia. Pero entonces se fija en su hijo, que limpia unos herrajes, y entiende. La señora va a ir directa al infierno. Y su hijo..., bueno, él sabrá. Su hijo ha nacido con muchos arrosos. Si la señora queda contenta, quizá le ayude a establecerse como taxista, que es lo que quiere. Mientras el señor no se entere... Porque si el señor se entera podría ser su ruina. Ay, madre mía, qué lío, piensa la cocinera.

—Mari Pili, venga, deja eso para más tarde —ordena a la más joven mientras se quita el mandil.

Las dos mujeres salen, la cocinera santiguándose discretamente.

Olivia. ¿Olivia su ángel de la guarda? Olivia, la promiscua, Olivia, la adúltera. Olivia, la insatisfecha, la que rebosaba de amargura hasta perder el control, hasta romper los límites de la decencia. ¿Podía ser esa mujer su ángel de la guarda? ¿A qué la guiaría un ser así? ¿Cómo procuraría su bien su peculiar abuela?

Madelaine miró a José Luis con un extraño brillo en los ojos. Él sintió la atracción, el deseo irreprimible. La transformación de sí mismo en otra persona mucho más visceral, incapaz de ordenar ni mucho menos controlar sus instintos. Madelaine se aproximó a él. Él, sin miedos, sin complejos, la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí. Y ella le besó. Olivia. Madelaine. Madelaine. Olivia. Una marea de deseo y piel se fusionó en animal bicéfalo y cayó herido por la lujuria feroz sobre la larga mesa de madera.

—¡Madelaine!

Madelaine y José Luis se soltaron al instante. La voz de la tía Clara venía del patio. Se miraron casi sin respiración.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó José Luis aturdido—. Perdóname, no sé qué me ha pasado...

—No, perdona tú —dijo Madelaine igualmente confundida cerrándose la camiseta—. ¡Ya voy, tía!

—Nunca había hecho algo así. Te juro que no soy de los que se lanzan...

Pero Madelaine empezaba a entender. Y aunque aquello era una locura, algo inexplicable para cualquier cabeza racional, había abierto la puerta a un statu quo de vidas y vivencias superpuestas sin divisiones temporales.

—He sido yo. U Olivia. No sé. Espera, voy a ver qué quiere mi tía y vuelvo.

Madelaine salió, dejando a José Luis sumido en la más tremenda de las confusiones. Todavía sentía su miembro duro. Se dio cuenta de que llevaba el pantalón desabrochado. Qué vergüenza. Él no era así, se repitió. Una ráfaga de aire cerró las contraventanas suavemente. Miró a su alrededor. ¿Había algo sobrenatural en todo aquello? Imposible. Entonces, lo que sentía por Madelaine, ¿era real? Desde luego le hacía sentir... vivo, intranquilo pero emocionado. Desde luego no feliz, pero sí deseoso de llegar al final. Inmerso en estas divagaciones lo encontró Madelaine.

—¿Qué querías contarme?

—¿Podemos salir de aquí?

—Sí, vayamos hacia los corrales.

Madelaine atravesó la cocina y describió el pestillo de una puerta de madera roja. Al abrirla, aparecieron una docena de escalones que subían a los corrales donde, además de las aves, antiguamente se guardaban también los perros. Pero hacía mucho tiempo que los animales habían desaparecido. Como las personas de servicio, también ellos tuvieron que abandonar aquella casa cuando quedó bajo el influjo del maleficio. José Luis subió por los escalones de piedra y tuvo conciencia de la antigüedad de la casa al fijarse en las canaletas del lado izquierdo, toscamente marcadas, que servían de sumidero para que el agua de los corrales no inundara la cocina.

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme? —le preguntó Madelaine.

—Acaban de llamarme del registro. No hay noticia de la defunción de tu madre —le dijo José Luis cuando llegaron arriba.

—Vaya —exclamó Madelaine pensativa—. ¿Puede haber algún error?

—Imposible. Hemos mirado todas las posibilidades. Nombre de casada, de soltera...

—Ya, y tú crees que mi tía sabe algo que no ha dicho porque ya mintió con lo de la sepultura.

José Luis asintió.

—Bueno, entonces, habrá que preguntarle a ella.

—¿Estás segura? ¿No crees que si supiera algo ya te lo habría dicho? A menos que no quiera por alguna razón —dijo José Luis.

—¿Qué razón? —preguntó Madelaine realmente confundida.

—No sé. Llegados a este punto, ¿dónde está el cuerpo de tu madre? ¿Su partida de defunción?

—Solo se me ocurre registrar en la habitación de la tía Clara, por si encuentro algún documento que pueda explicar algo. O preguntarle directamente.

—Está bien. Pero, insisto, estoy seguro de que tu tía oculta algo. Mi trabajo tiene mucho de investigación. No suelo equivocarme.

Madelaine le cree. Sabe que tiene razón aunque no entiende por qué. La imagen de ellos dos en la cocina irrumpe con fuerza en su pensamiento.

—Y lo de antes...

—Sí, lo de antes. —A José Luis le da un vuelco el corazón solo de pensarlo.

—Lo que ha pasado antes no era real. Deberíamos olvidarlo.

—Lo dices por lo de tu boda.

—¿Qué boda?

—Tu tía me ha dicho esta mañana que te vas a casar.

—Mi tía delira, en el sentido literal.

—Pues no es la única. Tu futuro marido también está muy seguro a juzgar por la conversación telefónica que he escuchado hoy. Sin querer, por supuesto.

—¡Sin querer tú! Mi tía seguro que sí que quería que tú escucharas esa conversación —respondió Madelaine. Sabía que su tía no dejaba nada al azar—. No, te digo que no ha sido real porque siento cosas raras. ¿Recuerdas lo que hablamos en la plaza? Estoy segura de que yo no era yo. Era Olivia, mi abuela. Tuvo una aventura aquí, en esta misma cocina. Con un chico joven. El hijo de la cocinera. Lo he visto, o imaginado, o presentido..., ¡no sé!

—Suena un poco raro. ¿No crees que es más fácil explicar lo que ha ocurrido porque ha surgido así? ¿Porque el deseo nos ha nublado la razón?

—Tú mismo me has dicho que nunca habías hecho algo así.

—Pero eso no quiere decir que no lo haya deseado.

—¿Conmigo? Perdona, no quiero presionarte, pero es importante para mí saberlo.

José Luis se quedó paralizado. ¿Cómo decirle que se sentía perdidamente atraído por ella? Apenas se conocían. Además se negaba a reconocer que

hubiera podido sentirse otra persona distinta. Y no porque él creyera que su persona fuera única, ni porque se considerase irreplicable o especial en alguna manera, sino porque él quería vivir esa escena como propia, no convertido en otra persona, no bajo una piel que no le correspondía. Por primera vez quería ser solo él. El pensamiento de que ella le hubiera besado porque veía en él a otro se le hizo insoportable.

—No sé. Creo que no hay que darle tantas vueltas. Lo que ha pasado no tiene por qué repetirse —aseguró José Luis. Necesitaba tiempo para organizar la confusión que le embargaba, antes de poner de manifiesto unos sentimientos que no sabía muy bien cuáles eran por la rapidez con la que habían surgido. Después de años sin abrigar deseos de ningún tipo, sin soñar, Madelaine, aquella casa, el pueblo, le habían envuelto y debía averiguar si allí había algún encantamiento que dirigía sus inclinaciones, o si era realmente él, dueño y señor de sus actos. José Luis bajó las escaleras del corral rápidamente, cruzó la cocina, el patio y volvió al cuerpo principal del palacio, deseando que hubiera habido una puerta de salida a la calle sin tener que volver a ser engullido por la casa de los Martínez Durango.

Madelaine se quedó confundida, sin entender muy bien el motivo de su huida: ¿pensaría que era una loca, una mujercuela o quizá ambas cosas? En cualquier caso, ella ahora no podía escuchar a su corazón ni a los fantasmas que campaban entre los muros, fueran del tipo que fueran. Tenía un problema más acuciante que resolver. ¿Dónde estaba su madre?

5

SECRETOS DE FAMILIA

La tía Clara había quedado en el matadero para discutir el asunto de distribución internacional en el que llevaba empeñada años, a pesar de las reticencias de sus socios. La reunión llevaría su tiempo porque además la anciana pretendía depurar responsabilidades en lo que ella consideraba una pésima gestión del desangrado de jamones. Los socios componían un grupo minoritario y mal avenido y la tía Clara había mantenido el control sin demasiados problemas a lo largo de los años. Además del matadero, que heredó de su padre, los mismos socios, con Clara a la cabeza, habían formado hacía treinta años un curadero, uno de los más importantes de la región. El segundo curadero de los Martínez Durango, más pequeño, les pertenecía en exclusiva y la tía Clara había logrado, desde hacía ya casi una década, convertirlo en el proveedor en exclusiva de La Casa del Gourmet. Fue uno de sus aciertos empresariales más importantes y se sentía muy orgullosa de la calidad que habían obtenido. Pero, ambiciosa como era, no le bastaba. Quería seguir abriendo mercado, que sus jamones y embutidos se conocieran en Europa, y eso solo sería posible desde el curadero principal.

Madelaine no iba a desperdiciar la oportunidad de quedarse a solas en la casa palacio. Se dirigió con paso seguro hacia la alcoba de su tía. Desde que ella nació, Clara y Rosario dormían en la zona de alcobas a la izquierda de la escalera, junto al dormitorio de la niña y al de sus padres. En esta ala de la casa había originalmente seis dormitorios, pero uno de ellos desapareció antes de que ella naciera para ser sustituido por uno de los tres cuartos de baño que Olivia ordenó construir en la casa palacio. Las dimensiones de este

servicio eran descomunales para lo que se puede esperar en un cuarto de baño. De hecho, más adelante, a Madelaine le asombraría descubrir lo pequeños que suelen ser estos reductos de intimidad. Pero el primer y único baño que ella conoció durante toda su infancia tenía un váter en una esquina, a unos tres metros se encontraba el lavabo y al otro lado, a cinco metros y medio y frente a la puerta, una enorme bañera blanca con patas de león traída de Francia. Siempre estuvo azulejado de blanco con una cenefa azul muy sencilla. Sin adornos, ni perfumes, ni ningún detalle personal. Las frivolidades femeninas se guardaban en las respectivas alcobas.

La única que poseía tesoros dignos de admiración era Olivia. Su abuela tenía hermosos frascos de perfume traídos de París, Londres, Roma..., todas las ciudades que visitó estaban presentes en su tocador. Uno de los primeros recuerdos que habían quedado grabados en la memoria de Madelaine era un frasco de cristal anaranjado y amarillo con incrustaciones azules de Murano que su abuela trajo de Venecia. Lo descubrió una mañana de su infancia por casualidad. Una chica de servicio pasó por delante de Madelaine con una fregona y trapos de polvo y la niña la siguió curiosa. Al contemplar la habitación desde el quicio de la puerta, imaginó que un dormitorio así solo podía ser de un hada, el hada envuelta en polvos suaves que siempre olía a un limpio azucarado, y que aparecía y desaparecía constantemente con su ropa delicada, elegante y un poco extravagante, y que alguna vez le regalaba una sonrisa o una caricia. ¿Cómo podía haberla olvidado durante tantos años?, se preguntaba ahora Madelaine. ¿Cómo podía haber olvidado incluso que aquella habitación existía? ¿Existía? ¿O era solo una escena que pertenecía al mundo irreal de una niña? De no ser así, la tía Clara habría hecho una labor extraordinaria para que aquella alcoba, de entre las veinticuatro que había en el palacio, desapareciera de sus recuerdos.

Madelaine abrió la puerta de la habitación de Clara. Olía a cerrado, y a seco. Estaba oscura. Encendió la luz. Se encontraba perfectamente ordenada. Sin ningún detalle personal. La misma habitación que ella recordaba de muebles oscuros y pesados. Se dirigió al escritorio. Lo abrió. No había nada. Ni tan siquiera un papel donde escribir. Abrió el armario de enormes puertas de caoba. Vacío. Entonces se dio cuenta: su tía Clara no estaba ocupando ahora aquel cuarto. ¿Se habría mudado de habitación? Imposible. Una

persona tan inmovilista, tan conservadora... El ala izquierda pertenecía a la cuarta generación de los Martínez Durango, tal y como había decidido don Néstor en su momento. Y, sin embargo, allí no había nada de la tía Clara. Salió de la habitación y abrió los dormitorios contiguos. El que había sido de Rosario, igual de triste y desolador. El de sus padres, variaciones sobre el mismo tema, pero con cama de matrimonio. ¿Dónde dormía entonces la tía Clara? ¿Dónde guardaba sus enseres, su vida? La llama de una intuición imposible se encendió en su pecho. La tía Clara apareció ante sí frágil, casi transparente, un fantasma que vagaba y maquinaba desde el otro mundo. Desde que había llegado veía y sentía personas que habían muerto hacía mucho tiempo. Recientemente, Madelaine había visto una película en la que un fantasma, que no sabe que es fantasma, al final descubre que el muerto es él. Bueno, ella no era un fantasma, de eso estaba segura. ¿Segura? Por un instante se quedó paralizada ante la posibilidad de que lo fuera. El silencio perfecto en el que solo se oía el latir de su corazón la convenció de que no era así. Los latidos le resultaron atronadores. Madelaine se detuvo en el pasillo y se puso la mano sobre el pecho, intentando tranquilizarse. Los sonidos del exterior nunca habían irrumpido en el interior del palacio y lo que sucedía allí, allí se quedaba, quizá rebotando por las paredes, o absorbido por estas. Pensó que todo tenía un límite y un día las paredes, como el papel secante, podrían no ser capaces de contener más acontecimientos, deseos, encuentros y desencuentros. Se empezaría a derramar entonces la historia de los Martínez Durango por la calle, por el suelo, supurando su infelicidad y contagiando al pueblo con su maldición.

Madelaine se frotó los brazos en un intento por encontrarse a sí misma. Sí, ella estaba allí. No iba a perder la cordura. Pero ¿dónde dormía su tía Clara? Madelaine salió a la escalera y se dirigió a los dormitorios del lado derecho. Pasó un distribuidor que no distribuía nada sino que servía de recibidor de otro corredor. Caminó por un pasillo en el que se encontraban doce habitaciones, once y un baño para ser más exactos. Madelaine intentó abrir la primera puerta. Cerrada. La segunda. Cerrada. La teoría de que se estaba volviendo loca y su tía Clara no existía empezó a angustiarla. La embargó la sensación de haberse convertido en la octava esposa de Barba Azul, pero sin una hermana que la hubiera azuzado para averiguar el misterio

de la muerte de su madre. ¿O la función de la hermana la había cumplido José Luis? ¿Era lícita su curiosidad por conocer qué había pasado con su madre? Claro que sí. Era su derecho como hija. Y así, sumida en la angustia, el recelo y el miedo a lo que la esperaba si una puerta se abría, deslizó su mano sobre el pomo de la sexta puerta y esta se abrió. Ante ella apareció un baño similar al que ella utilizaba. Eso la tranquilizó, momentáneamente. La séptima puerta tampoco se abrió. Seguramente todas las puertas de las habitaciones estarían cerradas. A la tía Clara le habían robado en varias ocasiones, lo que a Madelaine no le extrañaba. Su obsesión por las rejas, las cerraduras, las puertas blindadas y las cajas fuertes siempre le había parecido el reclamo perfecto para avisar a los ladrones de que allí había riquezas sin par dignas de tomarse la molestia.

Para su sorpresa, la octava puerta se abrió sin ofrecer resistencia. Madelaine dudó antes de penetrar en la estancia. La octava puerta, como la octava mujer de Barba Azul. Debería llamar al fiscalista para que la acompañara. ¿Y si aparecían los cadáveres de las siete esposas colgados de los muros? Madelaine tomó aire intentando recomponerse, enfadada consigo misma. Ella era médica, una persona científica y racional. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Empujó la puerta y ante sus ojos apareció el dormitorio que dudaba existiera, aquel que compartía una esquina muy apartada en la torre más alta y remota de ese palacio medieval con jardines colgantes donde hacía muchos años habían sido abandonados Cenicienta, el Gato con Botas y toda la magia que cabe en una bola de cristal con nieve. Nieve irreal que solo se puede ver cuando el soñador o el curioso agitan la bola. Era el dormitorio de Olivia, perdido entre las conexiones neuronales de una niña de cuatro años.

Aquella estancia no tenía nada que ver con la de las despedazadas por Gilles de Rais, sino todo lo contrario. La habitación de Olivia estaba teñida por una luz suave y blanca. Provenía de las ventanas alargadas del segundo piso que daban al patio. Las flores primaverales de la tapicería y las cortinas rezumaban alegría y elegancia. El secreter con su silla, la cómoda, el tocador y dos hermosas butacas, todo ello de estilo Hepplewhite, ponían un toque de serenidad neoclásica. Sobre la enorme cama de cabecero tapizado en terciopelo blanco al más puro estilo Hollywood años cincuenta, que Olivia

había encargado tras encapricharse de una igual aparecida en una película de Bette Davis, marcaba territorio una bata negra de la tía Clara. Madelaine miró a su alrededor sorprendida, y sorprendida tuvo que admitir que conocía a su tía Clara menos de lo que creía. El cuarto estaba bien ventilado, aunque tenía un olor diferente del que ella recordaba. El suelo estaba cubierto con alfombras de petit point y sobre el tocador, americano también, blanco y con un gran espejo, se encontraba todo el despliegue de botes y botecitos, pinceles y brochas de maquillaje, y un juego de peines de nácar inglés, regalo de alguno de los amantes de la abuela Olivia. Lo asombroso no era que la tía Clara se hubiera mudado a aquella habitación, que era sin duda la más espléndida y acogedora de la casa, sino que la hubiera mantenido exactamente tal y como su madre la había dejado. Clara nunca se maquillaba, ni se perfumaba más que con un poco de colonia 4711, la misma que había utilizado desde niña. Apenas había cambiado una lámpara por otra. Solo su escasa ropa y sus zapatos habían sustituido a los de su madre en el armario. Eso fue todo. Madelaine no entendía. ¡Qué poco se conocían! Viviendo bajo el mismo techo, ¡no sabía dónde dormía su tía! Los Martínez Durango y sus secretos. ¿Por qué se habría mudado la tía Clara a aquel cuarto? Sí, era el más agradable de la casa, sin duda. Pero Clara odiaba a su madre. O la había odiado. ¿Cuándo cambió de opinión, cuándo decidió vivir como un parásito en mundo ajeno? ¿Por qué en la intimidad prefería vivir en el hábitat creado por otra persona, una mujer tan diferente a ella?

A Madelaine siempre le había producido curiosidad, tras conocer a alguien, saber cómo vivía, qué cosas le rodeaban. Los adjetivos que se extraían de su entorno más íntimo solían aplicarse también a la persona. A ella, por ejemplo, la austeridad, la sensación de estar de paso en casa ajena, definía bien cómo se sentía en el mundo. Ligera de equipaje para poder emigrar donde el corazón la llevase. El problema era que empezaba a tener miedo de que el corazón no la llevase a ningún sitio, y su destino se empecinara en convertirla en parte de aquella casa palacio que sus antepasados le habían legado. Una casa que ella había amado, poco, y odiado, mucho. También temido, y que ahora se descubría necesitando. Ella no había dejado su impronta en ningún lugar, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que el palacio, efectivamente, de alguna forma, la definía. Insólita en su

atemporalidad, densa en la acumulación de historias que colgaban en sus paredes, que contaban sus muebles, que coleccionaban los ajuares, asombrosa tras las puertas que revelaban secretos de almas que penaban una vida sin sentido. Quizá porque el sentido solo podía encontrarse al final. No al final de una vida, sino al final de todas las vidas. Incluida la de Madelaine. Ella era la heredera y su piel, sus entrañas, su yo físico y espiritual estaban formados de la misma materia que aquella casa.

Madelaine miró a su alrededor. Se dirigió primero al escritorio que su abuela había mandado traer de Londres. Rebuscó en los cajones. Encontró facturas varias, cuadernos con anotaciones de ingresos y gastos domésticos, un cofrecito con joyas de escaso valor y un puñado de llaves minúsculas. En uno de los cajones había dinero en billetes pequeños. Madelaine calculó que unos mil euros. En otro, cartillas de bancos y cajas de ahorros. Se levantó y se dirigió a la cómoda. Allí tampoco encontró nada que llamara su atención. Miró también en las mesitas de noche, en el armario... Nada de lo que buscaba.

Cuando estaba a punto de desistir, se fijó en un pequeño grabado nocturno de una iglesia anglosajona que se encontraba sobre el secreter. Olivia lo había comprado en los locales de Sotheby's, en New Bond Street, durante su luna de miel. En realidad era uno de los pocos detalles que había mantenido de su corta vida marital. A Madelaine le llamó la atención la extraña sensación de quietud que transmitía. Caminando hacia la iglesia, en el extremo izquierdo, había una mujer, con abrigo largo y raído, apenas adivinada, que portaba un candil. Parecía tan sola y a la vez tan segura... Madelaine tuvo una intuición. Era típico en su familia ocultar cajas fuertes tras tapices y cuadros. Había varias repartidas por toda la casa. El abuelo Néstor, obsesionado con la posibilidad de que le robaran, repartía sus tesoros para minimizar la posibilidad de que un ladrón pudiera hacerse con todo. Esta obsesión se transformó en neurosis hacia el final de su vida, haciendo instalar rejas, candados y trancas por doquier. La tía Clara había heredado este marcado rasgo de desconfianza hacia el prójimo, y el convencimiento de que uno puede convertirse en víctima en cualquier momento. Madelaine no podía estar más alejada de este modo de vida. Para ella un candado era, en todo caso, una llamada, un aviso para informar de que allí había algo que merecía

la pena cambiar de mano, o que, cuando menos, había alguien que poseía tanto que podía ser robado sin realmente causarle ningún daño importante. Madelaine nunca guardaría rencor hacia el ladrón. Ni siquiera se molestaría por la irrupción en su intimidad de un extraño. Casi pensó que sería algo muy excitante. Y que el ladrón lo necesitaría más que ella.

Madelaine valoró rápidamente. El grabado era muy pequeño para ocultar una caja fuerte, pero decidió moverlo. Tras él apareció una pequeña caja con una puertecita de madera. Tenía cerradura y un minúsculo pomo. Tiró de él con fuerza. Estaba cerrado con llave. Volvió a rebuscar en el joyerito y sacó todas las pequeñas llaves. Había media docena. Empezó a probarlas todas, sin éxito, convencida de que tras aquella puerta se escondía algo de vital importancia. Algo que ella debía saber. Cuando terminó con todas las llaves decidió que eso no la iba a detener. Cogió un abrecartas de empuñadura de nácar y forzó la cerradura. Finalmente, cedió. El silencio en la habitación era absoluto. Madelaine sintió que algo importante estaba a punto de suceder. Introdujo la mano con extremo cuidado en aquella Bocca della Verità y extrajo unos documentos. Los miró con cuidado. Eran el DNI y el pasaporte de su madre: Inmaculada Sahagún y Frías. El corazón empezó a latirle con fuerza y sus manos temblaron. Su madre no pudo irse como le dijeron. Algo había ocurrido. Algo demasiado terrible para ser contado.

Madelaine volvió a meter la mano. No parecía haber nada más. Pero la introdujo de nuevo, con cuidado, hasta el fondo y allí las yemas de sus dedos sintieron el roce de algo frío, como de un herraje. Sí, había otra cerradura. Entonces escuchó que alguien se aproximaba. Se apresuró a dejar todo como lo había encontrado e introdujo los documentos de su madre en el bolsillo, dispuesta a regresar en cuanto tuviera ocasión. Antes de que llegara a la puerta, esta se abrió. La tía Clara la miró lívida. Y la palidez de su rostro la dejó sin palabras.

1950, San Gabriel

Clara tiene once años y quiere que su madre le preste unas horquillas para hacerse el moño. Tiene mucha prisa. Don Néstor está terminando de

desayunar y hoy parece muy nervioso. La taza del café le tiembla cuando la levanta para que la criada le sirva un poco de leche. Clara imagina que es porque ella ha bajado algo más tarde y el palio estaba ya preparado. El cabeza de familia va todos los domingos a la iglesia bajo palio. Su madre, Olivia, sin embargo, no pisa la iglesia del pueblo desde hace tiempo. Es un escándalo con el que se polemiza en voz baja. Al principio resultaba muy llamativo, ahora ya no cuentan con ella y compadecen a don Néstor, un santo varón que carga una pesada cruz a sus espaldas. Clara ya ha entendido que la pesada cruz es su madre aunque no lo termina de entender. Clara, Rosario y Rodrigo están acostumbrados a que su padre la excuse delante del sacerdote achacándoselo a su mala salud. Siempre está indispuesta. Y el pobre don Néstor se esfuerza con vehemencia en defenderla ante el cura, intentando no dejar traslucir su vergüenza. Entre los hermanos nunca se habla de este hecho. Han comprendido que su padre no quiere hablar de ello, ni que se comente.

Clara entra sin llamar. Piensa que quizá su madre esté durmiendo. Suele hacerlo hasta tarde según les informa don Néstor. No baja a desayunar casi nunca. Eso sí, cuando por fin hace acto de presencia está siempre perfectamente maquillada y vestida. Olivia es una diosa de semblante distante que vive en el Olimpo, una Macarena moderna sobre un paso de plata y nardos. Clara está orgullosa de su madre. La venera.

Le sorprende ver la silueta esbelta de su madre, desnuda, intentando vestirse con mucho cuidado. Un suave haz de luz le golpea la espalda y Clara se estremece. Su perfecto cuerpo está cubierto por las profundas huellas de un cinturón, latigazos con la sangre todavía viva que recorren su piel como si el tridente del diablo se hubiera ensañado con ella. Deja caer una camisa sobre sus hombros con suavidad y se retuerce de dolor. Clara no lo sabe pero en ese momento Olivia, su madre, está jurándose a sí misma que esta vez ha sido la primera y la última. Lágrimas de rabia y dolor le ahogan el corazón. La noche anterior terminó durmiéndose tras una paliza brutal, agotada, exhausta, maldiciendo el día en que Néstor se cruzó en su vida y ella creyó en sus intenciones generosas de salvador profundamente enamorado. Enamorado sí estaba. Pero de amor enfermo, de ese que no necesita de la otra persona. De ese que se queda estancado en el cerebro de uno mismo, egoísta en su

exaltación de lo que debe ser, lejano al encuentro con la otra alma. Un amor que solo puede degenerar en obsesión, en separación cada vez más profunda. El qué dirán, el miedo al rechazo social y sus tres hijos la habían retenido, pero se acabó. Sí, desde que supo que su matrimonio nunca iba a ser real, que su marido en realidad se había casado con ella para vengarse, ella se había evadido en la vida social, las compras... A pesar de las apariencias, no le había sido infiel. Él sí, por supuesto, aunque utilizando la letra pequeña del compromiso matrimonial ante la Iglesia: lo hacía pagando. Olivia había aprendido a convivir con sus constantes amenazas. Hasta que la noche anterior se puso el punto final, terminó una etapa en la que nunca debería haber aceptado entrar. Tendría consecuencias y Olivia esta vez está dispuesta a asumirlas. Que no podrá ver a sus hijos, de acuerdo. Que Néstor no permitirá que toque ni un real de su dinero, de acuerdo. Que nunca más la tratará como su esposa, ¡qué liberación! Le odia. Le aborrece con toda su alma. Y él a ella. En su simplicidad masculina, sigue viéndola como un trofeo, empeñado en domarla, amargado porque no lo consigue ni a golpes, esos golpes que ni siquiera, en un arrebato primitivo y brutal, habían sido naturales, sino estratégicamente diseñados para mantenerse en la más estricta intimidad. Tal y como lo había hecho antes su padre. Un pensamiento nuevo se clava certero en la diana de su alma: después de aquella noche, sería capaz de matarlo.

—Mamá —balbucea Clara.

Olivia se da la vuelta asustada.

—Clara, ¿qué quieres? ¿No habéis salido todavía?

Pero la niña no reacciona. Olivia se abrocha la camisa rápidamente, ocultando las marcas que el podrido amor de su esposo y su celo proteccionista de caballero de honor le han causado.

—Habla de una vez —le ordena Olivia.

—Unas horquillas —dice por fin la niña.

—Dejé unas ayer en la cómoda de tu hermana.

Clara asiente, pero no se mueve.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta sin apenas pestañear.

Olivia le mantiene la mirada. Tampoco pestañea.

—Nada. ¿A qué te refieres?

—En la espalda. Tienes...

—En la espalda no tengo nada —le corta Olivia. Intenta evitar que ciertas palabras se pronuncien, pues así cree que el mal no existirá para su hija. Pero Clara no la cree. Sabe lo que ha visto.

—¿Te duele?

—No me duele nada. Me encuentro perfectamente —responde Olivia con dureza, sin resquicio de dolor, pena o autocompasión—. Y, venga, date prisa porque tu padre debe de estar esperando y no querrás que se moleste.

Clara sigue sin moverse.

—Papá nunca se enfada —dice finalmente—. Todo el mundo dice que es muy bueno.

Olivia se aproxima a su hija. ¿Cómo puede haber salido de sus entrañas esta personita tan distinta físicamente a ella, tan opuesta en carácter y gustos? Le entenece su ingenuidad pero sabe que en cuanto cruce la barrera de la adolescencia y se rompa el vínculo, ya de por sí frágil, madre e hija no tendrán nada en común.

—Sí, tu padre es un santo. Por eso precisamente yo no voy a la iglesia. Entre santos no hay lugar para mí.

La madre está dispuesta a mentir para proteger a Clara, pero todo tiene un límite y sabe del poder que las palabras de una madre tienen sobre una hija.

—¿Porque eres mala? ¿Te han castigado porque eres mala?

—No, a mí no me ha castigado nadie. Has visto mal, ¿me oyes?

—Pero, mamá, si te han hecho daño tenemos que decírselo a papá. Él hará algo.

Olivia duda. Sabe que no tiene opción y que debe hacer lo mejor para sus hijos. Aborrece la posibilidad de que alguien sienta lástima por ella. Debe terminar cuanto antes con la farsa. Se sienta en la cama y le hace a Clara un gesto para que se aproxime.

—Clara, a partir de hoy mismo quiero que me llames Olivia. Y Rodrigo y Rosario también. ¿Se lo dirás?

—¿Olivia? —La niña la mira muy extrañada—. Pero ¿por qué? Tú eres mi madre.

—Porque es mi nombre y ya no voy a ser más vuestra madre. Me voy a ir. Y si me voy, tu padre no querrá que yo sea más vuestra madre.

—Pero eres nuestra madre —insiste la niña.

Olivia vacila unos instantes. Si se echa para atrás..., ¿cuál será la consecuencia? ¿Quedarse y vivir una vida de humillaciones junto a un esposo amargado y violento? Lo sucedido la noche anterior ha abierto la caja de Pandora. Habían tenido disputas anteriormente. Era la norma que pautaba su matrimonio desde el principio. Riñas. Dos días evitándose, a veces incluso una semana. Olvido. Vuelta a la relación educada y distante. Las discusiones habían subido de tono en los últimos meses. Ella le había abofeteado en una ocasión. Y él devolvió la bofetada. Ella se quedó temblando, atónita, pero concluyó que la culpa había sido suya, por haber empezado. Sin embargo, la noche anterior..., aquello había sido diferente, y no iba a excusarle porque apestara a whisky. Se avecinaba la tragedia. Tenía que irse. Huir. En realidad, siempre había sentido que era su destino. Desde que Néstor entró como esposo en casa de los Durango, supo que terminaría con la letra escarlata impresa en su cuerpo.

Olivia decide ahora que es mejor para sí misma olvidar los detalles de la paliza, enterrarlos para siempre. Solo debe grabar en su pecho que aquella vida se terminó, que a partir de ahora es un ser libre que se ha ganado su libertad. La guerra en Europa ha terminado. El mundo está destrozado. Como ella. No tendrá problemas en encajar.

—¿Olivia? —preguntó la tía Clara. Parecía enfadada, confundida, pero, sobre todo, parecía estar viendo a un fantasma en vez de a su sobrina Madelaine.

—Tía, soy Madelaine.

La tía Clara pestañeó.

—Perdona, es que al ver tu silueta he recordado a mi madre. Una mala jugarreta de mis desgastadas neuronas.

A Madelaine le sorprendió el descubrimiento.

—Ah, ¿me parezco entonces a ella? ¿Me parezco a mi abuela?

—Solo en el tipo. Ella era muy rubia... Bueno, y en el carácter ese libre que tienes... ¿Qué haces aquí?

—Te buscaba —respondió Madelaine intentando mostrar naturalidad—. No conocía tu habitación. Te has mudado.

—Hace tiempo.

—¿Y por qué? ¿Esta no era la habitación de la abuela?

—Sí, y me mudé porque me apeteció —respondió la tía Clara cortante—. Olivia siempre tuvo buen gusto. Es la alcoba más agradable de toda la casa.

Madelaine se volvió hacia la cama sintiéndose inspirada.

—Así que decidiste volver a tus orígenes.

La tía Clara la miró sin comprender. Madelaine tampoco estaba segura de lo que quería decir ni adónde iba.

—Seguramente un psicoanalista encontraría algún sentido oculto más allá de lo acogedor de estas flores. ¿Te das cuenta de que tal vez buscas que tu último lecho sea el mismo en el que fuiste concebida? —aclaró Madelaine.

La tía Clara la miró dubitativa. ¿Debería ofenderse por las palabras de su sobrina? ¿Debería aclararle que no fue allí donde ella fue engendrada?

—¿Y para qué me buscabas? —terminó preguntando suspicaz.

Madelaine sentía que estaba cerca de algo, tanteaba a ciegas en una cueva en la que había una pieza del puzle escondida bajo la arena.

—Para saber si tenías prevista la comida o me pongo yo a ello —le explicó con naturalidad—. ¿Sigue la habitación igual que cuando vivían los abuelos? —Madelaine, simplemente, quería que la conversación no terminara allí.

—No. Cuando vivían juntos era muy diferente. Olivia lo reformó completamente al regresar de París. Solo quedó el grabado ese que trajo de Londres y algún mueble.

—Entonces puede que tenga razón y que fueras concebida aquí.

—No, es imposible porque yo nací seis meses después de la boda. Mis padres todavía no se habían casado. De hecho, ni siquiera nací aquí sino en Burdeos. Allí pasé los primeros cuatro meses, para disimular un nacimiento antes de fecha.

A Madelaine el descubrimiento, más que causarle perplejidad, le hizo gracia.

—Es decir, que casi te conviertes en hija ilegítima.

—No sé qué tiene eso de divertido, Madelaine —replicó la tía Clara molesta con el tono jocoso de su sobrina.

—Bueno, es que tú, precisamente tú, la defensora de la familia, del orden y la moral... Y, bueno, claro, mi abuelo sería un hombre de bien y no quiso

dejar a un hijo suyo desprotegido...

—Desgraciadamente, por aquel entonces tener hijos bastardos no era motivo para casarse con nadie. Si se casó fue por... —La tía Clara dudó por una milésima de segundo pero enseguida supo continuar—: Por el estatus de mi madre. Ella venía de alta cuna y era muy rica. Esta casa era de su familia. No se la podía dejar deshonrada. Era un buen matrimonio y así lo concertaron los padres de ambos.

—Ah, es decir, que mi abuela seguramente no se casó muerta de amor.

—Como la mayoría de las mujeres.

—De aquella época, quieres decir —puntualizó Madelaine.

—Y de esta.

—Qué cosas dices, eso no es cierto. Ahora la gente se casa por amor.

—Por la ilusión del amor, algunos quizá. Hasta ahí puedo aceptarlo, pero no, Madelaine, la mayoría de las mujeres se casan por razones menos honrosas. Quieren seguridad, formar una familia, no estar solas, estar simplemente casadas por el estatus. Que el envoltorio sea de color rosa no quiere decir que, en el fondo del corazón, la mujer no sepa cuáles son sus verdaderos motivos. Las mujeres somos muy listas, Madelaine, y ellos lo saben. A pesar de ser raza inferior, los hombres fueron capaces de inventar las telenovelas, las canciones románticas, la poesía... ¡Paparruchas! Necesitaban convencer a las mujeres de la belleza de algo que no existe, pero que ellos necesitan para dar rienda suelta a sus necesidades de un modo ordenado, o, más que ordenado, controlado. Ellos quieren controlar. A estas alturas, todas sabemos que el cuento no puede seguir después de «y se casaron, y fueron felices y comieron perdices». Si lo sabemos, ¿por qué reincidimos en el matrimonio? Y en estos tiempos locos que corren, encima hay la posibilidad de casarse ¡una y cien veces!

—Tía, entonces, me estás dando la razón. Te recuerdo que eres tú la que quiere que yo me case.

—Bueno, es que el matrimonio sigue siendo necesario, pero por otras razones.

—La supervivencia de una estirpe —dijo Madelaine en tono de burla.

—Por ejemplo —respondió la tía Clara con convicción—. Esa es, sin duda, la más importante cuando provienes de una estirpe digna de ser

continuada, por supuesto.

Madelaine suspiró profundamente: su tía era una racista de la peor calaña.

Poco después, Madelaine caminaba junto a la tía Clara hacia la iglesia. La tía Clara le dijo que había quedado con el párroco y que estaba un poco mareada para ir sola. Quería coger el coche, pero su sobrina la había convencido de que el ejercicio le venía bien para la circulación. Insistió haciendo valer su condición de médica, y la tía Clara, que sabía elegir muy bien sus batallas, aceptó. Por su parte, Madelaine quería saber qué hacían aquellos documentos de su madre en la habitación de Clara, pero temía que una confrontación directa no sirviera para nada. Incluso todo lo contrario. Si Clara tenía algo que esconder, poner las cartas sobre la mesa solo la perjudicaría a ella. La voz a todo volumen de una cantaora de flamenco pasó por delante de ellas arrastrada por la furgoneta de Pepín. Pepín iba todos los viernes a un vivero cerca de Monesterio para arreglar el cementerio de cara a las visitas del fin de semana. Compraba flores y plantas hasta donde le alcanzaba el presupuesto. Las flores eran su pasión y de vez en cuando se daba el lujo de acercarse hasta Chipiona, a más de dos horas de carretera, para comprar él mismo las más exquisitas. Pepín, que no las había visto, detuvo la furgoneta en el stop y así Madelaine y Clara pudieron escuchar claramente a la cantaora por bulerías: «Y es que al final tendrás en tu inventario lo que llegues a amar, después no tendrás tiempo de volver a empezar. Ahora es el momento, inténtalo encontrar. Inténtalo encontrar».^[1] Las palabras, la música tierna, esperanzada, emotiva y melancólica en medio del calor callado de la tarde pasaron ante ellas de camino al cementerio.

—¿Has oído, tía?

—¿Cómo no? —refunfuñó Clara—. Si a ese mariquita tanto le gusta la música, debería tener un coche con aire acondicionado y no ir molestando a la gente por ahí.

—Pero ¿has escuchado lo que decía la letra, que al final lo único que tenemos de verdad es lo que amamos?

—Humm —farfulló la tía Clara.

—¿No te hace eso pensar? ¿Tú qué opinas?

—Sí, tiene razón. Por eso tenemos el patrimonio que tenemos. Porque amo nuestra casa, lo que somos y significamos...

—No creo que la canción se refiera al amor hacia las cosas, materiales o no, sino al amor hacia las personas.

—Yo amo a nuestra familia.

—En todo caso amabas. Te recuerdo que solo quedo yo.

—Pero ya están todos en mi inventario.

—Todos menos yo —insistió Madelaine.

—Menos tú, sí, claro. Y porque te quiero, me importa tu bienestar. Por eso debes casarte.

—Tía, con tu hermana no te hablabas; odiabas a tu madre, a la mía; a mi padre no le tenías en muy alta estima. Y al tuyo, no sé, pero imagino que en aquellos tiempos no tendríais una relación muy estrecha.

—Él no tenía demasiado tiempo para mí, pero yo sí le quise. Siempre pensé que me parecía mucho a él, aunque era solo lo que quería creer —apuntó con amargura.

Madelaine la miró sintiendo lástima. De repente la vio como una mujer atrapada que seguramente había errado en sus querencias. Tan dura, tan fuerte, tan segura en apariencia..., lo más probable es que hubiera sufrido mucho.

—¿Nunca te enamoraste?

—Una vez me equivoqué, creía lo que no era.

—Ah. ¿Y la equivocación se concretó, o eres virgen?

—Pero qué cosas dices, deslenguada —respondió la tía Clara furiosa.

—Ah, entonces no eres virgen. Menos mal.

—¡Madelaine, basta!

—Pero, tía, si yo me alegro mucho por ti. Al menos, no vas a irte al otro mundo sin conocer uno de los grandes placeres de la vida.

—Los placeres, querida, solo nos traen dolor, sufrimiento. Dios no creó al hombre para disfrutar sino para cumplir con una misión.

—Ay, tía, tú y tus misiones.

La tía Clara le hizo un gesto de enfado para que callara y pudieran entrar en la iglesia. Madelaine volvió los ojos desesperada. En el fondo sabía que si su tía tenía una misión, dada su filosofía vital, sería más o menos divina y

poco podría hacer ella para disuadirla. De no ser porque necesitaba saber qué hacía la documentación de su madre en el dormitorio de Clara, y por la llamada seductora del fresco del interior del templo, hubiera salido corriendo tan rápido y tan lejos como le hubieran permitido sus piernas.

Dentro de la iglesia se escuchaba el sonido de un casete que sonaba a cascajo. El cura seguía utilizando el equipo de principios de los ochenta que le regaló una vecina del pueblo, agradecida a la Virgen por haberla curado de un cáncer de mama. La vecina hacía ya varios años que había fallecido de una metástasis pero el aparato no tenía visos de morir. Sería por el cuidado del cura, o de las monjas, o de Dios o de todos los santos, lo cierto es que allí las cosas duraban eternamente. Madelaine advirtió que en el casete estaba grabado el rosario que un grupo de ancianas, vestidas de negro, seguían con sus respectivos rosarios de cuentas en la mano, y no pudo evitar una sonrisa. La fe, integrada en la modernidad, le resultó absurdamente divertida. Pero la sonrisa se le borró al instante al descubrir que, sin contar al cura, el único hombre en la iglesia, situado al final del lateral izquierdo y muy cerca de ella, era José Luis. También la tía Clara, que terminaba de santiguarse con el agua bendita, se fijó en él.

—Ah, qué bien. Mira quién está ahí —señaló la tía Clara con la mirada—. Así que nuestro fiscalista es un hombre piadoso. Me quedo más tranquila. Parecía un poco rojo, pero habrán sido figuraciones mías. Reconozco que suelo sospechar de los de la ciudad.

En otro momento, Madelaine hubiera tenido un comentario irónico pero la presencia de José Luis en la iglesia la había dejado estupefacta. El fiscalista le había dejado bien claro que no era creyente.

—Ya no te necesito. Puedes quedarte o irte, como gustes —le dijo la tía Clara—. Yo voy a la sacristía.

Madelaine estuvo a punto de replicar. ¿Para eso la había hecho acompañarla?

—Tengo asuntos privados que tratar con el cura —zanjó con seguridad la tía Clara antes de que su sobrina pudiera invitarse con alguna excusa—. Llevo mi botellita de agua en el bolso y ahora me encuentro perfectamente. No te preocupes.

—¿Asuntos privados o secretos? —preguntó Madelaine levantando la

VOZ.

—Shhh. Estamos en la casa de Dios —la regañó Clara—. Un poco de respeto. Nos vemos luego en casa.

Sin dar más explicaciones, se dirigió hacia la sacristía. José Luis, al verla atravesar, se inclinó un poco hacia delante, como intentando pasar desapercibido. Pero no hacía falta. La tía Clara no tenía pensado saludarle y siguió su camino con paso seguro hacia la sacristía. Madelaine aprovechó para poner la mano en el hombro de José Luis. Él se giró sobresaltado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Madelaine—. ¿No me dijiste que eras ateo?

—¿Y eso qué tiene que ver? Aquí se está muy fresquito —respondió el fiscalista sin inmutarse.

—Venga ya. En el bar de Paco tienen aire acondicionado, y en nuestra casa no hace ni falta.

Un par de beatas se volvieron a ellos, molestas con el murmullo. José Luis suspiró resignado. Madelaine le hizo un gesto con la mirada que dejaba claro que no pensaba dejarle en paz hasta que justificara su presencia en la iglesia.

—Estaba intentando encontrar un espacio vacío, absolutamente vacío quiero decir, y este me lo pareció —le explicó José Luis.

—El sarcasmo lo pilló, pero ¿vacío dices, con este soniquete de casete insufrible? —le preguntó Madelaine, incrédula.

—Estaba esperando a que terminaran para quedarme solo.

—Luego cierran. Te echarán. El cura predica confianza en el Altísimo pero él es bastante desconfiado. Robaron en la iglesia de Monesterio hace unos meses y está convencido de que él será el siguiente. ¿Pensar en qué? —preguntó de corrido.

—En la vida.

—La vida está ahí fuera —le dijo Madelaine tajante—. Es más, ¿salimos? El olor a incienso me da alergia.

Y estornudó a modo de prueba definitiva.

—Psicosomático, ¿no? —preguntó José Luis divertido.

Madelaine se encogió de hombros y le regaló una sonrisa traviesa que no lucía desde hacía años. Al darse cuenta se alegró y su corazón dio un pequeño

vuelco. Le gustaba la persona que empezaba a asomar dentro de ella cuando estaba con aquel hombre serio y formal. Podía sentir las pequeñas chispas que se producían cuando estaban juntos. En la penumbra de aquella iglesia, incluso le parecieron visibles.

—Seguramente. Los médicos no somos muy buenos analizándonos a nosotros mismos. Pero voy a demostrarte que como Sherlock Holmes no tengo precio.

—¿Has averiguado algo? —saltó José Luis levantando la voz con entusiasmo. Las beatas se volvieron hacia ellos y les chistaron. Sus miradas asesinas convencieron a José Luis de que era el momento de levantarse y salir con Madelaine.

Madelaine sabía hacia dónde tenían que encaminarse. El calor pesado no la detuvo y tampoco José Luis pareció acobardarse con la intensidad de la solana. No tuvo tiempo de pensar en ello, Madelaine enseguida comenzó a contarle lo que había averiguado. El hallazgo de los documentos de identidad de su madre, DNI y pasaporte, en aquel escondite se le hacía hartamente extraño. José Luis mencionó la posibilidad de que se los hubieran enviado tras el accidente, pero, si así hubiera sido, entonces el cadáver habría sido identificado y existiría en algún registro. Por otro lado, ¿qué significaba el hecho de que Inmaculada hubiese salido de aquella casa sin unos documentos esenciales a la hora de viajar? ¿Por qué tanta prisa? Madelaine y José Luis hablaron de todas las posibilidades. Plantearon variadas teorías sobre lo que podía haber pasado pero nada terminaba de tener sentido. De repente, Madelaine se dio cuenta de lo más importante, algo que siempre aceptó sin cuestionarse pero que era en realidad lo más extraño: su madre nunca se hubiera ido sin despedirse de ella. Y eso fue lo que pasó. De un día para otro, desapareció. Jamás una llamada, una carta..., y luego murió. No encajaba.

Cuando llegaron al cementerio empezó a dibujarse una posibilidad escalofriante. Fue José Luis el que propuso el principio de una teoría que Madelaine no se atrevía siquiera a imaginar: «¿Y si Inmaculada no hubiera dejado nunca aquella casa?». Quizá nunca se fue. Su madre desapareció la misma madrugada que ocurrió el accidente de su padre y su abuela. La niña

fue apartada de la tragedia y enviada a pasar una temporada con las monjas, sin saber lo que había ocurrido con su padre y su abuela. Cuando Madelaine regresó, muchas zonas de la casa habían sido cerradas y el servicio despedido. La tía Clara le dijo que ya no lo necesitaban. Rosario y ella misma se podían encargar de las tareas domésticas ahora que eran menos. Pero, además, hubo otro cambio notable. Sus tías dejaron de hablarse. Algo tuvo que pasar. Algo tremendo. En cualquier caso, la que no quedaba muy bien parada de todo aquello empezaba a ser su tía Clara. La tía Rosario siempre había tenido una relación muy cercana, como de madre o hermana mayor, con Madelaine. Esta no la creía capaz de nada malo, y menos contra Inmaculada, pues a Madelaine le constaba que la tía Rosario había querido mucho a su madre. Si algo recordaba de su primera infancia es que la tía Rosario, Inmaculada y Madelaine pasaban mucho tiempo juntas.

Rodearon el cementerio y se dirigieron hacia una colina por un camino de tierra bordeado por olivos. Anduvieron casi un cuarto de hora divagando entre las decenas de posibilidades que se les ocurrían en relación con la desaparición de Inmaculada, su muerte, sus documentos... Y así, llegaron a una roca alta. Madelaine escaló por ella. José Luis la siguió. Pronto estuvieron sentados en la parte superior, con los olivos y el cementerio a sus pies, y más allá, las casas blancas de San Gabriel. Madelaine no lograba entenderse a sí misma. Siempre le había interesado el mundo, pensaba que todo estaba por descubrir allá fuera. En el exterior de uno mismo. Ahora se daba cuenta de que las puertas no se abren solo hacia delante, sino también hacia atrás, y el paisaje al otro lado empezaba a resultar inquietante. «¿Y si tu madre nunca hubiera abandonado la casa?» Esas palabras retumbaban en su mente. José Luis se quedó mirándola, intentando meterse en sus pensamientos.

—¿Qué piensas?

—Que el curso del tiempo está perdiendo la lógica.

—¿Cómo la lógica?

—Ya no va hacia delante. A menudo he sentido que en la vida cabalgamos encima de un segundero. No tenemos tiempo para nada porque vamos disparados, a veces incluso en un avión supersónico hacia no se sabe dónde, hacia delante, hacia las metas que nos hayamos propuesto, o nos

hayan propuesto, según el caso. Pero no es verdad. Ahora ya no siento que el tiempo sea algo lineal. Hacia atrás también pasan cosas, o han pasado cosas que se pueden descubrir y así cambiar nuestro presente. Al menos aquí, en San Gabriel.

—Claro, pero eso no es algo sobrenatural o mágico. Te refieres simplemente a que puedes descubrir algo que sucedió en el pasado y que puede cambiar tu forma de ver el presente, o de percibir a una persona.

—Va más allá. No se trata simplemente de una esposa inocente que se entera de que su marido la engaña y a partir de ahí le percibe bajo otra luz. O dos amigos que se creen íntimos pero uno descubre que el otro, en el pasado, le traicionó. Va mucho más allá porque las puertas que se están abriendo lo cambian todo, trasladan a las personas hacia el presente. A las personas o a sus vivencias. Puede que solo sea mi madre intentando que la rescate, que repare una injusticia.

—¿Tu madre?

—Mi madre —repitió Madelaine pensativa—. Mi madre, que no ha salido de la casa y que ahora me manda señales. Estoy loca de remate, ¿verdad? Cualquiera diría que soy médica, una persona con estudios científicos y racionales.

José Luis sonrió. Madelaine era consciente de que debía de sonar como una iluminada, una vez más.

—Mira, no sé si son señales del más allá, o algo mucho más extraño y más real a la vez porque casi lo puedo palpar... —Madelaine guardó silencio unos instantes y después cambió bruscamente de tema—. Por cierto, no me has dicho qué hacías en la iglesia. Lo del fresquito no me lo creo.

—Hoy hace cinco años que murió mi mujer. Ella era muy creyente, así que pensé que le hubiera gustado que fuera a acordarme de ella a una iglesia.

Lo dijo con serenidad y a Madelaine le pareció un pensamiento hermoso, un homenaje sincero. Instintivamente puso su mano sobre la de José Luis y la piel de aquel hombre, que ya no estaba tan triste, hizo que todo su cuerpo se estremeciese.

1972, afueras de San Gabriel

Rosario pone su mano sobre la de Inmaculada. Quiere que sepa que conoce su infelicidad con su hermano y que puede contar con ella. Pero al posar su mano sobre la de Inmaculada, la piel dice mucho más. Confiesa que la quiere, que está enamorada de ella, que nunca había conocido a nadie así, ni soñó encontrarlo. Y tiene miedo de la fuerza de sus sentimientos, y de lo que Inmaculada pueda abrigar en su corazón.

—Estoy embarazada —prorrumpe Inmaculada intentando que no le tiemble la voz.

A Rosario le cuesta asimilar la información. Mira a Inmaculada a los ojos intentando entender qué le quiere decir exactamente, porque las palabras la abandonan.

—Tu hermano supongo que estará satisfecho. Bueno, tu hermano y tu madre, y Clara —continúa Inmaculada con cierto resentimiento—. Eso es lo que todos esperaban, ¿verdad? Ahora ya he cumplido. Bueno, y él también, claro.

—No estás contenta —nota Rosario con tristeza.

Inmaculada suspira. Siente tal confusión de sentimientos arremolinados dentro de su pecho, incapaces de desenredarse por sí mismos, que duda de su respuesta.

—No lo sé —reconoce finalmente—. Pensé que si esta vez me quedaba embarazada, lo odiaría o incluso abortaría. Por favor, no me preguntes más.

Rosario, desgraciadamente, entiende. Desearía no entender, no saber, no ver más allá, porque el dolor de Inmaculada es su dolor, pero también sabe más que ella. Rosario pone la mano sobre su vientre. El calor de su mano hace que se le inunden los ojos de lágrimas.

—Será una niña —le informa Rosario.

Inmaculada se asombra de su seguridad pero la cree.

—Entonces será Madelaine —decide la futura madre.

—¿Por qué Madelaine?

—Porque yo quisiera que no olvide que solo el pasado es real. El futuro no existe todavía y en el presente no tenemos conciencia temporal. El presente es solo algo accidental, como para Proust fue comer una magdalena, el presente puede llevarnos al pasado y así darnos cuenta de que solo el tiempo pasado, que ya es un tiempo perdido, tiene valor.

—Pasado y perdido no es lo mismo.

—No, y sí. Para mí ahora todo el pasado ha sido perdido. Y yo pensaba que mi pasado estaba vacío, era olvidable. Que no había nada en él que echaría de menos —dice Inmaculada suspirando—. Ahora siento que entonces era libre para disfrutar, para sentir e incluso para penar, y qué poco lo aproveché.

A Rosario le cuesta entenderla. Inmaculada posee, por educación y forma de ser, una mente llena de ideas sofisticadas que a Rosario le fascinan y que, a la vez, siente muy lejanas. Ella se guía por el instinto y es este el que le ayuda a entender el inundo. Donde Rosario siente, Inmaculada piensa. Donde Rosario sabe con certeza, Inmaculada duda. Donde Rosario se resigna, Inmaculada lucha.

—Es una visión muy pesimista. ¿Seguro que quieres cargar a la niña con ese nombre?

—Sí. Mi hija tiene que saber de dónde viene y eso a menudo no queda dicho en estatuas ni en la grandeza de un palacio, ni en los cuadros de los antepasados, ni siquiera en los libros. Muchas veces, saber de dónde venimos y quiénes somos queda en los olores, en los sabores, en los detalles minúsculos cotidianos casi imperceptibles para la mayoría de la gente. Yo quiero que mi hija no lea la historia que le cuenten, quiero que sea capaz de encontrar la historia real porque sé que ella va a estar marcada por la familia a la que pertenece y será mejor que lo sepa, que no se engañe. Quizá así pueda liberarse y ser ella misma.

Rosario de eso sí que sabe. Ella está atada por las convenciones pero sobre todo por ella misma. No culpabiliza a nadie de la vida que tiene. Podrían acusarla de cobardía pero no es así. Ella tomó la decisión de quedarse porque sabe que allí está su lugar. Lo que tiene que vivir, lo vivirá en San Gabriel, siendo quien es. Ahora el amor está a punto de entrar en su vida. Disfrutará de él y luego tendrá que dejarlo ir.

Inmaculada mira ahora a Rosario con intensidad. Siente que es la única persona que la escucha, y su boca, grande y bien dibujada, ejerce una atracción prohibida e insoportable. Quiere besarla. Ella es la persona que necesita, la mitad que la va a completar. Una mujer. Una inclinación incontrolable de la que Inmaculada pretendía huir con el casamiento, sin

imaginar que Rodrigo solo había sido un vehículo para llevarla directa al abismo.

—Rosario, yo, yo quisiera explicarte algo...

Pero Rosario no necesita palabras. Le pone el dedo sobre los labios para que no siga y, entonces, se aproxima muy lentamente, por un espacio de tiempo eterno en el que ambas saborean la anticipación de un beso inolvidable, que quedará allí prendido, sobre aquella roca, sobre los olivos y el cementerio, y las casitas blancas de San Gabriel, para siempre jamás.

José Luis y Madelaine separaron sus labios. Fue tan dulce, tan extraño, tan hermoso, tan distinto del apasionado encuentro que vivieron en la antigua cocina de la casa palacio, que los dos se quedaron sin palabras, todavía manteniendo las manos entrelazadas. Ninguno de los dos se animó a deshacer el contacto. José Luis, esta vez, no quería echarse atrás. Quería más de Madelaine. Y, por eso, la volvió a besar. El beso fue más apasionado e igualmente sincero, el encuentro de dos personas que podían amarse, si se lo permitían a sí mismas. Madelaine estaba muy confusa. La imagen de su madre y de la tía Rosario se había quedado grabada en su retina. Y resultaba desconcertante. Pero allí podía estar la clave de su desaparición, aunque pareciera una locura.

—¿Tú crees que mi tía Clara sería capaz de matar a alguien?

—Yo no la conozco tanto —dijo José Luis con cautela—. Es una anciana con mucho carácter, eso seguro; pero no sé. Supongo que bajo ciertas circunstancias todos seríamos capaces de matar, ¿no?

—Sí, pero no se trata de eso. Bueno, o quizá sí. Mi madre no hacía mal a nadie, que yo sepa.

—Solemos saber muy poco.

—¿Y si fue un accidente? No, no hablaron con la policía. ¿Por qué no aparece el cuerpo? Alguien está ocultando lo que pasó. Ay, Dios mío, ¿qué hora es? —preguntó Madelaine sobresaltada de repente.

José Luis consultó su reloj. Casi las ocho. Madelaine se levantó de un salto.

—Me tengo que ir. Viene Álvaro a cenar.

—¿Tu pretendiente? —preguntó José Luis desconcertado.

—Eso quisiera mi tía. Lo ha invitado ella —le explicó Madelaine.

—Pero tú sabes cuáles son sus planes —insistió José Luis.

—Ya soy mayorcita. Te aseguro que no pienso casarme con nadie que yo no haya elegido.

José Luis no estaba tan seguro. Empezaba a darse cuenta de que Clara era mucho más que una anciana menuda y antipática. Poseía una fuerza interior a la que debía de ser muy difícil enfrentarse.

—Entonces, ¿por qué aceptas que te organice la vida?

—Porque no quiero discutir, porque Álvaro es un antiguo amigo, porque llevándonos bien nuestros negocios son más fáciles... —respondió Madelaine sin estar realmente muy segura de cuál era la verdadera razón. José Luis entendió.

—Pues entonces, como la persona que habéis contratado para que vele por vuestros intereses, ahora mismo te debo aconsejar que te dejes de historias y te centres en tener todos los documentos en regla, porque no sé de dónde vas a sacar los más de dos millones de euros que te va a reclamar el Estado.

—¡Dos millones de euros! —repitió Madelaine impresionada—. ¿Y a qué esperabas para contármelo?

—Es que en estos casos suele ser mejor no presionar. Además, creo que en dos meses podéis tener los beneficios del corcho y, con un poco de suerte, aunque os quedéis sin metálico, podréis negociar el pago con Hacienda.

José Luis no supo qué más decir. Solo le restaba añadir que sentía celos, pero ¿con qué derecho? Madelaine, aún con el susto en el cuerpo por tener que enfrentarse a un pago tan exorbitante, comprendió que el fiscalista estaba disgustado, y no era solo porque no estuviera centrada en su problema. Había algo personal en juego. No quería molestarlo, pero en el fondo le gustaba y se sentía halagada, aunque, por supuesto, nunca lo hubiera reconocido. Lo que sí tenía claro es que aquella química no podía tener desarrollo. Era imposible. Además, José Luis estaba de paso. Pensándolo fríamente no quería nada con él, ni quería tampoco dar lugar a chismorreos. Sí, había algo especial que surgía cuando estaban juntos, algo que no podía controlar del todo, pero José Luis no era su tipo. Un hombre de números, de apariencia amable, que a

veces parecía un seminarista. Demasiado buena persona. A ella le atraían otro tipo de hombres. Más mundanos, más atractivos, más seguros, más... ¿Más qué? ¿Álvaro?, se preguntó enfadada consigo misma por andar besándose con el fiscalista. ¿En qué demonios estaría pensando? ¿Y por qué demonios le gustaría volver a hacerlo?

—Puedes venir a la cena, si no tienes un plan mejor.

A José Luis le dolió la frialdad con la que hizo su propuesta, intentando que sonara como por cumplir, claramente para que no se apuntara. El fiscalista abrió la boca dispuesto a decir no, gracias.

—Estupendo. ¿A qué hora es? —preguntó con naturalidad.

Madelaine parpadeó. Esa no era la respuesta que esperaba, pero rápidamente se repuso.

—A las nueve y media.

José Luis asintió y Madelaine salió corriendo colina abajo. Tenía muchas cosas que hacer y solo disponía de hora y media.

Madelaine se apresuró hacia su casa con sentimientos encontrados. Por un lado, lo que estaba viviendo con José Luis era una novedad por su profundidad, por la conexión y por aquella magia que parecía abrazarles cada vez que estaban juntos. Sin embargo, le apetecía el encuentro organizado con Álvaro. De repente sentía que había entre ellos una cuenta pendiente que había esperado agazapada entre los recuerdos. Y ese estado también la emocionaba. En esa velada no estaba segura de querer tener presente a José Luis, pero tampoco estaba convencida de que sobrara. En resumidas cuentas, algo importante estaba a punto de suceder. Su parte de quinceañera estaba disfrutando. Lo más excitante era que, en teoría, todo era secundario, un aderezo de lo verdaderamente importante: descubrir qué había pasado con su madre.

José Luis no tuvo que correr. Le sobraba tiempo para pasar por la pensión, ducharse e incluso comprar un vino. En el bar de Paco esperaba conseguir algo decente. Ya se había dado cuenta de que el tal Paco era un sibarita de la buena mesa y que no se conformaba con los vinos de pitarra ni, mucho menos, con los escasos blancos de la zona.

El fiscalista estaba molesto. Una desazón le recorría el cuerpo. Madelaine era una mujer muy compleja y no terminaba de entenderla. Más bien, ni siquiera empezaba a entenderla. Además había en ella algo frívolo, ligero y desconcertante que le hacía sentir inseguro. Desde luego nunca había conocido a nadie igual. Pensaba en definirla y los calificativos se escurrían una y otra vez por su piel. ¿Cómo podía ser que le besara de esa forma para luego hacer como si nada pasara entre ellos? Y si era una frívola, una niña que había tenido una vida muy fácil, ¿por qué él se prestaba al juego? ¿Por qué se había comportado como nunca lo había hecho antes? Espontáneo, apasionado, directo... Una extraña congoja le embargó. Ella había sacado de él lo mejor, pero no parecía tener intención de hacer aprecio y llegar más allá. Pues no pensaba dejar que se saliera con la suya. Con este pensamiento entró en la pensión, sin tener una idea muy clara de qué significaba exactamente, y olvidando cuál era la razón que le había traído a San Gabriel.

José Luis fue el último en llegar. Llamó al timbre y esperó en el zaguán. En la casa sonaban voces y música de jazz suave. Debía de haber ventanas abiertas porque sintió correr el aire entre los barrotes de la cancela. Aquella quietud estática que emanaba el zaguán de mármol rojizo contrastaba con la animación que provenía del interior de la casa. José Luis se sintió muy solo, fuera de lugar. Examinó mentalmente su indumentaria. Su maleta no ofrecía muchas opciones. Por fortuna había tenido la precaución de meter unos chinos claros, casi blancos, que tenían ya más de diez años —los había comprado con su mujer en unas rebajas de agosto—, y un par de camisas de verano al margen de los trajes. Se atusó el pelo nervioso y se subió las gafas. Dudó en quitárselas. Al final, decidió dejarlas. No veía bien sin ellas y aquella noche no quería perderse ningún detalle. En medio de estas cavilaciones reparó en que nadie venía a abrirle. ¿Sería posible? ¿Por qué demonios estaba llegando tarde? Había sido culpa de Mariquita, la dueña de la pensión, empeñada en presentarle a un comerciante de vinos de Valdepeñas que iba a pasar unos días con ellos, seguramente para que se diera cuenta de que su pensión era la mejor del pueblo, de que tenía la clientela más distinguida.

José Luis volvió a llamar al timbre fastidiado. Esta vez con insistencia. Realmente era muy extraño que en una casa palacio de aquellas características no hubiera servicio. Incluso resultaba impresionante que estuviera en tan buen estado de conservación habiendo sido cuidada solo por dos ancianas que más bien hubieran necesitado cuidados ellas mismas. Por un instante se imaginó a sí mismo, convertido en esqueleto. Lo encontrarían allí con el dedo sobre el timbre. Un esqueleto vestido con chinos y camisa de algodón muy fino, azul cielo. Ah, y las gafas. ¿Le dejarían esperando toda la noche? ¿Sería posible que no le echaran de menos después de haberle invitado? Miró el reloj. Eran las 9.45. Por fin escuchó unos tacones sobre el suelo de mármol que se aproximaban con ritmo lento y marcial enfundados en la silueta consumida de la tía Clara.

—Llega tarde.

—En realidad, no tanto. Llevo un rato aquí esperando —se quejó José Luis muy seco.

—Es que Madelaine se ha empeñado en poner unos discos de su padre y allí dentro no se oye nada.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Álvaro ha sido muy puntual. Se nota que es un caballero, y que tiene interés. —La tía Clara lo dijo con un tono de voz hosco, mostrando a las claras que pretendía importunarle.

—Lógico —comentó José Luis sin saber muy bien por qué.

—No me importa que esté usted aquí. Dos gallos en un gallinero no hacen sino aumentar la ambición por la gallina. Pero, por favor, no olvide que usted es solo mi fiscalista y que pronto se irá.

A José Luis le hirvió la sangre. Aquella anciana era realmente odiosa. No le vendría mal que le dijeran cuatro verdades a la cara. Era evidente que ella no temía a nada ni a nadie. Pero se contuvo. Quizá fue por la risa de Madelaine que sonaba en el salón, liviana como la de un ángel, o porque sabía que si discutía con la anciana no podría entrar en aquel salón ni sentarse a la mesa. Sea por lo que fuese, lo importante es que se contuvo y siguió a Clara en marcha solemne.

El salón lucía todas sus galas para la ocasión. Habían encendido los espléndidos candelabros de plata y su luz se duplicaba en los espejos barrocos que adornaban las paredes. Madelaine estaba tomando una copa de champán, sentada sobre el sofá amarillo. Vestía un traje de noche de seda verde que dejaba uno de sus hombros al descubierto, y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. José Luis pensó que era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Álvaro, sentado en la butaca más cercana a Madelaine, adivinó el significado del gesto congestionado de José Luis y levantó su copa de champán hacia él.

—Por fin. Ya pensábamos que nos abandonabas.

—Siento el retraso —balbuceó José Luis intentando ocultar su incomodidad—. La dueña de la pensión me entretuvo.

Álvaro se echó a reír.

—Entonces entiendo que eres soltero. Pues ándate con cuidado. En especial si tiene alguna hija casadera. Las comadres de este pueblo no pierden ocasión de arreglarle la vida a sus polluelos.

La tía Clara se apresuró a intervenir.

—Afortunadamente, nuestro fiscalista no estará aquí mucho tiempo y le tenemos muy ocupado. Será difícil que le cacen.

—Uff, de eso nada. No te ofendas, pero tienes aspecto de buena persona y esos son los preferidos de las madres. En fin, si quieres un consejo, pase lo que pase, no te sientas comprometido.

Madelaine, que seguía la conversación divertida, le extendió a José Luis una copa de champán.

—Eso. Tú no te sientas comprometido. Al fin y al cabo, el sexo no es más que un intercambio de fluidos necesario para liberar tensión y satisfacer la débil carne. No significa nada más allá, excepto para las personas estrechas de mente.

—¡Madelaine! —saltó la tía Clara escandalizada.

—Tía, es la pura verdad. En este pueblo, como en la vida, las mujeres inteligentes utilizan el sexo para conseguir lo que quieren. Nada más. Y las tontas y mojjigatas terminan solas y amargadas, incluso aunque estén casadas.

La tía Clara la fulminó con la mirada, pero Madelaine no se amedrentó. Sabía que con el «incluso aunque estén casadas» le había concedido a la anciana una vía honorable para que no se sintiera directamente agredida.

—Así es, Madi —asintió Álvaro—. Mi abuela materna siempre contaba que en Los Cabrachos, la finca de recreo que heredó mi tío Alberto, servía una chica joven. A mi tío las mujeres no le interesaban en absoluto, ya sabéis a qué me refiero, pero tenía unos amigos de Madrid, de la época en la que trabajó como apoderado, que le visitaban una vez al año y organizaban sonadas cacerías que luego seguro relatarían hasta la saciedad en Madrid. En el grupo había un poco de todo: solteros, casados, algún viudo... Para ellos, que no sospecharon jamás de las inclinaciones reales de mi tío, su amigo era su héroe, un Dios que vivía como ellos hubieran querido vivir. Cada vez que visitaban Los Cabrachos, se encontraban a la chica de servicio limpiando la escalera con una minifalda minúscula y unas bragas negras de encaje. Imaginaos la escena. Todos mirando hacia arriba, babeando. Mi tío realmente adoraba a aquella sirvienta, pero, en contra de lo que pensaban sus amigos, jamás la tocó ni permitió que ninguno de ellos la tocara, a menos que ella lo buscara, claro. Y por lo que contaban, lo buscaba a menudo.

Madelaine y José Luis sonrieron ante la procaz historia. Sin embargo, José Luis se empezó a preocupar seriamente. Aquel tipo no solo era un rico heredero, guapo y soltero. También dominaba la conversación ligera, la charla trivial y entretenida. Solo la tía Clara se mostró escandalizada.

—¡Por Dios, qué desfachatez! Así se labran algunas el porvenir.

—Bueno, tía, y ¿por qué no? Seguramente la chica, aislada durante todo el año en aquella finca, necesitaba un poco de calor humano —dijo Madelaine con cierta sorna.

La tía Clara refunfuñó pero no quería crear mal ambiente. Se conformaba con que se cambiara de tema. Y así consiguió que se dirigieran hacia el comedor.

Durante toda la cena y como José Luis ya había anticipado, Álvaro dio muestras de ser un conversador excelente, un hombre de mundo, seguro de sí mismo, que reconocía sus errores del pasado y se encontraba embarcado en una aventura formidable: engrandecer la herencia que su padre le había dejado. Le apasionaba el campo, los caballos, sus vacas y cerdos. No

prescindía tampoco de la vida social. De su conversación se deducía que tenía amigos por doquier y durante la Feria era invitado habitual en las casetas más selectas. Madelaine reconoció que Álvaro había mejorado desde su recuerdo. Escuchándole hablar tuvo que admitir que aquel hombre no parecía tener defecto alguno y se preguntó por qué no se habría casado de nuevo. Él dijo que no había encontrado a la mujer adecuada, mirando a Madelaine fijamente, y, en otro momento de la conversación, dejó caer que no la supo retener por inmadurez. Madelaine encontró muy elegante el uso de «retener» en vez de «abandonar», que fue en realidad lo que sucedió, y agradeció el cortejo. La tía Clara sonreía como nunca mientras José Luis daba su batalla por perdida. La aureola de eterno ganador brillaba con fuerza alrededor del terrateniente.

El fiscalista tuvo una sensación nueva. Hasta aquel preciso instante siempre se había sentido muy sólido. Sólido en la felicidad y en la desgracia. Incluso en la sensación de vacío que le acompañaba tras la tragedia. De alguna forma, su pasado, lo que él era y había experimentado, le hacía sentirse permanentemente acompañado. Pero ahora, bajo la luz de las velas y los brillos de la plata y los cristales de Bohemia sobre el impoluto mantel de hilo blanco, admitió que estaba completamente solo, y que así sería si aquella mujer con ojos de canción francesa no se volvía hacia él. Más aún. Supo que, aunque consiguiera poner a los hados de su parte y unirse a ella, jamás volvería a sentirse sólido. La solidez era una farsa, como la seguridad de los necios. Y él había abierto los ojos. Una corriente de aire circuló por debajo de la mesa. José Luis la sintió levemente, pues llevaba, como siempre, calcetines. Pensó que era una lástima perderse la frescura inesperada de la noche y decidió que, en verano, vestido informal, nunca más llevaría calcetines. Seguro que Álvaro no llevaba calcetines..., seguro que a él no le importaba resfriarse.

La tía Clara se levantó de la mesa para dirigirse a una mesita auxiliar y Madelaine la secundó. La anciana se disculpó por la falta de servicio diciendo que ella se las apañaba sola y que hacía mucho tiempo que no se daba de cenar en aquella casa. Esperaba que a partir de entonces las cosas cambiaran. Madelaine preguntó qué tipo de postre querían. Había melón, piononos y tarta de queso. Álvaro se decantó por el melón. José Luis, después de dudar,

pidió piononos. Madelaine y su tía se decidieron por la tarta de queso. La tía además sirvió unas copas de moscatel dorado.

Mientras cortaba las dos porciones de la magnífica tarta que, al igual que los piononos, había sido preparada por las monjas, Madelaine tuvo una intuición. Sintió un aviso. Sin voltear la cabeza, por el rabillo del ojo, observó a Álvaro. Una mirada de aquel hombre tan sumamente perfecto y deseable bastó para romper el cuasi hechizo ante Madelaine. El instante, de apenas unas milésimas de segundo, se produjo cuando los ojos del terrateniente se posaron sobre el tenedor para comprobar que el cubierto estaba limpio. Se abrió entonces una rendija estrecha en el pozo de su alma. Madelaine, en un rápido vistazo, pudo comprobar que había mucho más de lo que aparecía a simple vista, y no todo era tan brillante y reluciente. Al descubrir esa inclinación maniática, desconfianza, o lo que fuera, por parte de Álvaro, Madelaine suspiró. Fue un suspiro sordo, una minúscula aspiración que rompió la rítmica y silenciosa escucha del último minuto y que solo fue percibido por José Luis, atento a cada posible señal de lo que el futuro podría deparar. Pero el fiscalista no entendió el significado del suspiro. En otras circunstancias lo hubiera comprendido porque ambos, sin todavía darse cuenta, eran almas complementarias, que no gemelas, y él habría sabido interpretar con una resta el número escondido tras la ecuación. Ahora, José Luis todo lo percibía a través del tamiz de sus celos, y por ese tamiz Álvaro aparecía como el hombre más perfecto, deseable y atractivo sobre la faz de la tierra, y él no podía evitar la comparación continua. Sí, él no estaba mal, para su edad y su estilo de vida, pero Álvaro era un Adonis de cuerpo esculpido a golpe de gimnasio. Sí, él no era tonto, pero tampoco Álvaro. El terrateniente estaba licenciado en Económicas y había realizado un máster en Oxford. Sí, él podría llegar a ser divertido, pero hacía mucho tiempo que no empleaba su sentido del humor, y Álvaro lo tenía al día y en pleno ejercicio de facultades. Y luego llegaban las faltas del fiscalista y pluses del pretendiente: José Luis poco sabía de la farándula y de los famosos con los que todos querían codearse. A él nunca le habían interesado. Sin embargo, reconocía que aquel mundo tenía un brillo especial, y a Álvaro sus glamurosas amistades le volvían un hombre de mundo, que no frívolo. También en este apartado supo granjearse la simpatía de la mesa haciéndoles saber que colaboraba con Cruz

Roja y que tenía tres niños apadrinados en Ecuador y uno en Perú. Si no fuera porque Álvaro orquestaba cual Von Karajan la sinfonía romántica de su vida y el público no era el adecuado, José Luis no se hubiera resistido a hacer algún chiste sobre esta combinación modélica de aristócrata y santo, que criaba toros y manejaba fincas y que en su tiempo libre se codeaba con los famosos en eventos caritativos. Así que el fiscalista prefirió quedarse en un segundo plano durante toda la velada, impregnándose del poderoso influjo que emanaba Madelaine, su perfume, su piel, su cabello... Cuando pasaron al salón de nuevo para tomar el café y la copa, José Luis, enfermo de celos como jamás antes se había sentido, se prometió a sí mismo que terminaría cuanto antes aquel trabajo y volvería a casa. Allí recuperaría su solidez.

Nada más entrar en el salón, Madelaine empezó a sentir que algo importante estaba a punto de suceder. En realidad, todos ellos lo presentían. La tía Clara encendió las luces, los invitó a sentarse con un gesto y se dirigió hacia la cocina prometiendo que arreglaría lo del servicio esa misma semana. Madelaine se ofreció a ayudarla pero la tía Clara se lo impidió. Alguien tenía que atender a los invitados.

—Sin embargo, me temo que mi pulso no es el de antes y... —continuó la tía Clara.

No hizo falta que terminase la frase, José Luis se levantó entendiendo que necesitaba ayuda.

—Por supuesto, yo la acompaño.

Y salió también, temiéndose que aquello no hubiera sido sino una estratagema de la anciana para dejar a solas a la feliz pareja. La noche cerrada quedaba lejos, muy lejos, en otro mundo que seguía sucediendo al margen de ellos. Caminando por los pasillos interiores que conducían a la cocina, José Luis pensó que en aquella casa debía de ser fácil volverse loco, aislado en un microcosmos de recuerdos propios y ajenos que asfixiaban el presente. Él sabía que podía simplemente caminar hasta la puerta y salir, abandonar la casa en cuanto así lo deseara, pero empezaba a sentirse atrapado, como en una cárcel, y su cabeza lo llevó a la madre de Madelaine. Una mujer que nada tenía que ver con aquello debía de haberse sentido muy sola allí. Se fijó en la frágil y huesuda anciana, con su pelo blanco y seco, que ya raleaba, recogido en un moño bajo. ¿Sería una de esas personas capaces de matar? Presentía

que sí.

—Querido amigo, muy agradecida. La pareja tendrá que hablar de sus cosas.

José Luis tuvo que morderse la lengua para no gritar: «¿Qué cosas?». Madelaine debería ser mía. ¿Mía? Volvía a convertirse en un desconocido. Sintió el olor corporal de la anciana, olor a muerte. Le sobrecogió el deseo rabioso de que desapareciera de la vida de su sobrina para que así pudieran evaporarse también todos los Álvamos del mundo.

—Da gusto hablar con hombres como Álvaro, ¿verdad? De estos ya no quedan. Bien educado, con una gran formación, y tan interesado en Madelaine. Tendrán buenos hijos.

José Luis sintió que le flaqueaban las piernas. Una corriente de aire se llevó su espíritu, su alma, sus deseos más secretos, buscando el camino hacia ella. Su risa succionó desde el otro extremo del pasillo su yo. José Luis se sintió vacío. Vacío en toda la expresión. Un guante sin mano, un fantasma sin espíritu... Madelaine reía. Reía porque Álvaro sabía que aquella era su oportunidad para no convertirse en un terrateniente sin cortijo, en un guante sin mano, en un fantasma sin espíritu...

Madelaine miró a Álvaro y suspiró: ¿por qué ahora y no antes? Antes cuando era una chiquilla y se hubiera dejado llevar por el romanticismo. Pero ahora era difícil ignorar lo que había visto por la rendija del amor de su adolescencia. Temía. Sabía que en los pozos se esconden los monstruos y que, tarde o temprano, siempre aparecen. En ese momento, Álvaro le sonrió y ella no pudo evitar sentirse la protagonista de una película. ¿Y si se dejara llevar? ¿Por qué no iba a salir bien? Quizá todo fueran figuraciones suyas. También en su interior había un pozo oscuro o profundo... Quizá estaba siendo injusta.

—¿En qué piensas? —le preguntó Álvaro, para quien Madelaine resultaba totalmente indescifrable.

—En que me gustaría dejarme llevar.

Álvaro se la quedó mirando muy serio.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no me fío.

—¿No te fías de mí? Me conoces de toda la vida.

—No, no tengo ni idea de quién eres. Y tú tampoco sabes quién soy yo.

—Sé todo lo que necesito saber. Sé que eres la mujer de mi vida y que quiero casarme contigo.

Madelaine se quedó de piedra. Sus palabras no la sorprendieron pero la sinfonía se estaba orquestando tal y como la había escrito su tía Clara. Álvaro se levantó del sillón y se sentó en el sofá junto a Madelaine. Le cogió la mano con mucho cuidado.

—¿Qué haces? —preguntó Madelaine, y la voz le tembló ligeramente.

—Comprobar si es la piel lo que te aleja de mí.

Antes de que Madelaine pudiera tomar ningún tipo de decisión, Álvaro, con mucha suavidad, cual encantador de serpientes, llevó la mano de Madelaine a sus labios. Apenas la rozó con sus labios perfectos de modelo romano, Madelaine sintió la corriente eléctrica de su deseo, que era animal, potente, *destróyer*.

—No, la piel no es el problema, ¿verdad? —afirmó Álvaro con seguridad. Madelaine le miró a los ojos y justo cuando las palabras definitivas, las que la hubieran comprometido, asomaban a sus labios fue salvada por las campanas de la iglesia.

—¿Qué es eso? —preguntó sorprendida.

El tañido insistente y enérgico se extendía por el pueblo y las intermediaciones, solicitando la ayuda inmediata de sus paisanos. Temiéndose lo peor, Álvaro corrió hacia la ventana, salió al balconcillo de forja y alzó la mirada al cielo. Una estela de humo negro asomaba por detrás del castillo.

—¡Incendio! Maldita sea, otra vez no —masculló Álvaro enfadado, apresurándose hacia la puerta. Madelaine tardó en reaccionar.

—¿Otra vez?

Pero Álvaro ya estaba fuera del salón y Madelaine tras él.

6

EL AVISO

Álvaro no tenía tiempo para explicaciones. Al llegar al zaguán, se encontraron con el hijo del capataz, un preadolescente rubio y de ojos claros, que pulsaba el timbre hecho un manojo de nervios. Madelaine y Álvaro comprendieron al mismo tiempo que esta vez les había tocado a las Martínez Durango. La tía Clara y José Luis aparecieron tras ellos.

—Es la finca de Las Cumbres, señorita. ¡Está en llamas! —confirmó el muchacho con el poco aliento que le quedaba.

La tía Clara palideció y José Luis la sostuvo del brazo, temiendo que se desmayara. Madelaine valoró rápidamente el desastre de la noticia.

—Estábamos a punto de recoger el corcho.

—Se está quemando todo —explicó angustiado el muchacho—. Ya hemos llamado a los bomberos.

—Vamos, Madelaine, te llevo —dispuso Álvaro haciéndose con el mando de la situación.

Álvaro subió a su coche y Madelaine le siguió. José Luis se volvió hacia la tía Clara sin saber muy bien qué hacer.

—Nosotros iremos en mi coche —ordenó la tía Clara resuelta—. Usted conducirá.

José Luis asintió. El humo se acercaba cual espectro maléfico, dispuesto a tomar posesión del pueblo.

En apenas unos minutos, el alcornocal ardía sin remedio. La sequedad de las

últimas semanas se lo había puesto fácil al fuego para engullir, sin necesidad de masticar, árboles centenarios. La única salida para conservar intacto el patrimonio de los Martínez Durango frente a Hacienda se hacía cenizas.

Madelaine participaba en una cadena de cubos de agua que intentaba controlar que el fuego no se extendiera más allá del cortafuego que dividía la finca. La tía Clara observaba en estado de shock, como un ánima que frente al infierno se pregunta si se quemará o disfrutará del calor extremo. José Luis le tocó el brazo para que regresara a la realidad.

—Quédese en el coche, ¿de acuerdo? —le ordenó con suavidad.

La tía Clara asintió y ella misma se encaminó hacia el vehículo mientras el fiscalista se dispuso a unirse a la cadena. Sin embargo, mientras se dirigía al punto de trabajo más cercano, algo llamó su atención. Álvaro hablaba con un hombre de mediana estatura y cierto sobrepeso, moreno, de aspecto resentido y orgulloso. En medio del caos, del chasquido furioso de las llamas y las idas y venidas de alrededor de veintitantas personas junto a tres camiones cisterna que llegaban en ese momento, Álvaro parecía haber ralentizado los segundos para intercambiar información con aquel hombre. En su mirada no había sorpresa, ni disgusto, ni miedo, ni lamento, como en la del resto de los presentes. José Luis agudizó el oído. Hubiera dado un año de sueldo por oír lo que hablaban. Entonces, una ráfaga de aire azuzó las llamas y le trajo la voz ronca y enfadada del desconocido: «Este incendio es el cuarto. Llamará la atención de los seguros. Entonces todos tendremos problemas».

José Luis se fijó en la mirada preocupada de Álvaro, que se volvía hacia Madelaine. Álvaro se aproximó a ella. Hizo que la cadena se rompiera para que ella sintiera su presencia protectora. Madelaine estaba demasiado absorta para ver nada más allá de la tragedia de los alcornoques que morían sin que ella pudiera remediarlo. Quisiera o no, la mujer de la que estaba enamorado amaba sinceramente aquella tierra en la que había crecido y lloraba en silencio las primaveras de campos verdes y árboles mágicos, el aire fresco, las ovejas, las vacas y las piaras de cerdos, la sensación de bienestar fuera de la casa palacio que había vivido en su infancia. Al sentir las manos de Álvaro pasándole un cubo de agua, le sonrió agradecida y José Luis sintió que su cuerpo se descomponía ante la mentira, la injusticia, la manipulación, dos

familias de amores y desamores cruzados donde él era solo un extraño. La finca de Las Cumbres estaba convirtiéndose en borrascosa. El fuego prendió una duda en su interior. ¿Sería este un incendio provocado? ¿Estaría Álvaro tan loco como para hacer algo así? Resultaría difícil de creer en circunstancias normales, pero allí ante las llamas nada parecía imposible.

—¿No va a ayudar? —preguntó Clara con frialdad.

José Luis se dio cuenta de que la anciana estaba de nuevo junto a él.

—¿Quién es ese? —preguntó José Luis sin molestarse en preguntarle qué hacía fuera del coche.

—El representante sindical de los sacadores —respondió seca, y repitió —: ¿No va a ayudar?

El panorama era desolador.

—¿Cree que sirva para algo?

—Quedará mejor ante Madelaine si lo hace. Mírela, desesperada. Y más lo estaría si supiera que esta es la única finca que nos iba a dar corcho este año.

—Pero yo he visto que tenía sacadores contratados en otro lado.

—Para el bornizo y el segundero. Este año no hay más.

José Luis no sabía nada de corcho, pero entendió que ni el bornizo ni el segundero iban a darles la cantidad de dinero que necesitaban.

—Bien —suspiró la anciana—, pues si no va a ayudar lléveme a casa. No tengo interés en contemplar cómo se consumen mis tierras.

José Luis dudó. Sentía que necesitaba parar el momento. Hablar aunque fuera un instante con Madelaine.

—Suba al coche o espere aquí, como quiera. Enseguida la acompaño.

Antes de que la tía Clara pudiera replicar, José Luis caminaba con paso seguro hacia Madelaine. Pero al llegar, cambió de opinión. Cogió a Álvaro por el brazo sin que Madelaine se diera cuenta y rápidamente lo llevó detrás de una furgoneta. Los chasquidos y la atención magnética del fuego y de la gente alarmada que seguía llegando para ayudar a sofocarlo le permitieron un momento de intimidad.

—¿Qué pasa? —le preguntó Álvaro desasiéndose confundido del brazo de José Luis.

—¿Qué estás haciendo?

—Ayudando, como todo el mundo. —Álvaro estaba cada vez más aturdido.

—No estás aquí por eso.

—No sé de qué me hablas pero no me gusta tu tono. Así que si me disculpas...

Pero José Luis se puso en su camino.

—No vas a salirte con la tuya —le advirtió el fiscalista—. Madelaine...

—Ah, ya entiendo, es por Madelaine —le cortó Álvaro con una sonrisa de seguridad.

—Me preocupo por sus intereses.

—Estupendo. Entonces también lo harás por los míos, ya que son los mismos. Pienso casarme con ella.

—No lo creo. Ella no te quiere. Estoy seguro.

—¿Insinúas que finge? Bueno, tampoco me importaría demasiado. Cada uno debe ser responsable de su placer —concluyó con sarcasmo.

El sarcasmo, para José Luis, fue sinónimo de reconocimiento culpable. La rabia apuñaló ese sentimiento apenas recién nacido que gateaba por su corazón, justo en el momento en el que Madelaine se fijaba en ellos, y propinó a Álvaro un puñetazo con todas sus fuerzas. La furgoneta contuvo el cuerpo de Álvaro y José Luis se preparó para recibir su merecido mientras Madelaine corría a separarles.

—Pero ¿os habéis vuelto locos? —les gritó interponiéndose entre ambos. En realidad, no hacía falta, pues Álvaro no tenía intención alguna de entrar en pelea.

—Te engaña, Madelaine —clamó José Luis—. Este tipo no es trigo limpio. Dile que te cuente qué tramaba con el enlace sindical.

Madelaine se volvió hacia Álvaro atónita, pero este encogió los hombros sin darle importancia.

—Creo que tu fiscalista se ha enamorado de ti. Y tiene dificultad para manejar la frustración. Quizá deberías pensar en sustituirle.

—Afortunadamente eso es algo que no depende de ti.

Álvaro, sin pudor, se volvió hacia Madelaine.

—Despídele —le ordenó.

—¿Cómo?

—Eres un sinvergüenza —dijo José Luis con rabia.

—Que le despidas. Yo buscaré otra persona más adecuada. Tenemos muchos problemas y necesitamos a personas que nos ayuden, no que nos compliquen.

Madelaine estaba muy confundida. El calor empezaba a resultar insoportable y el humo les asfixiaba. Por un instante sintió la tentación de dejarse llevar. Álvaro la había cogido de las manos y la miraba fijamente a los ojos. Sentía la fuerza, la seguridad que tan reconfortante resultaba. El jefe de bomberos empezó a pedir a la gente que retrocediera. Acababan de llegar dos camiones cisterna y con su ayuda pronto estaría todo bajo control. Madelaine sentía la mirada de José Luis sobre ella pero no se atrevía a levantar la vista. Álvaro era más capaz de arrancar sin respetar y José Luis solo encontró la fuerza necesaria para volverse hacia las llamas.

1938, San Gabriel

La llama de la vela se refleja en sus ojos azules cuando Olivia los abre, y de ellos saltan chispas y más chispas del misterio que acaba de quedar prendido en su vientre. El orgasmo ha sido largo, redondo, profundo. Manuel aprovecha que los músculos de ella se relajan para hacerla rodar, todavía a horcajadas, hasta quedar sobre ella. Él debería haberse saciado. Pero al instante quiere más, y más, y solo el agotamiento es capaz de adormecer su deseo. Nunca había sentido algo así, un deseo completamente ingobernable por una mujer. Olivia tiene la piel blanca y perfecta, el pelo rubio, los ojos de una ninfa fresca, ligera, llena de luz. Apenas una niña que se acaba de volver mujer. Pero no es un ser etéreo, sino sumamente carnal. Y es su carne lo que él anhela. La parte profunda no la entiende, y prefiere no pensar en ella.

—Deberíamos irnos —dice Olivia—. Es tarde y tu amigo debe de estar esperando. ¿Y si se presenta aquí?

—No lo hará hasta que nos hayamos ido.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenemos nuestra contraseña. No te preocupes. El teniente solo nos ha dado unas horas y no nos las va a estropear. Bendita Navidad. Al menos me

ha servido para verte.

¿Cómo no se va a preocupar? Si su padre se entera, le saca la piel a tiras. Literalmente. Olivia mira a su alrededor. ¿Quién será el dueño de aquello? Alguien muy ordenado, austero y muy pío. Se adivina la mano de una mujer en los visillos y en unos pañitos sobre la cómoda de palo de rosa. Sobre el cabecero de la cama hay un crucifijo muy sencillo.

—Pero no le has dicho quién era yo, ¿verdad?

—Que no, tranquila —le responde su amante mientras le besa la nuca. Miente y Olivia lo sabe, pero no tiene tiempo de enfrentarse a él. Un nuevo orgasmo cabalga desbocado desde la oscuridad y quiere atraparlo, retenerlo, enjaularlo para vivirlo eternamente. Sabe qué es lo que le gusta exactamente de este hombre: su exceso de testosterona, su piel morena, su aspecto de torero, y sus pocas palabras. Las mismas que ahora le hacen parecer misterioso y profundo y que años después Olivia tendrá que aceptar, con todo su dolor, que solo escondían la nada. El segundo orgasmo se aproxima. Olivia lo sabe y se deja llevar. La cama golpea la pared con furia, como tambores anunciando el comienzo del show. Solo que no se trata del comienzo sino del final. Y cuando termina y Manuel se deja caer sobre su cuerpo, ella mira hacia arriba y se topa con el crucifijo. Piensa que todo aquello tendrá su precio, y reza para que este no sea demasiado alto.

Se escuchan unas piedrecitas en el cristal. No sabe cuánto tiempo habrán estado sonando porque los sonidos del amor les han protegido de interferencias.

—Manuel, levanta. Mira a ver quién está en la ventana. Debe de ser tu amigo —le avisa Olivia moviéndole con fuerza.

Manuel se levanta, totalmente desnudo, sin pudor, y se dirige a la ventana. Olivia piensa en mirar para otro lado, pero después le puede la curiosidad, y de esta pasa a la admiración de un cuerpo esculpido por un artista griego. El uniforme yace en el suelo. La guerra no ha terminado, solo les ha permitido un furtivo paréntesis. Pero Olivia no sabe nada de la guerra. Su padre se ha asegurado de que continúe en una burbuja.

—¿Qué pasa? —pregunta Olivia nerviosa. Manuel sin girarse le hace un gesto con la mano para que espere. Escucha cuchicheos de la calle. No conoce al amable samaritano que le ha prestado la casa a Manuel para el

encuentro.

—Está bien. Ya vamos —escucha decir finalmente a Manuel por la ventana.

Olivia se viste apresuradamente. Se han entretenido más de la cuenta. Menos mal que el padre está muy ocupado con los preparativos del cordero. Ella ha tenido que inventarse una indisposición aguda para quedarse en cama. Y en cama se ha quedado, sonrío para sí.

Cuando Olivia y Manuel bajan, les espera un hombre serio que viste el mismo uniforme... A Olivia le sorprende y le hace sentir mal. Un jovencito ridículo y manejable le hubiera resultado más cómodo, pero este caballero adusto, de mirada crítica y físico rotundo que no deja de mirarla la hace temblar. Manuel se da cuenta.

—¿Tienes frío?

Olivia asiente.

—Vámonos.

Pero Manuel todavía tiene que intercambiar un seco agradecimiento con su amigo.

—Gracias, Néstor. Te debo una.

El otro hace un gesto molesto y entra en su casa. Olivia y Manuel caminan por la calle empedrada, al amparo de las sombras, cuando Olivia tiene un presentimiento oscuro: Néstor acaba de entrar en su vida. Se vuelve hacia el edificio justo a tiempo para ver a Néstor, en la ventana del segundo piso, apagando las velas con sus dedos.

Los bomberos pronto se hicieron con las llamas. Pero José Luis no lo vio. Se había ido con su tía hacía apenas diez minutos, decepcionado, frustrado. Cuando el peligro de que el fuego se extendiera finalizó, Álvaro se volvió hacia Madelaine satisfecho.

—Cariño, creo que lo hemos conseguido. Acabamos de sobrevivir a nuestra primera crisis con éxito —dijo cogiéndola de la cintura como si los casi veinte años que habían pasado desde que rompieron no hubieran existido.

Madelaine se retiró con la excusa de lavarse en un barreño de agua que

habían habilitado los sacadores. Necesitaba escucharlo con atención, sin ofenderlo. No lo quería a la defensiva pero lo sucedido con José Luis había sido muy desagradable y no iba a olvidarlo. Necesitaba desvelar además si tenía algo que ver con esa sensación de desazón tan fuerte que la embargaba, que le había hecho un nudo en el estómago y que llevaba a aceptar que todo estaba escrito.

—Cometí el error más grande de mi vida dejándote ir, Madelaine. No desaprovecharé esta segunda oportunidad.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado con José Luis?

—¿Qué José Luis? —respondió bromeando.

—No tiene gracia.

Madelaine estaba muy seria. Álvaro suspiró y su rostro se tornó ceremonioso.

—Cásate conmigo.

Madelaine le miró atónita.

—Pero ¿por qué, por qué ahora?

—Porque no debimos separarnos. O sí debimos, para que llegara este momento —le dijo Álvaro sin dejar de mirarla con esa mirada seductora de largas pestañas que era capaz de hipnotizar casi a cualquiera. Madelaine dudó que aquello no fuera sino un sueño. Se retiró el pelo de la cara y la frente le quedó manchada de barro. Buscó apoyo mirando hacia los árboles que se quemaban antes de volverse hacia él.

—Tú no me quieres.

—Por supuesto que te quiero. Siempre te he querido, aunque actuase como un idiota. Era joven pero nosotros nacimos para estar el uno con el otro. No puede ser de ninguna otra manera. Si me dejas demostrártelo...

—No —respondió Madelaine. Sentía que eran su corazón y sus recuerdos quienes se habían hecho con el control del navío—. La gente no se casa así como así. Al menos, no se hacen proposiciones a desconocidos.

—Tú no eres una desconocida.

—Por supuesto que lo soy, hace casi veinte años que no nos vemos.

—Sigues siendo la misma. La gente no cambia.

—Vaya, pues esa parece una razón a tener en cuenta para no casarme contigo. Todavía recuerdo por qué rompimos.

Álvaro decidió recular. No iba por buen camino. No entendía por qué Madelaine era tan beligerante. Tampoco ella misma lo sabía. Luchaba en aquellos momentos con una única cosa: ser ella misma.

—¿Estás enamorada de otro? No puede ser ese José Luis. Es ridículo. Tú eres una Martínez Durango, eres condesa de Las Cumbres, una grande de España. Tu sangre merece unirse a otra de linaje.

Madelaine pensó que estaba escuchando a su tía.

—Mira, no sé qué te habrá servido mi tía Clara en el vino, pero debes haber perdido el juicio.

Álvaro la agarró con fuerza. Madelaine sintió sus manos como garras, y le desagradaron. Intentó desasirse sin éxito.

—Y si no lo has perdido, te estás equivocando. Suéltame —le ordenó.

—No puedo. Es nuestro destino, Madelaine. Todo nos conduce a ello, ¿no te das cuenta?

Madelaine no daba crédito a lo que sucedía. Álvaro, el siempre elegante y orgulloso, no podía estar perdiendo los papeles de aquella forma. Era frío y calculador. No creía que pudiera estar cegado de amor. Obsesionado por ella.

—Ya basta, Álvaro.

Madelaine se soltó y caminó hacia el coche de Álvaro. Entonces se percató de que le necesitaba para regresar a casa. Contempló la posibilidad de volver andando, pero enseguida la desechó.

—¿Me llevas a casa, por favor? —le pidió con frialdad.

Álvaro condujo en silencio, cosa que Madelaine agradeció. Deseaba estar en su dormitorio, darse una ducha, tomar un Orfidal y olvidarse del mundo hasta el día siguiente. Aquella noche se negaba a preocuparse, a pensar, ni siquiera a soñar. Fue apenas un cuarto de hora hasta que llegaron a la entrada de la casa palacio, un tiempo que a Madelaine le resultó desconcertante. Álvaro... no sabía qué estaría pensando. Su mirada estaba tranquila, su mandíbula relajada. Los dedos crispados de su mano derecha sobre el volante eran el único rasgo que denotaba que un torbellino sucedía por dentro. Cuando llegaron, Madelaine se bajó del coche sin siquiera despedirse, pero antes de que ella cerrara la puerta estalló la tormenta.

—Sé que a tu madre la mataron. Y yo sé dónde está.

Madelaine cerró la puerta de golpe. Su cerebro no fue capaz de procesar lo que escuchaba, no a la velocidad suficiente. Se quedó paralizada junto a la puerta. Álvaro bajó la ventanilla.

—Mi madre murió en un accidente de tráfico —le dijo Madelaine y en el rostro se instaló una inexpresiva máscara que hacía muchos años no utilizaba.

—No, no es verdad. Indaga un poco y te darás cuenta de que no miento. Apuesto a que no sabes dónde ocurrió exactamente el accidente. En el panteón de la familia no hay nada, eso te lo puedo garantizar.

Madelaine sintió que le hervía la sangre. ¿Cómo podía saber cosas ese, ese...? Su cerebro hurgó en el lenguaje para encontrar el epíteto adecuado. Y no lo encontró. Porque no lo entendía.

—Bien, dime lo que sabes.

—Son secretos de familia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que solo te los podría contar si fueras mi esposa —respondió con seguridad.

—¿Me estás chantajeando?

Álvaro se encogió de hombros y suspiró.

—Madelaine, yo te quiero. Siempre te he querido. Y haría lo que fuera por estar contigo.

—¿Y si yo no te quiero?

—Yo no te soy indiferente. Hasta ahí al menos estarás de acuerdo. Nosotros hemos nacido para estar juntos.

Madelaine hubiera deseado decir que le repelía, que le daba asco incluso; pero lo cierto era que la perspectiva de estar en brazos de aquel hombre resultaba sumamente turbadora. Todavía recordaba sus besos, besos en las escaleras, y en la moto por la noche, que sabían a gin-tonic y a tabaco —por aquel entonces Álvaro fumaba—. Besos clandestinos y envidiados, besos seguidos de manos seguras que hacían su cuerpo estremecer. Resucitaban las sensaciones en sus papilas, que al ser estimuladas se abrían con ese dolor eléctrico que al instante se transformaba en un casi orgasmo dulce y excitante. Y ese abandonarse, someterse a la voluntad de otro tan agradablemente. Nunca fueron más allá. Ella siempre pensó que había sido

porque Álvaro la respetó, porque ella hubiera perdido la virginidad con él sin dudarlo. Pero cuando parecía que iba a suceder, cuando la relación había cogido velocidad, él la dejó por otra. Las lágrimas ocuparon el lugar de los besos, y el dolor insoportable al romperse por dentro dejó su corazón hecho añicos tan pequeños que algunos quedaron incrustados para siempre en su carne. Ya no dolían pero sí dejaron minúsculas cicatrices, las mismas que en su momento le hicieron realizarse una promesa. Nunca más dejaría de ser ella por culpa de un hombre. Si Madelaine hubiera sabido que años después iba a tenerle a él tan dispuesto, tanto para incluso chantajearla... ¿Qué había pasado entre medias para que él cambiara de aquella manera? Debía de quererla, al menos a su manera. Álvaro era un soltero de oro. Sin duda, no tendría problemas para encontrar pareja. ¿Por qué ella? Su instinto le decía que Álvaro no era capaz de amar profundamente, de compartir de tú a tú. ¿Por qué esa obsesión?

—No, no me eres indiferente, pero eso no basta —dijo Madelaine tras unos segundos.

—Te equivocas. Lo que sientes por mí es mucho más de lo necesario.

—¿Qué sabes de mi madre?

—Cásate conmigo y lo averiguarás.

—Me estás chantajeando.

—Te estoy haciendo la mejor propuesta de tu vida. La oportunidad de crear algo grande. Y solo podemos hacerlo juntos —le aseguró Álvaro—. Lamento que las cosas hayan sucedido de esta manera pero no de que las cartas estén sobre la mesa.

Álvaro subió el cristal de la ventanilla, dando la conversación por terminada. Una vez más, controlaba la situación. Madelaine le miró furiosa. No podía meterse en casa así, sin saber. Pero no tenía opción. Álvaro no volvió a mirarla. Arrancó el coche y se fue.

Madelaine entró en la casa palacio. La cancela estaba abierta, cosa extraña conociendo la obsesión de su tía con los ladrones. Una pequeña lámpara sobre la cómoda de estilo colonial alumbraba el enorme y silencioso hall del que surgían las escaleras. Su tía Clara estaba sentada bajo la escalera, en una butaca también de estilo castellano, tan quieta como puede estar un ser vivo. Madelaine no se dio cuenta de su presencia hasta que habló.

—¿Has aceptado? —le preguntó la tía Clara muy seria.

—¡Tía! Me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces aquí?

—Esperarte. ¿Has aceptado?

Los ojos de su tía brillaban en la oscuridad. Tal vez el susto, o el humo que había tragado, o el aturdimiento por lo que le había dicho Álvaro respecto a su madre, o la sensación de chantaje, o quizá una mala conciencia por no sabía qué, o todo junto, hizo que Madelaine se tambaleara y se apoyara en un recibidor de estilo chino que nunca supo de dónde había salido.

1972, San Gabriel

Al amparo de las sombras, Inmaculada y Rosario entran cuchicheando, con las manos entrelazadas. Rosario hace que Inmaculada se detenga antes de llegar a la escalera, la apoya contra el aparador chino y le susurra al oído.

—Dime que me querrás siempre.

E Inmaculada, con una barriga dura, increíblemente grande, responde:

—Siempre.

Las dos mujeres se besan con una ternura y una pasión como jamás ha acontecido entre aquellos muros. Las paredes perciben las vibraciones de amor sincero y tiemblan extasiadas, aspirando sedientas cada gota de la exquisita esencia que se derrama. Es imposible imaginar mayor felicidad. Al margen del pasado o del futuro, el presente va a quedarse insertado en la carne de ambas para siempre. Se sienten más vivas y plenas que nunca, y por ello quisieran morir en aquel preciso instante. Morir para vivir eternamente.

—Por fin aparecéis —dice Clara sorprendiéndolas. El pelo negro, recogido en un moño bajo, brilla con la luz de la luna que se cuelga desde la ventana del patio interior. Las dos mujeres se vuelven hacia ella asustadas pero no rompen el lazo entre sus manos. Se necesitan. Son una.

Clara las mira sin decir más, esperando. Sabe que la que rompa el silencio perderá y no va a ser ella. Ella acaba de convertirse en el ama del mundo. Como predijo su hermana, a partir de aquel mismo instante dominará a su familia. La que la precede y la que vendrá.

—¿Por qué? —pregunta Rosario.

—Porque alguien tiene que detener este pecado mortal.

—No hemos hecho nada malo —se rebela Rosario—. Y de todas formas no es asunto tuyo.

Inmaculada, en cambio, calla. Ella no está tan segura de no haber hecho nada malo. Aunque Rodrigo no la ame como se debe amar, ella tampoco ha cumplido con su parte. Desde el principio sabía que algo en ella está mal, o al menos es diferente. Siente que ella sí ha engañado.

—Inmaculada, ¿dónde está tu marido?

—No lo sé. —Hace varios días que no lo sabe. Inmaculada se lo agradece a su avanzado estado de gestación. A Rodrigo parece desagradarle mucho su barriga. Incluso parece tener mala conciencia por no ser capaz de tratarla como debería un hombre a punto de ser padre. Le remuerde la conciencia. E Inmaculada no ha hecho nada para aliviar su peso. Le odia, y su odio ha generado una fina corteza de hielo que recubre su piel cada vez que se encuentran.

—Clara, sabes que Inmaculada está sola —la defiende Rosario—. Déjanos ser felices.

Clara las mira furiosa, atónita. ¿Tan grande es su amor que han perdido la conciencia de lo que se puede y lo que no se puede hacer?

—¿Cómo te atreves siquiera a proponerlo? —pregunta escandalizada Clara—. Es una aberración. —Piensa cuál es la solución. ¿Matarlas? Los segundos se hacen eternos—. Está bien —dice finalmente—. Ella no puede irse, pero tú sí.

—Tú no eres quién para dirigir mi vida, ni la de nadie —asegura con firmeza Rosario. No está dispuesta a renunciar a lo mejor que le ha pasado en su vida, y quiere borrar lo que sabe desde hace tiempo, arrancarlo de su memoria, como si nunca lo hubiera leído en los posos del café. Porque si no lo piensa, no existirá. Ella sabe que son nuestros deseos, nuestros miedos y pesadillas, nuestros sueños, los que se materializan. Primero, solo compuestos de ondas cerebrales, o de vibraciones carnales, luego visiones que se materializan con mayor o menor rapidez. Ha tenido mucho tiempo para pensar entre las paredes de la casa palacio. Demasiado.

A Inmaculada le pesan las piernas. De repente siente que no podrá

mantenerse de pie por más tiempo y se acerca a uno de los sillones sin que ninguna de las hermanas parezca notar sus movimientos. El duelo entre ellas es a muerte. Clara sonrío con amargura.

—Te irás a Venezuela con la tía Paquita.

Inmaculada baja la cabeza abatida, y recuerda entonces su enorme barriga, y el bebé que viene en camino. Le van a quedar muy pocas ganas de vivir si Rosario no está más junto a ella.

—No puedes obligarme.

—Al final tenías razón, Rosario. Tú me lo dijiste: yo iba a tener el control de la familia. ¿O prefieres que Rodrigo y nuestra madre se enteren de todo?

—Apuesto a que Olivia lo encuentra aceptable —asegura Rosario. Realmente lo cree. Su madre no suele tener prejuicios en cuanto a lo que está bien, al menos, no para ella misma, y piensa que, después de lo que ha vivido, no queda ni una gota de hipocresía por sus venas. Además, sabe que Clara no es su preferida exactamente. Tampoco lo es ella. Pero Clara la odia y ella no. Rosario ha sido silenciosa, invisible a su deslumbrante vera. Su favorito siempre fue Rodrigo. Por eso ahora está decepcionada con él. Intenta que reconduzca su vida una y otra vez. Que sea feliz de algún modo. Pero es como darse cabezazos contra una pared.

—Rodrigo es capaz de matarte —advierde Clara.

—No me importa. Yo no me voy.

—De mataros a las dos —concluye Clara.

Rosario se vuelve desesperada hacia Inmaculada. Esta no se atreve a mirarla.

—Bien. Nos iremos juntas —anuncia Rosario.

El rostro de Clara se contrae iracundo.

—Imposible. El bebé es nuestro. Pertenece a esta familia. Todos sabemos que no habrá más. Así que está claro: la única que sobras eres tú.

La cuerda se ha tensado tanto que Inmaculada siente que está a punto de romperse. El latigazo dejará marcada su cara. No soporta la mirada de Rosario, de nuevo sobre ella, suplicante, deseando que reaccione. Pero ella no puede. El bebé se agita en su vientre.

—No, tía. Si te refieres a la propuesta de matrimonio, no he aceptado —dijo Madelaine a Clara llena de rabia. Tuvo que controlarse. Aborrecía estar

en manos de personas tan perniciosas—. Pero voy a pensarlo. La oferta ha resultado más interesante de lo que hubiera podido imaginar...

La tía Clara no entendió la insinuación de algo más... Quizá los años habían mermado aún más esa sensibilidad que nunca tuvo demasiado desarrollada.

—Es tu mejor opción. Debíamos haber emparentado con ellos hace dos generaciones. Pero no pasó. Siempre tuvieron raza, pero entonces no tenían dinero. Es la única manera de cerrar el círculo. Además, nos necesitamos.

Madelaine no quiso discutir sobre las ideas racistas de su tía. Se dirigió hacia la escalera. Estaba deseando estar sola para ducharse, quitarse el olor a humo y sudor y poner también un poco de orden y limpieza en sus ideas. Pero la tía Clara no había terminado. Era hora de ilustrar a Madelaine sobre un capítulo de su historia familiar.

—¿Sabes que odié a mi madre durante años porque no permitió que me casara con el padre de Álvaro?

Madelaine se detuvo sorprendida. Aquella parecía la noche de las revelaciones. Sin embargo, quizá por el cansancio, quizá por el exceso, no era capaz de darse cuenta de que ninguna información lo es en sí misma sino dentro de un puzle, y le iba a resultar difícil reunir y organizar todas las piezas.

—No, no lo sabía —admitió con curiosidad—. ¿Por qué?

—Porque era imposible —respondió la tía Clara en un tono que Madelaine conocía muy bien. Significaba «de eso no se habla más», y no había llave que forzara una cerradura que la tía Clara hubiera asegurado. Así que Madelaine tuvo que seguir por otro camino.

—¿Y qué pasó?

—Que quedó en una aventura pasajera porque fue toda de mentira. En realidad el amor siempre es engañoso, pero yo tuve que aprenderlo de la peor forma posible —aseveró la tía Clara con amargura. La herida, a pesar del tiempo, todavía escocía. Madelaine, que sí tenía la sensibilidad a flor de piel, no tuvo dificultad para leer entre líneas.

—Me alegro de que no seas virgen, tía. Hubiera sido tremendo morirte sin conocer lo que es estar unida a otro cuerpo, sentir íntimamente.

—No sigas por ahí —la detuvo la tía muy incómoda—. Te crees una

mujer de mundo y solo eres una niña. He vivido más de lo que tú piensas y algunas de mis experiencias puedo jurarte que tú no las vivirás jamás.

Madelaine suspiró impaciente, intentando molestarla. No iba a llevarle la contraria, y menos a esas horas, pero tuvo que luchar con el pensamiento tenaz que taladraba su mente de que su tía Clara tuviera algo que ver en la desaparición de su madre.

—¿Y ahora pretendes que yo me case con Álvaro para cumplir tu sueño?

—No exactamente. Es que está escrito. Hay cosas que son como tienen que ser.

—No, tía, eso no es verdad. Yo al menos no lo creo. Ya veré lo que hago. ¿A qué hora llega mañana José Luis? —preguntó cambiando de tema. Deseaba verle. Parecía la única persona normal que la rodeaba desde que llegó a San Gabriel.

—Pronto, supongo. No me lo ha dicho. Cada vez me gusta menos. Ese don nadie tiene muchos humos —refunfuñó la anciana, en el fondo aliviada con haber terminado la conversación. Estaba convencida de que Madelaine solo necesitaba un pequeño empujón, y confiaba en que Álvaro sabría dárselo —. Mañana quiero que llames a Álvaro. Él nos ayudará con los papeles del seguro.

Madelaine hizo un gesto de despedida y subió a su habitación. Pensó que su tía la seguiría pero permaneció donde estaba. Algo muy importante rondaba su cabeza y dormir sería perder el tiempo. El que su tía no se moviera la desasosegó. Cuando llegó a su dormitorio, había perdido el sueño totalmente. Todavía quería ducharse, así que se desnudó y dejó la ropa amontonada en una esquina del baño, confiando en que el agua caliente barriese el tumulto de voces que prometían no darle tregua aquella noche. Justo cuando iba a entrar en el baño sonó su móvil. Madelaine se volvió hacia él como pillada in fraganti. Desde su llegada se había olvidado del teléfono y este yacía, abandonado, sobre el sillón junto a la cama. Era un teléfono de última generación, con unas baterías eternas, que le había regalado Adela, su casera, por Navidad. A Madelaine la tecnología no le interesaba. Le costaba entrar en lo moderno y las instrucciones de los aparatos le daban alergia, lo cual era un grave problema porque su instinto tampoco era de gran ayuda. Aceptó el regalo con cierta dosis de escepticismo y nunca supo hacerlo

funcionar más allá de lo básico. ¿Quién la llamaría a esas horas? Pensó que quizá fuera de alguna urgencia relacionada con su consulta médica. Al cogerlo vio con sorpresa que en la pantalla decía Adela casa.

—Hola, Adela, ¿ha pasado algo? —respondió Madelaine preocupada.

—Madelaine, querida, perdona que te llame tan tarde. No, no pasa nada. Es que llevo días queriendo hacerlo y por un motivo u otro siempre se me hace tarde —dijo Adela con la voz un poco nerviosa—. ¿Qué tal va todo?

—Bien —aseguró Madelaine, que percibió un tono de angustia en la voz de su casera y amiga. Y se sintió mal. Debería haberla llamado cuando llegó. Al menos para comunicarle que había llegado bien. Adela estaba sola y Madelaine era como una hija para ella.

—Bien, bien —repitió Adela—. Me alegro. ¿Y cómo has encontrado a tu tía?

—Mayor, pero igual de peleona. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, es que, te parecerá una tontería, pero estaba nerviosa. La otra noche tuve un sueño extraño y no sé, quería asegurarme de que estabas bien. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. No va a ser tan rápido como yo pensaba. Tenemos un problema serio con Hacienda y mi tía me necesita.

—¿Y te esperarán en tu trabajo?

—Eso espero. De todas formas, todavía puedo tomarme dos semanas más de vacaciones sin tener que pedir permiso.

Madelaine escuchó la respiración agitada de Adela.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Tengo la tensión un poco alta. Voy a tener que volver a tomarme las pastillas. Eso es todo. No te preocupes y cuídate mucho, ¿vale?

—Prometido. Tú también. Un beso.

Madelaine colgó el teléfono, agradablemente aturdida. No era habitual que nadie se preocupara por ella. Dejó el teléfono sobre la mesita de noche y entró en el baño pensando que la vida es mucho más agradable cuando alguien te quiere desinteresadamente. La llamada de Adela la había hecho sentir más segura y arropada.

Cuando salió de la ducha tenía una idea muy clara. Cogió el móvil y marcó. Imaginaba que podría despertarle pero estaba segura de que no le iba

a importar. El teléfono repicó, una, dos, tr...

—¡Madelaine! ¿Qué pasa? —sonó la voz preocupada de José Luis.

—Perdona, no quería asustarte. ¿Podemos vernos?

—¿Ahora?

—Sí, en un cuarto de hora estoy en la pensión. —Madelaine colgó rápidamente, antes de que él pudiera darle cuerdas razones de por qué era mejor dejarlo para el día siguiente.

Y se las hubiera dado. La razón de la noche hubiera sido la primera. Pero había otras mucho más importantes. José Luis sentía que Madelaine le dolía ya en el alma. Si ella no se daba cuenta de quién era él, si prefería a aquel personaje oscuro de Álvaro, era cosa suya. La llamada le pilló a medio desvestirse en el baño. Dudó entre volver a ponerse la misma ropa que apestaba a humo o ducharse. Se decantó por la segunda opción y se metió en la pequeña bañera. Le dio al agua caliente, pero con lo que tardaba en subir se resignó a asearse con agua fría. Cuando salió de la ducha, se sintió ligero y muy despierto. Se vistió con ropa limpia. Justo cuando se disponía a bajar, llamaron a la puerta. Abrió y allí estaba Madelaine, en vaqueros y camiseta, casi sin aliento. El pelo aún mojado enmarcaba su rostro encendido.

—Iba a bajar a esperarte. ¿Cómo has subido? —le preguntó atónito.

—La dueña me conoce. —Madelaine tenía cosas importantes que hablar con él y no quería entrar en detalles triviales.

—Pues ahora sí que vamos a dar que hablar...

Madelaine le hizo un gesto impaciente para que la dejara continuar.

—Álvaro quiere casarse conmigo.

—Madelaine, no quiero ser maleducado, pero a mí eso no me importa. Y menos después de lo que ha pasado en el campo y a estas horas de la noche.

—Sí, ¿a qué venía eso de pegaros?

—Cuando lo sepa, te lo diré —respondió José Luis cortante.

Madelaine le miró intentando decidir si debía enfadarse o no. José Luis cada vez entendía menos. ¿Quería esto decir que a Madelaine le importaba lo que él tuviera que decir? Su corazón se aceleró.

—Álvaro está empeñado en casarse conmigo y me ofrece algo a cambio.

Dice que sabe quién mató a mi madre y dónde está.

Esta vez José Luis sí quedó impresionado.

—Vaya...

—Sí, vaya —dijo Madelaine dejándose caer en una silla junto a la puerta. José Luis se sentó en la cama. Era un cuarto blanco y de techos altos pero muy pequeño. No había más mobiliario susceptible de ser empleado como asiento. Quedaron a poco más de un metro de distancia.

—Pero ¿cómo puede saber él eso? Quizá por su padre —elucubró Madelaine organizando sus pensamientos en voz alta—. Acabo de enterarme de que su padre fue novio de mi tía Clara. Sí, yo también me he sorprendido. Aunque más lo hubieras hecho de conocerle. Era un hombre tan seguro de sí mismo, tan atractivo y elegante... Siempre rodeado de mujeres guapas, mientras en su casa le esperaba la esposa perfecta. ¿Por qué iba a tener una aventura con mi tía Clara? ¿Sabrá ella algo de mi madre que no cuenta?

Pero a José Luis le importaba más otra cosa.

—Si me lo permites, yo creo que la primera pregunta que deberías hacerte es por qué tu ex novio está tan interesado en que te cases con él. Tanto como para lanzar un gancho semejante. Está claro que se ha dado cuenta de que no eres presa fácil, pero ¿por qué poner todas las cartas sobre la mesa? ¿Por qué echar ahora un órdago tan grande?

—Tienes razón —asintió Madelaine—. Yo sé que él no me quiere, no al menos como debería ser.

A José Luis le sorprendió su honestidad.

—Pues, si seguimos el razonamiento de los poderosos y mi propia experiencia con ellos, el mundo se rige por el sexo, o amor si prefieres, y el dinero. ¿Crees que Álvaro tiene una buena situación financiera?

—Supongo que sí. Además, mi tía está obsesionada con el pedigrí pero no creo que aceptara mi matrimonio con nadie que no fuera también mi igual económico.

—¿Y tú le quieres? —preguntó José Luis. Necesitaba saber y pensó que ahora era el momento. Madelaine le miró con sus ojos profundos y frunció el ceño. Entendió que de sus palabras podría derivarse compromiso hacia cualquiera de las partes y, de nuevo, sus miedos antiguos la hicieron callar. José Luis se dio cuenta de que quizá su pregunta había resultado demasiado

directa, de que Madelaine no estaba preparada para responder, por la razón que fuera, y de que el amor no se puede forzar ni exigir. Así que continuó—: Necesitamos saber qué fue de tu madre o no podremos arreglar los papeles ante Hacienda. Tenéis una deuda de varios millones de euros. Podríais acabar en la cárcel. Bueno, tu tía a su edad, no, pero tú por supuesto. Además, la única puerta para conseguir dinero rápido acaba de cerrarse con el incendio.

—Claro, me caso con él y de paso averiguamos qué pasó con mi madre.

Se hizo un momento de tensión. José Luis se preguntaba para qué habría venido.

—Perdona, yo solo soy el fiscalista que ha contratado tu tía.

Madelaine quiso disculparse pero le podía el orgullo, la rabia. Se fijó en el portátil de José Luis, encendido sobre la mesita de noche.

—He conseguido acceso a Internet —explicó José Luis intentando que un cambio de tema pudiera ayudar a empezar otra vez. Pero decidió callarse. Era una de las pocas cosas que había aprendido con los años: a callarse, aunque una frase pudiera parecer que quedaba a medias, o él quedar como un tonto difuso. Mejor eso que ser recordado por una superficialidad, o una estupidez fuera de lugar.

—No sé por qué he venido, perdona. Estos son mis problemas. Pero es que he sentido cosas muy extrañas últimamente. Algunas contigo y, no sé, pensé que..., da igual. Seguro que crees que estoy bastante loca.

José Luis la vio tan frágil, tan perdida, que quiso decirle que él estaba con ella en todo. De hecho, había pedido Internet para investigar esas sensaciones extrañas que él también había percibido desde que llegó. Había leído una entrevista interesantísima con un tal Brian Weiss en la que hablaba de la reencarnación. Él afirmaba que en realidad somos seres espirituales viviendo una experiencia humana. No era como para hacer una religión de ello, pero José Luis sí que encontró las teorías de lo más seductoras. Había llegado a este Weiss a través de una noticia en la que contaban el caso de un chico croata que tras un golpe se había despertado hablando alemán perfectamente, lengua que anteriormente no conocía, y necesitando un traductor para hablar con su familia. José Luis se había prometido que, en sus próximas vacaciones, viajaría a Croacia, buscaría al chico y comprobaría con sus propios ojos lo cierto del asunto. En el artículo hablaban de si hay una

herencia genética, o si quizá vivimos muchas vidas... Dudó. ¿Era el momento de una charla trascendente? ¿O debería intentar enfriar la relación? Seguir teniendo conversaciones sobre temas del alma no parecía el mejor sistema para alejarse de Madelaine.

—Creo que debería irme —dijo ella levantándose. Le miró expectante, deseando en su fuero interno que él hiciera algo. Pero José Luis era lento de reflejos. El miedo a perder le había hecho así y antes de que pudiera tomar una decisión Madelaine ya se había ido.

7

EL MIEDO

Los primeros rayos de la mañana no solo no barrieron con las sombras y angustia de una noche de pesadillas, sino que las materializaron. Madelaine había dejado la puerta entreabierta y, desde la ventana del cuarto que de niña había usado como habitación de juegos, se arrastró la luz, dueña del día que comenzaba, ordenándole con firmeza que se levantara.

Fue fácil. Madelaine no tenía ninguna gana de seguir en la cama. Ella no era de las de posponer para el día siguiente. Si había algo que debía hacer, cualquier cosa que se cruzaba en su camino y que era su deber llevar a cabo, Madelaine actuaba como un disco duro, programado para ejecutar la acción, al margen de sus deseos o necesidades, de la manera más expeditiva. A ella siempre le había parecido un rasgo muy conveniente de su carácter. Por eso siempre fue tan buena estudiante, sin costarle esfuerzo. Desde niña, cuando en una clase asignaban tareas de matemáticas o una redacción, o el análisis sintáctico de alguna oración para el día siguiente, ella se afanaba por empezar a escribirla en aquel mismo momento si era posible, a escondidas, o en los cinco minutos entre clase y clase. Por eso, muchos días podía salir del colegio con las manos en los bolsillos y entrar al día siguiente, sorprendiendo a todas las profesoras, sin libros ni cuadernos. Y no era porque le importara la nota ni porque fuera una empollona. Era simplemente porque le gustaba jugar con ventaja. La ventaja la hacía sentir segura, con el control. Y ese jugar con ventaja lo aplicaba a todo. Cuando aprendió a hacer punto, era capaz de estar todo un día tejiendo una bufanda hasta acabarla, aprovechar cada minuto del día, o, si leía, no paraba hasta terminar el libro... Jugar con ventaja... En todo

menos con los hombres. Ellos habían quedado al margen. Había elegido siempre fatal, a los peores, aunque quizá no en apariencia. O, ahora que lo pensaba bien, podría ser que esa hubiera sido la vertiente sentimental lógica de su carácter: esos hombres nunca le hacían daño, pues nunca le importaban realmente. El único que le rompió el corazón fue Álvaro. Y aprendió. Vaya si aprendió. Y, de nuevo, Álvaro había agredido su controlada ventaja. De nuevo había perdido el control. ¿Sería verdad que alguien había matado a su madre? ¿Y dónde estaba su cuerpo?

Al margen de la necesidad sentimental de averiguar la verdad, Madelaine necesitaba poder demostrar que su madre estaba muerta y que, por lo tanto, ella era la heredera universal. El alcornocal las había dejado en una situación límite. Si no podía hacer uso de las letras del tesoro que, en realidad, habían pertenecido a su padre, lo perderían todo. El pensamiento le dio vértigo. Pero ¿y si eso fuera lo que debía hacer? Dejar que los nuevos tiempos hicieran desaparecer a los Martínez Durango para siempre... Suspiró profundamente. No podía hacer eso. Su conciencia jamás la dejaría tranquila. Entonces, ¿qué? ¿Tan atrapada se encontraba entre las redes de una familia que no podía simplemente cortar amarras y vivir?

Fue incapaz de desayunar. Su tía no estaba. Había dejado una nota diciendo que salía a hacer recados y que volvería por la noche. Se alegró. Necesitaba un poco de tiempo a solas para poner orden en sus pensamientos. ¿Vendría Álvaro? ¿O esperaría quizá a que ella le llamase? Mientras intentaba decidir qué hacer, sonó el timbre.

José Luis no parecía haber descansado mucho aquella noche. Tenía profundas ojeras en su ya de por sí ojeroso rostro y las gafas le daban hoy un aspecto cansado, como de hombre derrotado. Sin embargo, cuando Madelaine abrió la puerta, él entró con paso dinámico.

—He hablado con un amigo mío. Vamos a pedir al juez que puedas actuar sobre los bienes de tu madre basándonos en una muerte presunta por desaparición. Tengo mucho que hacer. Esos papeles llevan su tiempo y justo es lo que no tenemos.

Y entró directo hacia el despacho.

—¿Quieres un café? —le preguntó Madelaine, estupefacta con su diligencia.

—Sí, te lo agradecería.

—¿Y eso se puede hacer así? ¿El juez lo aceptará?

José Luis se detuvo y se volvió hacia ella con seguridad.

—Han pasado suficientes años. No creo que haya problemas. A menos que aparezca algún testigo que demostrase que sigue viva, claro.

—Pero eso no me basta. Yo quiero saber qué le pasó —dijo Madelaine. Y su voz tembló.

—Veo que has picado el anzuelo —observó José Luis molesto.

—No puede ser ningún anzuelo —replicó Madelaine—. Nadie se atrevería a jugar con algo así. Ni siquiera Álvaro. ¿Por qué lo haría? ¿Solo por casarse conmigo? Me temo que, por muy rica que sea, él no me necesita. Y las teorías nazis de mi tía en cuanto a la estirpe le deben de dar risa.

—Álvaro... es un sinvergüenza. He estado hablando con algunos de sus trabajadores. Hace meses que no les paga. Está en graves apuros financieros. Por lo visto tres de sus fincas se han incendiado este año. Según los informes periciales, podría tratarse de incendios provocados pero él sigue insistiendo con los seguros. Y ahora él se acerca a ti, y, casualmente, tú también sufres un incendio. Tu pretendiente tiene algún enemigo peligroso y no parece muy inteligente asociarse a él. No creo que sea solo mala suerte lo del alcornocal de anoche. Piensa lo que quieras.

Madelaine se quedó de una pieza ante la cantidad de información. ¿Álvaro había sufrido incendios y no se lo había dicho? ¿Por qué? José Luis se dio media vuelta.

—Estás celoso.

El comentario consiguió irritarlo más si cabe.

—Deberías preocuparte de averiguar por qué un tipo está utilizando la muerte de tu madre para casarse contigo y solucionar sus problemas, y en vez de eso, tengo la sensación de que le defiendes.

—No lo hago. Solo intento ser práctica.

Se miraron a los ojos con dureza. ¿Por qué estaban tan enfadados? Finalmente fue el fiscalista el que dio media vuelta y desapareció por el pasillo. Era eso, o lanzarse a besar a Madelaine instigado por ese león que le recorría arriba y abajo y amenazaba con volverle loco. Madelaine subió hacia la cocina para preparar el café.

Al abrir el paquete de café, el conocido aroma haló consigo el rumor de la falda de su abuela. Olivia. Sintió un aliento en el cogote y se dio la vuelta asustada. No había nadie tras ella. Pero su corazón latió con fuerza. Allí había alguien. Estaba segura. Se puso a servir las cucharaditas de café en el filtro de la cafetera. Una, dos. Con los movimientos justos. Precisos. Concentrándose en que ni una gota de aquel polvo molido cayera sobre el mármol de la encimera. Y entonces, por el rabillo del ojo, vio una silueta femenina y rubia. Los pálpitos de su corazón se volvieron ensordecedores, cabalgando uno sobre otro, el otro sobre uno.

Un susurro tan leve como el viento que se acababa de levantar en la terraza de la cocina trajo un «no». Un «no» largo, suave, ronco... ¿O habría sido producto del roce del viento sobre los muros de la casa?

El sonido del móvil la sobresaltó. Era un número desconocido.

—¿Sí? —contestó Madelaine.

—Soy yo —anunció una voz autoritaria y seductora.

A Madelaine no le costó identificar la voz de Álvaro.

—Álvaro... —comenzó Madelaine sin mucha seguridad.

—¿Estás en casa? —preguntó sin dejarla continuar.

—Sí...

—Ábreme. Estoy abajo. El timbre de la puerta se ha estropeado.

Álvaro colgó. Madelaine se quedó muy extrañada. Acababa de abrir a José Luis y el timbre había funcionado perfectamente. Se le cruzó la idea de que quizá era la casa la que no quería que su pretendiente entrase. Ese pensamiento le hizo recapacitar sobre los muros que la albergaban con cariño, por protegerla, por defenderla de agresiones que no merecía, que eran producto del pecado de otros. El concepto de pecado le sonó a término de su tía. Madelaine cogió el café y se apresuró. Álvaro podía esperar. De camino llevaría el café a José Luis.

Con la excusa de no derramar la taza, Madelaine bajó las escaleras despacio. Todavía no había decidido cómo enfrentarse a Álvaro. Podía ser que tuviera problemas económicos, pero también ella. Si pensaba que la solución era un matrimonio, estaba muy equivocado. Le extrañaba que no lo supiera ya, que no lo imaginara. La tía Clara debía de tener algo que ver en ello. Seguro que había exagerado su situación para conseguir que se

interesara por ella. Lo único que tenía claro es que no se casaría con él. «Olivia, si de verdad eres mi ángel de la guarda, este es el momento de ayudarme», rogó para sí a modo de plegaria al pasar por delante de un rosario con cuentas de nácar que, dentro de una vitrina, decoraba la escalera.

1939, San Gabriel

El otoño ha entrado con fuerza. En la sierra se nota antes. Los días son claros pero la temperatura por la noche ronda los cero grados a principios de octubre. Olivia piensa en la taza de café y en las rosquillas que la aguardan en casa. ¿De verdad es tan necesario el ayuno antes de comulgar? ¿Será un invento de los curas para torturarles? Una muchedumbre alicaída debe de ser más fácil de manejar. Una mente hambrienta se traga lo que le echen, sin cuestionar, sin necesidad de masticar siquiera. Un estómago vacío te hace automáticamente agradecido, sumiso, humilde. Olivia siempre ha sentido que en su interior arde el fuego del pecado, y ello a pesar de esforzarse de corazón en acatar las normas, en no destacar por nada. Se ha agarrado a la perfección en las rutinas que aborrece para no escuchar, para desaparecer como individuo que es menos que un hombre, que es una mujer. Esta ausencia del yo es requisito necesario e indispensable en la hija de un noble y poderoso terrateniente con intereses políticos. Por eso es cierto que ella no se cuestiona nada, sigue como un cordero las directrices que le marcan porque su inteligencia práctica la ha convencido de que cualquier cosa es mejor que el golpe de la vara. Lo ha conseguido con bastante éxito hasta que hace unos meses apareció Manuel. Desde entonces ha vivido una esquizofrenia perfecta. Transformada en una especie de doctor Jekyll y mister Hyde, ha podido llevar dos vidas paralelas sin que nadie se haya dado cuenta. Hoy, por culpa del hambre que ruge en su estómago, se pregunta por primera vez: ¿tendrá que ser así? Mira sus guantes blancos e inmaculados, sus zapatos de charol negro, medias oscuras, falda marrón de lana y abrigo en un tono más oscuro. Mira a su institutriz, como siempre con su moño perfecto, su ropa impecable. Se fija en la mirada de los curiosos sobre ella. Siente los ojos pegados a su cuerpo desde que nació. Desde que se dio cuenta de que el interés

permanente no es lo normal, lo ha vivido como una maldición. Así lo ha sido hasta que Manuel se cruzó en su camino. Dicen que nunca ha habido en el pueblo, ni tampoco en su familia, una mujer tan hermosa como ella, tan rubia, tan etérea. Todos esperan que termine casada con un rey, pues consideran que es exactamente una princesa. La princesa del cuento. Pero Olivia nunca ha leído que las princesas sufran maltratos ni que tengan amantes. El estómago vuelve a rugir. Siente que va a desmayarse y se siente furiosa, sin saber muy bien por qué. Solo es un día más. El bicho de la rebeldía crece en su interior y en apenas unos segundos se transforma en anaconda voraz. Últimamente tiene mucho apetito. De hecho, hay días que no puede pensar en otra cosa. Todavía lleva el rosario en la mano. Lo introduce en la bolsita. Es un rosario santificado por el Papa que le trajo su padre del Vaticano cuando el Sumo Pontífice le recibió en audiencia privada.

Su padre no es cualquiera. Es un hombre de Iglesia, observante de las buenas costumbres, custodio de su virtud. Por eso, desde que cumplió catorce años, ordenó a la institutriz que no se despegara de ella, ni de día ni de noche, y María Luisa, una mujer de ascendencia alemana que lleva en la familia desde que nació Olivia, se toma su trabajo de carabina al pie de la letra. Olivia sabe que es mejor no llevarle la contraria. Su padre le ha dado poderes para emplear el castigo físico en su ausencia, pues viaja mucho y a veces no es prudente retrasar demasiado la pena. Sin embargo, lo habitual es que, cada vez que el padre vuelve a casa, llame a la institutriz para que le haga un resumen del comportamiento de Olivia. Por supuesto, siempre hay algo que no ha sido como debería. A veces son unas tareas cumplimentadas con descuido, o una cama mal arreglada, o chupar el cuchillo en la mesa a escondidas, o comer demasiado rápido, o entretenerse demasiado en el aseo personal. La vanidad es un pecado muy grande en una mujer, más si es bella. Olivia se ha vuelto muy cuidadosa pero la vara de membrillo ha dejado ya la piel blanca y sensible de sus nalgas marcada para siempre. El castigo debe infligir dolor; si no, no tendría sentido.

Su padre está satisfecho. Tras años de educación dirigida a convertirla en una buena cristiana, el resultado es más que aceptable. Cada vez que el cabeza de familia vuelve a casa, se encuentra a una niña rubia con rostro de virgen que se convierte poco a poco en una mujer, modosa, sencilla y que

agacha la cabeza cuando le hablan. «Es verdad que ninguna disciplina al principio es causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Hebreos 12, 11», recita su padre antes de cada golpe. Su padre tiene toda una metodología de lo que debe ser el castigo en la educación de un niño. Es un ejercicio sagrado y meticuloso. Ha establecido un método que pone en práctica con rigor matemático. Para empezar, el castigo no se aplica cuando el tutor está enfadado, y debe durar exactamente veinte minutos. Olivia ha escuchado cientos de veces explicar a la institutriz la importancia de los veinte minutos, pues si el castigo corporal se lleva a cabo demasiado deprisa, solo sirve para provocar una actitud rebelde. El padre, o tutor en su defecto, representa a Dios en la vida de su hijo y por ello debe mostrarse siempre ecuánime y nunca enojado, porque la imagen de Dios que se transmite no puede ser esa. Al final del castigo, siempre tiene que haber un detalle de amor, porque Dios también nos castiga a los mayores, pero nunca nos abandona. Por eso, Olivia aprendió que después del castigo era muy importante decirle a su padre lo mucho que le amaba, a lo que el padre le respondía: «Sé que me amas, y yo te amo también». Y a continuación rezaban juntos un padrenuestro.

Olivia guarda el rosario en su bolsita de terciopelo y de repente se siente desfallecer. Acaba de darse cuenta de un detalle de tremenda importancia. ¿Hace cuánto que no tiene el periodo? El pensamiento la paraliza.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras mal? —le pregunta María Luisa.

Olivia siente que va a vomitar del espanto. Se apresura hacia una esquina de la plaza con la mano tapando la boca. María Luisa la sigue. A mitad de camino, en medio de la plaza del pueblo, vomita. La cena del día anterior, y la forma sagrada. La gente las mira atónita. María Luisa se queda horrorizada. Su deber religioso le hace dudar ante qué hacer con la forma sagrada. Estudia el vómito en el suelo. No ve la forma. Se angustia, ¿qué debe hacer? Se trata del cuerpo de Dios.

—¿Seguro que no has comido nada antes de venir? —le pregunta suspicaz—. Sabes que el ayuno es obligatorio y deber sagrado.

Olivia niega, sacando un pañuelillo para limpiarse la boca. Por un instante, al darse cuenta de cómo María Luisa observa el vómito, teme que le haga tragarlo de nuevo. Pero están en la calle. La gente las mira. La institutriz

valora que lo mejor será regresar a casa lo antes posible. Dos perros callejeros se aproximan. María Luisa no quiere ver más, coge a Olivia del brazo y tira de ella. Olivia se deja llevar, deseando morir.

Olivia llega a casa transformada ya en fantasma. Tiene que hablar con Manuel, pero ¿cómo? En cuanto terminó la guerra y quedó liberado decidió irse y apenas tardó en organizarlo. Hace dos semanas cogió el barco rumbo a Colombia, confiado en que aquella sería la única forma de hacer fortuna para ser merecedor de su mano. No tiene ningún contacto, ninguna dirección. Solo le dijo que regresaría rico para poder pedir su mano. Olivia se quedó destrozada. Pero a pesar de su juventud supo que no había otra salida. Era la única oportunidad de estar juntos. ¿Qué va a hacer ahora? Piensa en Néstor, su íntimo amigo. Quizá él sepa algo. Tiene que avisarle como sea. Manuel tiene que regresar o su padre es perfectamente capaz de matarla a latigazos.

—Madelaine, ya estoy aquí —dijo la voz ronca y aterciopelada de Álvaro desde detrás de la cancela.

Madelaine sintió que el vello se le erizaba. Esa voz tan agradable, tan seductora, tan atractiva, que, aunque ella no lo sabía, poseía la misma coloratura que la de su padre, como hubiera podido constatar Olivia de encontrarse allí. Madelaine pensó en ella. Sintió lástima por sí misma, por estar sola y por no tener siquiera recuerdos de su abuela, muy escasos de su madre y menos aún de su padre. Y también sintió lástima por su abuela, cuyo recuerdo incluso había enterrado durante años. ¿Tanto la habían odiado para permitirlo? ¿Qué clase de familia no es capaz de perdonar? Se fijó en un cuadro junto a la cancela. Era un retrato de su bisabuelo, el padre de Olivia, con una banda azul y blanca cruzándole el pecho y varias medallas de órdenes y honores altisonantes. Posaba como caballero a la antigua usanza al que le habían importado las apariencias por encima de todo. Había odiado toda su vida el sexo y por extensión a las mujeres, portadoras del pecado en el mundo. Viudo muy joven, en su personalidad castradora tuvo mucho que ver una duda insoportable sobre su propia identidad sexual que nunca fue desarrollada, es más, esa duda fue desde el principio revestida y engalanada con ropajes católico-apostólico-romanos, oculta para siempre, encadenada

con crucifijos y rosarios. Su mirada rezumaba autosuficiencia y control y Madelaine recordó sin querer el refrán: «Dime de qué presumes...». ¿Y de qué presumía Álvaro? Su rostro despejado, su pelo cuidadosamente peinado, todavía húmedo, o con gomina, sus chinos beis claro, su camisa blanca y sus mocasines italianos de piel vuelta. Era la viva imagen del elegante y tranquilo triunfador por el que cualquier hombre se cambiaría. Bien, pensó Madelaine para sí, pronto iba a tener un resumen de las inseguridades de su pretendiente.

—Cariño, creo que ayer te debí de dar una pésima imagen. Mi proposición de matrimonio quizá sonó como lo que no era.

Madelaine no se esperaba un cambio de estrategia.

—¿Sabes o no algo de mi madre? —preguntó con frialdad.

—Sí. Pero no quiero que tenga nada que ver con nuestra boda. Yo te quiero, siempre te he querido. Eres la mujer de mi vida, mi destino.

—¿Me contarás lo que sabes independientemente de mi decisión?

—Por supuesto. Ojalá hubiera podido hacerlo antes. Pero me enteré hace relativamente poco. Me lo contó mi padre en su lecho de muerte y pensé mil veces en ir a verte. Al final siempre surgía algo, y, bueno, tampoco era una cosa para hablar por teléfono. Sabía que tarde o temprano nos volveríamos a encontrar. Además, ya no había ninguna urgencia. En todo caso, lo contrario...

Por segunda vez, Madelaine se sorprendió.

—¿Qué quieres decir, que el tiempo juega a favor?

—Más o menos. Entiendo que estamos solos, ¿verdad? —quiso asegurarse discretamente.

—José Luis está en el despacho. Vamos al salón. Allí estaremos tranquilos.

Madelaine condujo a Álvaro hasta el salón.

—¿Es pronto para una copa? —preguntó ella.

Álvaro le dio la razón. Se sentó en el sofá y le hizo un gesto para que se aproximara y se sentara junto a él.

—Te juro que siento lo de ayer. Me comporté como un patán. Madelaine —dijo cogiéndole la mano—. Eres lo que yo necesito, y sé que podríamos ser felices. Es difícil encontrar a una persona que consideres tu igual en todos los sentidos. Y tú lo eres, sé que podría confiar en ti y quiero que tú lo hagas.

Su voz era casi un susurro. Madelaine tuvo que luchar contra el magnetismo que irradiaba el cuerpo de aquel hombre perfecto. Intentó retirar su mano, pero se dio cuenta de que, aunque en realidad no lo deseaba, sí que le agradaba su contacto caliente y seco. Su voz ronca y masculina la hipnotizó, y tuvo que emplearse con todas sus fuerzas para evitar el deseo que sus labios gruesos y bien dibujados despertaban bajo su piel.

—Y para demostrarte mi amor, te voy a contar lo que sé. Luego tú toma la decisión respecto a mí que desees.

Madelaine contuvo ansiosa el aliento. ¿Sería esta vez la verdad?

—Tu madre murió en esta casa.

El corazón de Madelaine se disparó. Álvaro le sostuvo la mano en señal de apoyo.

—Lo que voy a contarte es exactamente lo que me contó mi padre en su lecho de muerte. Una noche recibió una llamada de Clara. Creo que entre Clara y él hubo algo antes de que mi padre se casara con mi madre.

Madelaine asintió, sin molestarse en aclarar que sabía que aquello era cierto. Álvaro continuó.

—Mi padre siempre tuvo a Clara en muy alta estima. Se llevaban bastantes años pero admiraba su manera de manejar las fincas y su dureza, y además sentía que estaba en deuda con ella porque lo suyo no pudo ser. Clara le pidió que acudiera a la casa. Cuando llegó, de madrugada, se encontró con el cuerpo de tu madre. Había rodado por la escalera, según explicó Clara, y se había desnucado. Tu tía Rosario también estaba presente. Clara dijo que no había podido localizar ni a tu abuela ni a Rodrigo, que debían de estar en Sevilla. Quería que mi padre las ayudase a deshacerse del cuerpo. Mi padre se quedó horrorizado. Si había sido un accidente, debían llamar a la policía. Pero Clara temía al escándalo y corría el riesgo de que no la creyeran. Parece ser que había habido discusiones muy serias entre tu madre y tu tía frente a los sirvientes.

—¿Y Rosario?

—Rosario, según me dijo mi padre, había vuelto de una temporada en Venezuela y no abría la boca. Estaba como en shock. No sé. Mi padre dice que parecía ida. Clara confesó que el accidente había sido culpa de ella. Inmaculada amenazaba con irse para siempre y llevarte con ella y Clara no lo

podía consentir. Tu padre y tu abuela estaban en Sevilla. Discutieron, la golpeó y rodó por la escalera.

Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Madelaine. ¿Por qué quería irse su madre? ¿Cómo pudieron llegar a enfrentarse físicamente? ¿Qué hizo Rosario, por qué encubrió el crimen?

—¿Me estás diciendo que mi tía Clara mató a mi madre?

—Accidentalmente, según parece.

—¿Qué pasó con el cuerpo?

—Estaban haciendo obra en el edificio, no sé en qué parte exactamente.

Madelaine intentó hacer memoria. El último lugar que se había remodelado era precisamente la biblioteca de su madre. El lugar al que ella se sentía irremediabilmente atraída. El vello de su cuerpo se erizó al pensarlo.

—Bueno, aquí viene lo peor porque ni yo mismo me lo puedo explicar —dijo Álvaro, e hizo una pequeña pausa antes de continuar—: Parece que entre los tres la emparedaron.

Madelaine abrió los ojos como platos. No. Aquella conversación no podía ser real. Era una pesadilla. Una locura. Madelaine sintió que salía de su cuerpo y solo la mano caliente de Álvaro que apretó con fuerza la suya la mantuvo aferrada a la realidad de la tremenda revelación.

—No puede ser.

—Yo no lo he comprobado personalmente pero sí te puedo asegurar que mi padre se mantuvo cuerdo hasta el final. No encuentro ninguna razón para que se inventara una historia semejante.

—Mi tía Clara es una asesina y mi madre está emparedada en la biblioteca —resumió Madelaine para sí. Recordó a Berni, la antigua sirvienta. De un día para otro habían despedido a todo el servicio. Aquella podría ser la razón.

—Yo creo que más bien fue un accidente desgraciado y ya sabes cómo son nuestras familias: en nuestras casas nunca entra la policía. ¿Para qué? Hubiera sido aún peor. El mal estaba hecho.

Claro, pensó Madelaine, por eso Rosario no hablaba con Clara, por eso su madre se fue sin despedirse, pero ¿por qué esa misma noche murieron su padre y su abuela?

—¿Y mi padre y mi abuela? ¿Dices que no estaban en la casa?

—Mi padre creyó que había sido tu madre la que, en venganza hacia los Martínez Durango, los arrastró con ella al más allá. Murieron en un accidente esa misma noche cuando regresaban de Sevilla. Aunque puede que no fuera más que pura coincidencia. O tal vez los nervios y la precipitación en la carretera al conocer la noticia. No sé cómo, la verdad.

Madelaine no creía en las coincidencias y valoró enseguida que Álvaro hubiera hablado. Parecía sincero, más de lo que lo había sido nunca. Por primera vez se sintió muy cerca de él. Había guardado un secreto muy grande. Es más, sus familias estaban unidas por hilos desconocidos, invisibles para ella, para el mundo. Pero esos lazos suelen ser los que mantienen a las familias unidas: los lazos de la sangre derramada. No los genéticos, sino los creados por los hombres más o menos voluntariamente. Esos vínculos son indestructibles, capaces de sobrevivir generaciones. Madelaine empezaba a entender las razones por las que su tía Clara había elegido a Álvaro como su futuro marido. Sin embargo, no pudo dejar de pensar que los lazos de sangre derramada se hacen entre humanos no consanguíneos con un objetivo principal: la protección. ¿De qué tenía que ser ella protegida?

—Mi padre nunca volvió a ser el mismo, o eso me dijo. Yo era muy pequeño, como tú, y no recuerdo otro don Manuel que el que tú también conociste: lejano, autoritario, volcado en sus negocios y siempre serio y misterioso. Hizo a mi madre muy desgraciada. Afortunadamente no era mujer de muchas luces, o quizá nunca las quiso encender, quién sabe. Bien, pues eso es todo lo que sé.

Se hizo un silencio.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—No lo sé. —Madelaine no lo sabía. Iba a costarle digerir todo aquello.

Álvaro la miró a los ojos, solemne, podía sentir por las vibraciones que emitía su cuerpo que para él su respuesta era crucial, que una negativa por su parte no solo le arruinaría el día.

—¿Podrías hacer un esfuerzo más y decirme si te vas a casar conmigo? —le suplicó—. Te quiero, Madelaine.

—¿Sabes que tenemos graves problemas económicos? —Madelaine quería que estuvieran todas las cartas sobre la mesa.

Álvaro se sorprendió, o actuó como si se sorprendiera. Madelaine no

pudo distinguir si era sincero.

—No, no lo sabía. Pero no me extraña. Tu tía es muy mayor para gobernar tanto patrimonio. Claro, ahora entiendo la presencia del fiscalista. Pero seguro que es solo un problema de liquidez. Yo podría ayudarte. Vuestro patrimonio sigue intacto. De eso tengo constancia.

—He oído que tú también tienes problemas.

—Ha sido un mal año en el campo, sobre todo por los incendios, pero me las estoy arreglando. Espero que los seguros cubran una parte de las pérdidas. Sin embargo, no te quiero engañar, un matrimonio entre nosotros dos uniría nuestras propiedades y resultaría muy beneficioso para ambos. Pero esto ¿qué tiene que ver con lo que te pregunto?

Nada, pensó Madelaine, cuando dos personas se quieren de verdad y proyectan un futuro juntos no importa nada. Y la nada, de repente, se convirtió en un sentimiento físico y amenazador. La nada que nunca lo es.

1939, San Gabriel

A Olivia ya no le importa nada. O mejor dicho, hay algo que le importa por encima de todo, que es lo que pasa cuando a una persona ya no le importa nada. A Olivia no le preocupa que su institutriz se percate de su escapada, ni que su padre la castigue físicamente hasta que la piel se le abra de tal forma que ni con las cataplasmas de María Luisa pueda dormir en varios días, ni tener que pretender ante las criadas que la piel no le escuece bajo la ropa almidonada. Ni siquiera le molesta que la gente del pueblo murmure. Le importa un bledo su vida, y mucho menos la del ser que crece dentro de ella. Esa menos que ninguna. Y no porque vaya a ser una mala madre. Buena, mala, eso ni se lo plantea. Carece de madurez para entender las dimensiones reales de su problema. Olivia todavía no es una mujer, aunque otras a su edad ya lo son. No ha crecido, ni siquiera ha podido soñar qué hacer con su vida porque no se lo han permitido. La han modelado para una vida ordenada e intachable, y la rutina, para la mayoría de las chicas de su clase, termina resultando cómoda. Su prima Eloísa está a punto de casarse con un hombre al que prácticamente desconoce pero ha encontrado placer en elegir y bordar su

ajuar, en soñar en su futura casa, en los niños que tendrá... Olivia comentó una tarde en el patio de naranjos de la casa de su prima lo que le cansaba a ella bordar y Eloísa la miró atónita. Es mucho más fácil que tener que pensar, respondió Eloísa. Ella jamás desearía otro trabajo. Olivia entendió que en realidad ella, como su prima, no se ha hecho una composición del mundo. Se lo han dado construido.

A Olivia solo le importa que Manuel regrese. Que regrese y lo arregle todo. Debe hacerlo porque es el amor de su vida. Ella es una princesa y no puede ser deshonrada. Los cuentos siempre tienen un final feliz. Pero ni ella misma termina de creérselo. Ya no reza. No confía en que Dios vaya a ayudarla. La noche anterior decidió que si no consigue localizarle antes de que el embarazo sea *vox pópuli* se quitará la vida.

Olivia espera que Néstor acuda a la cita en el olivar, pues es el único que puede ayudarla. Le hizo llegar una nota con el chico de la cocinera pero nunca obtuvo respuesta. Son las dos de la mañana y hace frío. Olivia se ciñe con fuerza el grueso chal de lana negro sobre el abrigo de paño también negro. ¿Qué pensará Néstor de ella? Pensará mal, claro. La cuestión es: ¿piensa de ella tan mal como para no acudir? Le da igual lo que piense con tal de que la ayude a localizar a Manuel. Se entretiene meditando sobre la imagen que deben de tener los demás sobre ella. Sabe que tiene fama de fría. Nadie sabe muy bien lo que corre por su cabeza. Es tan reservada. En realidad, todo es producto de la educación, de las formas. El aura de misterio que la rodea, ese que hace que la gente nunca sepa muy bien lo que lleva por dentro, es la mano de su padre manejando sus emociones, como si de una marioneta se tratara. Ella se deja, o se ha dejado. Solo la locura que ha hecho por Manuel, para estar con él, ha sido decisión suya. La única decisión propia de su vida podría acabar con ella.

Escucha pasos. Su corazón late con fuerza cuando se oculta tras el tronco centenario de un olivo. Suplica para sí deseando que no se trate de un cazador furtivo, de esos con los que su padre está siempre a la gresca.

—Señorita Durango, ¿está usted ahí?

Olivia sale aliviada. Es Néstor.

—Don Néstor, muchas gracias por venir.

Néstor asiente. Le llama la atención que Olivia le trate de don en una

circunstancia como esa, pero le gusta, le hace sentir importante. Admira sus buenos modales, su educación exquisita, y no entiende cómo ha conseguido caer en las redes de un rufián de medio pelo como Manuel. Ojalá él hubiera podido..., pero Manuel no va a dejarla para nadie más y además es su amigo, su compañero en la batalla, y antes incluso su hermano de leche.

—¿Sabe algo de Manuel? —pregunta Olivia ansiosa. Estar junto al mejor amigo de su amado le hace sentir un poco mejor, hace sus recuerdos reales.

—No. Pero él es así. Además debe de andar muy ocupado.

—Tengo que localizarle como sea.

Néstor no entiende la premura aunque por la forma en la que su voz tiembla debe de ser grave.

—¿Ha pasado algo?

Olivia no se lo piensa dos veces. Necesita hablar con alguien. Necesita arrancarse ese secreto tan espantoso de sus entrañas como sea.

—Creo que estoy embarazada.

Néstor agradece la oscuridad de la noche. Se acercan a la luna nueva y apenas se disciernen sus siluetas y el vaho de sus cuerpos al respirar. El silencio que sigue a la revelación se mantiene flotando durante eternos segundos.

—Entiendo —dice finalmente Néstor. Esos segundos son empleados para pensar a la velocidad de la luz una y mil veces, para planificar, para montar la estrategia perfecta, la única posible. La mejor para todos.

—Necesito encontrarle. Tiene que volver. Hablar con mi padre. Esta vez, tendrá que aceptarlo.

Néstor sabe que su amigo está loco por la aristócrata. ¿Quién no querría una mujer así? No hay nadie más rubio, más esbelto, de una piel nívea, más parecida a la de una virgen de inmaculada belleza, de ojos más azules, de dientes más blancos... Es un ángel de postal. Además rica, riquísima, de una de las familias más nobles y antiguas. Es imposible no caer rendido ante ella porque es imposible encontrar a nadie que la iguale en nada. Pero también sabe que Manuel ha estado enamorado una y mil veces. Las mujeres le hacen perder la cordura. Y no solo por sus perfecciones, sino también por sus defectos. Por la que tiene unos ojos provocadores, o una falda demasiado corta, o una boca muy carnosa, o una lengua descarada, o incluso por la que

es dueña de un trasero rotundo..., sus gustos cubren un espectro infinito. Sabe que no guardará ausencias durante su estancia en América. Su mandato como hombre le excusa de compromisos de lealtad. La carne debe ser satisfecha aunque el corazón pertenezca a Olivia. Eso es lo único que le ha prometido: jamás volver a enamorarse de otra. Y el juramento ha quedado grabado, por las desconocidas y jamás reconocidas dotes de Olivia, en los anales de su Historia, sin saber, ninguno de los dos, que se convertirán en su mutuo castigo.

—Olivia, no creo que eso sea posible —comienza Néstor con cautela.

Olivia se da cuenta de que Néstor se apea del tratamiento y se alarma. Se siente arrancada de las alturas y depositada sin miramientos en el mundo de los mortales, de los vulgares y corrientes. Pero no se queja. Lo acepta como parte de la sanción, aunque tiene que hacer grandes esfuerzos y se traga la rabia de su orgullo de clase.

—Yo misma iré a buscarle si es necesario. Me escaparé. Tengo dinero.

—No conseguirás nada. Sería una locura —responde Néstor alarmado. No conoce a Olivia. Ni siquiera ella se conoce, pero el «no puedes» escuece en su pecho. Hasta la fecha, el «no puedes» no ha significado nada para ella. Solo unas palabras que a los demás han hecho sentir seguros. Para Olivia nunca han sido cadenas. Sin embargo acaba de darse cuenta de que las llevaba puestas. Y entonces abre los ojos.

—Estoy embarazada. No tengo nada que perder. Si tú no me ayudas... —también ella deja atrás formulismos de cortesía.

—Yo no he dicho que no vaya a ayudarte —replica él cortante. Jamás imaginó que podría hablar así a Olivia—. Déjame pensar un momento.

—Por favor... —le suplica Olivia con impaciencia. Intenta que su voz suene dulce, encantadora, desvalida, como les gusta a los hombres.

Se hace otro silencio ensordecedor que dura apenas un minuto. Néstor ha de tomar una decisión importante. La más importante de su vida, y necesita asegurarse de que será capaz de cumplir, y lo más fundamental: de que merecerá la pena.

—¿De cuánto estás?

—De cinco meses, más o menos.

—Es imposible que le localicemos en tan poco tiempo. Y, aunque lo

hagamos, no creo que venga.

—Él vendrá.

—No, no vendrá —repite Néstor con rotundidad.

—¿Por qué me dices eso? —pregunta Olivia furiosa—. Sé que no debíamos... pero no es asunto tuyo. Él no es así. Me quiere.

Néstor se acerca a ella y la coge por los hombros. La zarandea para que salga de esa pesadilla en la que está inmersa, para que pueda escucharle, entenderle.

—Escúchame bien, Olivia. Manuel es un sinvergüenza. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Este problema vas a tener que afrontarlo tú sola. Podría hablarte de todas sus mujeres y de sus planes de hacerse rico, razones ambas por las que sé con seguridad que él no volverá, menos para hacerse cargo de esto.

—¿Me estás diciendo que él nunca me ha querido, que me ha engañado?

—No. Si las cosas hubieran sido distintas, si él se hiciera rico en América como sueña, seguramente hubiera terminado regresando para pedir tu mano. Pero eso ya no puede ser. El tiempo juega en tu contra. Si pierdes tiempo en esperarle, solo conseguirás deshonar a tu familia y arruinar tu vida.

A Olivia se le saltan las lágrimas. Se suelta de sus brazos con fuerza. Comprende, y, aunque le duele en el alma, presiente que tiene razón.

—Te agradezco que hayas venido aquí esta noche —le dice. Le tiemblan las piernas pero se da media vuelta con ímpetu, anhelando internarse en las sombras, desaparecer en la noche para siempre.

—Olivia, espera —le pide él. Su tono es casi suplicante y las palabras chocan contra el frío aire de la noche, deteniendo el instante.

Ella se da la vuelta hacia Néstor con la mirada altiva empañada por el torbellino de confusión y lágrimas.

—Olivia..., ¿quieres casarte conmigo?

Cuando dos personas proyectan un futuro juntos, no debería importar nada. Pero siempre hay algo que importa. Y no precisamente es el amor.

—Tu padre pudo haberse casado con mi tía Clara —dijo Madelaine.

—Pero por suerte no lo hizo porque, si lo hubiera hecho, ahora seríamos

primos.

—¿Y tú no sabes por qué no se casó? ¿No te contó eso tu padre?

—No. Solo sé que sentía algo muy especial por ella. A mí siempre me pareció que se sentía culpable. No sé.

Álvaro cogió la mano de Madelaine.

—Cásate conmigo —le volvió a pedir—. Por favor, sé mi esposa.

Madelaine, llevada de algo que no podía comprender, se sintió invadida por el horror. Su madre estaba allí, entre aquellos muros, emparedada. La madre a la que tanto había añorado, por la que tanto lloró, que la dejó huérfana sin despedirse. Sus tías tuvieron que ver en su muerte, y la estuvieron engañando, porque la verdad era imperdonable, y lo que no se puede perdonar no se cuenta. No al menos en su familia. Madelaine se sintió entonces encadenada para siempre a aquella casa, un útero materno que la engendró egoístamente. Los Martínez Durango no tenían hijos con conciencia de ser seres independientes, con derecho a elegir su vida. Los Martínez Durango nacían con una obligación que les perseguía, no importaba cuánto tiempo o cuán lejos huyeran, siempre terminaría por obligarles a regresar.

—Parece que está escrito, ¿verdad? —manifestó Madelaine con un hilito de voz.

Álvaro sonrió entusiasmado.

—Tomaré eso por un sí. Y además tengo una noticia que te alegrará: tu tía nos deja esta casa. Ella se muda. Me ha hecho prometerla que aquí criaremos a nuestros hijos.

A Madelaine se le heló el corazón.

Álvaro se fue poco después. Tenía negocios que atender y Madelaine le acompañó con gusto al portal, sintiéndose una persona distinta, alienada de sí, manejada por otro. Sentía que en su interior se había librado una batalla y que ella había quedado perdida entre la masa que luchaba, tanto era así que ya no sabía ni cuál era su bando ni contra quién luchaba. Para terminar de complicar las cosas, los soldados enemigos no eran exactamente torturadores ni violentos, sino que utilizaban armas narcóticas o hipnóticas. ¿No estaba

ella bajo los efectos de alguna hipnosis, actuando bajo la autoridad de otra persona? El café ya frío que había quedado sobre una alacena de paso la trajo de vuelta a la realidad. Pensar en José Luis la hizo sentir mal, culpable. Cogió el café y subió de nuevo a la cocina.

Minutos después, entraba con un nuevo café en el despacho donde trabajaba José Luis, que, al verla entrar, levantó la cabeza de entre los cientos de papeles que le rodeaban. Sobre todos ellos, su ordenador portátil, intentando poner orden en medio del caos de décadas.

—Aquí tienes el café. Perdona el retraso —se disculpó Madelaine colocándoselo sobre una pila de carpetas, pues no había hueco libre en la enorme mesa.

—Escuché voces.

—Sí, era Álvaro. Creo que ya sé dónde está mi madre.

Madelaine contó lo que Álvaro le había revelado y el fiscalista escuchó atentamente.

—Y ¿qué piensas hacer? —preguntó cuando Madelaine terminó la narración.

—Nada. ¿Qué puedo hacer?

Madelaine estaba sentada en la silla frente a él, y su humor era extraño. No sabía cómo se encontraba. Quizá en shock, quizá era que no le importaba, quizá no le podía importar... José Luis estaba confuso.

—Pues para empezar hay que averiguar si lo que dice es cierto —respondió José Luis extrañado de su reacción—. Deberíamos picar la biblioteca.

—¿Te has vuelto loco? Claro que lo que me dice es verdad. Nadie contaría una historia semejante. Y a estas alturas, siendo además como parece un accidente, ¿para qué involucrar a la policía, ni a nadie? Mi tía no vivirá mucho. Nada va a volver.

—Así que te rindes.

—Tú dijiste que a mi madre se la puede dar por muerta, ¿no?

—Sí, debido al tiempo que ha estado desaparecida.

—Pues dejémoslo así.

José Luis la miró muy decepcionado.

—¿Así?

Madelaine suspiró. De repente estaba muy cansada, como si el peso de toda su familia le hubiera caído físicamente sobre los hombros.

—Si pudiera saldría corriendo ahora mismo, huiría para nunca más volver.

—Pues hazlo —dijo José Luis ansioso, presintiendo que Madelaine no podía quedarse allí, que su estado de ánimo era peligroso. Deseando poder decirle «huye conmigo».

—Es un consejo un poco extraño para venir de una persona tan juiciosa y racional como tú.

«Yo no soy como tú te crees», pensó José Luis. «Ojalá pudieras verme, verme por dentro.» Amaba a esa mujer y sentía que se le escapaba como arena entre los dedos.

—¿Qué va a pasar con Álvaro? —preguntó José Luis con cautela, temiendo lo peor.

—Parece que me casaré con él. Nuestros destinos están unidos.

José Luis la miró desesperado. ¿Qué le pasaba? Era como si ella tuviera un velo que no le permitiera ver con claridad. Se acercó hacia ella y la levantó de la silla de un tirón.

—No. No puedes hacer eso.

Entonces la besó, sin sentirse nadie, nadie más que él. Fue el beso apasionado de un desahuciado, un beso con el que José Luis retaba al cielo y al infierno. Un beso para sellar un amor único. Cuando se soltaron, quedaron abrazados muy cerca, mirándose a los ojos, encontrándose. El tiempo parado. Ni un sonido fuera ni dentro de la casa, que había quedado sellada, preservando la santidad del instante.

—Perdóname —pidió José Luis—. Igual me he pasado.

—No, perdóname tú —rogó Madelaine casi en un susurro—. Yo sí que no entiendo por qué no he cortado lo de Álvaro.

José Luis asintió, entendiendo que el hechizo de Álvaro o de lo que fuera había quedado roto. El velo, desintegrado por obra y magia de aquel beso.

—Crearás que soy una mujer muy voluble —dijo Madelaine avergonzada y aturdida.

—No, estás demasiado influenciada por las circunstancias, y por tu herencia. Es como si hubiera trazas de otros deseos entrelazados bajo tu piel.

Y debes ser consciente de ello para que no te controlen. Es la explicación que me he dado a mí mismo para no implicar a ningún fantasma y para poder pensar que sí podemos controlar nuestros destinos.

Madelaine le miró perdida en el tumulto de deseos y sentimientos propios y ajenos, transparencias superpuestas sin orden ni concierto. El anhelo de que aquel hombre la apretara contra sí por siempre jamás la desconcertó aún más. Ella nunca había necesitado a nadie.

—No me hagas caso —terminó José Luis—. Ahora tenemos otro asunto pendiente, mucho más urgente. Déjame terminar con estos papeles y a la hora de comer hablamos, ¿te parece?

Madelaine asintió. Sabía que le estaba dando tiempo para digerir, para entender y decidir por sí misma qué iba a hacer con su vida y con la historia de su familia. ¿Se podía estar más confusa?

José Luis no comió con ella aquel día. Desapareció de la casa. Poco antes de la hora de comer, Madelaine escuchó la cancela que se cerraba. Bajó y se dio cuenta de que José Luis se había ido sin despedirse. Este hecho la perturbó. Habían quedado en comer juntos. «A la hora de comer hablamos», había dicho él. Y entonces, ¿él se escabullía como un ladrón? Debía de haber una explicación razonable pero no se le ocurría ninguna, excepto que se hubiera arrepentido del beso que le había dado. ¿O había sido todo un sueño? Madelaine se sintió muy insegura pero intentó tomárselo con calma. Su tía no había regresado. Entonces se fijó en que había un sobre en el escritorio, con su nombre. Lo abrió. «Volveré en unos días, cuando lo entienda todo. Te quiero, José Luis.» Su corazón se paralizó. ¿Cómo se iba así, sin despedirse, sin explicarse? ¿Cómo la dejaba sola con una tía asesina y con un pretendiente peligroso? Ella no estaba segura de poder resistir. Quizá José Luis se sentía muy seguro después del beso pero Madelaine recelaba de sí misma: los sentimientos de Álvaro eran una pegajosa tela de araña, difícil de sacudir y más aún de quitarse de encima. ¿Dónde estaría su tía? Justo cuando pensaba en ella, sonó el teléfono.

—Madelaine. Volveré a casa por la tarde. No me esperes para comer.

La voz de la tía Clara sonó fría e imperativa por teléfono. Madelaine

respondió con suavidad, con ese cuidado que procura el que alberga malos pensamientos.

—Claro, tía. ¿Quieres que prepare algo para cenar?

—No hace falta. Con un yogur tengo bastante. ¿Qué hace el fiscalista?

—Su trabajo —respondió Madelaine. De repente pensó que era mejor que no creyera que estaba sola, y, por otra parte, tampoco quería dar explicaciones.

—Bien, hasta la noche entonces.

La tía Clara colgó el teléfono. Madelaine resolvió que era el momento de averiguar si había algo detrás de la biblioteca. Fue al patio trasero intentando encontrar algo con lo que poder picar la librería. Pero la tía Clara hacía tiempo que se limitaba a regar los geranios. Así que cogió la llave de la antigua zona de servicio. Al pasar por la cocina, recordó la escena con José Luis y se turbó. Pensó en la cantidad de sentimientos y pasiones que habían recorrido su cuerpo desde que llegó. Suficiente material como para crear con ellos varias vidas de personas totalmente distintas. Atravesó la cocina y salió por la puerta que daba a la zona del gallinero y las perreras. Enseguida vio lo que necesitaba. Entre los aperos abandonados en una esquina de la antigua perrera, encontró un pico y un cubo cubiertos por telarañas. Los puso debajo del caño de la alberca donde bebían los animales y accionó la manivela. El agua tardó un poco en subir y lo hizo precedida de unos preocupantes quejidos, los mismos que le hicieron a Madelaine darse cuenta de que su plan era una locura. Necesitaba meditarlo mejor. Abandonó los aperos allí mismo y se dirigió a la biblioteca resuelta a averiguar la verdad.

La biblioteca, de unos seis metros de largo por tres de alto, era de caoba distribuida en diez columnas que albergaban nueve cubículos rectangulares idénticos. Madelaine se colocó a un par de metros de distancia, intentando dilucidar algo irregular en su construcción que arrojara alguna pista. Pero nada llamó su atención, así que se dispuso a retirar todos los libros. Empezó de izquierda a derecha, apilando los volúmenes en el lado opuesto a la librería, debajo de la ventana. Pronto las pilas se multiplicaron. Era sorprendente lo que el orden hace respecto a la cantidad. Desordenados en el suelo, los libros parecían multiplicarse hasta el infinito.

El ejercicio físico pronto la animó a quitarse el vestido y quedarse en ropa

interior. Estaba todo muy limpio. Apenas una imperceptible capa de polvo delataba que los libros yacían inertes desde hacía décadas. En realidad, la tía Clara no debía de usar la biblioteca, y aquel lugar, como la mayoría de la casa, se había convertido en un mausoleo, una especie de museo familiar, listo para acoger al turista ansioso por acercarse a la España profunda. Una imagen futura le vino a la cabeza: así acabaría aquel lugar, ¡como museo! Pero por ahora era su hogar. Repudiado, pero hogar a su pesar. Escuchó de nuevo el vacío, el absoluto silencio, apenas roto por su respiración agitada con el ejercicio. Al retirar una colección de la obra de Rilke, un libro llamó su atención. Era un recopilatorio de cartas del poeta alemán a su editor. Estaba muy manoseado. Al abrirlo encontró numerosas anotaciones a lápiz. Se fijó en una página donde había párrafos subrayados. «... No hay ni un aquende ni un allende, sino la gran unidad en la que también habitan los seres que nos superan, los ángeles... En aquel “máximo mundo abierto” existen todos... La naturaleza, las cosas de nuestro trato cotidiano y de nuestro uso son, por cierto, provisionales y caducas, pero son, mientras estamos aquí en la tierra, nuestra propiedad y nuestra amistad. Las cosas tienen que ser comprendidas y transformadas por nosotros. ¿Transformadas? Sí, porque nuestra tarea es esta: impregnarnos de esta tierra provisional y caduca, tan profundamente, tan dolientemente, tan apasionadamente, que su esencia resurja otra vez en nosotros...»^[2] Continuaban las anotaciones, los subrayados, pero la idea de un máximo mundo abierto, en donde existen todos, y de una esencia común y enriquecida se quedó resonando en la cabeza de Madelaine. Aquella podía ser la clave de la confusión en la que estaba viviendo. Eran todos, todas ellas, las mujeres de su familia, las que vivían allí también en aquel instante. Antes de que sus pensamientos se enredaran más allá, descubrió al final del libro, casi convertida en una página más debido a los años de presión entre los cientos de volúmenes, una carta. Estaba dirigida a su madre aunque la dirección era la de la Fundación. El sobre había amarilleado por los bordes y llevaba sello venezolano. El corazón de Madelaine se aceleró. Había sido abierta con mucho cuidado con un abrecartas y con el mismo esmero extrajo ella la hoja del interior. La abrió temiendo que pudiera desintegrarse al contacto con el aire y que el más importante de los secretos se ahogara para siempre en la inmensidad de la historia. No estaba fechada. Se fijó en los sellos. Correos

había estampado una fecha: 14 de diciembre de 1972. El año de su nacimiento.

«Querida mía, decirte que te echo de menos apenas significaría una décima parte de lo que siente mi corazón. Desde mi exilio forzoso, intento no guardar rencor, porque sé mejor que nadie que eso ni me ayuda a mí ni producirá nada positivo. En ese empeño paso la mayor parte del día. Pero no puedo olvidar nuestros besos, ni el olor de tu piel. Os echo de menos, a ti y a la niña que aún no conozco, porque ¿es niña? En un mundo justo, o simplemente lógico, hubiera sido mía. Quizá lo es, ¿verdad?

»Sabía que no me escribirías. Pero sé también que no es porque no me quieras, sino por vergüenza y miedo. La vergüenza deberías arrancarla de tu alma porque has creado una tela cada vez más densa que no te anestesia de la realidad como tú crees. Solo te aísla más si cabe. Y el miedo, en fin, ahí ya no entro porque mis hermanos, en nombre del deber, son capaces de cualquier barbaridad y mi madre hay cosas que prefiere no ver.

»Sé que, aunque volveremos a vernos, jamás podremos compartir la vida, y sé también que estamos arruinando nuestro paso por este mundo. Pero, a pesar de todo, hoy entiendo un poco más... Nuestras vidas sí tienen sentido, lo tendrán para nuestra hija. Te quiero, siempre, Rosario.

»P. S.: No te escribo a casa porque Clara no permitirá que te llegue nada mío. Espero que las monjas cumplan con discreción. Esta será la única carta. No quiero ponerlas en un compromiso.»

Madelaine tuvo que leer varias veces la carta. Su madre y la tía Rosario habían sido amantes o, al menos, habían mantenido una relación profunda y clandestina. Por lo que se deducía, las habían descubierto y Rosario había sido obligada a marcharse al destierro. Su madre y la tía Rosario eran lesbianas. El descubrimiento le hubiera hecho sonreír si no hubiera tenido consecuencias trágicas. La tía Rosario fue siempre muy poco femenina. Jamás la vio vestida con falda ni usar maquillaje, pero tampoco hacía mucha falta para estar todo el día en la casa o en el campo. Y es verdad que la quiso como una madre. Realmente fue su madre. Los recuerdos de Inmaculada sin embargo eran muy difusos. No era capaz de imaginarla más allá de una persona solitaria, de ojos tristes. El recuerdo de su sonrisa apareció como el de una máscara que servía para proteger a Madelaine niña de la amargura que

la embargaba. Se dio cuenta de que cuando su madre murió debía de tener menos de treinta y cinco años, es decir, más joven de lo que era ella ahora. No le resultó difícil ponerse en su lugar. Aquella casa debía de haber sido una jaula de oro.

La puerta de la habitación se abrió. Clara apareció atónita.

—¿Qué haces?

Madelaine se volvió hacia ella paralizada. Los libros a medio vaciar de la biblioteca ocuparon los ojos de la tía Clara y Madelaine, en un impulso reflejo, enterró la carta en el mismo en el que había yacido en silencio durante treinta años.

—¿Qué haces? —repitió la tía Clara. Esta vez el tono de sorpresa había sido reemplazado por la frialdad del hielo.

—Ordenar un poco —explicó con un leve tartamudeo—. Quería saber qué libros hay. Igual los podemos donar a una biblioteca.

—¿Y por qué haríamos eso? —preguntó la tía Clara.

—Para que tengan una utilidad, para que se mantengan vivos.

—Si hubiera querido deshacerme de la biblioteca, ya lo hubiera hecho.

Cuando un fantasma sale de su tumba, sale para siempre y ya no hay Dios en la tierra que pueda hacerlo callar. Las palabras, los sentimientos a flor de piel de la carta, revoloteaban inquietos, exigiendo explicaciones alrededor de Madelaine. El libro de Rilke le quemaba en la mano.

1972, San Gabriel

Inmaculada introduce la carta de Rosario en el libro de Rilke y se queda observando la portada. No es el diseño de la cubierta lo que le llama la atención, sino que ha encontrado allí, sobre el cartón, un lugar para pensar. Rilke es mucho más que un poeta. Le ha enseñado a Inmaculada a ver el mundo con otros ojos, a dar un sentido a lo que la rodea, no siempre positivo. Se identifica con la melancolía, con la idea de la trascendencia del dolor que aparece en sus *Elegías*. Empieza a entender que ya es parte de aquello. Y se rebela. Cuando llegó, Inmaculada se dejó deslumbrar ante la posibilidad de entrar en una familia aristocrática, de disfrutar de una vida más cómoda, de la

tranquilidad del campo. Estaba feliz por su fortuna, que había fabulado para que un soltero de oro se fijara en ella. Ahora maldice su suerte y al hombre que la encarceló. Ya nada brilla a su alrededor, solo siente amargura, frustración e infelicidad. Su marido, desde que la forzó, no ha vuelto a acercarse a ella. Inmaculada sabe que está avergonzado y que si ella extendiera su mano, él la aceptaría. Pero ella jamás le perdonará. De alguna manera, siente que lo que pasó la excusa para poder sentir lo que siente, amar a Rosario, aunque sea calladamente, para desear huir. Además Rodrigo tiene reacciones cada vez más desagradables y violentas. Bebe demasiado, su pelo empieza a ralear y se le están hundiendo las mejillas. Su madre se consume de dolor por el niño de sus ojos e intenta disimular, pero se nota que la mala conciencia por abandonarlos de niños nunca la ha abandonado.

Inmaculada se ha dado cuenta de que Olivia ha cambiado mucho desde que ella llegó a la casa. Siempre pensó que era frívola y promiscua, rebotante de sí misma, práctica y vividora. Ahora empieza a vislumbrar que ese no es más que el vestido que Olivia cree más favorecedor. En realidad es un vestido que ni siquiera ella eligió, sino su difunto marido, aunque esta parte de la historia Inmaculada no la conoce. Bajo el traje de lentejuelas, hay una mujer sensible, muy dolida, que ha entendido perfectamente lo que le está pasando con su hijo. Rodrigo es su hijo y su castigo, y una madre nunca se resigna. Clara y Rosario no despiertan en ella los mismos sentimientos. Clara es muy dura, no tiene nada que ver con su madre. Y Rosario no le preocupa. Siente que es mucho más segura y poderosa de lo que parece, aunque lamenta que también tenga que pagar el precio por haber nacido en esa familia.

Ayer, a la hora de la cena, Rodrigo no se presentó. Lleva tres noches fuera. Nadie sabe dónde está. Inmaculada se siente aliviada. Más lo estaría si supiera cuándo va a aparecer porque la sensación de que podría hacerlo en cualquier momento la desasosiega. Olivia, por el contrario, está deseando que Rodrigo regrese. Hasta que el reloj del comedor no marcó las nueve campanadas, no permitió que se sirviera la cena, confiando en que esa noche sí aparecería.

Inmaculada coloca el libro de Rilke en la librería. Madelaine debe de haber despertado ya de la siesta. ¿Y si vistiera a su hija sin pensarlo más y huyera? Una maleta rápida con lo imprescindible bastaría. ¿Qué pasaría? La

atraparían, sin duda. No tenía nada a su nombre. Por no poseer, ya no tenía siquiera cartera, pues nunca compraba nada y, cuando iba de tiendas a Sevilla, su cuñada pagaba todas las facturas. Cuando se casaron, su marido se había empeñado en que cerrara su cuenta en el banco, que había abierto bajo la tutoría de un primo lejano, y le entregase sus escasos ahorros. Él iba a proveer. Ahora, aquel dinero hubiera significado una pequeña bocanada de libertad. No le hubiera durado ni un mes, pero hubiera sido suficiente para salir del pueblo.

Inmaculada teme por la niña. No quiere contagiarle su infelicidad pero, al mismo tiempo, no ve posibilidad de que salga indemne viviendo en aquel ambiente. Echa tanto de menos a Rosario que le duele el alma solo de pensarlo. Envidia a las personas felices, aquellas que saben y pueden disfrutar el presente. Inmaculada no es así. Le gustaría, pero no puede pararse a disfrutar el presente, por mucho que parezca que tiene todo para ser feliz. Podría, si estuviera con Rosario y Madelaine. Solas y lejos de allí. ¿Por qué no puede ser? Pasado, presente, futuro. Ella ¿dónde vive? Arrepentida del pasado, aterrorizada con el presente, deseosa de un futuro distinto y mejor en el que pueda ser libre para construir su vida. Se levanta de la cama todos los días deseando que las horas pasen, y los días, y las semanas. Que pasen rápido para que por fin pueda empezar otra cosa. Se estremece al pensar que así se le podría ir la vida: deseando que pase. Inmaculada piensa entonces en su cuñada Clara, una mujer que vive en el pasado. No es una gran conversadora, pero por lo que ha podido deducir Inmaculada, de retazos aquí y allá, vive con la mácula de un amor imposible, y culpa de ello a su madre, aunque Inmaculada siente que esa historia es mucho más complicada de lo que pueda aparentar. Olivia no es del tipo de persona que frustra las expectativas de nadie. Quizá porque las suyas propias se han visto truncadas tantas veces, piensa Inmaculada, de nuevo suponiendo, pues apenas sabe de la familia en la que ha entrado. La amargura ha contraído el rictus de Clara y parece una cincuentona cuando todavía no ha cumplido cuarenta. Los amargados siempre viven en el pasado. Los ambiciosos, como ella, y como siente que es Olivia, viven en el futuro, deseando algo mejor. Inmaculada anhela el día en el que ella pueda parar los instantes y paladearlos. Desgraciadamente, ahora solo se le ocurre una forma de que eso pudiera

ocurrir. E implica varios muertos. Imagina una película de gánsteres americana y, por una vez, una sonrisa asoma por la comisura de sus labios.

—¿De qué te ríes? —pregunta Rodrigo.

—¡Estás aquí! —exclama Inmaculada descubierta. La sangre le bombea en el pecho con fuerza.

—Sí. ¿Contenta? ¿Entusiasmada? No, no me respondas —dice Rodrigo de mal humor mientras se dirige al mueble bar. Tiene aspecto descuidado y barba de varios días.

—¿Dónde has estado? —pregunta Inmaculada.

—Mi padre te hubiera respondido que un hombre no tiene por qué dar explicaciones.

—Pero tú no eres tu padre —afirma Inmaculada con cierta inseguridad.

—Pero soy tu marido, ¿verdad? —apuntilla él con frialdad.

Inmaculada decide que lo mejor es retirarse, cuanto antes.

—No te vayas —le dice Rodrigo. Siente que si se queda solo aparecerá un fantasma y le asestará el golpe definitivo.

—Tu madre estaba preocupada —le dice Inmaculada, sentándose en un sillón al lado de la puerta—. ¿Sabe que has llegado?

—Mi madre es una zorra.

Inmaculada se levanta de golpe para irse. No quiere seguir empapándose del rencor y la frustración de su marido.

—¡Siéntate! —ordena Rodrigo furioso. Al instante reconduce su ira y se sirve generosamente un whisky. Inmaculada se calla, aunque sabe que el silencio enerva a Rodrigo aún más que su presencia. El silencio se empieza a ahogar de tiempo y el tiempo se escurre por las esquinas, se filtra por las grietas de los muros y penetra hasta el tuétano del palacio. Rodrigo se sienta en el sofá con el whisky y hace girar los hielos, como si Inmaculada no estuviera presente. Su figura esbelta de caballero ha quedado reducida a escombros tras las innumerables incursiones en el corazón de las tinieblas. El alcohol, las drogas, las horas de insomnio intentando aparentar ser alguien, han pasado una inimaginable factura, dura e intransigente en su forma de pago. Al contado se pagan los excesos, piensa Inmaculada. Lo peor es que Rodrigo es incapaz de moderarse, y termina gastando lo que tiene y lo que no tiene. Y los intereses nos persiguen a los que le rodeamos... Inmaculada

siente cómo se le endurece el corazón. Quisiera no temerle, pero le teme. Sabe que, si quiere algo, nada le detiene.

—¿Qué quieres hacer con nuestra vida, Inma? —pregunta Rodrigo. Su voz dura y fría rasga el silencio como un cuchillo.

—No sé —comienza Inma con cautela, dudando si no será esa la oportunidad que aguarda—. Quizá pudiera irme un tiempo.

—¿Irte adónde?

—No lo he pensado.

Rodrigo suelta una carcajada de golfo de la noche que resuena siniestra en la quietud del salón.

—Seguro que lo has pensado —dice, y suspira con un cansancio que le nace de lo más hondo—. Puedes irte cuando quieras.

El rostro de Inmaculada se ilumina ante la posibilidad; pero, por supuesto, su marido no ha terminado.

—Puedes irte tal y como estás. Para que veas que soy generoso, incluso llevarte la ropa que llevas puesta. Las joyas de familia no, claro está. Esas serán para nuestra hija.

—No pienso marcharme sin mi hija.

—«Mi» hija no va a ningún sitio. Su lugar está con su familia. Y yo que tú me lo pensarías bien. Realmente no creo que tengas ni para un billete de autobús.

—No, por supuesto. Te has asegurado de que no disponga de dinero.

—Nunca te obligué a nada. Tú accediste a casarte conmigo muy contenta.

Inmaculada enrojece de rabia. Es un monstruo. Un monstruo poderoso. La rabia le hace sentirse dueña de una nueva fuerza. Es lo bueno de perderlo todo, piensa para sí, que ya no tienes miedo ni a la muerte. Rodrigo bebe un trago largo con placer. Le gusta sentirse con el control. Es la única satisfacción que le queda. Inmaculada se levanta para salir, pero cuando pone la mano en el pomo de la puerta Rodrigo lanza su amenaza:

—Y, por cierto, si tratas de llevarte a la niña, yo no seré el único que salga de caza. Mi hermana Clara puede ser mucho más peligrosa.

Inmaculada sale, dispuesta a lo que sea.

—Tú odiabas a mi madre —afirmó Madelaine como si hubiera tenido una revelación. La tía Clara frunció el ceño.

—¿A qué viene eso ahora?

—Dime, ¿la odiabas?

—Tu madre era una mujer muy egoísta. No debió casarse con mi hermano. No estaba enamorada de él. Nunca lo estuvo. Pero no la odiaba como tú crees. El odio, como el amor, se siente verdaderamente muy pocas veces en la vida. Yo amé una vez y odié otra, profunda y amargamente, pero no fue a tu madre.

—No te creo.

—Pues a estas alturas deberías creer en mi palabra.

Una corriente de aire cerró de golpe la puerta por la que había entrado Clara. La anciana le lanzó una mirada extraña.

—Sé que amaste a Manuel y supongo que por eso quieres que me case con su hijo —comenzó Madelaine. La tía tembló al escuchar su secreto resonar en la habitación pero se sobrepuso rápidamente.

—No, no es por eso. Es porque tenemos que estar más unidos..., pero no por el odio, ¿entiendes?

La tía Clara se agarraba con fuerza a esa idea de unión entre estirpes. Pero Madelaine tuvo una intuición.

—¿Y a quién odiaste?

—A mi madre. Porque me arrebató al hombre que yo amaba.

—¿Cómo arrebató? ¿Acaso se lo quedó ella? —preguntó Madelaine confundida.

—En realidad siempre fue suyo, hasta su muerte. Había una razón poderosa para que ella no pudiera vernos juntos —explicó con amargura—. Yo pensé que me odiaba. Pero en realidad me protegía.

—¿Porque Manuel era una persona despreciable? —continuó Madelaine intentando hilar los amores y desamores en algo que tuviera sentido.

La anciana se sentó en un sillón y suspiró derrotada.

—No. No era despreciable. Tenía sus cosas, no muy buenas, pero no fue esa la razón... Manuel era mi padre.

Madelaine la miró aturdida. La tía Clara parecía tan frágil, tan vieja, tan cansada. Podría estar delirando, pero no, sentía que lo que decía era cierto.

—Pero, entonces, Álvaro es mi...

—Tu nada —la cortó la tía Clara—. Es mi hermano de padre. Pero tuyo no es nada.

Madelaine fue directa al mueble bar y se sirvió un whisky. Le pareció lo más fuerte que alojaba el receptáculo sagrado de su padre. Hasta hacía un par de semanas ella era una huérfana criada con dos tías de vida tranquila, austera e intachable. Pero de repente una de sus tías, lesbiana, había tenido una relación con su madre. La otra, la anciana a las puertas de la muerte que estaba frente a ella, quizá la había asesinado. Aparecían fantasmas de vidas truculentas, gente emparedada, asesinos, amores prohibidos, incesto. Con razón la casa se le caía encima cuando era adolescente y, ahora, las vibraciones la tenían tan confundida con sentimientos ajenos, deseos no consumados, infelicidades y oscuridades. La tía Clara entendió que era el momento de explicarse o perdería a Madelaine para siempre.

—Cuando Manuel y yo estuvimos juntos ninguno de los dos conocía la verdad. Mi madre debió de querer morirse cuando se enteró. Pero no fue capaz de decirnos a ninguno la verdad. Consiguió que rompiéramos de la única manera que podía. Creo que se sentía tan mal que deseaba que yo la odiara. Y lo consiguió, vaya si lo consiguió.

—¿Y Manuel?

—Él nunca supo nada. ¿Para qué? Además, luego entendí que estuvo conmigo porque, consciente o inconscientemente, ansiaba estar con Olivia.

En verdad, Manuel había sido un espejismo para las dos mujeres. La pasión que sintieron él y Olivia nunca pudo evolucionar hasta la extinción, consumirse como tantas otras, y eso les marcó a ambos. La cicatriz de la ruptura forzosa nunca pudo curarse. Con los años, la sutura, en lugar de convertirse en otra arruga, se enquistó hasta convertirse en un apéndice feo, grueso y molesto. Manuel intentó hacer daño a Olivia acostándose con su hija, sin imaginar que Clara era también hija suya. Olivia había hecho un pacto con Néstor y era una mujer de palabra. No podía revelar su secreto.

—¿Y tú cómo te enteraste de que eras en realidad su hija?

La tía Clara palideció.

—Eso no te lo puedo decir. Yo... tenía veintiséis años y me resultaba imposible perdonar. He hecho cosas terribles en mi vida, Madelaine. —Su voz tembló, se volvió tenebrosa en el silencio de la sala. Había oscurecido y su silueta era ahora la de un espectro enjuto y perturbador. La tía Clara se levantó y se acercó a Madelaine. La agarró con fuerza del brazo. Madelaine sintió sus manos como las garras de un buitre y se imaginó convertida en su presa—. ¿Vas a casarte con Álvaro?

—Yo... no sé, tía. Quiero elegir por mí misma.

Los ojos de la tía Clara brillaron en la penumbra. Madelaine aferró el libro de Rilke, su tabla de salvación para no ser succionada hacia el abismo. El olor a muerte, dulce y fermentado, envolvía a la anciana.

—Pues entonces tu vida no tendrá sentido —sentenció la tía Clara, y Madelaine sintió una amenaza velada en su afirmación.

—Álvaro no es Manuel, y yo ni soy Olivia ni tú —se defendió Madelaine.

—Claro que lo eres, pero ¿es que no te has dado cuenta ya? ¿Acaso no has sentido como nosotras? ¿No has experimentado en tu piel, en tus entrañas, nuestras pasiones? En realidad eres afortunada, y no te das cuenta.

Madelaine palideció. ¿Le estaba hablando de esas sensaciones mezcladas con extrañas visiones que había estado percibiendo desde que llegó? No podía ser. La tía continuó.

—Estoy segura de que has sentido la presencia de Olivia y no solo una vez. Ella no va a descansar hasta que pueda reunirse con él.

Aquello era de locos. ¿Qué sugería la tía Clara, que el fantasma de su abuela la perseguía?

—Nunca imaginé que alguien como tú creyera en fantasmas —replicó Madelaine.

—Y no creo en fantasmas. Esa sería una explicación demasiado banal para entender por qué en ocasiones tú no te sientes tú.

—No sé de qué me hablas. Yo soy yo —dijo Madelaine, aunque su voz tembló.

La tía Clara le lanzó una mirada paternalista que la dejó descolocada.

—Ese es el problema de la gente joven. No entender que no son tan importantes. Nadie es tan importante. Tú eres yo, y Olivia, y lo que te precedió. Te guste o no.

—Yo soy yo —insistió Madelaine, pero algo en la seguridad de la tía Clara empezaba a hacerla dudar.

—Y yo quisiera haber heredado el pelo rubio de mi madre, y sus ojos azules y su esbelta figura. Pero no pudo ser. Hay cosas que no se pueden elegir. Creí que ya tenías una edad en la que te habrías dado cuenta de eso. Estar solo ahí fuera no sirve de nada. No me dirás que no te has sentido yerma, un bicho raro incluso, que los amigos no te han defraudado, que lo que soñabas que te iba a dar la vida era solo eso, un sueño que jamás se cumplirá. Tienes treinta y seis años. Tu vida ya ha empezado y qué es. ¿Qué has construido? Nada. Nada porque para ti es imposible. Es tu destino. Acéptalo de una vez y crece. Pertenecer a esta familia, ser la heredera de una estirpe de mujeres que ha producido ejemplares tan extraordinarios como tu abuela, o tu bisabuela, es un honor.

Pero Madelaine no iba a dejarse llevar. No al menos por donde marcaba su tía. Intentó aislar los descubrimientos y pensar rápidamente. La tía Clara aprendió la verdad de Olivia después de que ella abandonó la casa. Hasta entonces, el odio por su propia madre había sido tan radical, tan exagerado, que la llevó a borrar su presencia. ¿Cómo se habría enterado? ¿Tendría eso algo que ver con su madre?

—¿Y mi madre?

—Tu madre desapareció. No tenía nada que ver con esta familia. Cuando alguien no pertenece a esta casa, no entiende lo que significa ser uno de nosotros, no existe —dijo con vehemencia. Entonces soltó el brazo de Madelaine y salió.

Incluso después de haber abandonado Clara la habitación, quedó flotando el olor a muerte. Y el miedo. Una sensación atemporal, como de sueño. La biblioteca de su madre seguía semidesnuda, los libros en el suelo. El libro de las cartas de Rilke en su mano izquierda. Se fijó en que el volumen era más antiguo de lo que parecía y lo volvió a abrir. Era una edición de 1952 y había un nombre escrito junto al título: Olivia Durango. Madelaine, sorprendida, se quedó mirando la tinta azul y ligeramente borrosa. ¿El libro era de su abuela? Eso parecía. Pero ¿y los subrayados? Esta vez se fijó mejor en la letra. Parecía la misma que la que había escrito el nombre en la portada, y, sobre esta, otra a lápiz. La carta era de su tía Rosario y estaba dirigida a su madre,

pero Olivia y su madre habían compartido aquel libro, qué curioso. Se volvió hacia su brazo y se fijó en que había quedado una marca roja, prueba irrefutable de la fuerza de Clara y de que el momento había existido. ¿Era su tía una asesina? ¿Debía temer por su vida si la contradecía? Sacudió la cabeza, intentando mantener la cordura. Hora de irse a la cama.

La luna había desaparecido del cielo de San Gabriel. Madelaine corrió la cortina del cuarto de paso hacia su dormitorio. Antiguamente estos días eran temidos por los habitantes del pueblo que creían en hombres lobo y en brujas gitanas. Eran los tiempos en los que el mundo de lo invisible y el mundo de lo visible convivían con naturalidad. La llegada de la electricidad lo cambió todo. Hoy, a la luz de las farolas, los ciclos lunares habían dejado de gobernar el universo mortal y la luna nueva apenas servía para hacer desaparecer las sombras del campo bajo su esponjoso manto de oscuridad.

Madelaine se desnudó, se puso el pijama y entró en el baño a lavarse la cara y los dientes. Le gustaba cepillarse el pelo enérgicamente antes de acostarse, pero hacía días que había abandonado la costumbre. Habitualmente le relajaba, sacudía su cabeza de preocupaciones. Pensó que quizá el cepillado la ayudase a olvidarse de todo, al menos hasta la mañana. La sangre le golpeaba con fuerza las sienes. Estaba muy cansada pero no podía olvidar las palabras de su tía: «Cuando alguien no pertenece a esta casa, no entiende lo que significa ser uno de nosotros, no existe». No sabía qué pensar. Hace un mes, nunca hubiera dado crédito a una historia semejante: su madre asesinada y emparedada por su tía. Pero ahora... el mundo como ella lo había entendido hasta entonces estaba cambiando. Las cosas no eran lo que parecían a simple vista. En realidad estaba todo allí, desde el principio: los indicios, la casa, las presencias o lo que fueran esas sensaciones. Solo que ella había estado ciega. O su sensibilidad no había sido capaz de traspasar el muro de lo normal que protegía cual hechizo el trágico y abundante laberinto de pasiones de toda índole que cohabitaban en ese otro plano. Y allí, en ese lugar oscuro, sus antepasados violaban, asesinaban, engañaban, amaban, lloraban, eran infieles y desgraciados..., e incluso algunos se erigían en protectores. Así sintió el papel de su abuela, convencida de que lo que había visto la bruja venezolana

tuvo que ser verdad. El ángel de la guarda, ese ser de pelo rubio y piel clara, era Olivia, y ¿tienen que ser los ángeles seres puros sin deseos propios, sin más objetivos que ayudar a sus protegidos? El pensamiento la desconcertó. ¿Qué hay puro en este mundo? Ella sabía que ningún ser vivo puede ser puro porque vivir, sobrevivir, completarse, requiere de un motor de egoísmo sin el cual la existencia no sería posible. Un cocodrilo, o una mantis religiosa, o su tía Clara, por ejemplo, ¿son malos? Solo para el que se vea perjudicado por ellos y tenga el raciocinio y la escala de valores para juzgarlo. Cada cual tiene su agenda, su lista de prioridades. También los amantes. Nadie ama desinteresadamente, porque incluso amar es un sentimiento sumamente gratificante y necesario. Más aún: dar sin esperar nada a cambio es la droga más potente del universo, pensó Madelaine, que lo había comprobado en carne propia en varias ocasiones gracias a su trabajo como médica. De hecho, ejerciendo su profesión, en momentos puntuales, con algún paciente que recordaba con enorme satisfacción, había sentido la dicha más profunda. Suspiró. En realidad todos somos o aspiramos a convertirnos en yonquis del amor, y cuanto más tienes, más quieres, pensó para sí. Solo podía imaginar lo que sintieron su abuela y Manuel, pero lo de su tía Clara y Manuel, su propio padre, debió de ser tremendo. Enamorarte, acostarte con tu propio padre... Desterró rápidamente el pensamiento. Se le removían las entrañas y sin duda esta había sido la razón poderosa por la que la tía Clara había quedado tocada con la tragedia de por vida. La tragedia proterva plantada en sus entrañas terminó transformada en peligrosa obsesión, una obsesión de tal magnitud que había sido capaz de cambiar su forma de vivir su mundo.

Clara no había tenido opción de terminar en una institución mental o con algún tipo de tratamiento psiquiátrico o al menos psicológico, lo recomendable en estos casos. Era una Martínez Durango y, como tal, tenía otros recursos a su alcance, recursos... de familia. Así, la obsesión de Clara terminó con el paso de los años sepultada bajo la apariencia de señora dura y reservada, implacable. Solo ahora, al final de su vida, no podía mantenerla oculta por más tiempo, no había más tiempo para malentendidos ni planes maquiavélicos. Lo único que importaba era una cosa: las dos familias tenían que unirse de una vez y para siempre. Álvaro y Madelaine debían cerrar el largo camino que dos generaciones anteriores no habían sabido o no habían

podido concluir.

Madelaine se metió entre las sábanas convencida de que sería imposible conciliar el sueño. Apagó la luz. Los minutos empezaron a transcurrir lentamente. ¿Dónde estaría José Luis? ¿Por qué no la llamaba? ¿Y Álvaro? Sentía que la deseaba, pero ¿de verdad la quería? Entonces escuchó que la puerta de su habitación se abría y su corazón dio un vuelco. Forzó la vista todo lo que pudo, pero la negrura era infinita. Pensó en encender la luz pero el miedo y la sorpresa la tenían paralizada. ¿Sería su tía capaz de matarla? ¿También a ella? Escuchó atentamente y no oyó nada. Antes de convencerse de que debían de ser imaginaciones suyas otra vez, una respiración agitada le confirmó que aquello tenía que ser real. Estiró la mano para encender la luz de la mesita de noche y entonces tropezó con una mano de piel extremadamente suave, fina y huesuda.

—Madelaine —dijo su tía Clara en susurros, y espiró un quejido.

Madelaine se apresuró a apretar el interruptor de la lámpara. Su tía en camisón estaba frente a ella. Era la estampa de la Muerte, caída de bruces sobre la alfombra. Su mano izquierda quedó sobre las sábanas en una posición forzada. En el dedo corazón, el anillo de zafiros que Madelaine recordaba haberle conocido desde siempre brillaba como nunca.

1978, Sevilla

Olivia da vueltas al anillo de zafiros intentando mostrarse calmada en el asiento del copiloto. Rodrigo está al volante y conduce el Bugatti descapotable como un demente. Regresan a San Gabriel. Los dos visten de fiesta. Rodrigo de chaqué y Olivia un traje de lentejuelas plateadas que compró en París el año anterior.

—Es una hija de puta —masculla Rodrigo.

—Más despacio. Vamos a matarnos, Rodrigo —le advierte Olivia.

—Pues haberte quedado —responde él de malos modos—, esto no es asunto tuyo.

—Eres mi hijo. Todo lo tuyo es asunto mío.

—Déjate de tonterías. Ya soy mayorcito. Soy yo el que se ha casado con

una frígida mentirosa —dice Rodrigo, aunque desearía poder decirle que efectivamente todo es culpa suya, por haberles abandonado, por haberle hecho un inseguro incapaz de confiar en ninguna mujer, por haberlas comparado a todas con la diosa caprichosa de su madre, por haber buscado una de bajo perfil que no supo amar.

Olivia sabe exactamente lo que está pensando, y su conciencia la corroe. Si hubiera sido una buena madre, sus hijos hubieran sido felices. Si no se hubiera quedado embarazada de Manuel, si no hubiera aceptado a un hombre al que no amaba, si hubiera aguantado su destino... Los «si» son una pesada losa que en aquellos momentos le corta la respiración. Pero ella ahora debe mantener la calma.

—No puedes llegar en este estado, Rodrigo. Ella tiene sus derechos.

Rodrigo le lanza una mirada furibunda.

—Si te atreves a ponerte de su parte, paro el coche y te dejo aquí mismo —la amenaza.

A Olivia no le preocupa quedarse en medio del campo. Lo que teme es que su hijo llegue a casa y cometa una locura. Hace meses que sus ojos son un cenagal de desdicha. Su mirada no encuentra ojos humanos ni lugares amigos sobre los que mantenerse firme, en permanente huida, empieza incluso a perder la fuerza mínima y necesaria para salir de dentro de sí mismo. Lleva tiempo convencido de que en su interior no hay nada por lo que vivir y ahora ha determinado que tampoco lo hay fuera. Ni siquiera su hija Madelaine es capaz de arrancarle de su miseria. La niña le trae constantemente ramitas de olivo desde la tierra, pero él no las ve. Está cegado con la luz brillante sobre el mar y la sed insoportable le ha doblegado: ha bebido agua de mar y se ha condenado cuando tenía tantos caminos a sus pies. Quizá sea por su educación, al margen del mundo, relacionado solo con unos pocos privilegiados; o por el modelo de su propio padre; o porque es demasiado egoísta para salir de sí mismo. Olivia reconoce a Néstor en ese egoísmo victimista y le duele profundamente porque su gran virtud, ser una superviviente nata, no ha prendido en su hijo. La semilla de Néstor no debía haberse multiplicado, medita, sin importarles lo que pueda pensar Dios. I hace tiempo que se siente una marginada del paraíso y no espera nada, no desea nada, excepto para su nieta. Salvar a su nieta del infortunio perenne de los

Martínez Durango.

—Menos mal que tengo buenos amigos —farfulla Rodrigo.

Olivia sabe que los Martínez Durango no tienen amigos. Si se encuentran viajando a más de ciento veinte por aquella carretera es por culpa de un suceso accidental y desafortunado. En el punto álgido de la fiesta en casa del marqués de Lancia, Manuel Garrido, director de una sucursal bancaria de su pueblo y primo lejano del anfitrión, le había comentado, entre copas, con unas cuantas de más, que Inmaculada le había pedido un monto de dinero considerable. Le sorprendió tanto su visita, pues nunca había pisado el banco, como su petición. Ella le explicó que su marido estaba de viaje y que tenía que pagar unos billetes de avión o los perdería. Necesitaba aquel dinero con urgencia. El propio Manuel llamó a la agencia de viajes y confirmó la historia: dos billetes de avión de Sevilla a Londres para el día siguiente. En fin, que le dio el dinero sin necesidad de firma.

—Rodrigo, ese hombre ha metido la pata —le dice Olivia a su hijo intentando que se dé cuenta del error de su reacción—. Hay cosas que es mejor no saber. ¿De qué te sirve?

Rodrigo se vuelve a ella con la mirada encendida del loco. El pelo engominado y ralo revuelto por el viento.

—Ah, es mejor que mi propia mujer me engañe, que me robe.

—No digas tonterías. Es la madre de tu hija. Deberías dejarla marchar. Si quiere hacerlo lo hará, tarde o temprano.

—Nunca. Por encima de mi cadáver.

Olivia sabe que habla en serio. No es una expresión hecha. El convencimiento de que aquello es el final de una etapa la hace estremecer.

—Intenta tranquilizarte, hijo.

—¿Y permitir que me abandone? Claro, eso para ti no es un problema, ¿verdad? Tú ya lo hiciste. A ti debe de parecerle normal.

—Lo que yo tuve que hacer no tiene nada que ver contigo, ni con Inmaculada —responde Olivia con una calma mirífica. De repente siente el viento sobre su piel y el tumulto de rabia y frustración de su hijo como una fuerza sobrenatural ajena a ella. La noche oscura, solo iluminada por los faros del coche, los olivos a ambos lados de la carretera, serenos, impertérritos. Y se sabe ajena al momento, fuera de aquella escena, convertida en público de

un espectáculo teatral.

—Mi hija es mía —se dice Rodrigo sumido en la frustración.

—Tu hija va a estar mejor con su madre. Es muy pequeña. Además, tú nunca estás en casa. Piensa en ella, no en ti.

Pero Rodrigo ya no la escucha. No está en este mundo sino en el de la venganza, y ese es un lugar del que resulta casi imposible regresar sin profundas heridas.

—Si se va, la mataré. Lo juro —asegura Rodrigo y aprieta el acelerador.

Olivia escucha el rugir del coche y se siente preparada para sacrificar lo sagrado a cambio de que su nieta no se quede sin madre. Maldito Néstor, que la engañó convenciéndola de que Manuel no volvería. Olivia recuerda cada detalle de la noche en la que aceptó su propuesta de matrimonio. La angustia, la desolación, los pedazos de su corazón rotos, incrustándose bajo la piel. Su nieta no será otra víctima. ¿Qué salió de aquella unión? Broza seca y molesta que no ha sabido florecer, que es prescindible, que no ha encontrado el agua, la luz del sol. Ramas secas, donde solo ha brotado un esqueje. Olivia recuerda la promesa que le hizo a Dios el día en que Madelaine vino al mundo y su mirada se emborrona. Se vuelve hacia su hijo sintiendo su amor atravesado, entendiendo por fin el dolor infinito del padre que tiene que sacrificar al hijo. Sabe lo que debería hacer, pero necesita confirmación, darle a Rodrigo una última oportunidad.

—Rodrigo, por favor, recupera la cordura. Hazlo por tu hija.

—Madre, mi hija vino al mundo porque yo la traje. Es mía.

Olivia reconoce en ese instante que Rodrigo nunca sabrá ser un buen padre porque no puede. Ve. Ve un futuro que puede cambiar. Que está en sus manos. Cierra los ojos. Respira profundamente. El rostro de Manuel se forma ante ella. El que tenía hace cuarenta años. Sus dientes perfectos. El vello de su pecho suave. Siente que el corazón le da un vuelco cuando la mira. Desea que esos recuerdos tatuados en su piel, los únicos felices y que han merecido la pena de su vida, sean para su nieta. Es la única herencia que quiere dejarle: el fuego de una pasión inolvidable, capaz de hacer estallar un mundo, capaz de aniquilar varias vidas.

El viento de la noche azota su rostro a ciento cuarenta kilómetros por hora. La estrecha y vacía carretera, solo iluminada por los ojos del violento

animal de sangre negra y carne metálica en el que cabalgan, se transforma en un túnel hacia el más allá. Su pelo de luz al viento se convierte en estrella fugaz y su alma está dispuesta para la expiación. En la siguiente curva, Olivia estira el brazo rápidamente y obliga a Rodrigo a dar un volantazo. En milésimas de segundo, el coche se sale de la calzada y se estrella contra un olivo.

A Madelaine le costó unos segundos reaccionar. Su tía yacía inconsciente a los pies de su cama. Cuando consiguió sacudirse el terror de encima, se dio cuenta de que la anciana parecía haber sufrido un infarto cerebral. Rápidamente valoró las posibilidades. Llamar a la ambulancia o llevarla ella misma al hospital Virgen del Rocío. Se decidió por la segunda. Si se trataba de un accidente cardiovascular debía ser tratado en menos de tres horas, y ella podría llegar a Sevilla en menos de una. Sangrado o coágulo sanguíneo, sangrado o coágulo sanguíneo, se repitió una y otra vez, como si de un mantra se tratara mientras se vestía. En pocos segundos, estaba cogiendo en brazos a su tía, que afortunadamente era muy ligera, y apresurándose hacia el piso de abajo. Cuando llegó al coche estaba agotada. Los brazos le temblaban. Clara no había recuperado la conciencia en ningún momento, lo cual no era una señal demasiado alentadora. Afortunadamente a esas horas no encontraría tráfico.

8

SOLEDAD Y SEXO

Dos días después, Madelaine regresó a la casa palacio de San Gabriel. En ese tiempo, no pudo cambiarse de ropa, ni ducharse, ni mucho menos dormir o reaccionar ante lo que estaba sucediendo. El mundo pareció detenerse dos días antes y se había puesto en marcha de nuevo hacía apenas seis horas: Clara despertó del coma, justo cuando los médicos le acababan de asegurar que solo un milagro podría traerla de vuelta.

Madelaine contrató una enfermera llamada Yolanda, recién salida de la escuela de enfermería. Se presentaron varias candidatas, algunas con mucha más experiencia, pero resolvió que una chica joven, sencilla y de amplia sonrisa, deseosa de trabajar, sería una compañía más agradable para la anciana que acababa de regresar de la muerte. La ecocardiografía reveló que, efectivamente, la tía Clara había sufrido un accidente cardiovascular causado por un coágulo sanguíneo proveniente del corazón. Habría que esperar un poco antes de decidir cuál sería el siguiente paso.

Cuando Madelaine avanzó por el pasillo en penumbras de mármol rojizo, sintió el peso de la casa de nuevo sobre su pecho, la responsabilidad de ser la única heredera de aquella familia era una losa que iba a tener que aceptar, le gustase o no. Quizá en ello radicaba la clave: aceptar y reconducir a partir de ahí. No podía empezar a partir de lo que no era. Simplemente porque no se puede. Madelaine cerró la puerta tras de sí. La luz de la tarde todavía entraba desde la parte de atrás del edificio. Vio su móvil sobre el taquillón de entrada y lo cogió nerviosa, deseando encontrar alguna llamada perdida... Pero el móvil se había descargado. Descolgó el fijo. No había mensajes. Cogió el

móvil y subió hacia su habitación. José Luis debía de haberla llamado. Le había extrañado tantísimo durante las últimas cuarenta horas. Él era la persona que hubiera sabido compartir, sentir, apoyar como ella necesitaba. La persona a la que hubiera deseado abrazar. Debía de estar preocupado por su desaparición.

Madelaine entró en su dormitorio. La cama sin hacer, ropa en el suelo. Todo estaba tal y como lo había dejado. De nuevo, la sensación de que el tiempo no había transcurrido. Y pensó que el tiempo solo está en nuestra cabeza. Las cosas no lo sufren, o, al menos, circula sobre ellas a otra velocidad, incomparable desde ningún parámetro a la nuestra. Seguramente porque el tiempo no está dentro de lo inanimado, sino en la superficie, planea sobre las cosas, las roza con una suavidad semejante a la de una pluma de ganso sobre nuestra piel. Y eso otorga a lo inanimado un privilegio divino, poderoso, y, aún más importante, liberado de preocupaciones. Madelaine deseó ser cosa, ser parte de algo, y poder observar, sentir, vivir de otra forma.

El cargador estaba sobre la mesita de noche. Introdujo el pin ansiosa, y aún más ansiosa esperó a que el móvil se conectara. Cuando la pantalla se activó, ella se quedó mirándola, esperando que entraran llamadas perdidas, algún mensaje. Esperó y esperó y no pasó nada. Pasados varios minutos insufribles y eternos que le hicieron odiar aún con más vehemencia el sentido del tiempo humano, tuvo que aceptar que José Luis no la había llamado. Nadie la había llamado. Nadie. Ni siquiera Álvaro. Madelaine se dejó caer derrotada sobre la cama y se echó a llorar, vencida por el cansancio y la tristeza. Así, entre lágrimas, se dejó arrastrar por el sueño, arrollada por la soledad, asolada por los fantasmas.

Durmió catorce horas seguidas. Cuando despertó eran las diez de la mañana según le anunció el despertador sobre la mesita. Escuchó el silencio denso. La puerta de su dormitorio había quedado abierta. La luz se filtraba por debajo de las pesadas cortinas del cuarto de paso. Suspiró. Tenía que ponerse en marcha, telefonar al hospital. El móvil seguía encendido, conectado al enchufe de la pared, y no había sonado, por lo que asumió que no habría habido novedades. Llamó a Yolanda. Esta le informó de que su tía seguía como la había dejado. La mayor parte del tiempo había dormido. Seguía alimentada por una sonda de gastrostomía y el médico que había

pasado hacía apenas una hora no contaba con poder quitársela, al menos por el momento. Madelaine le dijo que la relevaría por la tarde para que ella pudiera ir a descansar y colgó el teléfono con un suspiro. Tenía mucha hambre.

Madelaine se preparó un desayuno pantagruélico. Durante dos días en el hospital se había alimentado con sándwiches de máquina y patatas fritas. Ahora era el turno de un buen zumo de naranja, huevos revueltos, jamón del matadero de su tía, un poco de lomito, tostadas con tomate y aceite y un potente café con leche que la hicieron sentirse mucho mejor. Cuando apuró el café, se dio cuenta del desorden de cacharrería que había dejado tras de sí y decidió que no tenía ninguna gana de limpiarlo. No había nadie para reprochárselo. Estaba sola y podía hacer lo que le diera la gana. En un acto de rebeldía juvenil, se levantó y salió de la cocina. Le gustó sentirse como una niña a la que dejan sola en casa por primera vez. Podía tocar, explorar y hacer lo que le viniera en gana. Su tía no volvería, y, aunque lo hiciera, nunca sería la misma. Se acabaron sus normas. Un pequeño dolor se instaló en el corazón al darse cuenta de lo poco que cuesta no respetar al otro. Pero el dolor, que era en realidad un toque de su conciencia, no la hizo detenerse. Atraída como por un imán se dirigió al dormitorio de su tía.

La puerta estaba abierta, la habitación a oscuras. A tientas, tocó la pared junto a la entrada, buscando el interruptor, pero no lo encontró. Se dirigió hacia las ventanas y descorrió de golpe las pesadas y floreadas cortinas. La luz inundó la estancia con una fuerza que la hizo parpadear y cayó como si de un golpe de magia se tratara sobre un maniquí en el que se encontraba colgado el traje de lentejuelas plateado más hermoso que había visto en su vida. Tenía la espalda al aire, el cuello de pico y sin mangas, ajustado, y largo hasta el suelo. Desde luego era lo último que hubiera esperado descubrir allí. Se volvió hacia el resto de la habitación, dispuesta a no sorprenderse de cualquier otra cosa que pudiera encontrar. Pero no había nada más fuera de lo corriente. La cama, como imaginaba, estaba sin hacer, las zapatillas de su tía perdidas de camino a la puerta. El cuarto alegre y primaveral que fue de su abuela y ahora era de su tía estaba envuelto con la luminosidad de la mañana, esa que hace desaparecer las sombras y desprende unos livianos polvos blancos que envuelven la atmósfera en un ambiente relajante e incluso

narcótico. Aquella habitación no tenía nada que ver con el resto de la casa. Era un dormitorio de ensueño, que pertenecía a otro mundo, a un lugar de cuento.

Madelaine no pudo resistirse. Se desnudó y se puso el vestido plateado. Junto a él había un espejo de pie. Le sentaba como un guante. Aquel vestido no era de su tía. Sus medidas no tenían nada que ver. Solo podía pertenecer a una persona: Olivia. ¿Qué hacía allí? Parecía preparado para que ella lo encontrase. Sus ojos se abrieron como platos al fijarse en unas sandalias de tacón de aguja plateadas con adornos de cristal junto al espejo. Se acercó a ellas y sin atreverse a cogerlas pensó en la casualidad que sería que fueran de su número. A simple vista lo parecían. Se fijó en que estaban ligeramente desgastadas por la punta. Dudó en calzárselas. No pudo evitar recordar el cuento de las zapatillas rojas y la pobre Karen que no podía dejar de bailar y bailar. ¿Serían unas sandalias encantadas? Eran una tentación a la que resultaba imposible no sucumbir. Necesitaba calzarse aquellas sandalias. El resultado fue espectacular. Se miró en el espejo y le costó reconocerse. El timbre de la puerta la arrancó del momento. ¡José Luis!

Madelaine bajó por la escalera anhelando el encuentro, sintiéndose muy liviana, transportada por un vestido que dejaba una estela de luz a su paso.

1948, Sevilla

Olivia espera que Manuel esté allí esta noche. Lleva puesto un traje de fiesta plateado de Yves Dormain que compró en París. Le gustó este diseñador al que había conocido cuando trabajaba para Dior. Conectó con su fragilidad y su fuerza, su sensibilidad magullada y a la defensiva, su orgullo visceral. Supo que había tenido serios problemas al ser llamado a filas y lo lamentó por él. No era difícil entender por qué aquel hombre no podría sobrevivir en el ejército, y así fue. Sufrió una crisis nerviosa y tuvo que ser ingresado. En cuanto Olivia supo que había creado su propia casa de costura fue a visitarle. El modelo no pertenecía a la colección Ligne Sommeil, que había tenido un

gran éxito, sino que había sido creado expresamente para ella, y era una auténtica obra de arte.

Olivia parece un hada con su melena rubia suelta peinada en ondas al agua. Hoy quiere hacerse notar. Por él y por todos. Pero no porque sienta rencor, ni deseo de venganza, no porque pretenda pavonearse y mostrar lo que Manuel se ha perdido. Quiere desesperadamente ser amada, borrar los años que no han estado juntos, enterrarlos y revivir aunque solo sea por unas horas el éxtasis absoluto, el orgasmo perfecto dispendioso y exquisito.

Madelaine se aproximó hasta el zaguán con el paso ligero. No era José Luis sino Álvaro. Pero su corazón, al verlo, no se decepcionó como hubiera esperado un minuto antes.

Olivia por fin le ve, entre la multitud, las lámparas de cristal, el humo y los cardados de las damas. Manuel está más mayor, pero también más atractivo. Él la descubre al instante y le sonrío. Olivia agradece los años sacrificados a las apariencias y la buena educación porque gracias a ellos es capaz de controlarse y no lanzarse a sus brazos. Él la desnuda con la mirada, impresionado.

Cuando por fin se recupera, comenta algo con naturalidad a la gente de su grupo y, con los ojos clavados en Olivia, avanza hacia ella. Según se acerca, entra en trance, y se olvida de que se encuentran en un lugar público y de que acercarse a ella llamará irremediamente la atención. Olivia sabe que Néstor no tardará en enterarse de esto. Y le da igual.

Madelaine abrió la cancela. Álvaro se quedó fascinado ante la visión de aquella mujer envuelta en luz que se encontraba frente a él.

—Yo..., perdona que venga sin avisar —comenzó turbado por la presencia de Madelaine, sintiendo de repente como si tuviera que excusarse por haberla sorprendido de aquella guisa—. Estaba preocupado. No sé por qué, ¿está todo bien?

—Mi tía ha sufrido un infarto cerebral. Está en el hospital.

—Sabía que algo iba mal. ¿Cómo puedo ayudarte?

Madelaine pensó que besándola, arrancándole el vestido, amándola hasta hacerla desaparecer. No soportaba un segundo más aquellos ojos oscuros que la desnudaban. Se quedó paralizada, mirándole, sometida a un influjo fatal.

—Ese vestido me resulta familiar —dijo como para sí, y entonces sus ojos se abrieron en reconocimiento—. ¡Es el de Olivia!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Madelaine con la voz ronca, quemada por el deseo.

—Mi padre tenía una fotografía en su escritorio, escondida en un cajón. La encontré meses después de que muriera. Era ese vestido —le explicó sin dejar de mirarla asombrado, deseando poder arrancárselo—. Estoy seguro de que era ese.

Madelaine se apartó a un lado, haciéndole un gesto para que entrase. Álvaro lo hizo y ambos pudieron sentir los aromas del otro: y sus esencias se fundieron al instante decidiendo por ellos que no podían pasar más tiempo en frascos separados. Se volvieron el uno hacia el otro asustados. ¿Estaban ambos sintiendo lo mismo?

—¿Qué está pasando? —preguntó Madelaine.

—¿Vas a intentar explicar esto? —respondió Álvaro poniéndole la mano en el pecho.

—No me siento dueña de mí misma.

—¿Y te importa?

—Sí.

—Pues no debería. No hay razón —aseveró él.

Madelaine estaba convencida de que sí había una razón, una razón del corazón, pero estaba tan confundida que el deseo perturbaba cualquier amago de razonamiento.

—Vamos arriba —ordenó Álvaro cogiéndola en brazos como si fuera una novia—. Al fin y al cabo, esta es ya nuestra casa.

Madelaine se dejó llevar, impresionada con la fuerza de Álvaro. La escalera era larga y él no presentó síntoma de cansancio. No le preguntó dónde debía llevarla. Sabía perfectamente adonde se dirigía. Aspiró el masculino olor que desprendía el cuello de Álvaro y un pensamiento de su

personalidad de médica la atravesó de refilón: por qué la comunidad científica todavía no había aceptado la existencia de feromonas humanas. Los autores de esos estudios deberían pasar menos tiempo en el laboratorio.

Al llegar a la puerta entreabierta del dormitorio de Clara, antes de Olivia, no lo dudó. Empujó con fuerza y entró con Madelaine en brazos. La dejó caer sobre la cama y empezó a desabrocharse la camisa, poseído ya totalmente por la pasión. Madelaine lo observó desnudarse embargada por un deseo que parecía llevara siglos encerrado en una mazmorra. Sintió que le faltaba el aliento. Estaban sobre la cama deshecha de Clara. Su olor había desaparecido, o al menos ella no lo sentía.

—¿Cómo sabías que estaba aquí el dormitorio? —preguntó Madelaine, lo poco de Madelaine que quedaba en su interior.

—No lo sé —respondió Álvaro.

—Pero habías estado aquí antes, alguien te lo había contado, tu padre tal vez —insistió Madelaine.

—No —aseguró él descalzándola con cuidado y dejando caer las sandalias. Entonces subió hasta su cuello y la besó. Madelaine se estremeció de placer y ya nada pudo parar sus manos, su piel. Fueron uno detrás del otro con el hambre del moribundo que, tras el ayuno obligado, es incapaz de mantener cualquier rasgo de humanidad bajo el mandato superior de supervivencia. Sangre fresca, carne caliente: ambos convertidos en vampiros jóvenes dominados por el más poderoso instinto de lujuria heredada.

Poco después miraban los dos el techo artesonado de la habitación, atónitos con lo que acababa de ocurrir. Madelaine se dio cuenta de que seguía con el vestido puesto y se incorporó para sacárselo por la cabeza y lanzarlo al suelo. Álvaro sonrió.

—Un poco tarde, ¿no?

Madelaine se dejó caer desnuda sobre la cama, junto a él pero sin rozarle. Liberada. Sintió entonces su piel de la cadera bajo sus propios dedos.

—¿Quién soy yo? —preguntó Madelaine como si Álvaro no estuviera presente. Se trataba de una pregunta retórica, que funcionó, sin que ella lo buscara como anzuelo.

—Tú, tú solo puedes ser tú, solo hay una —respondió Álvaro, convencido del piropo.

—¿De verdad?

—Claro —dijo Álvaro sin entender a qué se refería.

—¿Y por qué me siento otra? ¿No te sientes tú otro? —insistió Madelaine deplorando verse reducida a barco a la deriva.

—Bueno, digamos que me he sorprendido a mí mismo.

—¿Y por qué?

—No suelo dejarme llevar así como así. De hecho creo que, sobre todo con los años, me he vuelto un tipo bastante frío.

—Entonces, ¿por qué estás tan seguro de que el que me ha hecho el amor has sido tú?

Álvaro la miró atónito.

—No te entiendo. ¿Quién está en la cama ahora mismo contigo? ¿O me he perdido algo?

—Voy a intentar explicártelo de otra forma. Dime cómo sería tu mujer ideal.

—Mi mujer ideal eres tú.

—Bien, pues descríbeme.

Álvaro refunfuñó.

—¿Qué es esto, una prueba? Se supone que después de un polvo como este uno se queda dormido o se fuma un cigarro. El análisis queda excluido.

—Por favor, hazme caso.

Álvaro suspiró profundamente. Iba a tener que hacer el esfuerzo.

—Guapa, inteligente...

—Intenta darme calificativos o nombres rápidos y que no suenen a estereotipos. Lo que venga a tu mente, aunque te parezca una tontería. Piensa en mí, en lo que sientes por mí, y déjate llevar.

Álvaro se dio cuenta de que tenía que hacerle caso. Madelaine no iba a darse por vencida.

—Segura, educada, rica, de ojos tristes...

—Más rápido —le pidió Madelaine haciéndole un gesto para animarle a seguir—. Puedes hacerlo mejor. Cierra los ojos y coge carrerilla. Vamos, sin pensar.

Y Álvaro así lo hizo.

—Orgullosa, angelical, inabarcable. —Álvaro cerró los ojos para continuar—. Misteriosa, apasionada, caprichosa, inolvidable, elegante, fría, virgen, rubia...

Había llegado al punto que Madelaine esperaba. Rubia. Un dato objetivo y refutable. Puede que no hubiera reglas físicas o químicas que pudieran explicar científicamente lo que allí había ocurrido. Pero estaba convencida de que algún día podría demostrarse que había una explicación lógica, que lo que imaginaba era cierto.

—¿Rubia? —le detuvo Madelaine.

—¿He dicho rubia? —preguntó Álvaro abriendo los ojos aturdido.

—Sí, y también virgen, lo cual siento decirte no soy, y me temo que no me caracteriza mi elegancia ni mi frivolidad. Tampoco, espero, mi frialdad. Creo que le acabas de hacer el amor a mi abuela.

Álvaro se incorporó de golpe.

—¿Te has vuelto loca?

—Ojalá, al menos eso lo explicaría todo. Dime, Álvaro, ¿tú qué esperas de una esposa?

—Que sea una esposa, mi complemento, la persona con la que compartir mi vida. Lo que querría cualquier hombre.

—Pues yo no puedo serlo porque yo no me voy a convertir en tu complemento, ni siquiera me interesa tu vida como para prescindir de la mía. Y tampoco estoy de acuerdo en que eso es lo que cualquier hombre quisiera. No voy a casarme contigo.

Álvaro se sentía perdido. Y su expresión frágil, asustada, hizo a Madelaine dudar por una fracción de segundo. Comprendió que no podía ayudarle.

—¿Después de lo que ha pasado?

—En realidad te estoy liberando.

Cuando Álvaro se fue, Madelaine recogió la habitación con cuidado. Hubiera deseado lamentar el estado de frustración en el que se había ido Álvaro, pero, si era sincera, no podía importarle profundamente. Ahora sí, estaba

convencida de que la herencia de su abuela, la lujuria que había sentido por Manuel, había quedado escrita en su clave genética desde el mismo día en que nació. Había sido heredada, primero por Clara, y luego saltado a ella a través de su padre. Solo así podía explicarse la obsesión de Clara por Manuel, y el deseo incontrolable de ella misma por Álvaro. Pensó en lo que ocurre cuando nos enamoramos de alguien a primera vista y sentimos que es nuestra alma gemela, o percibimos esa sensación de lo ya vivido, o cuando conocemos a un perfecto desconocido y parece un amigo o un enemigo de toda la vida. ¿Y si no fuera de nuestra vida, sino de la de nuestros antepasados? ¿Cómo podemos ser cada vez más listos, por qué parecen los bebés saber cada vez más? ¿Por qué los hijos de las clases altas parecen siempre más rubios, más altos y con más facilidad para adquirir cultura? Sí, la herencia y las generaciones de buena alimentación influyen sin duda, pero también la educación, o los defectos estereotipados de clase como el orgullo, la tendencia a la falta de empatía con el que sufre, la ceguera ante la pobreza... Si se ha demostrado que en un par de generaciones un pájaro puede mutar el pico para adaptarse a un nuevo entorno, ¿por qué un humano no puede heredar una gran pasión? En realidad, las probabilidades de quedar marcados por un amor sin par en el transcurso de una vida son tantas como las de encontrar una aguja en un pajar. Además, el grado es de imposible medida. Esto podría llevarse a cabo por un forense del alma en una mesa de disección, si supiera dónde encontrarlo... Por otra parte, el ser humano es conformista por naturaleza y siempre tiende a pensar que lo suyo es lo mejor. Y a la vez a desear más, y más, y más... Pero ¡qué terrible cruz sería aceptar que tenemos un deber moral de mejorar para que nuestros hijos sean también mejores! Mejores en nuestro carácter, mejores en nuestros conocimientos, mejores y más exquisitos como seres superiores de lo conocido, pero sobre todo deberíamos ser mejores protectores de la felicidad... porque nuestros hijos serán receptáculos de nuestras mejoras como seres humanos individuales. Y vivimos a menudo en el sacrificio permanente, con las metas en la felicidad futura... para que nuestros hijos tengan más, y puedan ser más felices..., ¡qué ironía!

La pasión de Olivia había quedado registrada en la herencia genética de Clara y de Madelaine. En el caso de Clara, quizá por ser más directa y ante la

posibilidad de ser poseída por el hombre que la había originado, se convirtió en una tragedia de dimensiones griegas. Madelaine sintió que ella había tenido más suerte. Además había podido darse cuenta a tiempo. Estaba deseando poder hablar con José Luis, contarle lo sucedido. ¿Dónde estaba? ¿Por qué había desaparecido de aquella forma? Debía de haber una explicación. Seguro. Su corazón se inclinaba hacia la confianza, aunque todo apuntara en contra. Él la entendería... ¿a pesar de que se hubiera acostado con Álvaro? De repente la opción de contarle: «Me acosté con él porque no pude evitarlo, en realidad estaba bajo el influjo de las pasiones de mi abuela», no sonaba como una excusa muy convincente. Pero pensó que sí, que si alguien podía entender era él. Y ella ahora sabía lo que le pasaba. Ahora sí iba a ser ella y solo ella. Por fin liberada.

Madelaine entró en la habitación de la tía Clara y la encontró con los ojos muy abiertos, rodeada por las máquinas que la mantenían con vida. Yolanda, la enfermera, había aceptado irse a vivir con ellas una temporada y en aquel momento le cambiaba el gotero.

—Buenos días —dijo Yolanda con una amplia sonrisa—. Su tía ha pasado una buena noche. Y yo también. La habitación de al lado es muy cómoda y no se oye una mosca. Creo que es la casa más silenciosa en la que he estado en toda mi vida.

Madelaine asintió, preguntándose cuánto tiempo duraría aquella situación. Cuando su tía recuperó la conciencia en el hospital, su sobrina le preguntó si quería volver a casa y ella con dos parpadeos respondió que sí. El cerebro había quedado afectado tras la lesión cardiovascular y había perdido la movilidad de cuello para abajo de la mitad del cuerpo y el habla. Madelaine se alegró de que al menos pudiera decidir por sí misma, de no tener que ser ella la que tomara ninguna decisión. Así que arregló todo para que su tía tuviera lo necesario en su dormitorio. Afortunadamente, la joven era enfermera, una de esas mujeres entregadas y sencillas, sin una sensibilidad excesiva, gran ventaja para poder cuidar de su tía con eficacia.

—Me gustaría acercarme al supermercado en algún momento.

—Si quieres, ve ahora. Yo me quedo con mi tía.

—Gracias, en media hora estoy de vuelta. El gotero está recién cambiado y la sonda en su sitio.

Yolanda salió y Madelaine se quedó observando a su tía. Clara la miraba con una expresión extraña. Parecía haber aceptado que no podía hablar. Pero no era resignación lo que encontró en sus ojos. Madelaine no había tocado a su tía desde que la dejó en el hospital. El contacto le resultaba sumamente repulsivo y la tía Clara se había dado cuenta. Estaba segura. Miró a Madelaine y le señaló con la mirada el sillón junto a la cama para que se sentara a hacerle compañía. Madelaine lo hizo. La anciana había perdido cuatro kilos durante aquella semana, aunque el rostro, producto de la falta de movimiento, lo tenía ligeramente inflamado. Retenía líquido y pronto empezarían a fallarle los riñones, el hígado y el corazón. Era solo cuestión de tiempo el que las piernas se le empezaran a gangrenar. De hecho, esa era la misión más importante de la enfermera: moverla cada poco tiempo para que no se ulcerase.

—Tía, no te queda mucho tiempo de vida, y por mi parte no voy a consentir una mentira más entre nosotras.

La tía hizo un gesto de asentimiento resignado. Madelaine continuó:

—Comencemos por lo más importante. Si se te empiezan a gangrenar las piernas, tenemos dos opciones: empezar a cortar, o la morfina. Tu corazón no aguantará muchas horas la morfina, pero en realidad la primera no es una opción humana. No al menos desde mi punto de vista, ¿estás de acuerdo?

La tía Clara asintió levemente. En sus ojos había miedo, una emoción que jamás había asomado a su mirada pero que, ahora Madelaine percibía con asombro, era la esencia misma de la que se componía el cuerpo de su tía: el miedo. El miedo que es lo contrario al amor, el miedo que produce odio. Y el odio, que cuando se hace crónico y se pudre, es generador de resentimiento, el veneno más corrosivo y difícil de eliminar.

—Bien, yo puedo administrarte la morfina cuando llegue el momento y dejaremos que todo fluya. Hay otro tema que tenemos pendiente, y, dadas las circunstancias, no creo que debamos posponerlo por más tiempo —observó Madelaine con frialdad—. Sé que tú mataste a mi madre.

La tía Clara la miró con los ojos muy abiertos, expectante a su reacción. El miedo transformado en terror ante la perspectiva de que la única persona

que le importaba en el mundo la viera como un monstruo. No quería morir sola. El pánico prendió una llama en su interior y la poca vida que le quedaba se revolvió.

—¿Es verdad eso? ¿Mataste a mi madre? —preguntó Madelaine intentando que no le temblara la voz.

Los ojos de la tía Clara se humedecieron, se esforzó por hablar, pero la frustración solo consiguió llevar más lágrimas a sus ojos y pronto estas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Ahórrate excusas, o explicaciones. Afortunadamente, no vas a poder —dijo Madelaine con crueldad—. Solo quiero una respuesta. Sí o no.

Finalmente la tía Clara asintió. Madelaine respiró profundamente.

—La mataste por la relación que tenía con Rosario.

La tía Clara inspiró hondo. Si Madelaine la tocaba, simplemente posaba la mano sobre la suya, quizá pudiera entender. Sin el contacto físico, la comunicación era imposible, y su sobrina no parecía querer tocarla por nada del mundo. Clara sentía la repulsión que le causaba y el dolor le resultaba insoportable. Lanzó un quejido gutural. Madelaine, en un acto reflejo, de esos que siente el ser humano ante el dolor ajeno, tocó su muñeca.

1978, San Gabriel

Inmaculada agarra la muñeca de Clara con fuerza.

—Me voy. Ni tú ni nadie me lo va a impedir. Clara se libera de la mano de su cuñada de un tirón. Jamás pensó que aquella mosquita muerta con aires intelectuales tuviera agallas para ponerle la mano encima. Pero Inmaculada esta vez está decidida. Con la otra mano, agarra con fuerza una pequeña maleta.

—La niña no sale de esta casa.

—Madelaine es mi hija e irá donde yo vaya —replica Inmaculada subiendo el tono—. No voy a dejarla aquí.

—Y yo me voy con ella —dice Rosario, que sale de la zona de dormitorios en ese momento con otra maleta.

Es casi medianoche. Madelaine está todavía en su cuarto, ajena a que su

destino, y el de todas esas mujeres, está discutiéndose en lo alto de la escalera. Clara las mira estupefacta.

—¿Os habéis vuelto las dos locas?

—Por favor, Clara. Esto no va contigo. Vete a tu cuarto y olvídate.

—¿Os vais a ir así, como ladrones? —pregunta Clara sin salir de su asombro—. Rodrigo no te dará nada. Y se encargará de que tú tampoco tengas nada. ¿De qué vais a vivir?

—Trabajando, Clara, como siempre lo he hecho, hasta que me casé.

—Pensad en la niña, en lo que le vais a quitar. Es un gran pecado eso que hacéis y os condenaréis en el infierno. Arrastraréis a una inocente con vosotras —amenaza Clara agarrando ahora la maleta de Inmaculada.

—¡Suéltame!

—¡Suéltala, Clara!

Pero Clara no está dispuesta a dejarla ir. Siente que es su deber. En ausencia de su madre y su hermano, ella es la guardiana de la familia. Su delgado cuerpo se transforma animado por la furia de un ángel caído y lucha sin pensar en que la clemencia es posible. Inmaculada se defiende como una loba, profundamente herida tras años de maltratos y con las energías justas y aunadas para el escape final y definitivo, el que no puede fallar, so pena de cadena perpetua. Rosario interviene para separarlas, pero sus sentimientos y deseos, los años de infelicidad, y lo que desgraciadamente sabe de su destino, no la convierten en juez imparcial. Su dolor la ciega, y es mayor si cabe que el de su amada porque sabe que la cadena perpetua es inapelable. En el forcejeo, Inmaculada rueda escaleras abajo.

—¡Inma! —grita Rosario aterrada entendiendo que su visión se vuelve real.

Un silencio sepulcral sobrecoge la casa. Clara se queda paralizada, temblando de ira, furiosa por haberse dejado llevar hasta el punto de la pelea física. Sobre todo, horrorizada con lo que ve. Inmaculada ha rodado hasta el final de la escalera y no se mueve.

—Tú la mataste —afirmó Madelaine convencida—. Sabías que Rosario y ella eran amantes y pretendían huir, y no pudiste consentirlo. Por eso Rosario

dejó de hablarte. Se convirtió en tu cómplice y las dos habéis vivido en esta casa trocada en cárcel y tumba. Es así, ¿verdad? Y luego tuviste la sangre fría de llamar a Manuel y hacer desaparecer el cuerpo.

Clara la miró aterrada. Hubiera querido explicarle tantas cosas. Pero era demasiado tarde, ya no podía. Iba a pagar con la frustración eterna su mala estrategia. Todos sus esfuerzos por mantener a la familia unida habían sido inútiles, sus sacrificios, la vida que había llevado..., nada tuvo sentido. No, no puede acabar así, sufría en impotente silencio la anciana. No era justo y ella no estaba interesada en la justicia del más allá. La quería allí, en su mundo y con la persona a la que ella amaba por encima de todo: su sobrina. Debía recuperar el habla. Explicárselo.

—La emparedasteis en la biblioteca. ¿Te preguntas que cómo lo sé? Manuel se lo contó a su hijo en su lecho de muerte. No debía de querer llevarse ese secreto a la tumba.

La tía Clara tomó aliento y cerró los ojos. Y, sin querer, vio: sus propios dedos finos y blancos sobre el vello suave y algo canoso del pecho de Manuel. Siente de nuevo el impulso irremediable e inexplicable que la lanza contra él. La vida se vuelve de colores, y sabores, y aromas desconocidos. Pero la dicha dura apenas un suspiro. Pronto es arrasada por la tormenta de hielo que levanta su madre. El pavor inexplicable en los ojos de Olivia. La angustia. La obsesión. Deseo para siempre interruptus, peor, castrado; pero deseo al fin y al cabo. El corazón de Clara nunca se cura. El rencor crece. El tiempo no borra, acentúa. Cada gesto de su madre, sus modales finos, perfectos, su aire etéreo, sus misterios y su frialdad perenne le resultan insoportables. Hasta que, una mañana, la encuentra llorando en su cuarto, quemando cartas. De amor imposible. De amor de verdad. Creyendo que su madre pretende silenciar la memoria de su padre, del santo Néstor, se pelean... solo para descubrir Clara la letra de Manuel. Muerta de celos, apaga el fuego con sus manos. Tiene que saberlo todo. Todavía las fechas no se han hecho cenizas. El horror se apodera de ella. Olivia, destrozada, confiesa su pecado y por fin Clara entiende por qué su madre arrancó de cuajo el corazón de su pecho y la convirtió en vieja mojama cuando todavía era una niña. Es

solo un sueño, una pesadilla. No: es real. Lloro con ella. Su padre hasta ese momento, Néstor, lo supo todo y calló. Tampoco a él puede pedirle explicaciones porque lleva seis años muerto. Lo odia. Odia a todos. Y entiende pero es demasiado tarde para que la relación entre ellas sea otra. Las náuseas vuelven a revolotear en su estómago, y los vestigios oxidados de un amor imposible rechinan y se retuercen provocando un estruendo ensordecedor. El horror es demasiado insoportable. Clara, ahora con veintisiete años, tiene que huir, salir del pueblo, dejar todo atrás, y solo puede hacerlo hacia arriba. Abajo está el barro, el lodazal pestilente en el que se hundió sin saberlo. Postrada en la cama, Clara recordó su ascensión al campanario, y sintió de nuevo la frescura de la brisa de madrugada sobre su rostro helado por las horas pasadas ante la negrura de la noche sin luna. A sus pies, el pueblo que duerme. El nido vacío de la cigüeña. Soledad cósmica. Ella se levanta, entumecida, con los huesos tan fríos como la fría piedra, pero no siente, está dispuesta a volar sobre los tejados del pueblo, volar eternamente, olvidar, arrancar de sus entrañas la infamia que la ha marcado para siempre. Ella no es una de las hijas de Lot: no puede aceptar.

Madelaine, al ver a la anciana con los ojos cerrados, suspiró profundamente, soltando un mundo de rencores y desencuentros que habían estado sumándose en su interior, creciendo junto a ella, carne con carne, sangre con sangre, desde que fue concebida. Se dio cuenta de que, a pesar de todo, no odiaba a su tía. No entendía bien por qué. Sentía lástima. Quizá fuera su aspecto frágil, desvalido. Su rostro blanco, casi transparente y surcado por millones de finísimas arrugas, despertó en ella un sentimiento incomprensible de inmensa ternura. Lo atribuyó a los años que su tía la había cuidado. Su tía había sido una víctima, de sus genes, de una pasión que no le pertenecía, que había heredado como un mal rasgo de temperamento que hay que aprender a domesticar para poder vivir feliz.

Pasaron varios días. Madelaine decidió dejar la biblioteca como estaba e intentó localizar a José Luis. Llamó a la pensión pero no tenían noticias. El único contacto era su tía. Ella había hecho la reserva y pagado la factura. Empezó a pensar que quizá José Luis no había sido sino otro fantasma. A

pesar de las corrientes subterráneas que habían conducido su comportamiento y sentimientos, el fiscalista había dejado una huella profunda, y algo en su interior se resistía a renunciar a él. Deseaba verle, compartir, contarle, hablar de todo lo que le había sucedido. Saber qué sentía él, y qué deseaba..., pero solo la mesa del despacho, cubierta de documentos, atestiguaba que había sido real.

Madelaine pretendía dejar a la tía Clara en manos de Yolanda y actuar ella de médica que visita a su paciente por las mañanas. Pero resultó que siempre tenía una excusa para pasar varias horas junto a ella y enviar a Yolanda a dar un paseo o a comprar el pan o el periódico. Madelaine se absorbió en los cuidados de aquella anciana que a ratos la observaba con los ojos muy abiertos, inquietos, expectantes.

—Tía, descansa tranquila. No voy a vengarme por lo que le hiciste a mi madre. Porque tú no quieres morir todavía, ¿verdad?

La tía parpadeó una vez, lo cual significaba que no, y Madelaine asintió. Tampoco ella deseaba que muriese, a pesar de su estado. Ambas sentían que todavía no podía hacerlo. Una tarde en la que Madelaine leía el periódico junto a ella, el anuncio de un coche ecológico por unos bosques verdes le inspiró una idea.

—Tía, ¿tú sabías que Álvaro ha tenido problemas con varios incendios?

La tía Clara asintió.

—¿Y sabes por qué? —preguntó Madelaine con precaución, temiendo lo peor.

La anciana volvió a asentir.

—¿Has tenido tú algo que ver en ello?

La anciana volvió la mirada, pero Madelaine no iba a cejar tan fácilmente.

—Responde, tía. ¿Has tenido tú algo que ver?

La tía Clara parpadeó dos veces. Su sobrina la miró atónita.

—¿Y en el nuestro también? ¿Sí? Pero ¿por qué? Eres una asesina, una pirómana, ¡estás loca!

La tía Clara miró hacia otro lado, haciendo un gesto ofendido, pero sin perder el orgullo.

—Explícamelo —ordenó Madelaine, intentando no perder la calma. Sabía que era una orden con pocas posibilidades de ser cumplida pero necesitaba

entender, si es que había alguna lógica. La tía Clara hizo un intento. Miró su anillo con intensidad, el anillo de zafiros que perteneció a Olivia, el que simbolizaba compromiso. Madelaine comenzó a enlazar ideas.

—Ese anillo era de mi abuela. Y ahora lo tienes tú. ¿Se lo regaló el abuelo? No, claro que no. Fue Manuel. Cuando murió, tú lo heredaste. Sí. Ordenaste los incendios. Sí. Porque... ¿porque así me casaría? No puede ser.

Se hizo un silencio. Madelaine solo podía pensar en una razón.

—¿Pensaste que así nos necesitaríamos más?

Y comprobó estupefacta que su tía parpadeaba dos veces.

—Realmente querías asegurarte de que nos casábamos. Costara lo que costara.

La tía le lanzó una mirada de decepción profunda. Madelaine sabía lo que tenía en la cabeza: que era una tonta por perder al hombre de su vida. La tía Clara nunca entendería lo que le pertenecía y lo que no.

Madelaine se levantó y salió del cuarto. Aquello había sido demasiado. ¿Debería hablar con Álvaro? Decidió que era mejor dejar las cosas como estaban. Fue a la cocina y se abrió una botella de fino que había comprado para la cena con Álvaro y José Luis y no se consumió. Eran más de las doce y llevaba más de una semana sin probar el vino. Le sentaría bien. Con el vino muy frío, se dirigió al comedor y sacó una elegante copa de cristal de Bohemia del chinero. Pensaba disfrutar el vino con toda la parafernalia. Ella estaba viva, su tía, casi muerta. Quería asegurarse de que no se le olvidara. Entonces escuchó que había alguien en la puerta y al instante sonó el timbre. Tuvo que dejar vino y copa sobre la mesa del comedor y bajar a abrir. Yolanda debía de haber olvidado las llaves.

Esta vez no bajó pensando en José Luis sino en subir cuanto antes y tomarse la copa de fino. Sentía el vino en su paladar, fresco, con toques a manzana verde, en boca sabroso. No era Yolanda, sino el cartero, un hombre muy bronceado, delgado y de pocas palabras, afortunadamente. Traía carta certificada. Madelaine firmó rápidamente y cerró la puerta tras de sí. La carta venía de Hacienda. La abrió nerviosa. Como esperaba, se trataba de un recordatorio. A partir de la recepción de la misma, tenía un plazo de quince días para presentar la documentación que se le había pedido o... Madelaine obvió esa parte. La carta fue un mazazo que la devolvió a la realidad. ¿Dónde

demonios se había metido José Luis? ¿De verdad iba a abandonarla justo entonces? Antes de que pudiera llegar a la escalera, sonó de nuevo el timbre de la entrada.

Era Berni.

—¡Berni! —exclamó Madelaine sorprendida. La anciana se había puesto sus mejores galas para visitarla. El moño peinado con mucho esmero, el mejor vestido negro que poseía, el que compró para el funeral de su hermana hacía ocho años y solo utilizaba los domingos grandes.

—Me he enterado de lo de su tía. He venido por si necesita algo —dijo la anciana enseñando sus dos dientes.

—Muchas gracias. He contratado a una enfermera.

—Pero necesitará a alguien que la ayude con la casa.

Madelaine la miró divertida. Berni parecía en forma pero debía de ser de la edad de su tía, si no mayor.

—Berni, ¿usted no está ya jubilada?

—Todavía no soy una anciana.

—Se lo agradezco mucho pero creo que por ahora nos arreglamos.

Berni asintió. Ella ya había dicho lo que tenía que decir, pero no había terminado.

—¿Puedo verla?

—¿A mi tía? —preguntó Madelaine sorprendida.

—Claro.

—Es que no está demasiado bien. No puede moverse, ni hablar.

—¿Ha perdido el juicio? —La anciana mostraba auténtica preocupación.

—No, pero...

—Menos mal —suspiró aliviada—. Entonces me gustaría verla, si a usted no le importa, claro.

—Preguntaré a mi tía si quiere recibir visitas —dijo Madelaine. Esta iba a ser su mejor oferta. Pero Berni no se movía—. ¿Quiere verla ahora?

—He ido a la peluquería y me han cobrado nueve euros. Mejor día que este, imposible —aseguró Berni sin asomo de duda.

Madelaine la miró entre divertida y atónita. La anciana no parecía peligrosa. ¿Por qué tendría tanto interés?

—Está bien. Pase.

Madelaine fue testigo curioso de cómo Berni traspasaba el zaguán con prudencia, estudiando cada detalle. Su mano izquierda, al apoyarse en la verja, tembló emocionada.

—Todo sigue igual —apuntó impresionada.

—Claro, ya sabe cómo es mi tía. No le gustan los cambios.

—Todos cambiamos. Las cosas se estropean, pero aquí..., por aquí parece que no ha pasado el tiempo. ¿Sabe las horas que hay que entregarse para que la plata brille así?

Madelaine se volvió hacia una plata traída de Trujillo en el siglo XVII y cayó en la cuenta de que desde que estaba allí no había visto a su tía limpiar. Y ella desde luego no lo había hecho.

—Bueno, la mayor parte del tiempo aquí no hay nadie, y la casa está cerrada.

—A cal y canto, porque no hay una mota de polvo. Como estoy en visita de buena voluntad, me ahorraré de explicarle que seguro que la bruja de su tía ha lanzado un encantamiento —dijo impresionada. A Madelaine esta mujer le resultaba demasiado entrañable para ofenderse.

—A usted nunca le gustó Clara.

—¿Y a quién sí? Siempre fue la mala de la película.

—Quizá porque lo era.

Berni negó con la cabeza.

—Pobre..., yo la respetaba. No quiero morirme sin verla de nuevo. Y si ella se muere antes, pues ya no habrá remedio.

Madelaine seguía sin comprender por qué estaba aquella mujer allí, pero decidió que ya era tarde para rescindir la invitación. Subieron a la planta superior. Berni seguía a Madelaine en místico silencio hacia la habitación de Clara. Antes de llegar, Berni detuvo a Madelaine.

—Esa era la habitación de doña Olivia —notó con extrañeza.

—Ahora es la de Clara.

—No puede ser. Clara odiaba a su madre.

—Creo que en algún momento cambió de opinión. Algo entendió que la llevó a hacer las paces, supongo —respondió Madelaine sin querer darle mucha importancia. Los secretos de Clara eran solo de ella.

Madelaine empujó la puerta entreabierto del dormitorio con cierta

reticencia. Su tía no podría reaccionar de forma alguna dado su estado, pero temía su mirada iracunda.

—Tía, tienes visita. Está aquí Berni, ¿te parece bien?

La tía Clara volvió la mirada hacia ellas sorprendida y asintió. Madelaine se hizo a un lado para que Berni pudiera pasar. Al verse de nuevo, una temblando junto al quicio de la puerta, la otra postrada en el que sería con toda probabilidad su lecho de muerte, los ojos de las dos mujeres se llenaron de lágrimas en un acto reflejo e inesperado. Berni intentó contenerse pero se abalanzó hacia Clara, y una ola de ternura se expandió no solo a través del cuerpo de Madelaine, sino también a través de muebles, paredes, e hizo vibrar la casa con tal intensidad que incluso pudo escucharse el crujir de las centenarias vigas de madera que sostenían el palacio. Berni tomó la mano de Clara y la besó. La tía Clara lloraba sin poder enjugar sus lágrimas. Berni lo hizo por ella con su propio pañuelo.

—Caramba, Berni, y eso que la tía Clara la despidió sin previo aviso — comentó Madelaine intentando quitar hierro al momento.

—No importa. Sus razones tendría.

La tía Clara la miró con cariño. Berni se fijó entonces en el vestido plateado que todavía estaba sobre el galán de noche.

—Vaya, ¿salió anoche la señora? —interrogó a la tía Clara, intentando bromear.

Clara sonrió con la mirada mientras dejaba que Berni le limpiara las lágrimas que no dejaban de brotar de sus ojos. Entonces Berni cayó en la cuenta y se volvió de nuevo hacia el vestido de plata, espantada.

—¡Ave María purísima! El vestido de doña Olivia.

—¿Lo conoce? —preguntó Madelaine.

—Yo tuve que coser varias lentejuelas que su abuela perdió una noche... —explicó Berni. Y se volvió preocupada hacia Clara, como esperando su consentimiento. Esta se lo dio con un suspiro.

1948, Sevilla

Olivia sabía que aquello iba a pasar. Manuel la besa contra la pared, tras unos

arbustos que les esconden de la animada fiesta. A sus pies y enganchadas entre la piedra de la casona de campo, sin que ellos se percaten, queda un rastro de diminutas estrellas.

—¿Por qué no volviste?

Manuel deja de besarla y la mira extrañado a los ojos.

—No podía, sin dinero no podía. ¿Por qué no me esperaste?

—Porque... pensé que te habías ido para siempre. —Olivia no es capaz de confesarle la verdad. Y lo hace por orgullo—. No respondiste a mis cartas.

—No recibí ninguna —responde él extrañado.

—Néstor te las envió.

Entonces los dos entienden. Y la ira les abrasa, la impotencia ante el engaño. Manuel golpea la pared con fuerza. Si pudiera asesinar, no dudaría. Incluso Olivia se estremece ante la violencia que le solivianta.

—Maldita sea, Olivia. Pero ¿por qué con él? Te dije que necesitaba tiempo.

—Si solo una vez me hubieras escrito, yo hubiera esperado —justifica Olivia con voz queda. De repente se da cuenta de que él no sabía que ella estaba embarazada y decide que esa información debe tratarla con cuidado: su hija debe ser protegida. Hizo una promesa y un nacimiento bastardo es el peor de los estigmas.

—Yo no soy de escribir.

A ella le duelen sus palabras. Le hacen sentir poco importante.

—Yo no soy de esperar.

A él le duelen ahora las suyas. Ella confía en que rompa el abrazo pero él no lo hace. Manuel recuerda cuando se enteró por un conocido de que Olivia se había casado. La rica heredera se había enamorado, su padre apoyaba a la pareja y no podían esperar. Regresa el insoportable dolor que ahogó de tugurio en tugurio por las calles de Cartagena de Indias, en brazos de decenas, tal vez cientos de amantes. De todas las que pudo pagar. Ahogado él mismo en alcohol intentó olvidar a Olivia siempre entre las piernas de prostitutas, porque todas las mujeres se convirtieron en eso, pagase o no por el servicio.

—Está bien —dice él intentando reorganizar la situación; siente que no puede dejarla ir, que todo su cuerpo se retuerce de dolor ante el deseo que

aquella mujer le provoca—. ¿Y ahora qué?

—Ahora estás aquí. Empecemos de nuevo. Lejos de aquí.

—¿Lo dejarías todo? —pregunta él desconcertado.

—Ya me equivoqué una vez por no ser capaz de hacerlo.

Olivia está decidida. Manuel ahora la suelta, nervioso, intentando no dejar traslucir la preocupación que le asalta. Esa no era la respuesta que esperaba y Olivia se da cuenta.

—Yo acabo de volver. He comprado la finca de El Aguilucho, tengo planes —dice finalmente.

—Pues me voy contigo. Podemos vivir allí. Mis hijos son mayores. Con el tiempo lo entenderán.

Manuel carraspea.

—La semana pasada vino Néstor a hablar conmigo. Sabía que me había gastado lo que traje de América en la finca. Me propuso un negocio con casi mil cabezas de ganado. Firmamos ayer.

Olivia le mira atónita.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué aceptaste?

—Porque yo también quiero tener lo que tú tienes, Olivia, ¿no lo entiendes?

—Néstor lo ha hecho para tenerte controlado, para que no pudieras estar conmigo. Te ha comprado. ¡Te has dejado comprar! —concluye Olivia con desprecio.

Manuel la mira, con sus ojos oscuros, ahora de una intensidad dolorosa. Todavía hay más.

—No solo es eso, Olivia. Acabo de casarme.

Olivia se siente morir. Las piernas le flaquean.

—¿Por qué? —pregunta ella con frialdad.

—Porque me he enamorado, por qué va a ser —responde él con la misma frialdad.

Se miran un instante, furiosos el uno con el otro.

—Déjame adivinar —comienza Olivia—. Ella viene de una familia acomodada, es guapa pero no demasiado, muy honesta y discreta, y aporta una pequeña fortuna.

—Tú eres la que no pudo esperar. La que se casó porque Néstor era un

mejor partido, ¿verdad?

Los celos nublan cualquier posibilidad de entendimiento pero el deseo que subyace es más fuerte. Manuel la besa y ella le corresponde, ambos controlados por su pasión. Manuel le susurra al oído:

—Sé mi amante y lo tendremos todo.

Olivia se estremece de placer ante esas palabras que resuenan en su cabeza de novelas románticas por entregas y que implican el control del macho. Siente la explosión de hormonas, la testosterona, la esencia masculina embriagante, el mundo hermético y extremadamente voluble del que no se puede salir pero del que puedes ser arrancado con crueldad... y al otro lado no hay nada. Su cabeza le dice que debería negarse, que nada bueno saldrá de aquello.

—Ya veremos —responde separándose. Ahora ya tiene la certeza de que las cosas no podrán cambiarse, no en la superficie. Su secreto permanecerá oculto para siempre.

—Doña Olivia perdió aquella noche las lentejuelas. Consiguió que le mandaran de París sesenta piezas nuevas e hilo de plata, y las cosió bajo su atenta mirada. Este vestido era como su segunda piel. Doña Olivia tenía la piel argéntea, suave y luminosa. El vestido la hacía brillar como si su carne no fuera mortal. Era de otro mundo su abuela. A veces parecía un hada de hielo, pero era un hielo que quemaba. Amó a don Manuel con locura, y se vieron alguna vez después de aquella noche, pero ella decidió que no quería vivir una doble vida. Supe por una prima mía que trabajaba como doncella en casa de don Manuel que este hizo todo lo posible por convencerla. No era de los que están acostumbrados a perder. De puertas afuera, era un caballero extrovertido y encantador, pero en casa se volvió un hombre amargado y resentido. Su pobre mujer fue una santa —explicó Berni volviéndose hacia la tía Clara. Esta asintió.

Madelaine entendió. Un hombre amargado y resentido, con un deseo que se convirtió en obsesión, capaz de lo que fuera necesario por llamar la atención de Olivia, de vengarse de ella incluso, capaz de tener una aventura con Clara.

—Su tía Clara fue la que pagó el pato —concluyó Berni. A la tía Clara se le humedecieron los ojos.

—Tía, ¿te gustaría que Berni nos echara una mano? Necesitamos ayuda con la casa y alguien que nos cocine. Quizá tres o cuatro horas al día.

La tía Clara parpadeó dos veces. En sus ojos vidriosos, rodeados por el irremediable paso del tiempo, había calor y agradecimiento. Berni sonrió conmovida. Para ella aquel fue uno de los días más felices de su vida. Ella siempre se sintió parte de aquella familia y quería morir siéndolo.

Aquella misma noche, mientras Madelaine, dispuesta a tomar las riendas de su patrimonio, se sumergía entre los documentos que José Luis había dejado sobre la mesa del despacho y Yolanda administraba el analgésico a través del suero a la tía Clara, la casa palacio de los Martínez Durango vibró con una serenidad desconocida. Madelaine escuchó sorprendida. Casi podía sentir la música melancólica meciéndoles a todos ellos, convertidos en una nave que navega sobre un mar cálido mientras la luna riela sobre la superficie, tocando de paz un sueño inimaginable. Madelaine suspiró profundamente. Algo empezaba a cambiar. Quizá era solo eso lo que le faltaba: saber, conocer, entender. Quizá también la sensación de que los cabos sueltos empezaban a anudarse, curiosamente no para terminar, sino para convertirse en conductores de otras vidas, otros futuros, otros destinos. Sonrió para sí, y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Estaría realmente su madre emparedada tras la biblioteca? Tuvo el instinto de dejarlo estar, pero no tardó en arrepentirse. No podía permitirse volver a las andadas, convertirse ella en cómplice de secretos vergonzosos o incluso criminales. Se volvió hacia la mesa completamente rebosada por documentos indescifrables y angustiosos que había que resolver ante Hacienda urgentemente. La verdad acababa de transformar aquel momento de caos y angustia en un momento sereno. Al día siguiente intentaría romper el muro de la biblioteca. Se dio cuenta de lo importante que era para ella no causar dolor a su tía Clara, la asesina de su madre. Ahora que conocía su verdadera historia era incapaz de odiarla. Clara solo le inspiraba una lástima profunda. No había podido sustraerse a un destino marcado desde su concepción. Aunque, en realidad, ninguno de los

miembros de aquella familia había podido hacerlo. La angustia volvió a apoderarse de su corazón. ¿Sería ella capaz de cambiar el curso de los Martínez Durango? El sonido de su móvil la sobresaltó. Se apresuró a responder, temiendo que el sueño despertara convertido en pesadilla.

—Madelaine. Soy yo. Abre, por favor, estoy abajo. No quiero tocar el timbre para no molestar a tu tía —dijo José Luis—. ¿Me has oído? Es importante.

A Madelaine le dio un vuelco el corazón. Los muros de la casa se pusieron firmes ante lo que estaba a punto de acontecer.

9

LA HORA DE LOS ESPÍRITUS

Madelaine encendió una de las lámparas árabes sobre el taquillón de paso hacia la entrada. Su corazón latía tan fuerte que sintió que José Luis se daría cuenta. Las manos le temblaban. Nunca había ansiado un encuentro con tanta emoción. Su primera sorpresa fue darse cuenta de que José Luis no venía solo. Una mujer le acompañaba. Avanzó con desconcierto hasta que reconoció atónita a alguien que pertenecía a su otro mundo, a su otra vida.

—¡Adela! ¿Qué haces aquí?

Adela la miraba emocionada. Los ojos húmedos. Sus corazones latiendo al mismo son. José Luis sonreía a Madelaine con ternura.

—Ahora te lo explico. Siento haberme ido así. ¿Tu tía duerme?

—Está arriba con la enfermera. Tuvo una trombosis y pasó dos días en coma. No puede moverse —respondió Madelaine mecánicamente.

—Cuánto lo siento. Debería haberte llamado pero no era fácil... Perdona. ¿Nos invitas a una copa y te lo cuento todo? —preguntó José Luis azorado y honestamente preocupado por lo sucedido en su ausencia.

Madelaine asintió, todavía confundida con la inesperada visita, y los condujo hacia el salón de la planta baja. Se fijó en que Adela estudiaba la casa como si estuviera en trance. Entraron en el salón y su casera se sentó en el sofá junto a la ventana, observando atentamente a Madelaine, que se dirigió al mueble bar.

—Yo tomaré un whisky —pidió José Luis.

—No tengo hielo aquí. Subo y lo traigo en un momento.

—No importa —aseguró José Luis deteniéndola—. Sin hielo.

Adela hizo un gesto para expresar que no quería tomar nada. Madelaine sirvió un whisky para José Luis y otro para ella. No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que lo iba a necesitar. Entonces cayó en la cuenta de que Adela y ella, a pesar del cariño que se profesaban y lo mucho que habían compartido durante años, ni siquiera se habían besado o abrazado al encontrarse en la puerta.

—No nos hemos saludado, Adela —notó Madelaine desde el mueble bar. Pero Adela no se movió un ápice, y Madelaine tampoco.

—Es verdad —admitió Adela con una sonrisa amarga—. Debe de ser la influencia de esta casa. Pesa, ¿verdad?

Madelaine la miró confundida y se volvió hacia José Luis. Este tomó asiento, dispuesto a encarar su papel de moderador, y le hizo un gesto con la cabeza para que ella misma comenzara. Era su turno de preguntas.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Madelaine con cautela a su casera.

—Sí. Yo viví aquí varios años.

Madelaine observó a Adela, intentando entender lo que le decía. Pero los pensamientos que empezaban a agolparse en su cabeza no tenían ningún sentido. Madelaine se volvió a José Luis confundida. Esta vez él se vio obligado a intervenir.

—Un amigo mío del registro comprobó que el DNI de tu madre seguía dado de alta. Me pareció raro que alguien estuviera utilizándolo.

Madelaine se volvió hacia aquella mujer que se había convertido en un discreto apoyo durante tantos años y la voz le tembló, mezcla de incredulidad y asombro.

—¿Eres mi madre? —preguntó, temiendo la respuesta.

Adela asintió. Las dos se quedaron mirándose, sopesando qué era lo siguiente que debía ser explicado. Sin embargo, no era fácil. Madelaine intentaba digerir la revelación y a Adela se le agolpaban los recuerdos, los miedos, las excusas. Todo parecía tan vano, tan lejano y difuso. Solo quería abrazar a su hija, llorar con ella y pretender que nunca se había ido. Pero aquello ya era imposible, y menos bajo aquel techo. La casa la había envuelto de nuevo con su tristeza y los fantasmas del pasado se regocijaban a su paso.

Los sentía bailoteando a su alrededor, carcajeándose, ansiando el momento en el que ella volviera a caer. Aquel lugar la seguía volviendo loca. José Luis apuró su whisky y carraspeó, aceptando que madre e hija necesitaban ayuda.

—La historia de tu madre emparedada era demasiado rocambolesca incluso para los Martínez Durango —explicó José Luis—. Así que cuando vi que había otra posibilidad, tuve que ir a comprobarla. No quise darte falsas esperanzas. No sabía lo que me iba a encontrar. Por eso he estado desaparecido. Nunca sospeché que tu tía iba a tener un problema tan serio. Perdóname, ¿me entiendes?

Madelaine hizo un gesto que podía significar tanto que sí como que no. La presencia de Adela, su hasta ahora casera y amiga, convertida en su madre muerta la había dejado petrificada.

—No puede ser. Mi tía Clara me ha confesado que mató a mi madre. Que está emparedada en la librería incluso. Manuel la ayudó. Su hijo Álvaro lo sabe. Ellos no mentirían. ¿Por qué iban a hacerlo?

—Porque Rosario y yo se lo hicimos creer así —aseguró Adela—. Sé que te resultará muy difícil de entender cómo una madre es capaz de abandonar a su hija de esa forma pero yo sentí entonces que no tenía opción. Para mí, en aquel momento, era cuestión de vida o muerte. Y cuando más adelante fui capaz de verlo de otro modo, ya era demasiado tarde. Los muertos no pueden volver. Rosario me ayudó a no perderme tu infancia y juventud. Me mandaba fotos, me contaba tus progresos, tus descubrimientos, y cuando decidiste ir a la universidad, pude recuperarte.

Madelaine la observaba moverse, gesticular, pero no estaba muy segura de que todo aquello fuera real. Adela, la mujer misteriosa, que vivía rodeada de libros, que siempre había tenido una sonrisa amable para ella, que se había convertido en una especie de ángel de la guarda, era su madre, la madre que la había abandonado.

—¿Cómo fue posible que Clara y Manuel creyeran que habías muerto?

—Caí por las escaleras y perdí el conocimiento. Fueron apenas unos minutos. Clara se puso muy nerviosa y solo quería avisar a Manuel para que la ayudara. Cuando desperté estaba en brazos de Rosario. Ella me había cargado hasta la biblioteca y le dijo a Clara que se marchara, que ella se encargaría de todo. Clara estaba muy alterada y, por una vez, dejó que

Rosario tomara las riendas. Las dos nos dimos cuenta de que aquella era mi oportunidad. Clara jamás hubiera permitido que saliera de aquella casa y en cuanto tu padre se hubiera enterado, me habría matado. Créeme que no exagero. Fue fácil convencer a Clara de que Rosario se había deshecho del cuerpo aprovechando la obra de la librería. A mí siempre me han gustado las historias de fantasmas y Rosario pensó que era una gran idea. Estaba furiosa con su hermana por meterse en nuestra vida y no le importaba en absoluto lo que ella sintiera. Solo le preocupaba yo —dijo Adela y su voz se quebró—. Ella sí sabía amar. Según me ha contado José Luis, creo que eso ya lo sabes.

—Sí, además encontré la confirmación en una carta que te escribió desde Venezuela.

—Sí, Clara la envió allí una temporada para intentar que lo nuestro terminara. No pudo regresar hasta que tú naciste.

—Álvaro me dijo que su padre había ayudado a emparedarte. ¿Cómo es posible que Manuel creyera algo así si no lo hizo?

—Fue producto de la suerte. La obra de la biblioteca estaba a medio terminar. Los muros de esta casa, como bien sabes, son muy anchos. Al empezar a construir la biblioteca, hubo que tirar la pared que separaba la estancia del pasillo casi por completo. Olivia decidió aprovechar para apuntalar y reforzar la estructura y pasar unas cañerías. Se construyó un murete falso. Así la biblioteca no tendría un fondo excesivo. Cuando llegó Manuel, encontró a Rosario rematando la falsa pared. Ella siempre fue muy hábil con este tipo de cosas. Le informó de que había metido mi cuerpo allí. Manuel se sorprendió pero no tenía por qué dudar y la ayudó a terminar de cerrarlo. Lo dejaron listo para que, al día siguiente, un solo obrero pudiera frisar. Eso sí, debía ser alguien nuevo, que no conociera la obra. Manuel se encargó de hablar con el capataz y encargarle la reforma de una porqueriza en su finca. La biblioteca no corría tanta prisa. A continuación encargó el remate de la biblioteca a un joven albañil de Aracena que no conocía en qué punto había quedado.

—¿Y mi padre?

—Aquella noche no estaba en la casa. Había ido a una fiesta a Sevilla con Olivia. Murió cuando regresaban en un accidente de coche. No sé por qué tuvo tanta prisa en volver. A veces pienso que presintió que me iba. No lo sé.

Yo no me enteré de que había muerto hasta varias semanas después. Tenía unos billetes para viajar a Madrid y de allí a Pamplona. Una amiga de la infancia se había casado con un chico de Estella y me ofreció cobijo hasta que pudiera mantenerme por mí misma. Rosario no tenía forma de contactarme. Cuando por fin pudimos hacerlo y me enteré de las noticias, quise volver a buscarte. Pero ya no era tan fácil. Estaba muerta. Además, Clara jamás lo hubiera perdonado y yo no tenía nada, no era nadie. Solo podía perder.

Madelaine la miró sin moverse. José Luis seguía también la escena, como el espectador a punto de presenciar el clímax de una tragedia shakesperiana.

—¿Y yo? —preguntó Madelaine con rabia—. ¿Qué era yo para ti?

—Yo... no hubiera sido una buena madre. Tuve una depresión muy grave y no era capaz de atenderte. Sé que es difícil de entender, y aún más difícil de perdonar. Yo aquí era una prisionera. Puede parecer exagerado pero sé que hubiera perdido la cordura. Esta casa, esta familia son... No sé... —Adela seguía sin encontrar las palabras para describir lo que sentía pero su angustia era palpable—. Yo no pude con ello y, además, eran otros tiempos. El mundo ha cambiado tanto en apenas cuarenta años. Hace muy poco las mujeres no teníamos nada, ni derecho a tener a nuestro nombre una cuenta de banco. Viví de la caridad de unos amigos hasta que pude encontrar un trabajo. Sabía que, al menos, aquí no te iba a faltar de nada. Rosario me prometió que cuidaría de ti y que, en cuanto pasaran unos años, lo arreglaría para enviarte conmigo. Y así fue.

Madelaine sabía que su madre había sido muy infeliz en aquella casa, lo había sentido. Su dolor emanaba claramente por todos los poros de su piel. Su sufrimiento, transparente. No había duda de que la mujer que había sido durante más de quince años amiga y confidente era sincera.

—¿Sabes por qué elegí el nombre de Adela? Porque mi nombre está en tu nombre. Quería llevarte siempre conmigo.

—No te entiendo.

—Quita a tu nombre la M y las tres últimas letras.

Madelaine la miró asombrada. M-adela-ine. Adela.

—Yo... sé que no tengo derecho pero me gustaría que nuestra amistad no se arruine —continuó Adela.

—Una madre no es una amiga.

—Lo sé. Yo ya no pretendo ser tu madre. Nunca me conociste como tal.

Madelaine se tomó su tiempo para observarla. Las sensaciones, visiones, recuerdos o alucinaciones que la habían perseguido desde que llegó habían conformado una densa maraña. La jaula transformada en bunker. Su madre no era parte de aquella familia, pero ella sí. Se volvió hacia José Luis y sintió que este la entendía. Entonces algo resonó en su cabeza de nuevo y, sin saber por qué, transformó en palabras, para que todos lo oyeran, lo que hasta entonces solo habían sido susurros en su mente.

—Desde lejos llega, y trae consigo dolor y frescura para la nueva vida. Lejos, ¿qué es lejos? Un adverbio de un mundo reglado por el hombre sin imaginación porque el lejos siempre está cerca. ¿Quién llega? Una novia ilusionada, una esposa desengañada, una viuda podrida.

Adela palideció al escucharlo. Por un instante, pareció que iba a desfallecer.

—Por favor, ¿me podrías dar un vaso de agua? —pidió con voz muy queda.

José Luis se levantó al instante. Madelaine observaba cada una de sus reacciones.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Adela después de haber bebido unos sorbos de agua y recuperado el aliento.

—En mi cabeza —respondió su hija—. Tengo otros pensamientos que tampoco sé de dónde salen. Llegan de repente. Y no solo ahora. Desde siempre. Supongo que es algo que le pasa a todo el mundo. Aparecen como una canción, en cualquier momento, a veces ni siquiera son detonados por nada. Pensé que tú podrías ayudarme a interpretarlos.

—Yo llegué a esta casa con esos pensamientos en mi cabeza. Tampoco sé de dónde vinieron. Quizá me los escuchaste de niña y se te quedaron. Dicen que hasta los dieciocho meses somos capaces de aprender una palabra cada dos horas. Te leía y recitaba muy a menudo. Siempre pensé que era una especie de premonición que debía romper.

Madelaine no quedó muy convencida.

—No me parece una frase como para repetir a un bebé.

—Tienes razón. Yo no estaba muy en mis cabales por aquel entonces.

—Yo creo más bien que hay cosas de ti en mí.

—Espero que sean las buenas.

—Y hay cosas de mi abuela, y de todos los que me precedieron.

—Se llama herencia. —Adela no sabía muy bien adonde quería llegar Madelaine. José Luis sí, pero dudaba que aquel fuera el momento o el lugar. Afortunadamente, Madelaine presintió que su madre no tenía por qué ser la madre que a ella le hubiera gustado. No lo había sido en el pasado, ¿por qué iba a serlo ahora? El tiempo no pasa en balde. Y, además, ¿acaso ella la eligió como madre? Las madres nunca se eligen. Adela siempre sería Adela. Una mujer misteriosa, culta, que ella percibió torturada, víctima de sus propios fantasmas. Su madre, la sombra que ella recordaba, la de la fotografía de boda y el retrato, la que murió cuando ella era una niña. A estas alturas, ya hecha una mujer adulta, había aprendido a vivir sin ella y no quería deshacer esa parte de su vida. Por eso, decidió que lo más práctico sería dejar de lado lo inexplicable para centrarse en el aquí y ahora.

—Mi tía está a punto de morir. Debería saber que estás viva.

—Esa es otra de las razones por las que he venido —asintió Adela.

La mañana siguiente se inundó de emociones. Se vertieron desde la casa y corrieron como un río por el pueblo, como si un manantial espontáneo y sorprendente hubiera brotado en el desierto. La felicidad podía prender por fin en San Gabriel, pero, como ya había sentido Madelaine el día anterior, el tiempo no pasa en balde, y el agua de verdad y vida fue succionada por la reseca arena con avidez y pronto de todas aquellas emociones catalizadoras apenas quedó rastro. Clara lloró, perdonó y sintió que su momento por fin había llegado. Berni creyó que Adela era un fantasma. Se desmayó y la enfermera tuvo que atenderla. Cuando recuperó la conciencia salió para contárselo a todo el que encontró a su paso, y sus vecinos se convencieron de que definitivamente la Vidente había perdido el juicio. Madelaine deseaba que terminaran los secretos y los malentendidos para poder poner orden, orden para empezar de nuevo. Ahora José Luis podría concluir su trabajo y los Martínez Durango firmarían la paz con Hacienda. Ella estaba dispuesta a pagar, vender llegado el caso, lo que fuera necesario para que cesaran las

hostilidades.

A la hora de comer hacía un calor insoportable, incluso dentro del palacio. Adela, cuya inquietud solo había ido en aumento desde que llegó, le pidió a Madelaine que la disculpara. Había firmado todos los papeles que el fiscalista necesitaba pero el apoyo moral tendría que ser a distancia. La casa palacio le traía malos recuerdos y deseaba regresar a Navarra lo antes posible.

—Pensé que podría controlarlo —le dijo—. Ahora soy una persona distinta, más fuerte, pero aquí, no sé, Madelaine, vuelvo a sentirme mal.

Madelaine la abrazó sinceramente, agradecida de que hubiera viajado para aclararlo todo y dejar que su tía pudiera irse al otro mundo libre de un crimen que no cometió.

—No te preocupes. Esto ya es cosa mía —la tranquilizó Madelaine.

Le prometió también que se verían en el norte cuando ella pudiera viajar. Cuando soltó el abrazo, se quedaron mirando fijamente, como si algo no hubiera quedado dicho. Adela suspiró aliviada.

—No puedo llamarte mamá. Me resultaría muy raro.

—A mí también. Yo ya no soy la que vivió en esta casa ni quiero volver a serlo. Ni siquiera me reconozco en la foto de boda —dijo Adela, pero su alivio duró poco tiempo. Enseguida reparó en que su hija estaba inquieta—. ¿Qué te preocupa?

—¿Tú no crees que haya nada sobrenatural aquí?

—Yo creo que todo está en nosotros, en lo que nosotros hagamos y creamos. Una vez sentí que mi vida solo podía tomar un camino, y me equivoqué. No había un solo camino, es que yo no podía ver otros. No hay nada sobrenatural en ello —aseguró Adela con vehemencia. ¿Para qué iba a decirle que ella sentía que el embrujo de aquella familia la perseguiría siempre?

—Es que desde que volví he sentido cosas, de la abuela, tuyas. He sentido que no era yo.

—Igual tú no querías ser tú. Es fácil buscarse excusas. Déjalo correr y sé feliz —concluyó Adela. No quería que su hija tomara caminos que solo podían conducirla a la locura. De eso ella sabía bien—. Vuelve a Olite.

Por fortuna, Madelaine asintió, dándole la razón. Y si no la tenía, era un buen consejo. Adela respiró tranquila. No podía salvar a su hija de su herencia, pero quizá sí podía contribuir a que su peso fuera lo más liviano posible. La piel de los Martínez Durango podía parecer brillante y hermosa pero en cuanto rascabas un poco, el pus manaba sin control. Adela lamentaba todavía el estigma, la marca que quedó grabada en el alma de Madelaine el día de su nacimiento, y, aunque a menudo intentaba convencerse de que no podía ser cierto, que el mundo es lo que es, lo que se ve, siempre tuvo la sospecha de que Olivia era más poderosa de lo que aparentaba. Su extraordinario deseo por un amor imposible la había envuelto en un manto de inmortalidad.

Mientras madre e hija se despedían en el zaguán, Yolanda cambió el suero de Clara y salió de su dormitorio para almorzar. La anciana la vio salir y cerró los ojos. La negrura se convirtió en un cielo azul de verano. Clara disfrutó la brisa sobre su piel, al fin liberada. La muerte de su cuñada materializada en pesados grilletes la habían aferrado a la vida. Se negaba a partir con cuentas pendientes. Piadosa como era, temía la desolación que le aguardaría al otro lado, en el infierno, entre llamas y con millones de cuerpos aplastándola, sin privilegios, siendo una más. Nadie. Nada. Suspiró profundamente aliviada. Inmaculada no había muerto. Había sido una simple caída, un accidente que le permitió decidir su camino. Ella asumía su parte de culpa y agradecía ahora los años de sufrimiento, pues habían justificado de sobra la expiación. La culpa se disolvió.

Clara sintió su cuerpo leve que caía suavemente mientras ella se elevaba hacia el cielo azul. El rostro de Olivia se conformó poco a poco hasta hacerse carne. Su mirada fría, dolida, frustrada. Clara pasó por delante, sin dejar de mirarla. Olivia ya no era su madre. Sería solo Olivia, tal y como ella siempre quiso. Por eso, al abandonar el mundo de los mortales, Clara no pudo, como la mayoría, gritar «¡mamá!» o «¡madre!», pedirle que la acompañara. Olivia no era madre y quedaba tras ella, convertida en un ángel de la guarda peculiar. Dicen que los ángeles son seres superiores, espíritus perfectos encargados de cuidarnos... Olivia quería ser un ángel, y se aseguró de

saltarse la cola con un juramento. Se convirtió en un ángel con deseos, y los deseos son de por sí impulsores de acciones, por estar siempre inconclusos, y siempre llegan precedidos por emociones. En el caso de Olivia, por el de un amor sin parangón, absoluto e incomprensible en elevado rango, seguramente heredero también de otro deseo escondido en la historia de los tiempos. La respiración de Clara se descompasó pero no había nadie en la habitación para percibirlo. Su último aliento iba a suceder como estaba escrito: en soledad. Clara abrió los ojos por un instante, reflejo de su última expiación, y volvió a cerrarlos. Ya no temía. El tiempo interior había puesto todo en orden. Sintió la paz del que se va sabiendo que ya no puede hacer más. Madelaine era más fuerte que ella. Clara se detuvo en su ascensión. Se volvió hacia Olivia, vestida con una túnica vaporosa de color indefinible e infinita cola, que cubría completamente la casa palacio, San Gabriel y hasta donde alcanzaba la vista. Miró a su madre con resignación y liquidó, de una vez y para siempre, el dolor acumulado por culpa de un amor maldito.

Madelaine telefoneó a su madre para comunicarle la noticia. Pero Adela, ya de camino hacia Navarra, no quiso regresar, a menos, volvió a repetir, que su hija la necesitara. Como Inmaculada, había renunciado a todo desde el día en que se dio por muerta. Como Adela, no tenía nada que ver con aquello.

Pepe el Larguillo había atendido el último deseo de la tía Clara. Era un deseo, desde su punto de vista, tullido, pero él no era nadie para llevar la contraria a su máxima benefactora. Así, el habitualmente colorido cementerio se tiñó de blanco inmaculado para recibir los restos de doña Clara Luz Martínez Durango, que nunca un nombre tuvo una receptora menos acorde. La lápida en el mausoleo era de mármol macaer limpio y pulido y, en letras doradas, ya había sido escrito el nombre completo de la moradora. Pepe el Larguillo observó la comitiva con tristeza y un poco preocupado con su futuro. La sobrina de doña Clara parecía muy moderna, y los modernos no suelen preocuparse por los muertos.

Por fin había refrescado. Era uno de esos días otoñales que a veces se cuegan ansiosos al final del verano. La brisa de la sierra había traído con ella una bruma ligera que se había desvanecido tras la primera hora de sol, pero había dejado su rastro de frescura en el recinto sagrado. Madelaine se fijó en que todos los habitantes del pueblo mayores de cincuenta años estaban

presentes. Debía de haber allí más de trescientas personas, todas ellas lamentando profundamente que la sobrina de Clara no hubiera tenido la decencia de ordenar el tradicional velatorio en la casa palacio, ocasión única para acceder al impenetrable y misterioso reducto de los Martínez Durango. Mientras el cura y los monaguillos se alejaban con el acetre y el hisopo utilizado en la bendición y los albañiles sellaban la lápida, los parroquianos comenzaron con el pésame. Por fortuna, las monjas de la Fundación fueron las primeras, y, liderando el grupo, sor Josefina. La querida amiga de su madre había sido de gran ayuda con los arreglos del entierro, y fue la primera y la única que la abrazó. El abrazo maternal y cálido insufló en Madelaine la fuerza necesaria para soportar la casi una hora de pésame que le quedaba por delante, antes de que todo hubiera acabado definitivamente. Sor Josefina se despidió con una sonrisa de ángel verdadero y, a partir de ese momento, Madelaine pudo cumplir con su deber de heredera como se esperaba, asintiendo con educación ante la reconfortante catarsis de la tragedia con la que disfrutaron todos los presentes. El poder sanador de las lágrimas estaba muy arraigado en aquellas tierras, y aunque a Madelaine la habían educado en la contención, había aprendido también a aceptar el llanto exagerado como parte del folclore y la forma de expresarse de sus paisanos. La multitud se disolvió lentamente, en grupos. Cuando pensaba que por fin podía regresar a casa, apareció Berni. Estaba muy nerviosa y traía un paquete pequeño en la mano, envuelto en papel de seda rosa.

—Quería darle esto —le dijo Berni extendiéndole el paquete—. Yo siempre fui una mujer honrada. Lo juro. Pero esto lo robé.

Madelaine la miró desconcertada. El paquete era muy ligero.

—¿Qué es?

—Ábralo si quiere. Le pertenece a usted.

José Luis se acercó con curiosidad mientras Madelaine abría el paquete.

—¡Es un toalla de bebé! —exclamó Madelaine confundida. Era una toalla de paño blanco y puntas de piqué en la que había sido bordada una hermosa y adornada M. Tenía prendido un imperdible de zafiros.

Inmaculada cree que morirá de dolor. Lleva catorce horas de parto y las fuerzas se le van. Debería haber ido al hospital de Sevilla. Clara se empeñó en que ellas podían ayudarla a parir y convenció a Rodrigo para que el tema se diera por zanjado. Todas las mujeres de la familia habían dado a luz en la casa. ¿Por qué iba ella a ser diferente? Inmaculada profiere un grito desgarrador y de un manotazo casi tira la palangana con agua caliente que Berni trae intentando mantener la calma. Berni ha visto muchos niños nacer pero esta vez tiene miedo. En el dormitorio no solo flota el dolor físico...

—¡Sal! —grita Inmaculada.

Berni la mira asustada, creyendo que se dirige a ella. Pero Inmaculada, entre contracciones insoportables, escupe una explicación. No quiere que Clara esté presente cuando su hija nazca. La odia. Odia que le haya hecho esto. ¿Qué cree, que morirá? Eso sería lo ideal, seguro. Y así ella se quedaría con el bebé... No va a darle esa satisfacción.

—No, tú no, Berni. Tú, Clara, ¡sal! ¡Fuera!

Clara enrojece furiosa.

—Yo no voy a ningún lado. No estás en tus cabales. Además, alguien tiene que ayudar a nuestro hijo a nacer.

—Es mío. ¡Mío! Si no sales, te juro que... que... —A Inmaculada se le saltan las lágrimas de impotencia.

—¿Qué vas a hacer? Nada. Tú aquí no eres nadie.

Pero Olivia entiende que Inmaculada necesita paz. El bebé debe nacer bien.

—Clara, por favor, sal. Yo le ayudaré a nacer.

Clara mira a su madre ofendida. Berni se ha quedado petrificada, esperando volverse invisible para que nadie se percate de su presencia. Clara tiembla, furiosa. Sale dando un portazo. Olivia suspira aliviada y se vuelve hacia Inmaculada decidida.

—Vamos. Este bebé tiene que nacer sano y salvo. ¡Empuja!

Inmaculada aprovecha la nueva contracción para expulsar al nuevo ser y un grito de dolor resuena por todo el edificio. Hubiera dado su vida porque Rodrigo lo hubiera escuchado. Pero no, él está de cacería, vestido impecable con sus botas pulidas sobre un brioso corcel. Los caballeros de sangre azul como él ni sudan ni se despeinan, ni mucho menos se aproximan al doloroso,

sucio y hediondo venir a la vida del ser humano.

—Otra vez, Inmaculada. Ya veo la cabeza.

Y la madre vuelve a gritar, aliviada de tener una excusa para ello, desgarrando las entrañas de aquella casa palacio que se ha convertido en su cárcel.

Inmaculada, al borde del desvanecimiento, escucha el llanto del bebé. Olivia, emocionada, lo sostiene entre sus brazos rodeándolo con una toalla blanca con puntas de piqué que Rosario ha enviado desde Venezuela. En ella ha bordado una hermosa M. Inmaculada y ella saben que es la M de Madelaine, Clara pensó que era la M de Martínez y el regalo fue aprobado.

—Es una niña —le comunica a la madre abrumada por la emoción.

Inmaculada, al ver a su hija en brazos de Olivia, teme que la desgracia de aquella familia pueda caer sobre ella. Desesperada, agotada, incapaz de confiar en su fuerza de madre para proteger a la niña, se vuelve hacia Olivia.

—Olivia, por favor, te lo suplico. No permitas que mi hija sea una desgraciada. No permitas que se convierta en una de nosotras.

Olivia mira a Inmaculada, bañada en sudor por los rigores del parto, y recuerda los suyos, y lo huera que se sintió cada vez que dio a luz. En cada ocasión, la comadrona fría y profesional había cogido al bebé y, sin mediar palabra, había salido del dormitorio con él, para que el padre de Olivia y Néstor fueran los primeros en conocerlo. Sus hijos nunca fueron suyos, como quedaba claro desde el momento en el que venían al mundo. Ella era una simple fábrica, necesaria para la perpetuación de la familia. Así se lo hicieron sentir, y así se sintió ella, una mujer que jamás quiso ser madre. Ahora, por primera vez, ante aquella criatura, Olivia se conmueve. Se arrepiente por no haber sido capaz de salir de sí misma, de defender lo que le pertenecía, por permitir que sus hijos hubieran crecido sin madre. Berni e Inmaculada se quedan impresionadas al comprobar que unas lágrimas corren por sus mejillas. Jamás la han visto llorar. Olivia besa la frente de la niña y con mucha seriedad pronuncia las palabras mágicas que marcarán a Madelaine para siempre.

—Yo me convertiré en tu ángel de la guarda, lo juro.

La niña deja de llorar, y las tres mujeres lo entienden como una señal. Se hace un silencio sobrecogedor. Olivia se quita un imperdible de zafiros que

lleva en la solapa y lo prende en la toalla de la niña. Inmaculada observa horrorizada. Algo no va bien. Siente que acaban de lanzar un hechizo para proteger a su bebé, pero que las protecciones solo son barrotes que las separan del mundo, y en una casa como aquella, en una familia como la Martínez Durango, la felicidad nunca va a venir de dentro. El ruego a Olivia no era para que ella se involucrara, sino para que las ayudara a salir de allí. Pero Olivia ni siquiera contempla esa posibilidad. Se nota en sus ojos que ve al bebé como una nueva oportunidad de vivir, una ventana al futuro.

Una urraca se posa en la ventana y lanza un graznido. Berni palidece. Es un pájaro de mal agüero. Olivia lo ignora. Pone al bebé en el regazo de su madre y sale de la habitación con paso ceremonioso. En cuanto la puerta se cierra, Inmaculada coge la toalla y la tira al suelo rápidamente. La niña llora pero la estrecha contra su pecho.

—Berni, por favor, dame otra manta y tira esto a la basura. No quiero volver a verlo en mi vida.

—Pero es de la señorita Rosario... —tartamudea Berni, impresionada con la escena.

—Ya no —responde muy segura Inmaculada.

—Esta es la toalla —dijo Berni—. Nunca la tiré. La lavé al llegar a casa y, bueno, es suya. Es usted la que tiene que hacer con ella lo que mejor le parezca. Yo creo que su madre sintió que estaba maldita, o algo así. Cuando regresó años después, Rosario preguntó por la toalla. Inmaculada le dijo que no sabía. Creo que le dio vergüenza reconocer que la había mandado tirar. Rosario se enfadó mucho con ella y su madre terminó contándole lo que había pasado, esa especie de conjuro que había lanzado Olivia. Rosario le exigió conocer todos los detalles una y otra vez. Escuché a su madre relatando cada movimiento, cada palabra que se dijo en aquella habitación, durante horas. Luego vino a hablar conmigo en privado. Estaba muy preocupada y me pidió que le repitiera lo sucedido. Al final me preguntó por la toalla. Me dio miedo de que me despidieran por ladrona si confesaba que me la había llevado a casa. Era preciosa y el broche una joya auténtica. ¿Cómo iba a tirarla? Le dije que la había quemado en el fogón de la cocina y

había tirado el broche a una alcantarilla. Eso pareció tranquilizarla. Me dijo: «Entonces está bien». Nunca más volvió a hablarse del tema.

Madelaine recordó lo que no es posible recordar, lo que vio o soñó el día que se sentó sobre la lápida de mármol negro en el cementerio. Rosario bordando una letra M sobre una toalla, para proteger a su sobrina. Su tía se había quedado tranquila al enterarse de que la toalla había sido destruida. Pensó que así había sido destruido el vínculo con Olivia. La magia de dos mujeres poderosas, la hija que intentaba evitar su poder, y la madre que lo ignoraba, había sido rota por el fuego. A buen seguro, los acontecimientos posteriores demostraron a Rosario que, desgraciadamente, su intención de proteger la relación entre Inmaculada y Madelaine había sido en vano, pues ambas no habían podido establecer esa conexión especial que debería existir entre madre e hija, la conexión que ella añoró toda su vida.

Berni le dio un abrazo a Madelaine y se fue. Madelaine se quedó mirando la toalla, pensativa.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó José Luis, que había presenciado toda la escena.

—Liberarme —respondió Madelaine resuelta.

José Luis la miró extrañado. Madelaine desprendía una luz especial con la toalla en la mano. En su mirada, habitualmente triste, apareció de repente la solución a un enigma.

—Si te lo explico vas a pensar que estoy loca. Quizá sea una tontería. Yo nunca he creído en brujerías ni supersticiones, pero esta toalla podría explicar esas sensaciones que me han perseguido...

«... Que me han hecho sentir que yo no era dueña de mi destino, que me han hecho sentirme infeliz aquí y huérfana en cualquier otro lugar, que me han invitado a permanecer sola, que me han lanzado a los brazos del hombre equivocado.» Madelaine no podía olvidar a Álvaro y, de repente, al comprobar el amor sincero y callado que destilaban los ojos azules de aquel hombre sereno, supo que tenía que decirle la verdad si quería construir un futuro con él. Callar ahora significaría insuflar un veneno en la relación que tarde o temprano acabaría con ella.

—Me acosté con Álvaro —dijo por fin esperando ansiosa su reacción.

A José Luis le dio un vuelco el corazón. No se lo esperaba. Quizá ella se

refiriera al pasado. Pero Madelaine no quería malentendidos.

—Me acosté con él cuando fuiste a buscar a mi madre —continuó ella—. Ocurrió en el dormitorio de mi tía Clara y no sé por qué lo hice. Sé que suena a excusa de sainete pero no era yo. Te juro que Álvaro no me interesa y nunca me interesará.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —preguntó él con dureza, intentando ocultar que se estaba muriendo por dentro, sus inseguridades haciendo presa de él.

—Porque no quiero secretos. Quiero que todo esté claro entre nosotros.

—Diáfano —espetó él, incapaz de controlar su dolor—. En una semana, dos a lo más, habré terminado mi trabajo aquí.

José Luis hizo ademán de irse, desesperado por encontrarse a solas para lamerse la herida brutal que acababa de romperle en dos, pero Madelaine le cogió del brazo. Deseaba tanto abrazarle.

—Por favor, me gustaría que te quedaras.

José Luis, sintiendo su mano, segura bajo la angustia de lo que no se puede perder, y sus ojos, suplicantes de amor eterno, entendió y supo que debía perdonar, pues en aquel lecho no había habido humillación hacia su persona. Y, aunque le hubiera gustado escuchar más cosas de boca de Madelaine, confió en que todas ellas llegarían si no presionaba, si dejaba que la vida fluyera serena, si él amaba.

—¿Considerarías quedarte aquí, conmigo? —tanteó Madelaine.

Aquella noche, mientras José Luis iba a recoger su maleta de la pensión para instalarse en la casa palacio de los Martínez Durango y Yolanda cogía el autobús de regreso a Sevilla, Madelaine abrió de par en par las ventanas de la antigua cocina al otro lado del patio. Había cogido unos troncos resacos y polvorientos que encontró en los gallineros abandonados y unos periódicos del dormitorio de Clara. Los metió en los fogones y prendió una cerilla. Nunca había encendido un fuego y temía que le resultara más difícil de lo que parece en las películas. Mientras avivaba la minúscula llama, soñó con su nueva vida. Seguramente una médica sería bienvenida en el pueblo. Si no conseguía que le asignaran una plaza, podía abrir su propia consulta privada y

gratuita para la gente del pueblo. Al fin y al cabo, para eso disponía de dinero suficiente. Respecto a su patrimonio y sus problemas con Hacienda, José Luis le había comentado de regreso del cementerio que lo más sensato sería vender algunas fincas y quizá también la casa palacio. Por una carta que había encontrado entre la correspondencia de su tía, había descubierto que un rico industrial de Vitoria se había mostrado muy interesado en la mejor de sus fincas, y un conocido torero de la zona pretendía hacerse con la casa palacio desde hacía varios años. Clara jamás hubiera permitido perder patrimonio, pero, dada la seriedad del asunto con Hacienda, José Luis opinaba que era la solución más sencilla. La llama consumió con avidez el papel y prendió en la madera. Madelaine sonrió para sí al pensar en la mirada tranquila de José Luis y anheló hijos, y una familia que fuera normal. San Gabriel era un lugar idílico para criarlos, un pueblecito blanco de la sierra limpio, tranquilo. Los Martínez Durango se integrarían por fin en el pueblo, no como dueños y señores, sino como parte de él.

El tiro de la cocina funcionó a la perfección y ella supo manejarlo con sorprendente destreza. Madelaine cogió la toalla, dispuesta a terminar con la maldición, real o imaginaria, para siempre. Se fijó en el imperdible de zafiros y dudó. Era pequeño, hermoso y discreto. Finalmente decidió quitarlo y se lo prendió en la solapa. Con cuidado, introdujo la toalla en el fuego y pronto fue devorada por las llamas que empezaron a destilar un sorprendente y denso humo blanco. El humo salió por la ventana, se extendió por el patio y se introdujo por cada rendija del edificio, penetrando hasta el mismísimo tuétano del palacio de los Martínez Durango, purificando como incienso bendito las décadas de rencores, amargura y desamor. Madelaine suspiró aliviada, sintiendo que empezaba otra etapa. Aspiró su brillante futuro, ya liberada del influjo de su abuela mientras el humo dejaba de brotar. Y así vio salir por la ventana los restos de la cola del hechizo: con una sonrisa de satisfacción y el imperdible de zafiros prendido en su solapa.

Entonces, una idea la asalta. Contrariamente a sus sensaciones anteriores, la posibilidad de perder la casa palacio comienza a inquietarla. Acaricia el imperdible. Quizá no debería vender nada. Al fin y al cabo, sería agradable

ver corretear a sus hijos por allí... La duda penetra hasta lo más profundo de su corazón. Vuelve a acariciar el broche, y siente que ella no es otra cosa que la heredera y custodia del linaje familiar de los Martínez Durango.



JULIA MONTEJO nació en Pamplona. Estudió canto y piano en el Conservatorio Superior Pablo Sarasate, periodismo en la Universidad de Navarra y dos másteres de guión, producción y dirección cinematográfica en la Universidad de California. Vivió ocho años en Estados Unidos, trabajando como guionista y directora de cine. En Los Ángeles escribió y dirigió la película *No Turning Back – Sin Retorno*, que cosechó numerosos premios internacionales, entre ellos el premio ALMA a la mejor película latina independiente. En 2004 regresó a España y desde entonces ha vivido en Madrid, compaginando la docencia universitaria con su trabajo de guionista en distintas series de televisión. Como novelista ha publicado *Eva desnuda* en 2006 y *Violetas para Olivia* en 2011.

Notas

[1] Mayte Martín, «Inténtalo encontrar», del álbum *Querencia*. <<

[2] Carta del 13 de noviembre de 1925 de Rilke a su editor polaco Witold Hulewicz. <<